KOMATSU PC-340

JAVIER MESTRE

CABALLO DE TROYA

Índice

Cubierta
Komatsu PC-340
Pasado
Presente
Créditos

Komatsu PC-340

JAVIER MESTRE

www.megustaleer.com

A Pedro Racionero, militante incansable, in memoriam.

Manuela, sin ti nada de esto existiría. Gracias.

Pasado

Si vosotros me absolvierais con esta condición, os replicaría: Agradezco vuestro interés y os aprecio, atenienses, pero prefiero obedecer antes al dios que a vosotros, y mientras tenga aliento y las fuerzas no me fallen, tened presente que no dejaré de inquietaros con mis interrogatorios y de discutir sobre todo lo que me interese, con cualquiera que me encuentre, a la usanza que ya os tengo acostumbrados. Y aún añadiría: Oh tú, hombre de Atenas y buen amigo, ciudadano de la polis más grande y renombrada por su intelectualidad y su poderío, ¿no te avergüenzas de estar obsesionado por aumentar al máximo tus riquezas y, con ello, tu fama y honores, y de descuidar la sabiduría y la grandeza de tu espíritu, sin preocuparte de engrandecerlas?

Platón, *Apología de Sócrates*

Uno

Dejé el coche tras cruzar por un hueco en una barricada de barreras de hormigón que aislaba, mal, la zona de guerra en el tramo oeste del tráfico interminable de valientes, o víctimas, que aún se atrevían a utilizar los restos de la M-30 de Madrid. Eran obras de las que arrasan el mundo en el plazo establecido, de modo que se amontonan los cadáveres de las cosas por todas partes, e igual que el sepulturero se acostumbra al cementerio, yo no reparaba en tanta destrucción cuando me dirigía hacia la entrada del túnel. Ponerme los auriculares a la salida del coche, aparcado en una tormenta de polvo, anclado en un océano de estruendos, era para mí un acto reflejo. No concebía deambular por aquel campo de batalla espantoso sin la protección auditiva que me separaba un poco de la sensación de peligro y me proporcionaba un humor casi místico ante la experiencia de tan magna gesta de la lucha contra la naturaleza y contra las cosas. Andaba como flotando porque no escuchaba mis propios pasos. Las orejeras menguaban el ruido, pero no lo eliminaban por completo, de tal forma que me convertían en una especie de falsa astronauta que pasea por un planeta devastado.

Era sábado y me tocaba descanso. Pero la empresa no paraba nunca y me llamó el encargado de la sección, Mejías, un experimentado maestro de obra de origen extremeño de unos cincuenta años, cabeza grande, barriga amplia pero dura como la piedra, una expresión en los ojos de severa bondad. Era un trabajador manual, sin estudios, pero sabía mucho más que yo. Llevaba años y años organizando a cientos de obreros en megaproyectos de obras públicas y me facilitaba las cosas una barbaridad porque señalaba cada tarea que me correspondía como jefa de producción. Chica, tienes que auscultar esos pilotes; oye, chica, basta de remolonear, te toca revisar los nuevos forjados; qué pasa, chica, ¿estás de vagar?, hay que espabilar con los mallazos... Así

se comunicaba siempre conmigo, chica esto, chica lo otro. Y me daba una cierta confianza porque no había reproche en sus solicitudes, aceptaba con naturalidad que aprendiera de él aunque yo fuera la ingeniera y él un maestro sin más títulos que los años de brega.

La remodelación de la M-30 era un proyecto de obras públicas de dimensiones desconocidas hasta el momento en España. El frente de batalla formaba una atronadora serpiente de polvo amarillo que envolvía Madrid de este a oeste por la cara sur. Casi tres mil obreros trabajaban allí las veinticuatro horas de cada jornada, también los fines de semana y los días de fiesta. Se contabilizó una media de dos mil quinientos viajes diarios de más de quinientos vehículos pesados que sacaban del escenario de operaciones la materia extraída durante la excavación de los túneles. Se utilizaban ciento doce mil metros cúbicos de hormigón por mes, transportados por ciento ochenta mil camiones, o lo que es lo mismo, treinta y tantos camiones por hora. Operaban un centenar y pico de pantalladoras, decenas de pilotadoras, miles de máquinas variadas entre camiones de tres ejes, grúas, sillas elevadoras, bañeras de movimiento de tierras, excavadoras de todas las marcas y tamaños. En el *Bypass Sur*, dos tuneladoras gigantescas, Tizona y Dulcinea, las mayores fabricadas por el hombre hasta el momento, horadaban una conexión directa de la M-30 a la altura de Santa María de la Cabeza con la autovía de salida haciaValencia, por debajo de barrios enteros de casas de vecinos, parques, avenidas y líneas subterráneas de metro y ferrocarril.

Como jefa de producción, me enfrentaba a un desafío descomunal, que en cualquier otro proyecto sería responsabilidad de un jefe de obra, un peldaño por encima en el escalafón. Construíamos uno de los falsos túneles que iba a unir las proximidades del estadioVicente Calderón con el puente de Praga. Bajo mi supervisión funcionaban cuatro pantalladoras y dos pilotadoras. Esas máquinas eran claves en el proyecto de soterrar la autovía y construir el túnel urbano más largo del mundo, doce kilómetros desde la avenida de Portugal hasta la avenida del Mediterráneo. Las pantalladoras son híbridos de grúa y excavadora con una cuchara bivalva especial que hace agujeros rectangulares de dimensiones controladas para forjar *in situ* las

pantallas laterales de hormigón que sostienen, en los tramos menos delicados, la bóveda de los falsos túneles. Las pilotadoras son una especie de supertaladradoras que excavan cilindros de las dimensiones precisas como para cuajar en su interior los pilotes que sostienen el techo en los tramos más comprometidos. Por cierto, decimos que son falsos los túneles que no se excavan por completo bajo el suelo, sino que consisten en una gran zanja que quedaría al descubierto si no hubiera sido tapada previamente con una losa de hormigón armado que, a su vez, se cubre de tierra para, por ejemplo, intentar hacer jardines, la manta bajo la que se esconde la mugre del tráfico rodado.

En mi sector operaban, calculo, por lo menos cien trabajadores, de los cuales una décima parte pertenecían directamente a la UTE y el resto se repartían entre media docena de subcontratas que subcontrataban a su vez tareas a otras empresas menores que volvían a subcontratar en una cadena donde se perdía por completo el control de los últimos eslabones. Mi cometido era supercomplejo, porque por un lado tenía que planificar y controlar los suministros de materias primas y equipos y las adjudicaciones presupuestarias a las empresas, y por otro, debía vigilar el desarrollo de las obras determinando la corrección del seguimiento de los trazados, la buena factura y seguridad de las estructuras construidas y, en general, el cumplimiento de las previsiones del proyecto. Mi desempeño era, por tanto, extenuante y, aunque en principio libraba los fines de semana, dado que las obras no se detenían nunca, estaba expuesta a que una llamada telefónica me pescara de nuevo y me arrastrara al campo de batalla a cualquier hora de cualquier día.

Recuerdo con claridad aquel sábado. El encargado me había avisado de una importante infiltración de agua en un tramo con bóveda armada sobre pilotes que ya estaba completamente gunitado, un charco del copón, me dijo, ven enseguida. Así que caminaba rápido hacia el desastre, aunque una parte de mí se resistiera a entregar al proyecto mi escaso tiempo de ocio. Un nutrido grupo de obreros pasó a mi lado sin fijarse, polvo, prisa y agotamiento, en que yo era una mujer. Todos, ingenieros, encargados, capataces, maquinistas, ferrallistas, soldadores, peones, todos vivíamos agotados por la presión

de liquidar de una vez la pesadilla. «¿Quién va a recoger todo esto cuando se acabe?», me preguntaba yo con fingida ingenuidad. Saludé con la mano a Mejías, que me miró con cara de lo siento pero te tenía que avisar. «Adelántate tú —me dijo—, ahora voy yo.» Ricardo, el jefe de obra, también estaba avisado, pero acababa de caer enfermo, hepatitis A, por lo menos quince días de baja, y de momento no había quien lo sustituyera. Me tocaba a mí tomar las riendas de la situación, con toda mi inexperiencia. «Tú llámame si tienes dudas, Viqui —me había dicho el viernes—, pero creo que eres una ingeniera de pata negra y sé que puedo estar tranquilo por lo que respecta al tramo que supervisas.»

No tardé mucho en superar los obstáculos y poner el pie en la rampa de tierra que descendía hacia la boca de aquel tiburón ballena subterráneo. Silencio en los auriculares. Un cerco cuadrado de hormigón me separaba del cielo y no había nadie cerca. Sentí en la cara el tacto de un aire fresco como de cueva, al tiempo que se me acostumbraban los ojos a la oscuridad relativa de la gigantesca zanja con techo iluminada por una ristra de faroles de obra. «Huele a humedad —me dije para mis adentros—, ojalá pudiera confiar en el olfato.»

En ese instante sólo me preocupaba analizar lo que quizás podía ser un minúsculo foco de resistencia del pobre río Manzanares, terminantemente derrotado por los terraplenes ilegales que construyeron las empresas para desviar el tráfico de la zona de excavación. Hasta el momento, el sistema me había ido sedando con naturalidad, vivía en el sueño profundo, imposible de desvelar, de una cerrada normalidad privilegiada. Pero ese sábado de septiembre fue mi despertar. En lo hondo del túnel, cerca de un hueco en la bóveda que dejaba entrar la luz del cielo, dos hombres accionaban los mandos de una cesta elevadora azul que acercó al suelo el cuerpo inerte de un trabajador negro y fornido. Eché a correr hacia ellos. Regresó el ruido a mi cabeza cuando me arrancaba las orejeras y gritaba: «¡¿Qué ha pasado?! ¡¿Qué ha pasado?!». Juárez se giró hacia mí con contundencia, con un gesto que me invitaba a callarme. «Ya llega la ambulancia que se lo va a llevar», me dijo fríamente. Con él había un

joven con aspecto de ser de Senegal, o Ghana, o quién sabía de qué rincón de África, que se limpió una lágrima furtiva a espaldas del capataz.

—¿Cómo que se lo va a llevar una ambulancia, Juárez? Tendrá que verlo un médico para certificar si...

—Se lo lleva y punto, muchacha, que este hombre está malherido y necesita ir al hospital.

Sentí la sirena reverberar en la galería. Y la indiferencia. Nadie se acercó a nosotros. El miedo, la frecuencia de los accidentes, el embotamiento de los sentidos son factores que azuzan la indiferencia. «Déjame comprobar que este hombre está vivo, Juárez, no sé qué pretendes.»

Juárez era un capataz de la UTE más bajito de lo que parecía por su complexión de alambre, fibra de acero. Calvo y con patillas anchas y largas, arqueado hacia delante tenía más aspecto de matón que de obrero. De hecho, su cometido tenía más que ver con los *recursos humanos* que con el hormigón y los hierros. En sus tareas de capataz, hablaba con el cuerpo mucho más que con la voz y un par de tatuajes carcelarios en los brazos le daban autoridad. Iba sin casco y en vez de faca, esgrimía un móvil, hilo directo con quién sabe qué instancia pragmática de mando. Con una mano me tenía a raya mientras que con el pulgar no tan torpe de la otra marcaba la rellamada en el teléfono.

—Está aquí la ingeniera Viqui Suárez en plan metomentodo. Vale, se la paso.

Era el jefe de grupo, el gerente de la concesión, mi superior directo a falta de Ricardo. Rápidamente me ordenó que le siguiera la corriente al capataz sin hacer preguntas.

—Pero me huele que ese hombre...

El jefe colgó sin dejarme terminar la frase y ya llegaban los camilleros de la aseguradora de la empresa, que en un instante, ante mi mirada atónita, demostraron ser ciegos y sordos, además de padecer insensibilidad táctil. Arrancaron el cuerpo de plastilina a la cesta elevadora y lo posaron en la camilla. Adiós. Ya se habían ido. Y con ellos, mi letargo.

Guardé un minuto de silencio, pero no por respeto, sino por choque. Juárez ya no estaba. Moví la cabeza y allí se erguía, mirándome en silencio y con rostro tristón, el hombretón de la clandestina lágrima que acompañaba al capataz en el *rescate*. Seguramente era el descubridor del accidente. Al ver que me dirigía hacia él, me dio rápidamente la espalda y pareció como si huyera hacia la salida. Me quedé clavada en el sitio, pero creí percibir una señal de los ojos, a juego con la cabeza, que me invitaba a seguirlo, y así lo hice.

Me condujo manteniéndome a distancia, con disimulo, hasta que la luz y el calor del cielo azul me abofetearon. Serpenteó por entre máquinas paradas, una grúa y una excavadora durmiente. Atravesó una hilera de grandes vehículos hormigonera que esperaban su turno de descarga y sorteó una salida de camiones que sacaban de allí interminables cantidades de tierra y cascotes. Rodeó casetas de obra y montones desordenados de escombros. En una esquina de la retaguardia, junto a la valla de alambre que nos separaba de lo que en tiempos fuera un parque cercado de edificios para familias obreras, había cinco enormes cilindros de hormigón amontonados horizontalmente, tres debajo, dos encima, dejados de la mano de Dios. Apoyándose en el tocón de un viejo árbol talado, se metió en uno de los aros de arriba con agilidad de leopardo, y cuando llegué hasta él, me tendió su mano grande y me alzó a pulso para que entrara. Dentro reposaba otro obrero negro que se levantó y se marchó despidiéndose de mi anfitrión con un gesto callado y un salto sigiloso. Me dio la impresión de que se trataba del escondrijo de algunos trabajadores inmigrantes que se tomaban una tregua de vez en cuando en mitad de la batalla. O que escapaban a la mirada esporádica de la inspección de trabajo. Mi guía echó un vistazo a los alrededores corroborando que nadie fisgoneaba y me dijo con lengua de trapo que se llamaba Ibrahima y venía de Senegal. Me miró a los ojos. Me moría de ganas de preguntarle qué había visto, pero fui incapaz de pronunciar palabra. Entonces, su voz grave se disolvió en el ruido de las obras al transmitirme el nombre del compañero accidentado. «No te he entendido, habla más alto», le dije dos veces hasta que conseguí descifrar la palabra: Gumersindo. Gumersindo qué más. Mohín de

duda. ¿De dónde...? Dominicano. Ya era hora de irse de allí. Se asomó un momento fuera del refugio y me indicó que me ayudaría a salir. Una vez estábamos abajo los dos, me soltó: «Doce de Octubre. A Kwame llevaron Doce de Octubre». Calculé con los ojos la ruta de vuelta al túnel. Cuando le iba a preguntar quién era Kwame, Ibrahima había desaparecido.

Así que regresé hacia el lugar del accidente. Unos currantes me miraron desde el campamento que tenían montado en torno a una sombrilla patética: «¡No camines al sol, que te vas a derretir! ¡Bombón!». Apresuré el paso sin ni siquiera dedicarles una mirada. Cerca de la boca del lobo descubrí a un grupo de ferrallistas, que manipulaban en el exterior varas metálicas y mallazos. Reme, una de las pocas mujeres que podías encontrar entre los trenzadores de hierros, me vio y me saludó con la mano. Me sacó una sonrisa del pozo de malestar. Le contesté elevando levemente el brazo y me puse los auriculares mientras aceleraba el paso. Me adentré rápidamente en el túnel. Apenas tardé un momento en cerciorarme de que la cesta elevadora ya no estaba allí. Me olvidé de todos mis cometidos de ingeniera y busqué la salida con prisa. Al emprender la subida de la rampa de tierra me di cuenta de que Juárez observaba mi rostro indignado. Muy decidida, me dirigí hacia el coche. Juárez se interpuso con chulería en el camino, extendiendo hacia delante un brazo nervudo que rodeé con velocidad.

—Adónde vas.

—A ti qué te importa.

Sudaba. Estaba cardiaca, agitadísima, adrenalínica. Creo que salté sin darme cuenta las vallas amarillas y los bidones abollados. Volé por encima de hierros amontonados, zanjas, barreras de plástico, contenedores de escoria. Me subí al coche y me tranquilicé en un instante en la falsa seguridad de la burbuja. El suave rugido del motor me sacó a trompicones al río sucio de vehículos que reptaban por entre la guerra de la M-30 y la memoria me llevó sin contratiempos hasta la puerta del edificio de urgencias del Doce de Octubre, un módulo rectangular adjunto al monstruoso edificio colorado, ladrillo años setenta, de la Residencia General. Un puñado de trabajadores

sanitarios sostenían una pancarta de apoyo a los médicos de urgencias del hospital Severo Ochoa de Leganés imputados por aplicar cuidados paliativos a pacientes terminales. Entré en el hormiguero y me costó conseguir que me atendieran en el servicio de admisión. Una mujer de mediana edad, de bata verde y cabello cano, parapetada detrás de la pantalla en una mesa de oficina, me preguntó qué era lo que yo quería.

—Busco a un trabajador de la M-30. Ha habido un accidente grave y, según me han dicho en la empresa, lo han traído aquí. Soy ingeniera de las obras y quiero verlo y que me informen de su estado de salud.

Yo ya había sacado del bolsillo la credencial de plástico, con una pinza plateada, que me daba la UTE y que jamás me había colgado de la camisa. Pero aquella mujer ni me miraba cuando me preguntó el nombre del enfermo con la vista fija en el ordenador.

—Sólo recuerdo el de pila, Gumersindo, y su nacionalidad, dominicano.

—En fin, voy a echar un vistazo rápido a ver si lo localizo, pero tenga en cuenta la cantidad de gente que entra por aquí cada jornada.

Miré a mi alrededor y por un segundo pensé que, en efecto, sería muy difícil dar con alguien por su nombre de pila.

—Puede que sea este. Apenas hace un rato que lo han traído. Gumersindo Ruiz, dominicano, treinta y dos años. Por lo que dice la ficha, ha ingresado cadáver. Ha llegado aplastadito, el pobre.

Dos

No sé si saben ustedes lo jodido que es un turno de doce horas en la excavación de un túnel de carretera. Yo manejaba una excavadora de orugas de treinta y cuatro toneladas, una Komatsu PC-340 de color amarillo, y cuando comenzaba la jornada, un cierto placer me recorría los miembros y llegaba hasta el cerebro. La máquina llevaba ya mucho tiempo convertida en una prolongación de mí. Recién descansado, bien colocado de cafeína, deseaba sentir el poder que me otorgaba la pluma de once metros, la pala que desbarataba el terreno como si fuera la arena de una playa de la infancia. Las primeras dos horas de trabajo eran hasta agradables, aún podía sentirme como un niño que agujerea con la fuerza de un gigante. Pero conforme se acumulaban los minutos de la tercera hora, la tierra se iba tornando más resistente. Entiéndaseme: era el mismo suelo, lo que declinaba era mi alegría.

Trabajando, soy un perfeccionista. Me gusta vaciar la sección que me encomienden de manera ordenada, del mismo modo en que mi madre iba consumiendo el queso fresco. Trazaba unas líneas imaginarias y decía: «Desde aquí hasta aquí, mi parte. Esto de aquí, la tuya». Luego, con la cucharilla, esculpía su hueco hasta dejar una pared blanca, lisa y perfecta, en el límite virtual exacto marcado de antemano. Yo, en aquellas obras, con la máquina, hacía lo mismo. Trazaba líneas que respetaba escrupulosamente, que prácticamente acariciaba con la pala cuando terminaba. Mi jefe me consideraba su mejor maquinista. Contra el espantoso caos aparente de los trabajos de soterramiento de la M-30 en el margen del río Manzanares, el orden era una maraña impresionante de trazados imaginarios que apenas subsistían en las cabezas de los ingenieros y en los planos. Y era imprescindible ser muy preciso con los límites para terminar de vaciar la galería sin perjudicar las pantallas de hormigón que sujetaban la bóveda a derecha e izquierda. Hacían falta tipos como yo, apéndices

del monstruo mecánico capaces de figurarse un dibujo durante horas y esculpirlo con precisión de relojero a pesar del agotamiento. Así pues, me exprimían.

Y yo me dejaba. Veía mi participación en la impresionante hazaña arquitectónica como una oportunidad de lucha. Aguantar ahí me permitía escuchar a los compañeros y tratar de combatir el infierno resucitando los cadáveres de la solidaridad y la dignidad. Ahora recuerdo esos días y con la desazón se arrebuja un regustillo de heroísmo, porque resulta chungo pringar doce horas seguidas con la máquina mientras se intentan aprovechar las dos o tres medias horas de descanso para procurar hacer un poquito de trabajo de concienciación entre un colectivo de trabajadores totalmente heterogéneo y sometido a la precariedad y el destajo, ignorante, desinformado, atomizado en un sálvese quien pueda generalizado rematado por todos los mecanismos de lavado de cerebro del sistema.

En el momento de parar, me crujía el cuerpo de tanto estar sentado en la cabina. Saltaba a tierra y caminaba junto a los compañeros, encorvado, la distancia, que crecía diariamente según progresaba la excavación, hasta el tugurio de chapa rectangular y blanca de Constructora y Maquinaria Santoni, depositado de cualquier manera junto a tres o cuatro casetas más de otras subcontratas. Era un escenario desangelado, polvoriento. Abría la puerta de ese mínimo barracón prefabricado que nos servía de vestuario y cogía del casillero la bolsa de comida y del alféizar de la ventana uno de los botijos de la empresa, que solíamos mantener llenos de agua fresca. Teníamos una neverita muy apañada, perfecta para enfriar unas cervezas o la gaseosa para el tinto de verano, y una máquina de café.

En los días que nos ocupan, hacía calor. Junto a la sombrilla, entre las barracas, no había bidón de chasca. Los obreros nos aglomerábamos alrededor de aquel paraguas raído en el que la mugre casi no permitía adivinar las margaritas gigantes estampadas. Yo era de los últimos en comer. En aquel momento mi cuadrilla estaba dividida. La mayor parte de los empleados de Santoni se hallaban apostados en otro de los túneles, trabajando para otra de las grandes empresas concesionarias, y paraban lejos y con otro horario. Así que

allí sólo podía contar con encontrarme siempre con los otros tres compañeros de la subcontrata con los que excavaba cada día. En mi turno sólo éramos de fijo dos por máquina pero lo normal era que se sentaran con nosotros otros hombres, y alguna mujer de vez en cuando, a los que en principio no teníamos por qué conocer. Estaban destacados en la misma zona, pero pertenecían a otras compañías y los cambios de personal eran constantes. Las empresas tiraban de contingentes humanos como de hormigón o ladrillos, tráeme veinte para acá, llévate catorce para allá. Solían ser partidas de operarios de todas las nacionalidades, y con tanta subcontrata reinaba una sensación de caos permanente de horarios y costumbres. De cualquier modo, como estábamos juntos en el tajo, aprovechaban con toda naturalidad nuestra sombrilla.

Ustedes se pueden imaginar el cariz de las conversaciones entre obreros. Ante todo, mucho cachondeo. Mis tres compañeros sentían esa sombrilla como su territorio particular, y no se cortaban un pelo aunque la gente nueva fuera mayoría. Por ejemplo: el Ruso era el conductor de la otra excavadora, y creo que pesaba, por lo menos, ciento veinte kilos. Sudaba como una fuente. Rodríguez era un guasón de metro sesenta que, sistemáticamente, le decía: «Ruso, pareces un hipopótamo. No te acerques a mí, que me quedo pegado». Entonces, bastaba que Rodríguez se descuidara un segundo para que el Ruso lo agarrara con sus gruesos brazos, lo alzara y le chupara la oreja diciéndole que era su nena, qué guapa vienes hoy, vamos a la caseta, que te voy a hacer feliz. «¡Cagüen Dios, Ruso, suéltame, qué asco, apestas, cabrón!», y risas, y un trago de la bota de vino...

Si pasaba por allí alguna de las pocas mujeres que se desempeñaban en las obras —una ingeniera, personal de apoyo de la dirección facultativa o alguna de las pocas ferrallistas que las empresas se habían visto obligadas a admitir por la escasez de hombres preparados — me entraba vergüenza ajena con el chorro de groserías, sandeces y burradas que me tocaba escuchar. Era el momento del Malahiena, uno de los auxiliares de Santoni, valenciano para más señas, que estaba mayormente callado, pero despertaba con frases torcidas del estilo de «¡ven aquí, guapa, que te voy a dar raboterapia!». Sin embargo, si una

de esas mujeres se decidía a sentarse con nosotros, se acababa el cachondeo machistorro y se imponía un cierto respeto. En las distancias cortas, a más de un valiente se le marchitaba el poderío. El Malahiena se diluía en su silencio habitual, dejaba a un lado la psicopatía y volvía a ser la mosca muerta de la cuadrilla.

Yo permanecía atento cada vez que aparecían comensales desconocidos o infrecuentes. Me veía a mí mismo como un pescador paciente que aguarda a que la presa olisquee el anzuelo para dar el tirón preciso y engancharla. Después del pequeño show de los habituales de la sombrilla, surgía una conversación de un modo u otro. La priva, otras drogas si eran jovencitos los trabajadores, el sexo, el fútbol, la dureza de la vida en la emigración... Me bastaba cualquier comentario sobre los injustos salarios de los futbolistas, o sobre lo complicado que resultaba encontrar un buen empleo para el ciudadano del tercer mundo que llega en precario, por ejemplo, para meterme en el diálogo y lanzar tímidamente un enunciado, tan atrevido como cogido con alfileres, acerca de las condiciones de trabajo que padecíamos. O recordando los infinitos incumplimientos del convenio colectivo de la construcción que aceptábamos calladamente. O trayendo a colación la falta de seguridad en el tajo y la poca vergüenza del director general de Infraestructuras del Ayuntamiento cuando decía que lo importante no es el número absoluto, sino el porcentaje de muertos y heridos. Se trataba siempre de un tiento, por si sonara la flauta, yo soltaba la flor sin ponerle casi esperanza al gesto.

Alguna vez algún currante me escuchaba. En raras ocasiones tenía mucha suerte y de entre la precariedad y el fastidio saltaba un compañero que añadía, por ejemplo: «Si es que contratan a un mindundi, le medio enseñan a soldar y hala, ahí lo tienes, sin ni siquiera ponerse la máscara». Yo pensaba inmediatamente: un diamante en bruto. Entonces había que cultivar la indignación por el trato que recibíamos de capataces y encargados, por los extenuantes horarios de trabajo, por los riesgos tremendos que corríamos a cuenta de las exageradas prisas del Ayuntamiento y la desfachatez de contratas y subcontratas, que ponían a cualquiera y de cualquier modo

a efectuar tareas complejas o peligrosas. ¿No iba a ser posible hacer las cosas bien, un poco más despacio, cumpliendo el convenio colectivo y las leyes en general, protegiendo nuestra salud y nuestras vidas, respetando nuestro derecho a descansar...? Con el viento a favor, en esos momentos exquisitos, mágicos, en que se rompía el hechizo del capital, compuesto de aspiraciones y de miedos que vibran grabados en la espina dorsal, en el cerebro de reptil que subyace en el cerebro humano, me atrevía a sugerir que quizás hay que pensar también en los vecinos que sufren esta obra, Dios, qué existencia, años ya con el martilleo inacabable de las máquinas veinticuatro horas diarias —fines de semana incluidos—, las nubes de mugre que se incrusta hasta en el alma, la desesperación con el aparcamiento o con el acceso a la vivienda a través de las obras, lo que tiene que ser vivir, criar a tus hijos, levantarte cada mañana, no dormir por las noches, en las trincheras indeseadas de una guerra insoportable que ni te va ni te viene.

La mayoría asistía en silencio a estos diálogos y deliberaciones que nacían como por milagro, como un afilado rosal en el desierto. Eran momentos en los que se encendía dentro de mí un orgullo agudo y fantasmal, el rescoldo mortecino de las luchas de un siglo de hombres y mujeres de la clase obrera que pusieron toda su carne en las parrillas para acercar la revolución, traer al mundo otro mundo mejor, justo, razonable, solidario, hermoso. Me sentía en un oasis, era un espejismo que me daba ánimos para aguantar ahí, erre que erre, como infiltrado en un terreno siempre enemigo que por un instante volvía a ser mi patria, mi lado, territorio liberado. Una pequeña victoria para contar a nuestros muertos e imaginar que se podían sentir orgullosos de que aún alguien insistiera en seguir sus pasos.

Sin embargo, lo habitual era no pescar nada. Soltaba el cebo, palabras que flotaban unos segundos en el aire. Nada. Se imponía la penosa realidad: el mar de las mentes anda tan contaminado como el mar de verdad, y el pescador se acaba acostumbrando a volver a casa con el cubo vacío. «Vete a tomar por culo, Caldera. Con tus rollos nos acabarás buscando la ruina», me podían decir lo mismo el Ruso que Gutiérrez, o cualquiera de los que ya me conocían, si con un enojoso

silencio no bastaba para callarme. Estaba acostumbrado a la derrota y me lo tomaba con paciencia y resignación: después de la píldora amarga de turno, de nuevo al runrún de la máquina, a pelear con el terreno esperando la siguiente parada, en la que ponerse a pelear con las mentes. Así es la roja dignidad. Exigente.

En la M-30 se trabajaba a toda máquina, por encima de lo que pueden soportar con naturalidad los cuerpos y las almas. No hubo jamás una protesta significativa más allá de denuncias esporádicas de los sindicatos, comunicados de la oposición municipal y pequeñas iniciativas y manifestaciones de asociaciones de vecinos afectados, grupos ecologistas y la ristra de colectivos que se oponían al proyecto por diferentes razones. La preparación del entramado laboral fue toda una obra de ingeniería hilada por la mente sin escrúpulos de Equis, el hombre de confianza del alcalde que ideó las bases de todo el megaproyecto. El truco consistió en saber presionar a las empresas para que entregaran los tramos en el plazo. Le decían a la gran compañía constructora que conseguía la adjudicación de un sector de las obras: te pagaremos enseguida si te portas bien, pero como te retrases, prepárate a esperar. ¿Y si hay sobrecostes para llegar a tiempo? El concejal de Hacienda tenía el encargo de asegurar un pozo sin fondo de financiación pública. Organizó la gestión municipal a través de la concesión de todo el proyecto a una empresa pantalla de titularidad pública que les permitía saltarse a la torera las estipulaciones del derecho administrativo que limitan la arbitrariedad en las adjudicaciones y fijan los presupuestos de obra financiados con caudales públicos. De menos de dos mil millones de euros previstos en un principio, al término de los trabajos de soterramiento de los viales ya iban gastados más de cinco mil. Endeudaron a los madrileños para los próximos treinta y cinco años. Por su parte, las empresas concesionarias de los tramos entregaron más del noventa por ciento del trabajo a subcontratas de todos los colores y tamaños hasta armar tal tejemaneje corporativo que, al amparo de las urgencias de los políticos, cupieron todas las ilegalidades y salvajadas que ustedes puedan imaginar en una obra pública en pleno siglo XXI.

Cada subcontrata manejaba a un número pequeño de operarios, que

eran, en su mayoría, inmigrantes en una situación de endémica fragilidad legal. Predominaban los contratos temporales, parciales, precarios, y hasta había no-contratos rampando sobre necesidades inmediatas, a ver, quién quiere trabajar hoy, tú, tú y tú, a la furgoneta. Todo el entramado apestaba a racismo estructural: como regla general, a más oscuridad de piel, más explotación y menos garantías para el trabajador. Y el grueso de los sueldos pivotaba sobre el recurso permanente a turnos tan interminables como ilegales y el pago de acuerdo con el rendimiento. Me estremecía ver a miles de hombres jugándosela por unos euros, y la mala uva me fortalecía los músculos con los que empuñaba rodela y lanza quijotescas.

Ahora bien, lo más irritante de todo era la pasividad ante los accidentes. Sabrán ustedes que el maravilloso proyecto patrocinado por la Administración municipal de Madrid se acabó entregando en el plazo electoral establecido, con un saldo de, al menos, nueve muertos, y decenas de heridos graves. Cuando yo arrancaba del suelo montañas de tierra y cascotes junto al río Manzanares, ya llevábamos cuatro cadáveres disueltos en la papilla empresarial de conformismo. Varios hombres a los que había conocido estaban ingresados en el hospital con heridas de distinta consideración y nada, absolutamente nada, había cambiado cada vez que pasaba algo gordo. Después de un percance grave, los sindicatos ponían una denuncia a la Inspección de Trabajo, que se daba un paseo, y levantaba unas actas de infracción de escándalo que terminaban quién sabe en qué cajón o se resolvían en multas que llegaban tarde y, en última instancia, pagaba la infinita provisión municipal de fondos. Después, regresaba la extraña normalidad que pulverizaba cotidianamente el convenio colectivo y las normas más elementales de seguridad en la construcción, sin que las supuestas organizaciones obreras volvieran a denunciar a las empresas... hasta que la desgracia sacudía de nuevo las obras. Siempre que sonaban las ambulancias aquí o allá, me sentía como un pacifista impotente en un campo de batalla lleno de carne de cañón que aceptaba su sino por un plato de lentejas.

Runrún. Arañazo al montón de suelo. Runrún. La pluma eleva la carga, desprendo el puñado de escoria en el volquete. Runrún.

Arañazo al montón de suelo. Runrún. Un pensamiento. Activo el piloto automático. El runrún rítmico como fondo mientras medito la próxima estrategia para la disputa de las mentes. Un chasquido en el aparato de radio: Rodríguez me da la señal de alarma. Nos aproximamos a la línea. Desactivo el piloto automático y mido con la mirada el arañazo. Runrún. Descarga en el camión. Runrún. Acaricio el límite. Me detengo.

Uno de esos días terminé de vaciar una porción establecida y se me acercó mi supervisor, Julián Díaz Santoni, dueño de la empresa para la que yo trabajaba. Constructora y Maquinaria Santoni era una de las subcontratas más pequeñas en las que delegaba directamente la UTE adjudicataria del tramo donde operábamos mi máquina y yo. Y el jefe era un tipo legal y sencillo que me tenía aprecio. Cuando hablaba de mí, ponía la mano derecha sobre su barriga hipertrofiada, sacaba de adentro ojos de solemne sinceridad e invariablemente decía que había conocido a mi padre, que yo era un buen vecino del barrio de San Blas, su barrio, y que nadie me igualaba en el trabajo con la excavadora. Santoni iba de padrazo bonachón y le cogí cariño con los años, porque fueron años los que pasé esforzándome para sacar adelante su negocio. Procuraba tratarnos con educación, conseguía que nos sintiéramos escuchados cada vez que surgía algún problema. Reinaba un ambiente casi familiar en sus cuadrillas.

Inspeccionó, como siempre, el resultado de mi esfuerzo. Afirmaba con la cabeza mientras intentaba medir a ojo el ajuste del hueco a las dimensiones marcadas y comprobaba que los pilotes de hormigón de la futura pared del falso túnel estaban intactos. Atardecía y se acercaba la hora de regresar a casa tras una jornada agotadora.

—Santiago, tenemos que hablar.

Me bajé de la excavadora y nos acercamos a nuestra sombrilla sin sol. No había nadie y me invitó a sentarme en una silla de plástico ennegrecida por la intemperie. Entró en la caseta para sacar un par de cafés de la máquina. Me dio un vasito de plástico humeante mientras sostenía el suyo y se sentó erguido en una hamaquilla plegable de tela que se diluyó en el amplio perímetro de su culo. Refrescaba, pero nos daba lo mismo. El agotamiento hacía que no tuviéramos ni frío ni

calor mientras la luz de septiembre palidecía porque ya se acababa el verano.

—He recibido algunas quejas.

—¿La he cagado con la pala?

—Qué va, tú eres el mejor oficial que tengo. No es nada que tenga que ver con la calidad de tu trabajo. Es por tu manía de soliviantar a los compañeros en los ratos de descanso.

—Vamos, Julián, no me jodas. ¿Qué pasa, que los currantes ni siquiera vamos a poder charlar?

—Por supuesto que ese no es el problema. Lo que pasa es que me vas a meter en aprietos como sigas calentando los ánimos. Nadie debe pensar que se te pasa por la cabeza inducir el más mínimo retraso. Sabes de sobra que todos tenemos prisa, si no espabilamos no cobramos. Es lo que hay.

—Y tú sabes de sobra también que estamos quebrantando permanentemente el convenio.

—Mira, Santiago, a mí me la suda si haces de sindicalista en esta mierda de obra. Casi me viene bien, porque soy el primero que está jodido con las condiciones que nos impone la UTE. Esos cabrones no hacen nada, se embolsan la pasta a lo grande y a mí me toca comerme los marrones. Unos crían la fama y otros cardamos la lana. Sin embargo, creo que estás molestando a más de un gilipollas y puede haber represalias. Ten más cuidado, te lo ruego. Te voy a respetar el puesto siempre, salvo que la empresa peligre. Piensa que no eres mi único trabajador. Somos unas cuantas familias las que vivimos de Construcciones y Maquinaria Santoni.

Tres

Cada vez que entraba en el despacho del jefe de grupo, en la concentración de casetas de Méndez Álvaro, la foto que presidía el recinto me acariciaba con una ligera náusea de vergüenza ajena. Con fijador hasta las orejas, un traje de mil euros y la sonrisa babosa, le daba la mano al rey de España, el cual exhibía su famosa campechanería repetida en mil y una ocasiones con un gesto ensayado. Yo pensaba: vale que mi padre, que dispone de un cerebro de ingeniero brillante, se sepa de memoria los nombres y rostros de casi todos sus alumnos universitarios, que son más de un centenar; pero cómo suponer que Juan Carlos Primero pueda tratar a cualquiera de sus cuarenta y pico millones de súbditos como si lo conociera de toda la vida.

La estancia sufría una temperatura de almacén frigorífico. Un golpe congelador te advertía de la superioridad de tu interlocutor, un hombre de unos cuarenta y cinco años y aspecto un tanto excesivamente juvenil, que, a pesar del ambiente polar, sudaba a través de la camisa de color blanco azulado, a juego con un elegante pantalón de traje, la chaqueta colgada en el perchero de la entrada. El despacho disfrazaba la provisionalidad con aire de oficina elegante, un mobiliario pesado y caro, noble, una decoración que hacía olvidar las paredes de chapa del cubo portátil en el que estaba instalado el puesto de mando. El jefe estaba de pie, hablando por su teléfono móvil mientras caminaba en círculos mínimos, como un periquito en su jaula, pero sin alas y sin saltitos. Con la mano y un movimiento de cabeza me indicó que me sentara. Discutía enfadado con alguien a quien convencía de que era una tontería más de la oposición municipal eso de que pudiera existir algún riesgo por meter una tuneladora gigantesca en terrenos supuestamente poco competentes como los que sostienen decenas de edificios en los barrios que iban

atravesando las tuneladoras del *Bypass Sur*. «Esto no es Barcelona —le lanzó a su interlocutor—, ni la Arganzuela es el Carmelo, aunque a más de uno le encantaría que nos salieran así de mal las cosas.» Estuve muy entretenida durante los cinco minutos que esperé en aquella silla de diseño ergonómico, forrada en piel, escuchando con la vista fija en la enorme mesa de madera maciza, los consabidos retratos de la señora y los niños, la agenda abigarrada de anotaciones, la estilográfica de diseño japonés.

Apretó con presteza el botón rojo del móvil, todo pantalla, al tiempo que se lo metía en el bolsillo del pantalón de corte de ejecutivo. Pensé: parece un político trasplantado a la dirección técnica del proyecto, no pega su estilo con el del ingeniero de camisa y tirantes, casco y botas. ¿Cómo conseguiría conservar el traje limpio en medio de la permanente nube de polvo que oscurecía para siempre la explanada de las casetas de Méndez Álvaro? ¿Cuál sería su método para mantener imperturbable ese peinado en semimelena, moda pija del momento, absolutamente impoluto, como de anuncio con impecable rostro sin edad? Tomó asiento separado de mí por el escritorio. Me miró transmitiendo una advertencia. Te va a caer la del pulpo, me hizo barruntar.

—Me temo que no solucionaste lo de las filtraciones de agua. —Claramente, esto era lo menos importante de la reprimenda a la que me empezaba a someter.

—Bueno, usted sabe que eso lo voy a resolver enseguida.

—¿Adónde fuiste después?

—¿Después de qué?

—Después de montarle el numerito a Juárez. No te pases de lista conmigo y contesta pronto y al grano. No tengo toda la mañana.

Intenté pensar rápido. ¿Ser o no ser sincera? ¿Qué estoy haciendo, qué me conviene? Me quedé parada, en silencio.

—Contesta de una vez, adónde fuiste.

—Me impresionó que Juárez, con su permiso, escondiera la muerte de un trabajador de la UTE.

—¿Qué dices de esconder una muerte? ¿Cómo sabes que estaba muerto? No escondimos nada. Ese hombre estaba malherido, una

ambulancia era lo que necesitaba. —El jefe estaba cada vez más enfadado, pero no me gritaba. Le gustaba expresar el poder con sutileza y desdén. Por el momento, yo no valía un cabreo verdadero.

—Sigo sin poder creer lo que vi. No me faltaron ganas de pregonarlo. Así no se hacen las cosas. —Las palabras desencadenaron algo en su cara, un enrojecimiento, una ligera hinchazón.

—¡Tú no decides cómo se hacen aquí las cosas!

Con un ataque de dentera me di cuenta de que el problema era aún más grave de lo que había supuesto. Me ordenó mantener la boca cerrada si quería conservar el empleo y no me echaba ahora mismo porque alguien me apoyaba por arriba, mi padre era amigo personal de Equis, la mano derecha del alcalde, el director de todo el proyecto de reforma de la M-30. ¡Cómo si no iba a haber admitido a una ingeniera técnica de obras públicas sin experiencia para un puesto que equivale al de jefe de obra en proyectos de menor entidad! ¡Lo que hacen falta son auténticos tuneleros, ingenieros como Dios manda, con años de experiencia al pie del cañón, preparados para dar la talla en los grandes proyectos! No iba a consentir que se pusiera en peligro el buen nombre de la empresa, o futuras adjudicaciones, por un puto negro cubano.

—Dominicano.

—¿Y qué coño importa? ¿Qué coño importa un tío que en su país ya estaría muerto de hambre? Oye, ¿y tú cómo sabes la nacionalidad de ese desgraciado? Te lo advierto, Viqui Suárez, como metas más las narices en este asunto te acabo poniendo de patitas en la calle. Me da por culo si tu padre es el papa de Roma. Tu trabajo es de control técnico, ¡he dicho técnico!, de las obras. Punto. Se acabó.

La última oración se refería en realidad a la reunión. Tardé unos larguísimos segundos en darme cuenta, lo deduje de cómo se puso el jefe a mirar papeles haciendo como que yo ya no existía, ausente tras los ojos inclinados hacia los documentos que parecía estudiar. No dije nada, salí despacio, cerré la puerta con aparente normalidad y abandoné la oficina provisional. Calor. Un complejo de casetas y un gran barracón blanco prefabricado albergaban el cuartel general de la UTE a la orilla de la calle Méndez Álvaro, junto a la tremenda sima

artificial que se acabaría convirtiendo en una chimenea de la autopista subterránea. Pasó un tren de cercanías, rojo y blanco, que me figuré lleno de gente silenciosa de mirada triste, por las vías elevadas sobre nosotros, encima de un interminable terraplén. El ferrocarril era la frontera entre los últimos descampados del Madrid con aspiraciones de capital de la clase media y el Madrid obrero del sur de Vallecas. Lo atravesaban por debajo dos pasadizos, uno que conectaba Méndez Álvaro con la avenida de Entrevías, otro que enlazaba una vía cuyo nombre desconozco, vacía de construcciones, con una glorieta en la calle Convenio que da a la del Pico Javalón, ya en territorio de edificios baratos de ladrillo rojo o amarillo, algunas fachadas encaladas, estancias estrechas, tabiques de papel de fumar. El campamento de la empresa vivía a la sombra del camino de hierro y parecía tener los ojos puestos ininterrumpidamente en el subsuelo. Topos instalados en la frontera de la ciudad, escondidos del movimiento cíclico y perpetuo de cuerpos y vehículos y de la vida vecinal que aún conserva el recuerdo de haber sido pueblo alguna vez, en un territorio patas arriba como si siempre hubiera sido inservible. Tenía mi oficina en un módulo prefabricado blanco y beige, como abandonado desde el cielo por Dios en esa tierra de nadie, sobre una superficie de polvo pardo, el suelo equilibrado de cualquier manera, amontonando ladrillos. Cruzando la calle sin nombre, podía llegar a un grupo de pinos polvorientos milagrosamente salvados de la tala. Generalmente pisaba poco esa especie de despacho que me habían asignado. La verdad es que me veía obligada a trabajar casi siempre a pie de obra y me tuve que amoldar al cubículo que administraba Mejías. Me bastaba con encontrar una superficie de apoyo para el ordenador portátil y que de vez en cuando, si tenía que desplegar planos o documentación, me cedieran un rato el pesado escritorio metálico gris, tablero con superficie de cristal, cenicero sucio y bolígrafos Bic desparramados por encima.

Tenía mucho que hacer, pero sentí la necesidad de digerir de algún modo la entrevista con el jefe de grupo. Y ya eran casi las cinco de la tarde. Así que decidí quedarme un rato en aquella dependencia que compartía con otros tres ingenieros. Dos de ellos estaban dentro. Hola,

qué tal, ese fue todo el caso que me hicieron, porque de verdad no tenían otro remedio que ir a lo suyo y trabajar sin descanso. Ni su nombre sabía.

Mi mesa estaba junto a uno de los ventanucos laterales del módulo. La suciedad del cristal no me impedía asomar la mirada a los contornos yermos. Busqué la postura cómoda en la silla de ruedas de respaldo largo, me había costado cien euros en el hipermercado. Saqué el ordenador del bolso negro. Desdoblé la pantalla, esperé a que se cargara el sistema operativo y activé el programa de agenda y correo electrónico al tiempo que ponía en marcha la hoja de cálculo con la que iba anotando los gastos, las previsiones y las realizaciones del mes. Se me acumulaba la faena, pero me quedé en blanco. Me entraron ganas de llorar. No conseguí evitarlo. Nadie se dio cuenta.

Al día siguiente, por la mañana, regresé a las obras con poco ánimo, pero una fuerza interior extraña me lanzaba a enfrentarme con naturalidad al reto de sacar adelante mis responsabilidades sin el apoyo de Ricardo, que siempre tenía la última palabra en la resolución de cualquier problema y me daba instrucciones precisas acerca de qué paso dar casi a cada momento. Empezaría, cómo no, con las dichosas filtraciones de agua. Esta vez olvidé los auriculares en el coche. Me dio igual sumergirme en el estruendo, me resbalaba lo que antes me amenazaba. Un obrero latinoamericano me echó un piropo: «¡Mamasita, lo suyo es andar, lo demás, insultar al suelo!». Me sorprendí a mí misma girando la cabeza y sonriendo con desdén a un individuo chaparro de piel gris que se reía mientras sus congéneres le aplaudían con los párpados la audacia. No me aguantaron la mirada y regresaron a su tarea con el cráneo gacho, posiblemente atemorizados por mi chaqueta ligera clara de lino, pantalones estrechos a juego y botas de marca impolutas: ingeniera como mínimo. Sentí un empujón que me nacía de dentro y me acerqué a donde se habían vuelto a concentrar en sus tareas de despeje de materiales. Eran peones, y su temor me hizo creerme superior por un instante... hasta que les pregunté si conocían algo de Gumersindo, el dominicano muerto el sábado pasado. ¿Qué Gumersindo? Nadie quería saber nada, el canguelo se tornó hosca hostilidad de inmediato. Les di unas gracias

huecas y sin sentido y retomé la ruta hacia la boca de la serpiente subterránea. Por el camino busqué a Mejías, pero había salido del campo de batalla y no regresaría en un par de horas. En su lugar me di de bruces con Juárez. Prefería meterme yo solita en faena. Con desgana, me ofreció su ayuda, ¿necesita que la acompañe?, pero la mera perspectiva de ir de aquí para allá flanqueada por semejante individuo me dio fuerzas para soltarle un desdeñoso no me hace ninguna falta, no te preocupes.

A la sombra del mamotrético hormigón, dejé a un lado el enclave donde Gumersindo quedara «aplastadito». Penetré otros cincuenta metros en el gran pasadizo rectangular sin encontrarme con nadie. Consulté mis anotaciones y me planté ante un muro manchado de una humedad que se extendía por la contrabóveda de hormigón sobre la que se alquitranaría más tarde la autovía. Chapoteé con los pies en un charco. El Manzanares, sometido por los terraplenes, quedaba lejos, pero no había que excluir de antemano su responsabilidad en el pequeño desaguisado. Inspeccioné los alrededores, iluminados con una tira interminable de bombillas de luz de obra. Reconocí una grieta sospechosa en el techo, muy cerca del confín de la mancha de agua. Pero con la difusa luz de aquel agujero, incluso enfocándola con mi pequeña linterna, no podía apreciar bien la herida. Necesito algo con lo que encaramarme, pensé. El dilema era hacia dónde caminar: más adentro, hacia el ruido que venía de la vanguardia del revestimiento del túnel, o hacia el exterior, por donde había venido.

Opté por acudir hacia el sonido de las obras interiores. Enseguida encontré a un grupo de tres gigantes africanos que cargaban a mano fragmentos de hormigón en un dumper. Reconocí inmediatamente a Ibrahima y me dirigí hacia él. ¡Ibrahima, escucha, necesito tu ayuda! El senegalés me miró con preocupación, oteó los alrededores y espetó con urgencia: diez y media, almuerzo, tubos. El buen hombre pensó que yo quería preguntarle algo sobre el accidente, pero le hice ver que necesitaba otro tipo de auxilio. Al poco rato, los tres trabajadores se habían hecho con una cesta elevadora azul. Me flaqueó el ánimo al recordar otra vez a Gumersindo, pero no dudé en subir. De esa manera pude cerciorarme por completo de que el agua se filtraba a través de

un leve resquebrajamiento en la pared recientemente gunitada. Descarté un problema de estructura, yo misma había auscultado los pilotes y tenía la total seguridad de que estaban perfectamente. Llamé a Ricardo.

—Tengo fiebre, Viqui, no sé si estoy en condiciones de ayudarte como es debido. De todas formas, por lo que cuentas, hay que afrontar la entrada de agua con una capa de mortero especial, ya sabes, del que fragua en apenas cinco minutos. Coméntaselo a Mejías. Luego tienes que permanecer vigilante, porque puede que el agua busque su camino y aparezca por donde menos se la espera. Por cierto, ¿ha llovido hace poco?

—No recuerdo, Ricardo. Pero me parece que llevamos unos cuantos días secos.

—Entonces quizás sea conveniente que busques por fuera una fuente de agua. Dudo que sea el río, está demasiado lejos. Tiene que haber algo, una avería, un estancamiento imprevisto, algo.

Ibrahima y sus dos compañeros me miraban absortos cuando colgué el teléfono. Me sonrieron. Diez y media, tubos, le dije en cualquier caso al amigo africano cuando se marchaban los tres con el dumper cargado de cascotes y la máquina con la que me habían izado. Me saludó afirmativamente y se perdió en las sombras.

Debo decir que la investigación en la cara exterior de la bóveda de hormigón fue una experiencia penosa. Tuve que esquivar de un salto una mini excavadora desorientada que pululaba por entre montones de tierra y barreras de plástico y se abalanzó sobre mí para acabar rebozando mis señas de identidad empresarial en un polvo pardo recalcitrante. Busqué un baño cercano donde asearme un poco y lo hallé en un barracón de una subcontrata, guiada por obreros que se reían de mí en silencio cuando me miraban a la cara, y se descojonaban en cuanto me daba la vuelta. Había un pequeño espejo sin marco sobre un lavamanos viejo, pero más o menos limpio. Me miré y me descubrí la cara recubierta de mugre. Me froté con energía, incómoda en la ratonera. Me mojé el pelo y acrecenté el desastre en la ropa porque las salpicaduras de agua formaron un barrillo muy enojoso en las solapas de la chaqueta. Se hacía del todo imposible

restaurar la autoridad de la indumentaria en la obra, que se basa fuera de toda duda en una pulcritud descontextualizada.

Busqué y encontré a Mejías, recién llegado del mundo exterior. Le expliqué cómo había que recubrir la grieta. Él enseguida supo cuál iba a ser su cometido y me echó en cara que me hubiera costado tanto tiempo hacer frente al problema. Obvié el reproche y le conté la hipótesis de Ricardo sobre la posibilidad de que hubiera alguna avería o acumulación imprevista de agua en el exterior del túnel. Vamos, me dijo. Con el encargado era todo más sencillo. Menudo sherpa para este Himalaya, pensé. Me conducía con presteza por entre socavones, trozos tirados por el suelo de mallazo enrollado para pilotes, montones de placas metálicas para encofrado, vallas de separación de áspero tejido naranja o verde, bidones de plástico desparramados, palés de madera apilados, postes metálicos muy altos con luces de alta intensidad para iluminar las obras por la noche, paquetes cúbicos gigantes de ladrillos envueltos, o no, en plástico, tubos flexibles como serpientes por el suelo, filas de tuberías gruesas de PVC, estructuras de hormigón tapadas por lonas blancas, montones de material cubiertos de lona negra de plástico, contenedores de escombros llenos a rebosar o medio vacíos... Tropecé con un escalón de ladrillo mordido que dejaba adivinar una especie de bóveda interior de alguna edificación que había pasado desapercibida. Me tumbé y metí la cabeza en el hueco, ante la mirada entre asombrada y divertida de Mejías, que parecía disfrutar viéndome tan sucia e importándome tan poco ponerme aún más perdida. ¡Ahí está! Un charco enorme no terminaba de desaparecer dentro de algo que bien podía ser un colector de aguas construido a base de sucesivas hiladas de ladrillo macizo de factura antigua, con enlucido interior. Se nos había escapado, sepultado por las obras sin mucho miramiento. Tendría que haber sido eliminado por completo en el momento de excavar la zanja para forjar el muro guía de cara a la ubicación posterior de las pantallas. Como de costumbre, el encargado ya sabía qué hacer y sacó el teléfono y se puso a movilizar los recursos. En un par de días lo machacamos, no te preocupes, chica. Miré la hora: ya eran casi las diez y media. Mejías, tengo algo que hacer, sigue tú con todo esto, le dije. Oteé los

alrededores, me orienté rápidamente y me dirigí hacia los tubos.

Ibrahima no estaba solo. Dentro del angosto refugio reposaban los dos compañeros que iban con él cuando me ayudaron en el túnel. Y en el cilindro contiguo, sentados con las piernas colgando hacia fuera, había dos obreros, también de tez marrón, pero latinoamericanos. Cuando llegué, mi amigo me tendió la mano, me ayudó a subir y me recibió con una leve sonrisa. Insistió, de todas formas, en echar un vistazo para cerciorarse de que nadie nos vigilaba. Masticaban en silencio bocadillos enormes que parecían pequeños en sus manotas. No sabía cómo empezar la conversación. La verdad es que, después del leve gesto de bienvenida, pareció que yo había menguado de estatura hasta hacerme invisible y esperé paciente a que terminaran de comer. Compartieron agua de una botella de plástico sin etiqueta e Ibrahima, por fin, me preguntó qué era lo que quería.

Gumersindo estaba solo cuando tuvo el accidente. Fue el senegalés quien lo descubrió. Estaba muerto, aplastado contra el techo por la cesta elevadora que manejaba sin la ayuda de nadie. «He visto muchos muertos, señora», me avanzó disipando cualquier duda. Ibrahima había dado la voz de alarma. Sólo acudió Juárez, que andaba por allí cerca. Hizo una llamada telefónica y después obligó al senegalés a estar callado mientras lo bajaban entre los dos y avisaba a la ambulancia de la aseguradora de la UTE. Gumersindo era uno de sus trabajadores, no pertenecía a ninguna subcontrata.

—Era bueno. Gúmer me ayuda. Tiene cuatro hijos y trabaja mucho para ellos.

—¡Señora, Gumersindo hacía turnos de doce horas, o más, con la cesta! ¡Estaba deguañingao! —La voz de uno de los hombres del tubo de al lado me obligó a asomarme.

—¿Estaba siempre solo, entonces?

—Siempre, señora. La cesta es peligrosa si uno no tiene quien lo acompañe. Pero Gumersindo era un buey que hacía todo lo que le ordenaban. —Hablaba un joven alto y fornido, con una sucia camiseta ceñida que tenía las mangas recortadas.

—Son cuatro boquitas, y su esposa, también su esposa. —Añadió su compañero, más bajo, tocado con una gorra de béisbol y armado de

bigotillo estrecho.

Eran dominicanos, como el accidentado. Lo conocían, y aseguraban que no tuvo descanso en las obras, que llegó a laborar dieciséis horas seguidas en tareas penosas. Les pregunté por el nivel de cualificación profesional de su compatriota; me respondieron que era como ellos, un simple peón dispuesto a todo para sacar adelante a la familia. ¿Y cómo aprendió a manejar maquinaria? Juárez le había dado un cursillo acelerado de cesta elevadora allí mismo, enfrente de la tarea que tenía que terminar cuanto antes y sin rechistar. Imaginé a un hombre sometido y agotado, pidiendo ayuda en un último suspiro que nadie pudo escuchar. La necesidad lo hizo bien dispuesto. Qué caros le habían salido la aptitud y el buen ánimo.

—Por lo que se ve, Gumersindo aprendía rápido.

—Demasiado rápido, señora.

Cuatro

Debo confesarles que casi no había reparado hasta entonces en aquel chico dominicano que se me acercó para pedirme hablar en un aparte. Llevaba algunos días coincidiendo con nosotros durante el primer descanso del día. Se sentaba fuera del círculo de la sombrilla, con un compañero suyo con aspecto de ser ecuatoriano. Ambos eran muy jóvenes y discretos. Rostros lampiños con mirada de transición puesta en un horizonte tranquilo, asentado, tras años de adolescencia conviviendo con el desmadre y la violencia, en la calle, acostumbrados al juego salvaje de autoafirmación en el que se convierte la existencia cuando la vida no vale nada.

Aprovechando un resquicio de silencio masticador en un almuerzo dominado por las charlas triviales, Domingo me llamó por mi nombre, Santiago, tengo que hablar con usted de algo importante, y cuando abrió la boca pude reconocer huellas de un pasado miserable en aquella pobre dentadura. Me capturó la atención con voz tímida, casi un susurro, y me vi ante un hombre hecho y derecho, delgado, fornido aunque bajito, con una extraña desproporción entre las partes del cuerpo que atribuyo a la mala vida que dan la pobreza y la intemperie, y a los esfuerzos descompensados de aquellos meses de trabajo intensísimo. Era mulato de tez bastante clara, barbilampiño, y portaba la mínima expresión de un arete dorado en la oreja izquierda. A primera vista me cayó bien, sentí de inmediato que era avispado pero sensato. Me puse de pie para acompañarlo.

—¡Vaya, Caldera, parece que has ligado! ¡Menudo pipiolo te llevas al huerto, maricón! —Era Rodríguez, que se fijaba en nosotros con su jocosidad habitual.

—No le hagas caso. Está salido. Él sí que es un capullo de los que practican el coito anual.

El chico me miró de tal modo que me hizo entender enseguida que

le importaba un pimiento lo que mis compañeros dijeran. Arrancó a andar delante de mí. El Ruso le dio un empellón a Rodríguez y se rió en su cara. Me marché contento.

Seguí al chaval, que se detuvo detrás de un par de casetas de color marrón claro con techo abovedado más oscuro. Estábamos a resguardo de miradas inconvenientes.

—De escucharle en los descansos creo que usted me puede ayudar. Mi nombre es Domingo Ruiz y soy primo carnal de Gumersindo Ruiz, el hombre que murió el sábado en la cesta elevadora, en el túnel, muy cerca de donde estamos. Su papá y el mío son hermanos, allá en Santo Domingo.

—Oye, oye, para el carro. ¿Me estás contando que un primo tuyo ha muerto en el tajo, aquí mismo?

—Sí. Juárez lo mandó al hospital. La ambulancia lo descargó muerto.

Miré fijamente al muchacho y me pareció que decía la verdad. Yo conocía a ese capataz de la UTE. Más de uno se echaba a temblar cuando aparecía como un fantasma amenazador por la sombrilla.

—Qué hijo de puta.

—La mujer de mi primo, Leticia, no sabe qué hacer. Sólo llora desconsolada. Tiene a los niños desatendidos, yo la intento ayudar.

—¿Cuántos hijos tenía este compañero accidentado?

—Cuatro.

Domingo me contó lo que sabía sobre las circunstancias del percance, por los datos del hospital, la versión que la empresa le había contado a la viuda y lo que circulaba entre algunos obreros dominicanos. Me cagué en la puta madre de la UTE. Otro muerto más, y se lo tenían bien callado. En sábado, un día en el que el trabajo en las obras está prohibido por convenio. Taladraba en la bóveda del túnel en solitario, operaba él mismo la cesta elevadora, se jugaba el pellejo para que luego el listo de Juárez se acabara poniendo otra medalla a la ignominia empresarial. ¡Joder, todo el mundo sabía que esos cacharros se manejan como mínimo entre dos!

—¿No habéis ido a los sindicatos?

—Yo llevo unos días escuchándolo a usted y se ve que usted es

distinto y nos puede echar una mano.

—Ya veo. Está bien. Te pondré en contacto con los de Comisiones para que os ayuden a arreglar los papeles. Y veremos cómo lo hacemos público. No puede morir un hombre en esta mierda de obra y que lo saquen de aquí como a un perro, sin que a nadie le importe un carajo. Me tienes que presentar a la viuda. Y haz el favor de tutearme.

Cinco

Como quien se despierta desasosegada de una siesta profunda, me levanté por la mañana embotada en el malestar. No tenía la costumbre de enfrentarme con gigantes. Hasta esos momentos nunca antes había conocido el miedo, más allá de las pesadillas infantiles. Así que no descansaba bien. Eran los primeros insomnios de mi vida, los ojos bien abiertos en mitad del lecho de uno cincuenta con la mente ausente en bucles interminables de pensamientos relacionados con las obras, el accidente, Juárez, el jefe. No encontraba el modo de desahogar la inquietud. Me sentía rota por dentro y, al mismo tiempo, un raro aliento me impulsaba a seguir adelante en la deriva de curiosidad y lucha a la que me conducía el accidente de Gumersindo Ruiz.

Por la tarde, tras una penosa jornada de trabajo, llamé a mi padre y sentí que algo se rompía entre nosotros. No me extrañé cuando inferí de sus palabras, y su tono, que él ya sabía algo de mis problemas. Y me contó que había recibido más de un reproche proveniente de la dirección técnica de las obras. Estaba enfadado conmigo —no sé hasta cuándo voy a poder seguir dando la cara por ti—, preocupado por su prestigio en el selecto mundo de los ingenieros de caminos con renombre. Me riñó —no me puedes hacer esto— y me exigió que renunciara a esa absurda actitud retadora que había exhibido ante mi jefe. No se percató en absoluto de mi congoja. Lo llamé con el pulso acelerado, con la adrenalina abriéndoseme por todo el cuerpo a partir de la boca del estómago.

En el fondo de mi alma sentía que mi padre, Víctor Suárez Bengoechea, estaba en deuda conmigo. Cuando terminé el bachillerato, aprovechó mi indecisión para presionarme: quería a toda costa que yo fuera ingeniera de su rama. Pensaba en mí, estudiante mucho más brillante que mis tres hermanos mayores, como una especie de sucesora natural para su estela de catedrático de la Escuela

Técnica Superior de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de la Universidad Politécnica de Madrid. Pero no había contado verdaderamente conmigo para sus expectativas. No me sentía a gusto cuando presumía de hija ante sus compañeros de docencia, en un ambiente tan masculino, tan insensible y, por qué no decirlo, tan pagado de sí mismo. Me incomodaba verme rodeada de todo aquello, a la vez que no terminaba de convencerme la materia. Tú eres tan competente, lo que a otros les resulta imposible, para ti será pan comido... mi padre me empujaba hacia su mundo y no fui capaz de cortar el cordón intelectual que me unía a él. Apenas pude conseguir una especie de enmienda transaccional a su proyecto. Acabé cursando ingeniería técnica de obras públicas, especialidad en construcciones civiles. Eran estudios de tres cursos académicos, aproximadamente la mitad de tiempo que Caminos, y me podrían permitir hacer en el futuro la ingeniería superior que quería mi progenitor sin tener que matricularme en ninguna asignatura extra. Cuando terminé la carrera, sentí que había entregado tres preciosos años de mi juventud a un tremendo esfuerzo sólo para cumplir unos planes que no eran los míos —conseguí acabarla en el plazo teórico, en parte animada por los halagos de mi padre—. Por si fuera poco, descubrí en mí preocupación e interés hacia las cuestiones del arte y la estética que desentonaban con el universo mental en el que me hallaba sumida. Nunca me había fascinado la derrota de la naturaleza, la pulsión de la ingeniería por la obra imponente y la superación a toda costa de cualquier obstáculo natural o social, pero ahora la ingeniería casi me repelía. Me atraía lo pequeño, la armonía con lo ya existente, la transición suave de lo dado a lo por venir, la amortiguación del impacto, el urbanismo como regulación moderada del espacio en el mundo humano. Por hacer caso a mi persuasivo padre, tardé mucho más de la cuenta en ponerme a estudiar Arquitectura, que se convirtió en mi verdadera vocación. Gracias al apoyo silencioso de mi madre, resignada ante mi tozudez, pude prolongar seis años la dependencia de la familia y la vida de estudiante. Terminé de empollar con veintinueve años y muchas ganas de abandonar el nido.

En los tiempos que nos ocupan hacía bien poco que había cedido de

nuevo a los tejemanejes del cabeza de familia. Acababa de salir muy decepcionada de una experiencia de cerca de quince meses empleada en un estudio de arquitectos. Había aceptado cobrar muy poco por las promesas de aprendizaje y lo que pasó fue que me harté de hacer horas de Autocad para los diseños en serie de mis jefes, ocupadísimos en forrarse al servicio de la burbuja inmobiliaria. Y ahí estaba Víctor Suárez Bengoechea para trasladarme de mis sueños a los suyos en nombre de la realidad. Su amigo del alma, Equis, del selecto club de los catedráticos de Caminos, estaba en excedencia dirigiendo para el Ayuntamiento de Madrid el gran proyecto de remodelación de la M-30... Mi padre me convenció de que aceptara trabajar para la UTE porque era el modo de acumular unos ahorros para montar mi propio estudio de arquitectura, aunque ahora estoy convencida de que albergaba la secreta esperanza de que así reconduciría mi trayectoria profesional hacia lo que tenía planeado para mí.

Qué ingenua fui cuando telefoneé a mi padre. Creí que me ayudaría. Me lo imaginé comprensivo y atento, cariñoso, recompensando mis esfuerzos por seguirle la corriente con mi vida: «No te preocupes, Viqui, tienes todo mi apoyo, una cosa es esquivar la burocracia y otra muy distinta incumplir gravemente la ley, estás demostrando carácter y compasión, no esperaba menos de ti». Pero después de la desalentadora conversación telefónica me ataqué de desamparo. Fue colgar y temblar. Pasé las horas sentada en el sofá, con la tele encendida como un fuego parlanchín al que apenas prestaba atención y que utilizaba para atizar con cualquier imagen al azar las brasas de la autocompasión. Tragué sin ton ni son todo lo que conservaba la nevera y me bebí media botella de vino hasta caer dormida más allá de las tres de la madrugada. Me sacudió el despertador a las siete y me incorporé con el cerebro y los miembros pegajosos como una trampa adhesiva para ratones. Me sentía sucia por fuera y por dentro, y perezosa. El apartamento estaba hecho un desastre, la mesa de la sala de estar manchada de vino derramado, envases de paté, quesos y chocolate por el suelo, la alfombra sembrada de migas de pan, una acumulación inusitada de cacharros sin fregar en la cocina. La verdad es que era ducharme o morir, y me duché, desayuné como pude en

medio del caos y me dirigí a la obra en coche.

Por el camino me llamó Mejías al móvil. Contesté sin detener el vehículo, con el manos libres. Se oía bien esta vez y dejé de fijarme en los márgenes de la ruta, la autovía urbana en proceso de transformación, obras por todas partes, un río de coches malhumorados entre las líneas amarillas de la provisionalidad. Me contó que un maquinista tocapelotas había parado la excavación para preguntar qué hacía con unos pedruscos que parecían restos arqueológicos. Ha salido del túnel con una especie de vasija en la mano, mostrándola al viento, explicaba el encargado, y seguro que la vieron bien los de la asociación contra las obras, que están siempre de guardia, sólo tienen que mirar por la ventana de casa y alguno hasta vigila con un telescopio, y ya está aquí la pareja de plastas que nos para la obra noche sí, noche también, será cabrón el comunista ése de la subcontrata de Santoni, me gritó Mejías, ahora te toca a ti, chica, disponer qué hacemos, antes de que los ecologistas se nos peguen como las moscas a la carroña. Casi estoy ahí, le respondí un tanto abúlica, enseguida me hago cargo. Cuando llegué, los dos madrileños en guerra contra el macroproyecto del Ayuntamiento y las grandes constructoras discutían con el veterano maestro de obra en nombre de un vecindario que, afirmaban, estaba harto del ruido y la contaminación de las obras, ¿sabe usted lo que son veinticuatro horas al día, los siete días de la semana, año tras año, de estruendo insoportable, de martilleo enloquecedor, y de nubes de ese asqueroso polvo amarillo que se cuela en casa? Si soportaban todo aquello, sólo faltaba que se echara a perder, delante de sus narices, el patrimonio histórico de su ciudad. Esperaban al equipo de arqueólogos de guardia organizado por la plataforma contra el proyecto, ya los habían avisado y venían a toda prisa, y mientras Mejías me presentaba y les decía que yo era la jefa de producción responsable del tramo, se les sumó un grupo de otras dos mujeres decididas, ante las que se vieron impotentes los tatuajes y la mala leche de Juárez. Tome, me dijo el único hombre de la comitiva de protesta, y me entregó un folleto fotocopiado que me guardé sin mirar en el bolsillo del pantalón.

—He de comunicarme con el jefe de obra, mientras tanto haré que

esperen las excavadoras. —El ciudadano que tenía ante mí sonrió aliviado porque ahora no tendrían que ponerse, por el momento, delante de las máquinas para ganar tiempo. Ricardo no contestaba al teléfono, a saber, pensé, está malo y puede que haya ido al médico y se haya dejado el móvil en casa. Ahora me tocaba llamar al jefe de grupo, y no tenía ganas. Reconozco que me hice la remolona.

—Ricardo no contesta. Vamos dentro a ver qué diantres han descubierto. Con lo que sea, me pongo en contacto con el jefe de grupo.

Mejías hizo un gesto de resignada decepción, y añadió que, si no llamaba ya a un superior, yo debería resolver la papeleta sin más, y como lleguen los arqueólogos esos, chica, a ver qué pasa. Me habló del único hombre del grupo de activistas y de su pareja. Eran, según dijo, unos chalados que se dedicaban a interrumpir a las pantalladoras y pilotadoras de madrugada. Mejías comprendía que el ruido era ensordecedor, y más a las tres o cuatro de la mañana, no quisiera él tener que dormir soportando el golpeteo perpetuo de tanto perforar el duro suelo. Pero para mi encargado lo sano era resignarse como todo el mundo en la zona y rogar que las obras acabaran cuanto antes, no dedicarse a retrasarlas por sistema. Al parecer, esos dos avezados vecinos ecologistas llamaban a la policía municipal y se plantaban delante de las máquinas cada vez que tenían problemas para dormir. No cejaban en el empeño hasta conseguir que el operario de turno apagara el motor del monstruo mecánico. Los policías que aparecían por la obra le solicitaban al maquinista el permiso para operar de noche, fuera de convenio y contraviniendo la normativa vigente. La respuesta de los trabajadores era siempre la misma: los papeles están en la oficina y, como comprenderá, a estas horas... La policía municipal les instaba a permanecer inactivos hasta que la documentación apareciera, pero el trabajo se reanudaba por sistema media hora después de que los agentes se alejaran del lugar en el coche patrulla. Es un incordio, se quejó Mejías, tener que andar gestionando los permisos para quitarse de encima a una pareja de pesados, los dos únicos que dan la vara de todo el vecindario; el Ayuntamiento nos echa una mano, le ponen al escrito fecha de unos

días antes de la denuncia y se acabó, pero parece mentira que acumulemos retraso a cuenta de sólo dos pelagatos. El encargado miró a aquel hombre de unos cincuenta años, de poca estatura, barba blanca recortada y bien arreglada, vestido con sencillez y elegancia, y a su mujer, delgada, con el cabello largo y claro, los rasgos faciales marcados y una mirada abanderada de todo un cerebro. Son pesados, pero no mala gente, admitió por fin Mejías *motu proprio* y con un ligero cambio de tono de voz, la última vez que discutimos tuvieron que comprender que a ellos les puede molestar la obra, pero para los currantes del turno de noche marca la diferencia entre tener y no tener un sustento para sus familias: si no se trabaja, no se cobra.

En cualquier caso, no me decidía a cortar por lo sano y Juárez me escrutó con ojos violentos. Cuando se cruzaron nuestras miradas, negó con la afilada cabeza, así no, niñata, pareció reprocharme en silencio. Me acerqué a la vanguardia de la excavación, paseando por debajo de la plataforma de hormigón armado que se apoyaba en las pantallas o pilotes laterales previamente forjados dentro del suelo. Hacía rato que se había detenido el tráfico incesante de camiones de transporte de tierra. A la sombra del túnel, apenas a unos cincuenta metros de la entrada, reposaban dos excavadoras enormes y sus conductores charlaban con otros dos o tres operarios. A los pies tenían una piedra tallada con una superficie redondeada y lisa, que encajaba en un grueso cuenco también de piedra. Los hombres me saludaron. Me sonaban los rostros, pero eran muchos los trabajadores del tramo y yo me relacionaba siempre con encargados o capataces. Observé que a uno de ellos lo llamaban Ruso. El otro era Santiago, con su mono rojo, el cuerpo delgado pero fibroso, como su mente, protegida de la intemperie por esa calva incipiente bajo un gorro redondo de lana gris y esa boca suya de hombre que sonríe por defecto y quién me iba a decir que en esos instantes tenía lugar el encuentro que terminaría por cambiar por completo mi vida.

Santiago ejerció como portavoz natural de los currantes. Lo suyo es que esto lo vea algún experto, dijo, porque creo yo que hay muchas más piezas ahí dentro, y no me parece que debamos hacer la vista gorda y arramblar con todo, como dicen que ha sucedido en algunos

puntos, no vaya a ser que se trate de restos importantes. El tal Ruso parecía contento de que se rompiera la rutina, como un niño con dosis extra de recreo, pero cuando Santiago le dio la espalda para acercarse a los pedruscos e intentar limpiarlos un poco más con sumo cuidado, me miró en serio y me hizo una señal con las manos regordetas y la gruesa cara como de que no le hiciera caso a su compañero, que todo eso eran chorradas. Me hice la tonta, cogí mi móvil y marqué el número del gerente, pero apreté el botón rojo del aparato antes de establecer conexión porque escuché un jaleíllo que se aproximaba desde la rampa de entrada a la galería. Dos hombres jóvenes, uno de pelo lanudo abrochado en una frondosa coleta, zarcillo en la oreja izquierda, otro más formalito pero progre, con el cráneo pelado y gafas pequeñas y redondeadas venían a toda prisa flanqueados por un grupo de seis activistas, las mujeres y el hombre que acababa de conocer y otras dos residentes del barrio que se habían sumado a la súbita acción de resistencia. Rostros serios, tensos, con una determinación que impresionaba. Detrás iba, agitado, resoplando, Mejías, que chillaba que era necesaria una autorización de la jefatura de obra para adentrarse en la zona, que él no podía asumir la responsabilidad de que civiles sin equipamiento adecuado anduvieran por allí, en los túneles, y pude percibir que Juárez se alejaba corriendo en busca de ayuda para intentar cortar el paso a la comitiva cuanto antes.

Santiago miró al grupo de agitadores como quien contempla un milagro. Me fijé en sus ojos, que resbalaban al borde de la risa. Estaba encantado, emocionado, no era difícil darse cuenta de que daba gracias por encontrarse aún, en este mundo, gente decidida a luchar, aunque fuera poca. Enarboló la especie de cuenco con forma de teta prehistórica con el que señalaba los fragmentos de roca tallada mientras gritaba: «¡Mirad también estas piedras! ¡Miradlas, estaban junto con la vasija!».

Los arqueólogos se lanzaron sobre los restos de un mundo perdido de asentamientos sencillos a la orilla del río. Se comunicaron con las piezas con un lenguaje que me era desconocido, picaron aquí, desempolvaron allá, pidieron más luz y Santiago se la proporcionó

acercando una lámpara de obra bajo una nube de protestas provenientes de la boca infatigable de un Mejías tan preocupado que parecía que esos dos individuos de otro planeta estuvieran poniendo en peligro el suyo. Llegaron algunos de los refuerzos reclamados por el capataz, un puñado de peones, todos de tez oscura, que se quedaron quietos, sin ocultar una cierta fascinación por la aparente profesionalidad de los que estudiaban los restos.

Los dos chavales, con pinta de recién salidos de la universidad, se miraron muy serios y se dirigieron a mí a coro para que me acercara. «Esto es un fragmento de un molino de mano de la edad del bronce, fíjese en los toscos motivos de esta talla, posiblemente estamos en un silo, un almacén subterráneo de hace más de tres mil años, tiene que haber mucho material de extraordinario interés en lo que queda por excavar», explicó el joven con coleta. Me sonó el móvil.

—¡Otra vez tú, Suárez! ¡Vas a conseguir que Patrimonio nos paralice las obras en el tramo, coño! —El jefe de grupo estaba al día de la situación, qué cosas. Y yo no lo había llamado todavía—. ¡Escúchame, inconsciente! En el mes de mayo, la Comunidad de Madrid ya intentó paralizar los trabajos en torno al nuevo colector de la margen derecha del Manzanares, y el Ayuntamiento ordenó desoír las órdenes y seguir adelante hasta que los políticos echaran tierra sobre el asunto. Sin embargo, el retraso acumulado puso en peligro los plazos... ¡Acuérdate, cagüen la leche, niña, lo más importante es acabar a tiempo! ¡No vamos a aguantar otro contencioso a cuenta de cuatro piedras, así que no me vengas con historias! ¡Otra vez tú, Suárez, hay que joderse!

Antes de colgar en seco, me explicó que el Ayuntamiento tenía contratada una empresa de arqueología que se encargaba de las catas y me ordenó deshacerme de inmediato de los vecinos y arrasar el yacimiento como si nada, avanzar a toda máquina en el vaciado del túnel. «Otra vez tú», me había señalado definitivamente, ingeniera marcada, carrera truncada. No opuse resistencia. Me enfadé, no sabía muy bien si conmigo misma o con la ilegalidad que, a través de esa voz desagradable proveniente del despacho frigorífico, me imponía la empresa.

Estudié un instante a los intrusos, que habían esperado impacientes el final de mi conversación con las alturas.

—Lo siento mucho, he recibido órdenes tajantes, deben abandonar la obra. No tienen autorización para estar aquí y no puedo hacer nada. Nosotros daremos parte a la empresa del Ayuntamiento para que se hagan cargo de los restos. Si no se van inmediatamente, tendré que llamar a la policía.

—De momento vamos a retratarnos con todo esto, por si acaso —afirmó el único varón del grupo de ciudadanas comunes que escoltaba a los arqueólogos. Y sacaron un par de cámaras y los flashes empezaron a iluminar la galería. Mejías me medio sonrió aliviado, se iban a marchar, pero simultáneamente me exigía con los brazos que hiciera algo para acabar con tanta fotografía. Miré a los obreros que había enviado Juárez, que me devolvieron un gesto de impotencia supervisado por el ojo escrutador de mujeres tensas y prestas a interponerse. Pero apareció el capataz con muy mala leche, seguido de dos hombres con uniforme de seguridad privada, ¡hala, a sus casas, esto se acabó! La violencia con la que entró en escena me provocó náuseas. Chocó inmediatamente con Santiago, que se plantó en medio con el cuerpo enhiesto como un junco que se burla de la tormenta. Debo reconocer que me cautivó el arrojo del maquinista. Y la tranquilidad con la que se enfrentó a la chulería del matón tatuado de tres al cuarto.

A la postre, el tumulto se disolvió rápidamente gracias al buen sentido de los arqueólogos, que intentaron convencer a sus compañeros de que lo mejor era irse sin que llegase la sangre al río. La pareja veterana de interruptores de obras dijeron que habían llamado ya a la policía, que era conveniente esperar a que llegara el coche patrulla. Pero ante las porras desenvainadas de los guardias de seguridad de la empresa, los dos universitarios adujeron que con el material gráfico que habían recopilado podrían denunciar la situación, para que la ciudadanía comprendiera la calaña de los promotores del soterramiento de la M-30, y obligar así a la empresa contratada por el municipio a hacer las catas correspondientes en el área. Sin duda iban a conseguir paralizar antes o después el tramo. Cuando se daban

media vuelta para irse, Juárez amenazó a Santiago, tú y yo ya arreglaremos cuentas, y se topó con una señora bajita pero bien recia y chillona, la horma de su zapato, cuando intentó incautarse de una de las cámaras digitales.

Santiago ignoró al capataz y se negó a obedecer mis órdenes y las de mi encargado. Fulminó al Ruso con tal mirada, que éste tampoco se atrevió a poner en marcha la excavadora para destrozar el yacimiento de la edad del bronce. Como fui incapaz de imponerme, Mejías mandó al último guardia de seguridad que quedaba con nosotros a buscar al dueño de la subcontrata para la que trabajaban los dos hombres, el tal Santoni, que aún tardaría quince larguísimos minutos en aparecer con la camiseta completamente empapada de sudor por toda su protuberante tripa. Durante la espera, intenté en un par de ocasiones romper el aire congelado que me separaba de los operarios, pero las torpes palabras apenas quisieron salir de mi boca y con tal debilidad que no hicieron mella en el muro de incomunicación. Juárez y Mejías, que sufrían con el retraso como si la UTE fuera de su propiedad, se pusieron tan nerviosos que les sugerí que se incorporaran cuanto antes a las tareas que a buen seguro habían dejado abandonadas en otro lugar. El capataz, mientras se iba, le dijo bien alto al encargado que esa niñata cualquier día se va a enterar de lo que vale un peine. Me ruboricé y noté cómo se suavizó el ambiente nada más nos quedamos los dos maquinistas, sus auxiliares y yo, solos, esperando.

Santoni compareció por fin trotando torpemente. En cuanto el jefe directo le dio la primera orden, en un tono suave pero urgente, el Ruso hizo vibrar el motor de su monstruo y emprendió la destrucción.

—Comprendo tu indignación, Santi, yo también estoy indignado, pero me importa más el pan de mis hijos que cuatro piedras que ahí seguirían si no las hubiéramos levantado nosotros. Si no te pones a trabajar, a los restos esos les va a dar igual, porque tu compañero se los está comiendo ya. Y tú te vas a quedar sin empleo en esta casa. Ya te lo advertí: con la máquina eres bueno, muy bueno, pero no vas a poner en peligro la subsistencia de una docena de familias.

Santiago se quedó pensativo un momento. Luego agarró con ambas manos el molino de piedra que había rescatado y lo puso a buen

recaudo en la cabina de la excavadora, junto con la vasija.

—Julián, tranquilo, no vas a perder a tu mejor maquinista, ahora me tapo la nariz y lo arraso todo.

El empresario dijo adiós con la mano al Ruso, me saludó y se marchó. Santiago me miró y me dijo por telepatía que alguien iba a recibir las pruebas irrefutables del desaguisado. No sé qué es lo que leyó en mi pensamiento, pero antes de poner en marcha la pala motorizada supo perfectamente que yo no iba a hacer nada por recuperar para la empresa los restos arqueológicos.

Por la tarde, salí de trabajar completamente destrozada anímica y físicamente. Menudo diíta, pensé, y recordé de pronto que había quedado con Germán, mi novio, para cenar en un japonés cerca de la Carrera de San Jerónimo. Apenas tuve tiempo para regresar a casa, recoger un poco la cocina, ducharme de nuevo, vestirme con desidia sin prestar mucha atención a qué me ponía. Lo primero que pillé me pareció bien porque casi ni me miré al espejo. Creo que hasta me olvidé de peinarme.

—Qué facha traes. ¿Te pasa algo? —Germán no estaba muy contento con la elección de indumentaria y me oteaba desde su cazadora azul a juego con unos pantalones oscuros y una camisa rosa, informal pero triunfador, un metro ochenta de joven ingeniero en las alturas de la gran empresa, ejemplar moreno de melena semilarga de moda que exhibía ganas de lucir novia profesionalmente exitosa, quizás con expectativas de formar una familia moderna y forrada de pasta en un chalet en las afueras de Madrid, bajo un árbol genealógico del que sentirse orgulloso por el pedigrí de los ingenieros y peces gordos que colgarían de sus ramas.

Germán quería ocuparse de nuestra carrera, nuestra imagen y nuestro futuro. Sabía en su fuero interno que jamás sería un don nadie, un cualquiera. Si pensaba en las desigualdades de la sociedad actual, lo atravesaba un escalofrío de regocijo provocado por la íntima creencia en su superioridad frente al común de los mortales. Hijo de buena familia y estudiante brillante, estaba llamado a ser un hombre importante, un líder empresarial marcado por el éxito. Y desde que me conoció, me contagió un poco su aura aristocrática, me sedujo desde

ahí arriba, te estoy invitando a ser todo lo que tú puedes llegar a ser. Era un brillante ejecutivo de una de las dos grandes compañías que constituyeron la UTE. Lo conocí cuando tuve que acudir durante unos días a la sede central a pasar el proceso de selección, arreglar papeles y recibir algunas instrucciones. Era un edificio acristalado y sin personalidad en el Campo de las Naciones, poblado de hombres trajeados, sobre todo hombres, que se ponían en mangas de camisa cuando se reunían en torno a planos y proyectos. Demasiado limpias para ser humanas, demasiado nuevas para llevar ya unos cuantos años en funcionamiento, las instalaciones no olían a mamífero sino a ángel del siglo XXI. Cuando entré por primera vez, no pude resistir la fascinación. Parecía como el cuartel general de los mejores, acicalado con los brillos de la inversión permanente. La pulcritud lo satinaba todo, incluidos los rostros y el movimiento de los ingenieros y ejecutivos que subían y bajaban por los ascensores en su carrera constante hacia los nirvanas que ofrece el gran capital, envueltos en una nube olfativa artificial, paradisíaca. En cualquier momento, cualquiera de ellos me observaba con pose de coleccionista de huríes. Ahora reconozco, azorada, en alguna de esas miradas, la del Germán seductor que me llevó a su huerto de ático sembrado de plantas tersas como de plástico.

Solíamos coincidir en la cafetería porque él, en realidad, se dejaba caer. Yo le había gustado a primera vista, se informó de quién era esa ingeniera novata que iba a ser jefa de producción en un proyecto tan imponente y al saber que provenía de una familia muy apreciada en las alturas de su propio mundo se lanzó sin paracaídas a la conquista. A partir de aquellos días, una vez me incorporé a mi destino en el tramo de soterramiento de la M-30, me dejé acunar por una rutina de trabajo adornada de abalorios electrónicos y de las señas de identidad de una clase de humanos con aspiraciones estratosféricas. El globo inflado con las presunciones de Germán me mantenía flotando muy por encima del ambiente evidentemente machista que me circundó en cuanto puse el pie en las obras. Y la realidad me tuvo que abofetear duro para despertarme. Bájate de esa nube, que aquí está la realidad, cantaba yo para mis adentros mientras asimilaba lentamente la

protesta de mi novio frente al umbral falsamente austero, minimalismo japonés, del lugar en el que nos habíamos citado para cenar.

Entramos al restaurante en silencio. Yo no había contestado a su pregunta y él se lo tomó con ligera resignación, como si no pasara nada, sólo un desliz de cansancio o mal humor tras un duro día de trabajo. Apenas comí, de pronto me dejó de gustar el pescado crudo. Germán me miró extrañado.

—En serio, qué te pasa. ¿Algún problema, Viqui?

No me decidía a contarle la marea de acontecimientos que me tenían abotargada, agotada, hundida. Intuía una distancia súbita frente al hombre al que hacía bien poco creía admirar más que querer, pero que de alguna manera me estaba haciendo cómodo el tránsito de retorno de mis sueños de arquitecta a los de mi padre de ingeniera. Había caído en una cierta resignación ante el hecho de que parecía irme bien en las obras de la M-30, y empezaba a acumular un dinerito y un afecto paternal que en el fondo de mi alma me ataban a la situación y me convencían de que la vida es así, nada pasa, es inevitable caminar por el sendero más razonable, el más indicado. En general, de Germán yo recibía una suerte muy especial de ánimos, que se basaban en esa insistencia en alimentar el orgullo de pertenecer a una clase distinguida de seres humanos, hasta convertir nuestra presunta superioridad en la más importante de las certezas, la gasolina psíquica de mi paso firme por ese mundo de hombres que son los grandes proyectos de obras públicas. Al mismo tiempo, a mi novio no le gustaban nada los deslices, los errores, las muestras de debilidad, los despistes, la menor relajación ante cualquier compromiso social o profesional. Yo me tomaba muy en serio satisfacer sus expectativas, me esforzaba por ser un ejemplo perfecto en la empresa y en la perenne mascarada de nuestra vida pública conjunta.

También con Germán acabé por equivocarme, porque después de dudar, me convencí a mí misma, aunque con poco convencimiento, de que escucharía mi relato, me daría ánimos a su manera y me brindaría su respaldo ante la profesionalidad y la corrección deontológica de mi proceder, frente a la ineptitud de unos y otros que la UTE acabaría

pagando muy cara a base de desprestigio, posibles sanciones de la inspección de trabajo, denuncias públicas de la oposición municipal y los sindicatos. Qué idiota, olvidé que Germán era un trepa de mucho cuidado y le importaba una mierda la vida de un inmigrante, prototipo esencial del bando de los perdedores.

—¿Me estás diciendo que te la juegas por un miserable ecuatoriano que no tenía donde caerse muerto?

—Dominicano.

—¡¿Qué cojones importa?! Pero qué demonios te ha pasado a ti, muchacha, que la estás cagando del todo. ¡Cómo se te ocurre ejercer de sindicalista y ayudar a esos payasos de ecologistas! ¡Te has vuelto loca!

Me quedé congelada ante la jeta de energúmeno del que desde ese instante empecé a considerar mi ex novio. No sé cómo ni por qué, pero me entró una mala baba, un monstruo por dentro que me abrasaba la tripa, aunque no llegó a manifestárseme en el gesto, que seguía taciturno y sometido. Germán continuó con el cabreo creciente hasta que parecía que su cabeza iba a hacerse añicos esparciendo partículas de carne humana y sushi por todo el restaurante. Y se calmó de pronto y me ofreció, condescendiente, la salida.

—Vas a llamar mañana mismo al gerente de la adjudicación y vas a disculparte por todas las tonterías que has hecho. Yo te echaré un cable desde la central. Voy a hablar con tu padre para redondear el salvamento a través de una acción concertada. Pero como la vuelvas a fastidiar una sola vez más, no cuentes conmigo.

Como un globo que no aguanta más la presión de la estufa que lo sobrecarga y lo sobrecarga y lo sobrecarga, animada por la derrota y el cansancio, por fin reventé. Y el aire del pinchazo me salió a presión por la boca.

—Mira, Germán, no quiero tu ayuda. De pronto, me das asco. Cualquier obrero senegalés que ha atravesado a pie el Sahara y que ahora trabaja en la M-30 vale más que tú, con tu carita de niño pijo creído y malcriado. Vete a la mierda, Germán, a la puta mierda.

Me levanté y me fui flotando, impresionada por mi propia reacción, muda tras los inauditos exabruptos que me habían brotado con un

resquebrajamiento en los adentros, resuelta a ganar cuanto antes la salida de aquel local de lujo lleno de gente como él. Lo había dejado con un palmo de narices y no miré hacia atrás y tampoco noté que él me dijera nada o se levantara o reaccionara de algún modo ante la explosión. En el coche me anestesié con la radio a todo volumen, una emisora cualquiera en la que sonaba Bob Marley, y esa antigualla musical me hizo sentir bien y sonreír. Subí el volumen, abrí las ventanillas y me bañé de las luces nocturnas de Madrid.

Cuando aparqué a la orilla del parque Berlín ya había salido un poco de la marea de excitación. El sudor frío era el signo inconfundible de la recuperación de una cierta compostura, el regreso a mí misma. Ya en casa, me embutí en el pijama y me decidí a recoger la suciedad y a poner un poco de orden. En poco más de media hora había restablecido en el salón y la cocina la situación anterior a la llamada telefónica a mi padre. Quedaba la habitación, sembrada de ropa esparcida por el suelo y la cama. La lavadora mejor la pongo mañana, pensé, porque no iba a esperar despierta a que la máquina acabara para tender la ropa de modo que no se arrugara pasando la noche en el tambor. Pero llevé las prendas a la cesta del baño. Saqué las cosas de los bolsillos y el folleto que me había dado por la mañana el vecino combatiente contra la reforma de la M-30 me dijo: oye, olvida el cansancio, enciende el aparato, echa un vistazo en Internet a partir de la dirección que aquí te indico, porque estás trabajando en un proyecto que se las trae.

La casa a oscuras convertía la mesa con el flexo y el ordenador en una burbuja amarilla, la cabina desde la que pilotaba mi nave. Visité el sitio de la plataforma «M-30, no + coches» y un gusanito que sobrevivía en mis entrañas me conectó pronto con el punto de vista tan utópico de esa urdimbre tejida por un montón de asociaciones y colectivos políticos, ecologistas y vecinales, gente sensata que sueña con la razón para producir precisamente lo contrario de los monstruos.

Un engendro era, pues, el proyecto del Ayuntamiento, esconder el tráfico a la mirada, pero ni por asomo plantearse el reducirlo para buscar otra ciudad distinta, más cercana quizás a lo que intentan esas

capitales europeas que tienen, por encima de las ideologías, un fuerte sentido de lo público. ¿Se podía pensar de otro modo para resolver los problemas perentorios que planteaba la monstruosa autopista ejecutada por el desarrollismo franquista? ¿Existían vías para superar el concepto de autovía urbana, sin dedicarse a meter la mierda debajo de la alfombra e hipotecando para ello los presupuestos municipales para los próximos decenios?

Puse quilla hacia otros sitios web. Navegué rápido hasta atracar en un puerto interesante, la Plataforma Nudo Sur de Afectados por la reforma de la M-30, uno de los grupos más activos dentro de la plataforma «M-30, no + coches». Quedaba claro que el Ayuntamiento no había escuchado a los vecinos más concienciados. Esa gente planteaba problemas de envergadura. Me hizo mella su preocupación por las chimeneas de ventilación de los túneles, en particular las del *Bypass Sur*. Me obligaron a entender cómo se iba a herir de muerte el parque Tierno Galván, convirtiéndolo en epicentro de la emisión de los gases producidos a todas horas por decenas de miles de coches. Cómo se preocupaban, con razón, los dos mil pobladores de edificios colindantes por la evacuación de gases prevista en el proyecto. Y me pareció comprensible la desconfianza hacia las promesas del Ayuntamiento, que anunciaba una eliminación de contaminantes poco menos que heroica a través de los sistemas de filtrado de las emisiones. El consistorio cambió el diseño de las chimeneas del *Bypass* en marzo de 2005 dado el horror de los vecinos ante la perspectiva de ver adornado su parque por una mole de hormigón de veinte metros de altura, pero la solución a cuenta de *escuchar al pueblo* fue poner rejillas de ventilación a unos dos metros de altura que garantizaban que los contaminantes no filtrados, los de partículas más pequeñas, los más desconocidos, entrarían directamente en los pulmones de cualquier crío al que se le ocurriera correr o jugar o pasear por la colina arbolada al sur del centro de la capital. La colección de dudas e indignaciones del colectivo ciudadano era interminable. Les dolían los miles de árboles talados, muchos de ellos catalogados o centenarios; el mordisco que le dieron las obras al parque de la Arganzuela; el arrinconamiento del Manzanares por medio de terraplenes, en contra

de los términos autorizados por la Confederación Hidrográfica del Tajo.

Después, cuando ya había olvidado por completo el peso de los párpados, me lancé a una navegación frenética a la caza del accidente laboral a través de Google. Sargazos de todos los tamaños obstaculizaban el avance, en un mar de casos llamativos en los que se barruntaban las tragedias por detrás de prisas y negligencias. Me adentré por casualidad en una página web de ingenieros de caminos. Me gustó el tono de gente llana y con sentido común de ese sitio de Internet dedicado a la obra pública, la legislación relevante y los comentarios más o menos técnicos. Parecía gestionado por aficionados del Atlético de Madrid con hijos pequeños y sin ninguna ínfula, y como que les dolía la reforma de la M-30 y por ello disponían de una sección muy interesante de información sobre el asunto. Ahí se comparaban los costes previstos para la construcción de los algo más de cuatro kilómetros del *Bypass Sur*, el tramo más espectacular de la reforma, con los de la ejecución de los complicadísimos cincuenta y tres kilómetros y medio del tramo del puerto de Piedrafita, el último que, dada la orografía, se construyó de la A-6, la autovía que une Galicia con Madrid en sustitución de la antigua carretera Nacional VI. Los autores de la web ponían énfasis en las diferencias de gestión del gasto en uno y otro caso: la M-30 se remodelaba a través de una empresa privada con capital público, Madrid Calle 30, sujeta por tanto a las normas de derecho privado; la A-6 se construyó siguiendo la legislación de contratos de las Administraciones Públicas. Los poco más de cuatro kilómetros de autopista subterránea en Madrid se adjudicaron por cerca de setecientos cincuenta millones de euros y se iban a terminar a buen seguro con un coste superior a los mil millones; el espinoso tramo que atraviesa los montes de León con túneles, viaductos, pasos elevados, pasos inferiores, enlaces... no llegó a los quinientos cincuenta millones de euros, y no fue una ejecución barata.

En esa misma web leí también el editorial de un número atrasado de la revista *Carreteras* que comenzaba con una hermosa cita del libro *La mitad del mundo vista desde un automóvil. De Pekín a París en sesenta*

días, de Luigi Barzini, publicado en 1908: «La obscuridad de la noche y la de un túnel son completamente distintas. No se parecen siquiera. La de la noche es dulce, suave; la del túnel, en cambio, es áspera, brusca, violenta».

De la página de los simpáticos ingenieros volví a Google y me perdí entre accidentes, inspecciones de trabajo, sindicatos, carencias de seguridad, denuncias de la oposición municipal, pequeñas movilizaciones vecinales... En un blog de un ciudadano madrileño que no me sonaba de nada reparé en un informe municipal sobre la siniestralidad laboral en la remodelación de la M-30 muy criticado por los sindicatos. Para empezar, no incluía el percance de Gumersindo, la quinta víctima mortal del gran proyecto. Para las autoridades municipales hasta la fecha sólo habían perdido la vida cuatro obreros. Además, había decenas de accidentes que el Ayuntamiento había clasificado como leves y que los sindicatos señalaban como graves o muy graves. Siguiendo el hilo de la información, llegué a una noticia de la sección de Madrid de un periódico de tirada nacional que relataba el más llamativo de esos casos. Se me enquistó un nombre como una espina en la corteza cerebral: Kwame Boakye.

Seis

Se harán ustedes cargo de lo que supone desplazarse en transporte público hacia el infinito sur de Madrid. Pueden entender, a buen seguro, que cuando puse el pie en el suelo de Móstoles, en la estación de cercanías del centro de la ciudad, ya estaba harto de metro, tren, próxima estación tus muertos, los túneles, el paisaje destartalado que rodea a las vías cuando surgen al exterior. Preguntando se llega a Roma, pensé, y recorrí a preguntas la parte de pueblo de un pueblo que era más ciudad que pueblo, aunque a trozos la disparidad de las edificaciones, la alternancia de casas blancas de rejas grandes en las ventanas, portones por los que antaño entraban carros o caballos, tejados de tejas a la vista por encima de desvanes, con inmuebles de pisos pequeños, dos, tres alturas, de construcción heterogénea que escribe sobre la calle el desarrollo de decenas de historias familiares diferentes asociadas a la propiedad de solares pequeños, me hacía creer que me hallaba más lejos de Madrid, quizás en la Mancha, en un pueblo con campos a la vuelta de la esquina y no retorcidas autovías anudadas con alambicados recorridos ferroviarios entre centros comerciales imponentes, plagados de hipermercados de todos los géneros, que conviven con polígonos industriales y solares inmensos yermos a la espera de que les nazcan las naves. Y cuando terminaba cualquier calle despuntaba enseguida el Móstoles dormitorio de la clase obrera más o menos acomodada en pisos mayores que los de los barrios de clase obrera de Madrid. Eran bloques gigantescos con toldos azules, factura de los años setenta, sempiterno ladrillo rojo que adorna el exterior de las colmenas, junto con miniciudades en cajas de cerillas para gigantes hechas de ladrillo visto marrón, o de un colorado distinto, de gusto más moderno que traducía las aspiraciones estéticas de los años ochenta del siglo XX, o los noventa. Las indicaciones de la gente me condujeron hasta la calle Villaamil, donde revisé número a

número de los pares para acabar llamando al telefonillo básico de cuatro botones que custodiaba la entrada de un pobre edificio de dos pisos cuya fachada anunciaba carencias importantes de mantenimiento, rejas sobre desconchados, grietas en el recubrimiento de un color imposible de adivinar después de tantos años de exposición a la polución sin que nadie remozara nada.

Me contestó la voz de Domingo, con un trasfondo ronco que protestaba sin querer por lo temprano de mi comparecencia. Era el día de respingo y yo había vuelto a madrugar para acudir a la cita que habíamos arreglado de antemano en el tajo para que me presentara a la viuda de Gumersindo. Domingo vivía con la familia de su primo desde que llegó de República Dominicana y estaba a punto de mudarse a su propia casa cuando sucedió el accidente. Decidió aplazar el traslado una temporada. Ahora estaba muy preocupado porque Leticia insistía en que iba a coger los cuartos que la UTE estaba a punto de ofrecerle a cambio de cerrar la boca, seguro que es una miseria, Santiago, me decía, tienes que hablar con ella, es una miseria, seguro que mucho menos que lo que le deben, yo la puedo ayudar mientras pone la denuncia y vamos a juicio.

Subí por una escalera de piedra blanca con motitas de distinta intensidad de negro, pulida por millones de pisadas, agarrado a una barandilla de chapa metálica repintada en un grueso verde salpicado de heridas de óxido. Olía a desayuno y a lejía en el primero y Domingo me sonrió desde el segundo entre legañas y ojeras, pasa, nos acabamos de levantar, ¿quieres desayunar con nosotros? Le acepté un café con leche mientras el chaval cerraba la rosca de la cafetera y la ponía al fuego. Cuando ya estábamos los dos sentados apareció Leticia, cansina, recién salida de la cama y enfundada en una marujil bata estampada. Era una mujer no muy grande que aún conservaba, cuatro partos después, buena parte de los encantos de la primera juventud, que sobresalían en la curva de las caderas, los pechos firmes, los movimientos armoniosos, a pesar de los pesares, que se expresaban incluso tras los gestos automáticos y somnolientos de hacerse con una taza, agarrar una tostada, una servilleta y sentarse a la mesa. Me saludó forzando la sonrisa y me presenté con mucha

educación y le di el pésame. Le pregunté por los niños. Anoche tenían *gadejo*, me contó, y se acostaron tarde; ahorita aún duermen, podemos tener un ratico de tranquilidad. Había en sus ademanes tan poca hostilidad como ganas de ponerse a hablar de su desgracia.

—Leticia, Santiago ha venido a explicarte por qué tienes que denunciar a esos hijos de puta.

Ella me miró un segundo, afectada. En su interior algo discutía. Iba a mover los labios, pero no se terminaba de decidir. Esperé tratando de exhalar comprensión, todo aquello era demasiado para cualquiera, estaba dispuesto a escuchar o a lo que fuera, incluido irme con las manos vacías después del madrugón gratuito y el periplo en metro y cercanías. Me comí una galleta.

—Mi esposo estaba muy contento, estábamos terminando de arreglar los papeles porque el contrato era bueno, una empresa importante, nos empezaban a ir bien las cosas. Pobrecito, lo que tuvo que sacrificarse. Le daban siempre más trabajo, Gúmer haz esto, Gúmer haz aquello, Gúmer, no te olvides de que estás arreglando tu situación gracias a este empleo. Su capataz, cómo se llama...

—Juárez, prima, Juárez.

—Ese Juárez, sí, estaba muy contento con Gúmer, pero Gúmer con él nada, no lo aguantaba. Siempre me decía, «Negra, Juárez es un malnacido, no me deja descansar». Sí, nos iba bien, mandábamos moneda a Santo Domingo, la familia estaba contenta, los papeles se arreglaban, pero no vivíamos. Gúmer no pudo ni despedirse de sus hijos, casi no los veía...

Domingo se levantó rápido pero suavemente para consolarla y pasaron uno o dos minutos en los que el joven ejerció de tabla de salvación con aire de no terminarse de acostumbrar a tanta firmeza entre tanto dolor, porque también él estaba muy tocado a causa de la muerte de su primo.

—Lo que ocurre Leticia es que yo no lloro. Yo siento rabia. Me entran ganas de matar.

—No digas eso, Domingo, por Dios. Sabes muy bien que tu primo no aguantaba oírte hablar así.

—Pero tú, prima, tienes que denunciar a la empresa. Gumersindo se

lo merece. Yo los mantendré. Dile algo, Santiago, que de tanto llorar se está quedando sin energía.

No sé si me creerán, pero me da igual. Ver a aquella mujer me atizaba la compasión tanto como la indignación. Mientras subía las escaleras había estado preparando para mis adentros un discurso para incitarla a luchar, a no resignarse a la condición de víctima de una empresa sin escrúpulos. Pero en aquella cocina sentí el peso de la pena y se me paralizó la lengua.

—¡Santiago! —Domingo me despertó y mi gesto se ganó la simpatía de la mujer dominicana, que sonrió ante mi perplejidad.

—Sí, bueno, qué te voy a decir, Leticia, no me atrevo a pedir que hagas nada porque todo esto es horrible... Bueno, me ha contado algo Domingo y parece claro que lo único que les importa es que tu historia trascienda lo menos posible. Pero no te hagas ilusiones, te ofrecerán algo de dinero, no mucho, pero sobre todo lo que hacen es amenazar, presionar, se ponen chungos sin tener en cuenta para nada lo mal que lo estás pasando. ¿Te han citado o algo así, para hablar contigo?

—Me han dicho que tendré que ir a las oficinas de UTE dentro de unos días para entrevistarme con un responsable de la empresa.

—Pues no sé lo que te van a proponer, aunque seguro que no han de ser muy generosos.

—No aceptes baros, prima, hay que denunciarlos.

—Si aguantas, al final de un proceso judicial tendrán que indemnizarte. La empresa no cumplía con ninguno de los reglamentos de seguridad. Además se saltaba a la torera el convenio, porque sucedió en sábado. Y hay que pensar que lo que le ha pasado a Gumersindo le puede pasar a cualquier otro en cualquier momento... Por eso es importante denunciar públicamente lo sucedido, cómo han tratado de ocultar una muerte en el tajo y las condiciones en las que se trabaja, que son la causa de estos accidentes totalmente evitables.

—Dignidad, prima, somos humanos, no somos escoria, merecemos un respeto.

—Lo importante es que no te apures, entre todos te vamos a ayudar a salir adelante.

—Santiago, ya te lo dije, yo me encargo de mantener a la familia.

—Vale, pero se puede hacer algo más. Los compañeros tendrán que reaccionar antes o después y no veo muy difícil que montemos una caja de resistencia para el proceso. Los sindicatos echarán una mano, pondrán los abogados sin cobrarte. Ahora sería bueno que pasaras tu pena sin preocuparte por nada más.

—¡Ya basta! —Leticia explotó. La estábamos agobiando—. Dejen de presionar.

—Pero prima...

—Ya está, Domingo, ya es suficiente. Tiene razón, no podemos estar tú y yo mano a mano raca raca la matraca, sin tener en cuenta lo mal que se siente.

—Y ya sé lo que me quieren decir, lo tengo aquí metidito, no se apuren, ya me enteré que tengo que denunciarlos, que tengo que luchar...

Leticia se quedó un momento con la mano en la cabeza. Casi llora otra vez, pero se contuvo. Me ofrecí de nuevo para lo que pudiera necesitar y ella terminó su café, se levantó y se fue a su cuarto despidiéndose de mí con un ademán rápido de la mano que traduje como un patético no aguanto más. Nos quedamos mirándonos sin saber muy bien qué iba a pasar, hasta que Domingo me aseguró que, dentro de lo que cabía, había ido todo bastante bien y que ahora se sentía un poco más capaz de convencerla y apoyarla, a nosotros se nos va a tener que respetar, gracias por venir, Santiago, ya sabía que en ti iba a poder confiar, tú eres un hombre como he encontrado pocos en este país, gracias.

Rebobiné trenes, andenes de estación semivacíos, metros, y llegué al barrio a las doce del mediodía. Compré pan y, ya en casa, saqué el paquete de pollo en pedacitos que había puesto a descongelar el día antes en la nevera. Extraje del armario la sartén grande, le eché un chorro de aceite, y la puse al fuego. Comencé a prepararme la paella de los domingos y cuando eché el arroz en el borboteante caldo amarillo de polvos industriales, a falta de azafrán, llamé por teléfono a Zacarías, un colega, liberado sindical y compañero del Partido que seguía sufriendo en el seno de Comisiones Obreras con la esperanza de que algún día el sector crítico ganaría la partida y la organización

sindical se reconciliaría con sus orígenes y sus verdaderas metas. Tras rememorar con él la última discusión con el individuo más oficialista y derechista de nuestra agrupación, la de San Blas, le conté el accidente de Gumersindo.

—¿Hace una semana? Qué cabrones, no lo han hecho público, qué panda de cabrones.

—Pues tú ya lo sabes. A ver qué hace ahora tu sindicato.

—Pues no sé lo que hará mi sindicato. Lo que sí que sé es lo que puedes hacer tú. Mañana os visita en las obras la comisión de seguridad laboral. Van justamente a tu sector, tenía pensado avisarte, casi se me pasa, menos mal que me has llamado. No suelen aparecer los del Ayuntamiento, pero por lo menos acuden el portavoz de la patronal y nuestros representantes sindicales.

—¿Y quién va de Comisiones? ¿Tú, por un casual?

—Qué más quisieras. Va Pérez, el Angelito.

—No me jodas.

—Sí te jodo. Pero en cualquier caso es un buen momento para que montes un cirio y se acabe enterando todo el mundo y le salga el tiro por la culata a la UTE. De ese modo, el Angelito no tendrá más cojones que tomarse en serio la movida, convocar con sus colegas de UGT una rueda de prensa, hacer algo de ruido y mandar a la Inspección de Trabajo.

—Como cada vez que hay un percance de estos...

—Sí, sólo que esta vez Juárez y su puta madre han metido bien el cuezo, o por lo menos eso creo yo.

—¿Tan mal estamos, que me vienes con ese «creo yo»?

—Pues claro, Santi, tan mal estamos. Ellos tienen la sartén por el mango, y me da a mí que no te figuras hasta qué punto.

—Coño, tío, te dejo, que se me quema el arroz.

El olor del *socarrat* me devolvió a mi casa, día de descanso, la perspectiva de una tarde con la barriga complacientemente llena y entregada por completo a la pereza absoluta, la desgana, la dejadez y hasta la tele. Apagué de inmediato el fogón y, mientras se rendían la últimas burbujas del líquido amarillo y reposaba el arroz, llamé por teléfono y me llegaron desde el otro lado los ruidos de la fritura

mezclada con los niños y un Domingo al cargo de todo que me atendió mientras con una mano amonestaba a una cría y con la otra empuñaba a buen seguro la espumadera con la que retiraba algo de la sartén, sí, hermano, tomo nota, está bien, mañana.

Siete

Recuerdo que era lunes y que llegué a la M-30 medio bostezando y me quedé alucinada con el dispositivo de seguridad que la UTE había montado para controlar el acceso de personas a la zona de obras. Aunque uno de los guardias de seguridad supiera perfectamente quién era yo, o quizás precisamente por eso, tuve que vaciar la guantera hasta encontrar mi credencial. Debieron de pasar el fin de semana cercando el perímetro de mi sector, que se convirtió en invisible desde fuera y devino totalmente inaccesible para vecinos airados, arqueólogos *free lance* o ecologistas con ganas de incordiar. Una espesa lona sobre flamantes vallas de metal plateado sustituía a la mera disposición de barreras de hormigón, a veces también de plástico, que delimitaba la circulación de vehículos por entre el caótico campo de batalla. Ahora, los coches que insistían en atravesar el enrevesado itinerario provisional de la M-30 entre el estadio Vicente Calderón y el puente de Praga se encontraban, de punta a cabo, flanqueados por una línea continua de tosca malla verde o chapa con líneas azules y blancas que impedía adivinar nada de lo que sucediera obras adentro. Y en mi acceso habitual, un *check point* de vigilantes jurados, al estilo israelí en los Territorios Ocupados, taponaba por completo la entrada al entramado empresarial que organizaba la reestructuración de la autovía urbana.

Aparqué el coche, pero se acercó otro guardia que me explicó que no lo podía dejar allí, que el encargado había pedido que despejáramos la zona porque iban a llegar unos camiones o qué sé yo. Enfadada, atravesé de nuevo el puesto fronterizo, aparqué en los confines del mundo urbano aún civilizado y regresé andando a las obras. Fue una buena caminata, de modo que me incorporé más de media hora tarde a mis funciones, esta vez con la credencial colgando a la altura del esternón.

Mejías lucía un chaleco de seguridad verdiamarillo, cosa extraña en él. Me cogió del brazo y me explicó que teníamos un nuevo jefe de obra interino, porque la enfermedad de Ricardo parecía que iba para rato... si es que el problema era la dichosa hepatitis. Se trataba de un tal Gabriel, un hombre de confianza del jefe de grupo, a decir del encargado, que me contó también que el vallado intensivo de la zona era iniciativa de este nuevo responsable, que se iba a ocupar de que no volvieran a suceder cosas como las que habían estado pasando últimamente.

—¿Va a trabajar para reducir los accidentes, entonces?

—Chica, no empieces con tonterías. Ha venido, entre otras cosas, a estar encima de ti, por si no te habías dado cuenta. Pa mí que hay bastante mosqueo contigo arriba, en la UTE... aunque por mi parte debes saber que me caes bien, eres avispada y no haces mal tu trabajo, aprendes rápido. Pero no se puede ser tan curiosona, ya sabes que la curiosidad mató al gato, ni tan legalista, chica, porque si todos tuviéramos esos escrúpulos nadie acabaría una obra pública en este país.

No le contesté. Agradecía, al fin y al cabo, la única muestra de apoyo recibida hasta el momento, aunque viniera envuelta para regalo en un marcoantoniano reproche. Apareció Juárez para decirnos que nos aguardaba Gabriel a la entrada del túnel, que nos diéramos prisa. El cuartelario experto en *recursos humanos* me escrutó de arriba abajo con su mirada desagradable para decirme lentamente y con una sonrisita siniestra:

—Usted, ingeniera, el chaleco fosforescente, póngaselo. El nuevo jefe de obra está que trina con los chalequitos. Mejor será que se espabile, que lleva un buen rato esperando.

Mejías me enseñó un mohín de disgusto ante la nueva situación. Él era un hombre de Ricardo. Le agradaba la confianza de la que disfrutaba bajo la responsabilidad del ingeniero ausente, ya que como maestro experimentado y curtido en mil batallas, solía saber bien qué había que hacer en cada momento y se permitía el lujo de tener mucha iniciativa. Hasta el momento, nadie del personal de dirección había usado ni chalecos ni credenciales en el tramo. A la postre, a mí

no me pareció tan mal la idea de que se incrementaran las medidas de seguridad. Me acerqué a la caseta del encargado. Dejé la maleta con el ordenador en mi rincón habitual y saqué de mi casillero con cierre de combinación un chaleco reflectante a estrenar que me venía un pelín grande, pero qué le iba a hacer. En cinco minutos me presenté ante mi nuevo jefe, que miraba impaciente el reloj, de pie junto a la auxiliar de Ricardo, María Jesús, una eficiente y discretísima mujer de mediana edad que apenas podía ocultar la incomodidad que asomaba a sus ojos ensombrecidos.

—Tú debes de ser Suárez.

—Victoria Suárez, puedes llamarme Viqui. Llego tarde porque me han hecho sacar el coche de la zona, nunca me había pasado antes. Me han dicho que tú te llamas Gabriel.

—Gabriel Sanz de Osuna. He venido a poner un poquito de orden. Me han comentado que desde que falta Ricardo Rodríguez, ha habido algunos problemillas que no deben repetirse.

El ingeniero Sanz de Osuna era un hombre maduro, pero no viejo, que parecía no tener edad dentro de su impecable traje gris bajo el chaleco amarillo y plata, sin corbata para simular un aspecto juvenil sin conseguirlo, con zapatos de doscientos euros finamente manchados de barro. Era alto y no muy feo, moreno, con cutis bien cuidado, ojos azul claro y una mirada ligeramente autoritaria, si bien se le adivinaba el gesto reprimido de un niño travieso. Consultó la PDA, alfiler de plástico en la mano, y sin dejar de puntear en la pequeña pantalla del aparato me anunció que en menos de una hora teníamos que recibir a la comisión de seguridad laboral de las obras, visita de rutina, nadie tiene que enterarse de nada, que te quede bien claro. Con el representante de la patronal vienen dos sindicalistas tocapelotas, hay que despacharlos pronto, lo que vean o digan no puede ir a ninguna parte, me soltó. Íbamos a acompañarlos y teníamos instrucciones de conducirlos por los túneles sin obstaculizar su recorrido, pero intentando ir deprisa. Hay mucho que hacer como para perder la mañana con mariconadas sindicales, sentenció Gabriel sin apartar los ojos del mini ordenador negro.

Mientras llegaba la comisión, nos pidió al encargado y a mí que lo

pusiéramos al día de cómo iba el trabajo bajo nuestra responsabilidad y se quitó de encima a María Jesús adjudicándole no sé qué tarea. Regresé a la caseta por el portátil y le mostré unos gráficos y planos que venían a decir, Mejías de fondo con su gesto continuo de corroboración, que no andaban del todo mal las cosas, que cumplíamos con los compromisos a pesar de las dificultades. Pidió explicaciones sobre la avería del agua del otro día y Mejías le relató lo sucedido atribuyéndome el hallazgo de la acumulación hídrica. Luego hicimos una inspección del trabajo en el frente del túnel principal. Vi al Ruso y a Santiago en sus excavadoras sacando tierra a buen ritmo. Nos detuvimos delante de unos operarios de una subcontrata que se disponían a enterrar unos tubos para colectores. ¿A ver ese diámetro? Gabriel midió y consultó los planos en mi ordenador y mandó llamar al capataz de aquella empresa. Se presentó un hombre muy delgado, sin chaleco de seguridad, fumador empedernido que olía a tabaco a un kilómetro de distancia y cuyo cuerpo entero se había mimetizado con los cigarrillos negros que permanentemente se alojaban en su boca. Gabriel no pudo disimular una mueca de desagrado y le pidió explicaciones: se estaban equivocando de sección en aquella conducción. Con el pitillo entre los dientes, el capataz, sin apenas conocerme, me echó la culpa, pero Mejías salió en mi defensa porque yo le había dado las instrucciones a su encargado hacía más de una semana y él estaba delante mientras yo les leía del plano del ordenador y les hacía tomar nota del diámetro de los tubos y su ubicación. Gabriel me miró, me sonrió y le dijo al hombre chimenea que hiciera el favor de ponerse el chaleco reflectante y que tenían que desenterrar los cilindros que ya hubieran colocado y empezar de nuevo con el material adecuado.

—¡Ya estamos! —protestó aquel capataz—. ¡Otra vez igual! ¡No sé cuántas veces me han hecho deshacer lo hecho en esta puta obra!

—Y dime, como te llames, ¿se puede saber cómo habéis empalmado con el tramo anterior del colector si habéis puesto tubos de una sección inferior?

Regresamos tres tubos sobre lo andado y desenterraron el punto de empalme. Todos pudimos comprobar la tremenda chapuza que había

ejecutado aquella subcontrata para continuar la conducción de drenaje utilizando material inferior en calidad y medidas. Mejías le explicó a Gabriel que ése era nuestro pan de cada día, con esta maraña de empresuchas que se encargan de cada cosa, entre la ingeniera y yo no damos abasto para corregir cagadas, a ver si ahora que se ha incorporado usted podemos evitar males mayores...

—Me puedes tutear, Mejías, que no me como a nadie.

¡Eh, ya vienen! Juárez nos avisaba, avanzando agitado, de la proximidad de la comisión de seguimiento y vigilancia de las obras. Me hizo gracia su torpe desenvolvimiento como corredor, tan patoso con el cuerpo echado hacia delante, en contra del arqueo de ibérico orgullo que lo caracterizaba en sus funciones de pastor de obreros. Dos sindicalistas pertrechados con casco, botas de obra, chaleco amarillo y cuadernos de notas venían hacia nosotros, acompañados de un hombre de unos cincuenta años, calvo, con la indumentaria de seguridad dispuesta encima del traje azul marino de corte americano. Le colgaba del hombro una bolsa cuadrada, negra, como la que yo usaba para mi ordenador, y empuñaba, además, una agenda electrónica cerrada. Gabriel lo reconoció, es Peralta, es de los nuestros, está en la asociación de las empresas constructoras. No había con ellos ninguno de los representantes del Ayuntamiento de Madrid en los que delegaba Equis, el amigo de mi padre y responsable último de todo el proyecto. Gabriel y yo íbamos a conducirlos por el campo de batalla, respondiendo a sus preguntas y procurando conseguir que el ritual fuera breve.

—Ya los tenemos aquí. Juárez, adelántate y cerciórate de que todo el mundo lleva casco y chaleco salvavidas. Mejías, vente con nosotros.

En los sindicalistas se sentía una pose de tenso profesionalismo. Nos saludaron dando la mano y pasamos a la acción sin otro preámbulo. Peralta no hablaba, sólo estaba. Los representantes de los trabajadores querían entrar en los túneles y paseamos en dirección al frente de batalla, precisamente hacia donde Santiago y el Ruso extraían tierra con sus enormes máquinas bajo el forjado de hormigón apoyado en los pilotes laterales. Mientras caminábamos, los sindicalistas lo escudriñaban todo, se detenían a preguntar algo a este o aquel, se

escapaban del cortejo y se introducían por galerías laterales para observar tareas de trabajadores alejados. El delegado de UGT, según la credencial que le colgaba del pecho, se tropezó con una manguera eléctrica, otra de tantas, abandonada en mitad del suelo de tierra del túnel por el que avanzábamos.

—Mira, Pérez, cómo está este cable. Esto se sale por completo de las normas. ¿Tú te crees? Enchufan maquinaria pesada y hacen empalmes con cinta aislante. Toma nota.

Mejías y yo nos ruborizamos. Gabriel y Peralta nos miraron para transmitirnos que ni caso, que eso no iba a ningún lado, que estábamos perdiendo el tiempo y no había de qué preocuparse. Seguimos como si nada. Se acercaron a un joven uruguayo que porfiaba con unos cables en la bóveda de hormigón, encaramado en la cesta elevadora que operaba un compañero desde abajo. Les hicieron parar la máquina y bajar la canasta metálica al suelo. Les preguntaron por su formación en el manejo de la maquinaria, sus nociones de seguridad en el trabajo, qué sabían de los recursos preventivos de la empresa. Escuché el acento dulce de la boca de un joven que aparentaba tener estudios por su léxico casi refinado. El resultado del examen fue muy deficiente, habían aprendido allí mismo, con las indicaciones del capataz, a pilotar la cesta, y ya está, eso es todo. Hoy alguien les había recordado la obligación de equiparse de casco y chaleco reflectante.

—Hay que joderse, como que sabían que veníamos. —El representante de Comisiones Obreras puso cara de hastío, siempre la misma historia.

Algo más adentro, nos topamos con un andamio vacío. Estarán de descanso, fue la excusa de Mejías, que sabía que ahí operaba una cuadrilla de trabajadores como Ibrahima. A buen seguro no tenían ni medio papel en regla, de modo que, por si acaso, Juárez los había hecho desaparecer. Supongo que sé dónde encontrarlos, recuerdo que pensé. Los miembros de la comisión, a excepción de Peralta, claro, examinaron detenidamente el torpe dispositivo de elevación para operar sobre el muro.

—Lo raro es que no haya más accidentes, coño. Estos andamios no

cumplen con los requisitos más elementales de seguridad. Para empezar, están sin arriostrar y carecen de barandillas.

—¡Mira esto, macho! —Uno de los sindicalistas llamaba desde el otro lado del túnel. Había encontrado unas botellas de acetileno para soldar tiradas por el suelo. Anotaron como otro fallo muy grave en la seguridad lo que había dejado de llamarnos la atención, lo que era ya caótica costumbre en nuestro desempeño cotidiano con la acuciante presión de cumplir los plazos a toda costa.

Enseguida llegamos donde los maquinistas de Santoni nos esperaban comiéndose un bocadillo al pie del tajo. En cuanto nos vieron, Santiago gritó: «¡Domingo, ya están aquí!». De detrás de la excavadora salió un joven dominicano que vestía una deshilachada camiseta blanca sin mangas, sin casco ni chaleco, y con el rostro decidido, tenso, como dispuesto a cumplir con una importante misión. Estrechamiento de manos y Santiago tomó del brazo al tal Pérez, el representante de Comisiones Obreras, y se lo llevó a un aparte. Estuvieron hablando unos segundos, se les unió el obrero dominicano. Durante un buen rato nos tuvieron al resto de la comitiva en vilo. Cuando volvieron a nuestra posición, Pérez se dirigió a todos como si de una asamblea se tratase: «Este compañero tiene algo importante que comunicar, será mejor que le escuchemos». Santiago puso una mano en cada hombro del chico dominicano, tomó la palabra como dirigiéndose a un amplio auditorio y lo soltó:

—Este joven que nos acompaña, Domingo, es trabajador de la M-30, como nosotros, y resulta que es primo de Gumersindo Ruiz, que murió hace nueve días en un accidente en el túnel, aplastado por la silla elevadora que manejaba en solitario.

Caras como poemas. Gabriel tragó saliva cuando la faz de Peralta lo electrificó con una descarga de indignación y reproche, aunque todo flotaba en un silencio cómplice.

—Perdona —interrumpió el pasmo el delegado de UGT—, ¿dices que ha habido un accidente mortal y la UTE lo ha mantenido oculto?

—Sí. En sábado, contra convenio. Murió un hombre que maniobraba solo con la cesta, sin formación específica en prevención de riesgos, y quebrantando todas las normas y el sentido común.

Domingo trae unos papeles que lo prueban. Gumersindo Ruiz deja viuda y cuatro hijos.

El chaval sacó unos cuantos documentos de una escarcela de cuero que portaba oculta en la cintura, bajo la camiseta: un certificado de defunción, un informe médico —ingresó cadáver, aplastadito—, el contrato que vinculaba a Gumersindo con la UTE... Los delegados sindicales se echaron las manos a la cabeza, esto es increíble, hasta dónde vamos a llegar. Claro que enseguida dejaron a Santiago a un lado y hablaron sólo con el primo de Gumersindo, Domingo, que les explicó lo que sabía sobre las circunstancias del percance y el *rescate* organizado por Juárez.

—A mí no me miren, yo me limito a obedecer órdenes —se defendió el capataz de las miradas de reproche de Santiago.

Peralta nos hizo un gesto a Gabriel y a mí para retirarnos a hablar aparte, pero mi jefe inmediato le dijo que yo mejor me quedaba con los de la comisión y se llevó consigo al encargado y al capataz. Así que, de pronto, Santiago y yo nos encontramos frente a frente, mirándonos. Bueno, y el Ruso, que, al darse cuenta de que no pintaba nada, se encendió un cigarrillo y se subió a su máquina mientras esperaba solitario a que alguien le diera la señal de regresar a su cometido de topo mecánico. Qué cosas, me dijo el maquinista, nos vemos cada vez que se monta un buen pifostio en la obra. Mirada. Calor. Un segundo de silencio.

—Parece que tu jefe te ha quitado de en medio... —añadió con simpatía.

—Vaya. A ti te ha pasado lo mismo con tus compañeros sindicales.

—Estoy tranquilo, Domingo es un chico sensato y muy legal. Ya lo verás.

En ese mismo momento, el joven dominicano dejó la conversación con los dos sindicalistas y se acercó a Santiago.

—Oye, estos quieren encargarse de todo. ¿Qué hago?

—Sígueles la corriente. Ellos os ayudarán con los papeles y para cobrar las indemnizaciones, no te preocupes. De verdad, sígueles el rollo. Tienen acceso a la prensa. E influencias políticas.

—¿Y tú, Santiago? ¡No puedes quedarte a un lado!

—Tú tenme informado de lo que vaya sucediendo. Te ayudaré a pescarlos si te la quieren jugar, o si os van a dejar tirados, o si pretenden aprovecharse de la situación para sus tejemanejes. Pero no creo que pase nada. Ahora debes preocuparte de que tu prima no haga ninguna bobada.

—¿Bobada? ¿Qué bobada? —irrumpí yo y Domingo me escrutó con desconfianza.

—¿Y esta mujer? ¿No es una ingeniera de la empresa?

Me asombró la respuesta de Santiago: «Creo que es de confianza, puedes hablar, prefiero que escuche». Luego le explicó que tenía que procurar evitar que la viuda de Gumersindo firmara la basura de oferta que la UTE le haría antes o después con la intención de cerrarle la boca. Entonces, aún me pregunto cómo me metí con tanta naturalidad donde no me llamaban, les expuse mi incredulidad ante semejante perspectiva, algo así se me hacía muy improbable a pesar de todo.

—Ha habido un muerto. Estoy segura de que la empresa acabará por estar a la altura de las circunstancias y apoyará a la familia, no va a tratar mal a las víctimas.

—Espera y verás —me respondió Santiago—. Oye, Domingo, puedes volver con los de los sindicatos, que parece que todavía te requieren.

Regresaron mis jefes. Aunque estaba de espaldas, lo supe porque instintivamente Santiago dio un paso atrás e hizo como si no hubiera estado hablando cara a cara conmigo todo ese rato. Qué, ¿algo nuevo por aquí?, profirió Gabriel aparentando tener la situación bajo control. Peralta lo seguía en silencio, con desgana, sometido. Juárez y Mejías charlaban a tres pasos de distancia. Daba la impresión de que los cuatro trataban de recuperar el ritmo de la comisión.

—Bueno, hay mucho trabajo que hacer, no podemos perder más tiempo. Qué, ¿continúa la inspección o qué pasa? —Gabriel interpeló así a los sindicalistas, que de nuevo departían con Domingo. Pérez, el de Comisiones, se acercó hasta él con cara de pocos amigos.

—Pues pasa que se acabó la visita a las obras. Lo que ha sucedido es muy grave y vamos a hacerlo público inmediatamente. Nos largamos.

—Oye, oye, no podéis iros así. La empresa lo va a aclarar todo. —

Gabriel comenzó el discurso que habían arreglado en la reunión, sobre la marcha, a buen seguro que en contacto telefónico con el jefe de grupo—. Fue un desgraciado accidente. El trabajador estaba malherido y lo trasladamos al hospital, eso es todo. Inmediatamente lo pusimos en conocimiento de la familia. Cumplimos a pies juntillas con nuestras obligaciones.

—Pues a mí me pareció que estaba muerto, e ingresó cadáver en el Doce de Octubre. —Ocho ojos me miraron entre sorprendidos, asustados y muy, muy enfadados—. Juárez no quiso que lo examinara un médico, los camilleros lo cargaron sin comprobar sus constantes vitales y lo sacaron del túnel.

—Joder, si lo dice hasta vuestra ingeniera. Vaya cagada. Angelito, nos vamos.

El portavoz ugetista metió los papeles de Domingo en su cartera y se puso a dar la mano al joven, al Ruso, a Santiago y a mí antes de irse. Pérez le dio la mano a Santiago.

—Te echamos de menos por el sindicato.

—Ahora voy yo y me lo creo. Qué hipócrita eres, Angelito. Si fuiste tú el que me puso de mote «el tábano».

—Qué dices, hombre. No seas rencoroso. Sabes que siempre tendrás las puertas abiertas para regresar a Comisiones.

—Oye, al chico este —Santiago señaló al primo del accidentado— me lo tratáis muy bien, que menuda le ha caído encima por culpa de sindicatos demasiado complacientes con la patronal y el Ayuntamiento. Estaré al loro, no lo olvides.

—Sabes que no tienes que preocuparte. El asunto es serio. Sabremos hacernos cargo.

Santiago miró con una sonrisa de sorna a su antiguo compañero, que marchaba rápido sin mirar atrás, para alcanzar al otro delegado en su camino de salida del recinto de las obras. Ya está, tú, Domingo, regresa a tu puesto antes de que alguien te busque un problema, le dijo a su cómplice.

Vino Juárez hasta nosotros cuando el chico dominicano ya se alejaba del peligro.

—Tú, a escarbar, que me parece que vas a tener los días contados en

este curro —le dijo a Santiago, que obedeció porque no necesitaba que le dieran esa orden... y se movía sin que se le quitara de los labios cerrados la sonrisa. No pude despedirme de él porque se distanció en cuanto percibió que el capataz se disponía a irrumpir en nuestro espacio.

—Y tú, Suárez, deberías pensar mejor las cosas que vas diciendo por ahí y con quién te relacionas. No sé, pero me da la impresión de que alguien de muy arriba te va a preguntar de qué lado estás. Y yo lo tengo ya muy claro. Vete preparando. —Si Juárez antes me caía fatal, ahora directamente lo odiaba.

Inconsciente, inconsistente, tras vivir como un remolino el momento álgido de mi carrera en la UTE, hecha de parafina que se derrite y adopta una nueva forma con el enfriamiento súbito del aire, retomé mis tareas de jefa de producción ante un Gabriel que no me hablaba y la mirada de enfado paternal y un tanto compasiva de Mejías. Se me hizo larga la jornada, pendiente todo el tiempo del telefonazo del jefe de grupo presto a derretirme del todo, a despedirme a soplete. Pero a las seis de la tarde, con el sol de septiembre en cuesta abajo y mi cuerpo y mi espíritu baldados, no había mensajes ni llamadas perdidas en mi móvil.

Ocho

No sé si ustedes conocen esa extraña sensación que te sobreviene a posteriori, cuando ya han pasado las cosas principales que determinan el devenir de tu existencia, y has caminado sobre ellas como si tal cosa, sin alterarte demasiado, sin darte cuenta de que algo trascendental para tu biografía se está cociendo en ese mismo instante. No le di mucha importancia al erizamiento de los pelillos de los brazos que me produjo escuchar a aquella ingeniera a la que apenas conocía, pero en la que confiaba de manera instintiva desde el suceso de los arqueólogos. Me gustó que no reprimiera su conciencia, su carácter moral. Que la situación la hiciera dudar, porque se tomaba en serio la posibilidad de que se pudiera quebrantar una ley o producir un daño si se seguía a pies juntillas la dictadura empresarial de la prisa y el arrasen con todo, que aquí lo que manda es la cuenta de beneficios y el resto son contingencias de una realidad inferior.

Ahí estaba Viqui muriendo, Victoria naciendo, cuando soltó de pronto, secamente, sin miramientos, sin introducciones, por sorpresa, su aparente sentencia de muerte como ingeniera de la UTE, la expresión definitiva de su compromiso con todo lo demás, lo accesorio, lo colateral, lo de debajo. Dejó a sus jefes sin coartadas, dijo la verdad y se la clavó entre las cejas a ese gilipollas de Sanz de Osuna, que se deshinchó por el corte que le abrió en la frente su valiente compañera de clase social, ex aspirante a alcanzar su posición de jefe en el escalafón de ingenieros. «Pues a mí me pareció que estaba muerto», y el aire salió a presión por la herida y el prepotente Gabriel quedó reducido a flácido pellejo abandonado sobre el hormigón mientras Juárez tragaba saliva y el triste representante de las empresas preparaba en su fuero interno un informe lleno de reproches hacia la UTE que expondría ante su junta directiva, no fuera a ser que las malas prácticas de unos mancharan la reputación de

todos.

A Victoria la volví a ver cuando ya habíamos recogido y enfilábamos el camino de regreso a casa. Era mucho más tarde de lo habitual, el cisco de la comisión de seguridad se tradujo en horas extra que nadie nos iba a pagar. Se la veía cansada, a ella sí que le había hecho mella esa jornada trascendental. La valentía a menudo desfonda al valiente. Le dije hola y caminé junto a ella.

—Veo que estás bien informada acerca del accidente.

—Estuve delante cuando se llevaron a Gumersindo al Doce de Octubre. Y después fui al hospital a investigar el ingreso, porque yo lo había visto muerto y me quedé con la mosca detrás de la oreja. Luego me sorprendí a mí misma haciendo averiguaciones y me he acabado peleando con la empresa y hasta con mi padre. ¿Qué es lo que tú sabes?

—Pues no parece lo más adecuado contárselo a una jefa de producción de la UTE, ¿no?

—Prácticamente ex jefa, me temo.

Le hice un relato somero de mi vivencia del caso mientras caminaba a su lado. Aun triste y cansada, tras oírme, me dijo que vaya diíta, cómo lo hemos pasado de bien, y vaya horas de salir. Le contesté con una de mis clásicas tonterías, dejando caer que, con todo, éramos gente con suerte porque no hay más que mirar alrededor y ver que muchos soportan situaciones más horribles y nadie parece darse cuenta, mira la familia del pobre Gumersindo. No es tan grave que nos echen, ¿no?, replicó. Supongo que no. ¿Dónde vives? En San Blas, le respondí, tengo el metro no muy lejos, en Pirámides. Te llevo en coche, me ofreció, y acepté de inmediato. No es que le viniera muy bien, pero no le importaba desviarse de su ruta habitual hasta el Parque de Berlín, porque necesitaba distraerse y charlar para relajarse un poco.

Al salir del recinto de las obras nos detuvimos en un semáforo. Miré por primera vez sus ojos verdes y creo que me enamoraron las pecas bermellonas en su rostro redondo de labios tiernos y mejillas suavemente onduladas, bajo la melena pelirroja, no muy larga ni muy rizada. Hablábamos mientras la luz se ponía verde y se nos olvidaba

cruzar. Me di cuenta de que era una mujer más fuerte de lo que aparentaba. Viqui no le pega, pensé, si te fijas un poco, si eludes su tamaño aparentemente menudo y la tentación de verla débil, encuentras un andar firme, acompasado, redondeado como su cara, como los pechos apenas marcados en la chupa de cuero, como esos giros de cintura para abajo de una geografía que me atraía hasta el rubor.

Recuerdo cuánto la miré, no sé hasta qué punto disimulé la admiración, pero no me pregunten de qué demonios estuvimos hablando desde aquel paso de peatones, mientras paseábamos como a cámara lenta. Ella parecía sentirse a gusto. Sus jefes, el encargado, los capataces, hasta donde yo adivinaba, apenas le prestaban atención y tendían a menospreciarla profesionalmente. En las obras sufría con resignación los piropos cutres, las miradas descaradas hasta la ofensa, los efluvios pestíferos de una sexualidad masculina entre rancia y violenta. Puede ser que yo le pareciera distinto, quizás le estaba empezando a gustar.

—Tengo novio —me espetó con una sonrisa llena de ternura cuando me enganché por última vez, sin querer, en su mirada con la mía. Y enseguida llegamos a su coche.

El Golf de Victoria reposaba sobre las ruedas flácidas. Alguien le había rajado las cuatro, y con una navaja había marcado una línea continua sobre la pintura gris plateada. Se le cayó el alma a los pies al ver aquello. Se sintió vulnerable, desarmada, me miró y no pudo evitar que las lágrimas se asomasen en sus ojos. La abracé durante unos instantes. Se secó la cara, se puso seria, sacó el móvil para llamar... ¿a quién? Abrió la puerta del copiloto y se puso a rebuscar entre los papeles del seguro. No lo tengo a todo riesgo, ¿sabes? y no sé si la ayuda en carretera me cubre estando en Madrid, me aclaró con la voz ya bajo control.

—Bueno, Victoria —me pareció que la animaba el que la llamara así, sin diminutivos—, quizás yo te pueda ayudar. Conozco a un tipo que tiene un taller de neumáticos en el barrio donde vivo. Es rápido y eficaz, un monstruo del caucho. Y si vas de mi parte, no creo que te pueda salir más barato en ningún otro lado. Lo del rayón también lo

podemos arreglar, no hay problema.

—¿Y cómo le llevo el coche? Ahora lo que me interesa es que alguien me lo acerque a un taller...

—Préstame tu móvil, que me he dejado, como casi siempre, el mío en casa. Llamo a mi contacto y él se encarga de todo, tú no te preocupes. Y mientras, te vienes a San Blas, tomamos algo en el bareto de mis amigos al tiempo que esperas a que te traigan el carro y arregláis el precio.

Ya no era Viqui, pero dijo «vale» con cara de Viqui, resignada, casi abúlica, cansada, yo qué sé, dejándose llevar porque parecía no tener fuerzas para recobrar el timón de su vida. Pensé para mis adentros que por lo menos yo no le iba a fallar... aunque me costó un rato llegar hasta el número de teléfono de Míkel el Gomas. No suelo saber muchos de memoria y soy alérgico a los móviles. El caso es que tuve que empezar por algún lado y se me ocurrió llamar a un compañero de agrupación que me dio el número de un amigo que quizás tenía a mano el del taller, pero ese tampoco lo sabía, de modo que tuve que hacer otra llamada a una chica que, al parecer, había sido novia del Gomas no hacía demasiado tiempo... y que lo odiaba. Y ahí me tienen, delante del automóvil desinflado de la mujer de la que me estaba enamorando, en medio de una calle cualquiera de la frontera del centro de Madrid con las ruinas de la M-30, tratando de convencer a la tal Paulina de que me diera el número del cabrón de su ex, es un cabrón, no quiero que gracias a mí saque ni un euro, pero chica, por favor, que es una emergencia, que estamos tirados en medio de Madrid... Al final, la muchacha aún se lo sabía de memoria y me lo dio de corrido, casi sin tiempo para tomar nota porque inmediatamente colgó sin despedirse.

Míkel, sin embargo, no fue un cabrón, ni mucho menos. Todo lo contrario, resultó un encanto, que era lo que yo recordaba de las veces que nos habíamos relacionado en San Blas. Se acordaba muy bien de mí, me habló con un aire cercano al cariño. Y «descuida, yo me encargo» fue una verdad como un templo. «Lo del rayón lo resuelve Rubén, si a la chica le parece bien, mañana por la mañana a más tardar, buen trabajo a buen precio, lo garantizo.»

Caminamos hasta Pirámides a coger el metro. «Hacía mucho tiempo que no me montaba», dijo un tanto recompuesta, recordando, creo yo, sus tiempos de joven estudiante. Nos zabuqueó el vagón hasta Pueblo Nuevo, ella observaba la fauna urbana que pasaba por delante y se sentaba cerca de mí como una cría que acude al zoo por primera vez, y la seriedad de los gestos no parecía hacer mella en la sonrisa que parecía alimentarse de la sensación de cansancio, hastío, hartazgo e impepinable sumisión a las circunstancias que emitía la ristra multicolor de gentes variadas que nos acompañaba en el tren.

Desde el transbordo, sólo tardamos cinco o seis minutos en emerger en San Blas. Anochecía y se torció ligeramente el semblante de mi acompañante. No tengas miedo, le dije haciéndome el valiente, estamos en mi territorio. Me interrogó dirigiendo los ojos hacia una sombra móvil, un yonqui que buscaba, arrugado sobre sí mismo, su cobijo, de regreso de la *kunda*, para colocarse con lo adquirido. Le expliqué que en la calle Amposta hay coches que acercan, por poco dinero, a los adictos hasta los asentamientos periféricos de chabolas en los cuales se mercadea con caballo. Lo llaman la *kunda*, aleccioné con didactismo, creo que se trata de un préstamo del argot carcelario, en el que el término viene a referirse a las conducciones de presos entre presidio y presidio en agobiantes furgones celulares. En este momento, ese tipo es completamente inofensivo, agregué con aparente despreocupación, ya tiene lo que quería. Con todo, caminamos rápido. Las farolas empezaban a combatir la penumbra. Refrescaba y yo no tenía un jersey o una cazadora que echarme encima. Afortunadamente, nuestro destino no quedaba muy lejos. Callejeamos por aceras semivacías entre abarrotados cubos de ladrillo. Llegamos a una vía en la que se concentraban unos cuantos comercios: una mercería, una tienda de frutos secos, una carnicería... y en frente de la embocadura de la calle del Abanico, la de la sede de mi agrupación del Partido Comunista de Madrid, se hallaba La Perla, el bar de Maruja y Miguel. Entramos. El local estaba limpio y casi vacío.

—Hola, buenas tardes, Miguel. ¿Cómo andamos?

—Con tres patas, ya sabes, Santi. Vaya, te veo muy bien acompañado. ¿No nos vas a presentar a la señorita que viene contigo?

¡Maruuuja!

—¿Qué pasa, Miguel?

—Nada, que mira qué bien acompañado viene el Santi hoy.

Creo que me ruboricé y no sabía dónde meterme. Los dueños del bar me tenían un amor grueso e incondicional forjado por la larga convivencia de menús y cañas tras las reuniones, y declarado hacía ya muchos años desde el día en que la lucha de los vecinos, azuzada y orientada por mí, que logré arrastrar a los compañeros del Partido, consiguió evitar que derribaran la manzana donde vivían los dueños del bareto para hacer una avenida a mayor gloria de los especuladores inmobiliarios. Desde aquellos tiempos, los dos militaban conmigo en la agrupación, con tan buena fortuna que, cada septiembre, los pinchos de la cocinera de La Perla se hacían imprescindibles en el pabellón de Madrid de la Fiesta del PCE, en la Casa de Campo. Cuando murió mi madre, Maruja y Miguel se convirtieron definitivamente en mi familia más cercana, una mano con la que siempre podría contar, y una especie de pensión de manutención para los tiempos difíciles en los que flojeaba la faena: Santi, aquí nunca te ha de faltar un plato de comida que echarte a la boca, me prometían con frecuencia. Hacía ya un par de años que la hija, Elena, se les había emancipado por completo, toda una médico de familia con destino en un pueblo de la sierra pobre de Madrid, y casi devine su segundo hijo.

—Vale, vale, chicos, esto no es lo que parece, joder. Victoria, ella es Maruja, él es Miguel, y son algo así como mi familia en este barrio. Maruja, Miguel, Victoria es ingeniera en las obras donde trabajo con la máquina de Santoni.

—¿La M-30? —habló Miguel.

—Sí, que es como decir el infierno —contesté, haciéndome otra vez el interesante.

—Hoy ha sido un día muy largo para los dos —intervino Victoria.

«Los dos.» Confieso que dicho así, como si nada, me tocó la fibra sensible, y Maruja no tardó en sacarnos unas cervezas y una opípara cena al mejor estilo de bar de currelos: ensalada, albóndigas, callos a la madrileña, patatas bravas, habas con jamón y unos caracoles que Victoria devoró con fruición. Mientras pinchábamos con el tenedor en

las habas, llamó Míkel por teléfono. Victoria empuñó el móvil y se salió a la calle con desenvoltura, para arreglar el trato sin mi intermediación. Regresó sonriente, no lo puedo creer, qué barato, parece muy majo el tal Míkel, y se reincorporó al banquete. Recogería el coche al día siguiente.

—Le he dicho que no me urge arreglar el rayón. Estoy que no me conozco. No sé, Santiago, me importa un pimiento... Igual no hay mal que por bien no venga, puede que sin querer, los hijos de puta que me han pinchado las ruedas me hayan hecho un favor...

La habría besado allí mismo, pero me quedé sentado, pasmado por el recuerdo del sonriente «tengo novio» de por la tarde.

—Este barrio me recuerda mucho aquellos años en los que descubrí otro Madrid. Estuve viviendo en un edificio nuevo de Madrid Sur, cerca de Entrevías, cuando hice la carrera de Obras Públicas. Era un piso compartido. Mi padre consintió que me fuera de casa, con tal de que estudiara lo que él quería para mí. A pesar de que tuve que empollar como una burra, lo pasé muy bien.

—¿Dónde está la casa de tu familia?

—En Santa Engracia. Un piso enorme, de los de antes, te puedes imaginar.

—Me encantan esas viviendas tan imposibles en mi barrio, los techos altos, los pasillos interminables llenos de puertas que dan a amplias habitaciones.

—Pues sí, yo me he criado en una de ese estilo.

Noche cerrada en San Blas. Algún que otro yonqui descarriado y sombrío propinaba un aire fantasmal a la calle Amposta. Oíamos nuestros pasos, silbaba un poco el viento suave en ráfagas que movían ligeramente las copas de los árboles. Con el estómago lleno, llamamos a un taxi despistado que regresaba hacia el centro. Se detuvo en la penumbra de un tramo con farola estropeada. La mirada de despedida, ojos contra ojos, una distancia mínima bajo la iluminación residual fue para mí como un beso pronunciado, profundo. Pero sólo rozamos nuestras mejillas, muac, muac, nos vemos pronto. Yo era un tomate con un corazón mezclado de angustia y una cálida sensación reconfortante.

Nueve

Cuando llegué a casa me abatió de nuevo la infelicidad. La ruta en taxi por Madrid tuvo aires de transición. San Blas, con Santiago, fue una realidad alternativa que me había regalado el olvido momentáneo de la situación. Pero giré la llave, entré en casa, silencio, plomiza soledad, y la presencia de mi padre en el cerebro, el reproche sostenido de un Germán imaginario como un rumor de catarata que amenaza con pasar al primer plano de la actividad mental, el aliento gélido, insultante, del jefe de grupo... qué pasará mañana, qué pasará mañana, no podía dormir y recuerdo que precisamente entonces, cuando sudaba de inquietud en la cama sonó el teléfono y era otra vez Santiago, perdona que te llame a estas horas, pero no puedo dejar de pensar en lo que hemos vivido esta tarde juntos y no sé, oye, ¿estabas dormida?, qué valiente has sido esta mañana, sólo quiero decirte que... bueno, no sé, Victoria, voy a tener que volverte a ver pronto, ay, no sé lo que estoy haciendo, perdóname, supongo que todo esto es una chorrada y no quiero molestarte...

—Tranquilo, Santiago, tampoco yo me podía dormir. Esta vez has acertado llamándome, aunque no son horas... No sé qué pasará mañana, cuando regrese al trabajo. Supongo que me echarán la bronca y me pondrán de patitas en la calle... Mientras he estado contigo en tu barrio se me ha olvidado por completo el problema, pero ahora no puedo dormir.

—¡Joder, Victoria, no te preocupes! ¡Con lo que tú vales, esos cabrones te han de resbalar! ¿Que te echan? ¡Pues a la mierda la UTE! Hay mil historias que puede hacer una tía con tu cualificación profesional.

Santiago se emocionó dándome ánimos y sonreí al auricular. La conversación no duró mucho más, pero esa prolongación extraordinaria de lo vivido durante el día me teletransportó por fin al

planeta Morfeo.

Por la mañana procedí como un autómata y me desperté al volante de mi rayado automóvil, en una nube de polvo, atravesando el pasillo de muros verdes de tela espesa. Esta vez me dejaron franquear el *check point* sin preguntar y aparqué donde siempre. En la caseta de Mejías se hizo el silencio en cuanto entré. Jacinta, la menuda oficinista que auxiliaba al maestro de obras, reanudó su conversación con Juárez con un tono de entierro. Se escuchaba el repiqueteo atenuado de la maquinaria cercana. El matón me dio ostentosamente la espalda y Mejías salió hacia la obra sin despedirse. Mi padre me llamó al móvil y estuve a punto de colgar pero acepté la llamada.

Estaba muy preocupado por mí. Me preguntó qué me pasaba con voz tristona, vente el jueves a cenar a casa, mamá y yo queremos hablar contigo, me pidió. Creía que me había salvado el pellejo por esta vez, este puesto es importante para ti, hija, por favor, cuídalo. Se había visto obligado a pasar a la ofensiva a través de Equis: la UTE tenía que actuar con más responsabilidad, no era de recibo un caso como el de Gumersindo por los riesgos que implicaba para el conjunto del proyecto. La verdad es que no lo decía muy convencido. Pero había conseguido que no me echaran y yo no sabía en ese momento si me había hecho un favor o se lo había hecho a sí mismo. Colgó y aún debía de tener cara de boba cuando vibró de nuevo el aparatito del demonio y era esta vez el jefe de grupo, que bufaba mientras se mordía la lengua.

—¡Coño, Suárez, otra vez tú! ¡Es la última vez que te salva papá, ¿entendido?!

Me costó un rato dar pie con bola. Me incorporé al trabajo y recuerdo que mis ojos se cruzaron con los de Santiago, que almorzaba bajo la sombrilla raída acompañado del Ruso y otros operarios a los que yo no conocía. Al mediodía recibí su SMS: la noticia sólo había salido en la edición de Madrid del periódico medio progre (en pequeñito) y en un gratuito. Reconozco que una parte de mí se sintió aliviada. Pero la otra mitad de mi alma, la que más aprecio, vibró de indignación y de rabia. Me la había jugado para casi nada.

Cuando salí del curro, a las seis de la tarde, me compré todos los

periódicos y corroboré la información de Santiago: sólo en uno de ellos, el menos de derechas, se podía encontrar la información facilitada en la rueda de prensa convocada de urgencia por los sindicatos. Apenas consignaba los datos proporcionados por los miembros de la comisión de seguridad, enseguida se centraba en las declaraciones de la oposición municipal, todo aparecía sin ninguna corroboración directa del escándalo. Me sublevó la carencia absoluta de investigación periodística. Transmitían la impresión de que la cosa se quedaba en otro rifirrafe político más, pura rutina, a cuenta de la bancada parlamentaria de la desprestigiada izquierda regional.

Por la tele no salió. Y sólo mencionó los hechos una cadena de radio en su informativo regional. No sé, me ponía de mala uva pensar que las bobadas que había dicho el Papa contra los musulmanes o la salida de prisión de la ex alcaldesa de Marbella, acusada de corrupción, bastaban para llenar las primeras planas y sepultar a Gumersindo para siempre en el olvido.

Diez

Créanme si les digo que sólo la posibilidad de ver de vez en cuando a Victoria atenuaba la sensación de derrota que se me metió en el corazón como un puñado de cristales rotos. Antes de que pasara una semana desde el paseo de la comisión de seguridad, todo olvidado, aquí paz y después gloria. Alguien se había movido como una apisonadora por las alturas para sacar el asunto cuanto antes de la agenda informativa. La estrategia incluía, al parecer, que no se acordaran de ordenar que me despidieran. La aplastante normalidad era peor que una pelea en la que saliéramos perdiendo, y la empresa no quería más problemas, no iban a correr el riesgo de que se soliviantaran ánimos y se produjeran retrasos. De vez en cuando me topaba con Juárez, que miraba para otro lado... cuando no me dedicaba una sonrisa sardónica.

Como siempre que moría un compañero, apareció la Inspección de Trabajo. Eran dos funcionarios de mediana edad, vestidos con caras de resignación. Uno era calvo y de apariencia cuidada, el otro era directamente un desastre, barbudo y despeinado, con una camisa llena de lamparones. Actuaron sin titubeos, con seguridad rutinaria. Revisaron exhaustivamente toda la documentación que requirieron a la empresa. Interrogaron a varios compañeros, a Juárez, a Mejías, a Victoria, hasta se entrevistaron con el jefe de grupo. También nos buscaron a Domingo y a mí.

Me llamo Óscar Marina, dijo el inspector desastrado mientras nos daba la mano. Su compañero nos saludó con más distancia y se limitó a decir su nombre, Ramón Perelló. Querían saber por qué elegimos la visita de la comisión de seguridad para hacer público el caso, por qué no lo habíamos denunciado directamente en la Inspección de Trabajo o al sindicato.

—No nos fiamos, señor. Y Santiago es un hombre de verdad,

preocupado por los derechos de los trabajadores. Se lo conté a él porque sabía que no tiene miedo.

—Ya entiendo. —El inspector Marina me miró esperando escucharme.

—No sé si lo entiende usted tan bien. Ya cansa que sólo se pasen por aquí cuando muere alguien. No sé si saben la presión que sufren los currantes en esta obra, las condiciones extenuantes, la falta de las medidas de seguridad más elementales. Por no hablar del convenio, que ha quedado reducido a papel del váter. ¿No ven ustedes las luces por la noche? ¿Nunca pasan por aquí en fin de semana?

—Somos muy pocos, no podemos hacernos cargo de todas las irregularidades del sector, que son interminables, apenas podemos responder a los casos más extremos. No se vayan a creer que estas obras son lo peor. Ni mucho menos. —El inspector Perelló se justificó con un tono de letanía repetida un millón de veces.

—De todas maneras —prosiguió su compañero—, en esta ocasión hemos recopilado elementos que deberían ser suficientes para meter en un buen aprieto a la UTE que contrató a Gumersindo Ruiz. El hombre llevaba casi catorce meses encadenado a un turno de doce horas. Acumulaba quinientas horas extra más de las que permite el convenio... Y se vio obligado a manejar él solo maquinaria que exige un mínimo de dos operarios...

—Por no hablar de que la muerte se produjo un sábado, lo cual demuestra de manera irrefutable que se estaba contraviniendo la normativa —remachó Perelló—. El informe nos va a quedar jugoso, y puede que sea útil para la demanda judicial que ha interpuesto Comisiones Obreras, más allá del acta de infracción que vamos a levantar de oficio.

Domingo emitió una sonrisa de triunfo, pero el gesto de los inspectores le indicó que se precipitaba.

—Miren ustedes —explicó Óscar Marina—, es un caso particularmente grave, pero no podemos olvidar que esto es España. Nuestras actuaciones, casi con toda seguridad, se resolverán en una multa que la empresa cargará directamente a las arcas municipales. Y los procesos judiciales en casos similares vienen a durar entre cuatro y

siete años. Para cuando un juez falle a favor de la familia del accidentado, quién sabe dónde estarán ustedes y qué habrá sido de la Unión Temporal de Empresas...

El joven dominicano encajó el golpe como un boxeador profesional de la vida.

—Santiago, por un segundo pensé que lo iba a tener fácil para impedir que mi prima aceptara las condiciones de la constructora. Si le digo la verdad, con el arranque que tiene encima, voy a parecer guanajo si le pido que no firme.

—Si no le cuentas tú cómo son las cosas, ya se encargarán los de la UTE de hacérselo entender. Mejor háblale con suavidad, sin presionarla, y que decida ella.

—La han citado para el próximo viernes. Dice que no quiere que la acompañe, y cuando sepa lo que tardan los jueces en resolver el caso en este país de mierda... No tiene ni un chele, anda con prisa por cobrar para pagar sus deudas...

Cuando entré en casa, derrotadísimo, sonó el teléfono. Jaime, de la Plataforma Nudo Sur de Afectados por las obras de la M-30, quería contactar conmigo. Le había llegado la noticia de que una ingeniera se había rebotado durante una inspección de seguridad y querían llegar hasta ella. Alguien del Partido les había hablado muy bien de mí dentro de la plataforma «M-30, no + coches», de la que Nudo Sur formaba parte. Dos eurodiputados iban a cursar visita oficial a las obras en breve y creían que Victoria podía aportar un testimonio muy valioso para la oposición ecologista y vecinal al megaproyecto municipal. Me citó para el miércoles por la tarde, en el local del grupo, para participar en una reunión preparatoria de la asamblea de colectivos de la plataforma, que era la que organizaba el encuentro con los representantes europeos.

—Pero... ¿cómo habéis concertado la cita con los eurodiputados? No creo que esté en la agenda oficial entrevistarse con vosotros.

—Sí que lo está, porque es una delegación enviada por la Comisión de Peticiones del Parlamento Europeo, respondiendo precisamente a los escritos que en su momento les planteamos nosotros junto con Ecologistas en Acción e Izquierda Unida. ¡Somos los peticionarios, tío!

Sólo queda confirmar al cien por ciento la visita y el horario de entrevista oficial de nuestros grupos con los diputados. Seguramente organizaremos una gran asamblea vecinal, para que escuchen los testimonios de la gente de a pie que sufre las obras.

Aseguré mi presencia en la reunión, pero le dije al tal Jaime que necesitaba ver cómo iba el asunto antes de contactar con la ingeniera. No era cosa sencilla, le expliqué, ella estaba en un proceso interno muy difícil y quizás era demasiado precipitado involucrarla de pronto en una movida así. Me tenían que perdonar, pero primero me enteraría de qué iban, cómo estaba todo organizado, y entonces ya vería.

—Muy bien, Santiago. Nos vemos el miércoles, algo es algo.

—Por lo menos me tenéis a mí, que curro todos los días en ese puto infierno.

El miércoles acudí puntual a la sede de la plataforma, en la calle del Bronce, una arteria estrecha en la que se combinaban las obras de promociones de viviendas semicéntricas para clase media, con edificios de treinta años o más, de ladrillo visto y techos bajitos, dotados de un jardín enfrente del portal sembrado de bancos de obra a la sombra de los arriates donde luchaban por medrar aloes y arbustos sin nombre. Se reunían en un bajo de uno de esos bloques más antiguos, el umbral tras la inevitable persiana metálica. El local tenía las paredes descuidadas, sucias y con desconchones, y estaban decoradas al tuntún con carteles de movilizaciones pasadas pegados con cinta adhesiva transparente. Entré solo, no conocía a nadie. El mobiliario era de la basura, todo reciclado. Pregunté a dos chicas que observaban con atención la pantalla de un ordenador ennegrecido por el uso, cerca de la puerta de salida, y me condujeron a una habitación grande, al fondo del único pasillo, dominada en el centro por una gran mesa metálica con superficie de vidrio sobre la que reposaban planos y documentación del proyecto de reforma de la M-30. En la asamblea había una veintena de activistas de todas las edades sentados alrededor del mueble en todo tipo de asientos. A primera vista percibí una combinación de vecinos de asociación de toda la vida y de ecologistas de nuevo cuño. Me acomodé en una especie de sillón

acolchado de oficina, forrado de un terciopelo de un color indescriptible después de años de uso ininterrumpido y un poco cojo del lado derecho. Mi culo murmuró: no está del todo mal. Un individuo bajito, de rostro simpático, cabello blanco y cuerpo cuadradote, hablaba en nombre de Ecologistas en Acción, eso fue lo que saqué en claro del caótico preludio conversacional. Se hizo un silencio como ritual, nos mirábamos los unos a los otros antes de iniciar el intercambio de palabras, y un hombre de cierta edad, probablemente a punto de jubilarse, vestido con un estilo llamativamente elegante, que fumaba cigarrillos con una boquilla larga de un material amarfilado, inició la sesión: como ya sabéis, nos hemos reunido porque hay que preparar la visita de los eurodiputados y bla, bla, bla. Jaime, el chaval que me había llamado por teléfono, tenía el pelo largo atado en cola de caballo y portaba un chaleco ligero de cuero. Me presentó en cuanto tuvo ocasión, una vez que el diálogo ya había tomado fuerza. Interrumpió una discusión sobre si era verdaderamente conveniente conducir a los políticos ante una gran asamblea vecinal o si no sería mejor recibirlos en *petit comité*. Dijo que yo era un trabajador de las obras y conocido activista de izquierda que a buen seguro iba a echar una mano. Muy bien, vale, dijo alguien, pero Jaime apagó el murmullo con un gesto suave de ambas manos y prosiguió la presentación explicando que yo conocía a una jefa de producción de la UTE adjudicataria de uno de los tramos que llegaban hasta el puente de Praga que había denunciado públicamente el ocultamiento descarado de la muerte de un trabajador dominicano por parte de la empresa y de la que luego supieron que resultaba ser la ingeniera que había tenido un comportamiento muy interesante cuando el *comando arqueología* había irrumpido en la excavación del túnel hacía unos días.

—Tengo en mi poder unas piezas del yacimiento que nos obligaron a machacar —afirmé ante la asamblea—. Pensaba llevarlas un día de éstos a Patrimonio, de la Comunidad de Madrid.

—Tráenoslas, nosotros se las pasamos a los arqueólogos para que hagan un informe y las entreguen ellos en las mejores condiciones —me contestó Jaime.

Me interrogaron sobre qué más pude rescatar de la destrucción, les expliqué que acabé por arrasarlo todo con la pala porque si hubiera persistido en la negativa me habrían puesto de patitas en la calle y otro hubiera hecho el destrozo por mí. A un capullo le pareció mal que no me suicidara laboralmente en aquel momento. Una joven afirmó que no se podían fiar de mí, que la empresa me tenía agarrado por los huevos. En fin, en ese momento llegué a la conclusión de que Victoria no pegaba ni con cola en aquel tinglado. Sin embargo, Olegario, que era como se llamaba el señor que fumaba con boquilla, resucitó el sentido común en la reunión.

—Dejad de decir chorradas. Vais a conseguir que perdamos a unos aliados importantes. ¿No os dais cuenta de que estamos totalmente desvinculados de los trabajadores de las obras? Yo los observo a diario, no vayáis a pensar que los motivos para oponerse al macroproyecto son sólo de carácter ambiental. Están haciendo las cosas con mucha precipitación. Contratan inmigrantes sin papeles a mansalva. Explotan salvajemente a los currantes. Haceos cargo de que para los que se dejan la piel en esa triste aventura, conservar el puesto es cuestión de vida o muerte, es el pan de sus hijos.

La conclusión del encuentro fue escueta para haber estado más de dos horas discutiendo. De cara a la próxima reunión de la plataforma «M-30, no + coches», que congregaba a más de una veintena de organizaciones sociales y políticas de la ciudad en torno a la oposición a los megaproyectos del alcalde, el acuerdo era que Nudo Sur se podría comprometer a intentar conseguir algún salón de actos de gran tamaño, quizás el del colegio público Miguel de Unamuno, o una nave del parque de la Arganzuela. Aportaría también la posibilidad de que Victoria, en el caso de que accediera a comparecer, y yo nos entrevistáramos con los políticos en un aparte, antes o después de la gran asamblea vecinal.

Once

Si estoy muy baja de ánimos, me fallan las energías corporales. Cada tarea, por boba que resulte a simple vista, se me convierte en un trecho inacabable de la pesada ascensión a un monte absurdo. Así pasaron los días, lunes, martes, miércoles, jueves, cena con mis padres. Sé que necesitaba la llegada del viernes, San Viernes, como solía exclamar Mejías al verme abandonar feliz las obras para descansar dos días seguidos aunque él se quedara al pie del cañón. No sabría decir cuándo descansaba el maestro de obra, casi siempre estaba ya en el ajo cuando yo llegaba y permanecía allí cuando me marchaba. Pero lo cierto era que cada fin de semana yo sentía la necesidad de tumbarme en la cama, olvidarme de todo y no levantarme en cuarenta y ocho horas.

Así que era jueves y terminé mi turno, para variar, agotada, sobre todo mentalmente. Me mareaban las previsiones que acababa de discutir con Gabriel, las voces de los proveedores de materiales que no dejaban de protestar a causa de las prisas, imposible para mañana, siempre están ustedes igual, parece que les han puesto un cohete en el culo. Retumbaban en los huecos de la memoria inmediata las quejas silenciosas de los obreros agotados, que no veían el final de la jornada, y la ineptitud de los jefecillos de cada subcontrata que intentaban trampear con los compromisos adquiridos, los materiales, los plazos de entrega, la calidad de la ejecución. Sentía la garganta llena del polvo amarillo del escenario bélico, que me resecaba las mucosas y me condenaba a una incomodidad crónica, aliada perfecta del estado de ánimo depresivo que me postraba por dentro.

En casa dispuse las cosas con desgana, me duché perezosamente y me vestí de nuevo con la intención de acudir medio arreglada al domicilio familiar. Antes de irme pensé en llamar a algún amigo o amiga para buscar una voz que me diera ánimos en esos momentos

que me parecían tan tristes y difíciles. Desde que empecé a trabajar para la UTE, mi existencia había entrado en una transición inesperada. Los compañeros y compañeras de universidad fueron desapareciendo de la historia y de pronto me vi completamente supeditada a los círculos sociales de Germán. Todo el tiempo libre que no dedicaba al descanso lo organizaba con él, que me llevaba de una pandilla a otra, de un sarao de niños bien a una cena de jóvenes triunfadores. Bueno, además estaba Laura, mi única amiga de toda la vida, compañera inseparable de la adolescencia, el instituto y la guerra contra los padres. Profesora de instituto, tres años casada, ya con dos hijos pequeños y ahora en excedencia para poder cuidarlos, me encantaba ir a su casa. El jaleíllo de la crianza me daba un poco de envidia sana, gustosa. Disfrutaba cargando al pequeño mientras ella atendía a la cría de dos años. Pero Germán conseguía que no nos prodigáramos en visitas a aquel criadero de infantes. No soportaba ni a Laura, ni a Jenaro, su marido, delegado sindical de banca, ni a los niños. Era un marciano en aquel planeta, aislado por medio de su traje espacial con corbata, y consiguió reducir a mínimos la relación con ellos. Últimamente se ponía tan borde, o estaba tan ostensiblemente incómodo, que Laura había dejado de llamarme para que la ayudara con cualquier cosa, o me quedara con los críos para que ella y su marido pudieran salir. La echaba de menos, pero sentía que la distancia de los últimos meses... no sé, quizás había roto por fin el lazo de apoyo mutuo que habíamos conseguido salvar del rodillo biográfico, de las expectativas familiares o de la divergencia de caminos y de puntos de vista a partir del paso por la universidad. Laura era mi amiga en contra de mi propia evolución personal, y me soportaba, y yo la soportaba a ella, y pensé que, con todo, no iba a ser tan difícil restaurar el vínculo. Sólo necesitaba sentarme en el sofá y echar media hora de teléfono, contárselo todo mientras la oía decirle a la niña que no corriera tanto por el pasillo o pedirle a Jenaro que calentara el biberón de la cena. Pero me miré al espejo, qué ojeras, qué pinta, me imaginé a Mejías con semblante preocupado, ¡tienes que cuidarte más, chica!, apareció un instante en mi cerebro el rostro, y la voz también, de Santiago, busqué las llaves, un bolso que llevarme,

me atusé un poco el pelo, eché un suspiro para coger fuerza, aparté la vista del teléfono, visualicé a mi padre, relució por un instante, en un segundo plano, el rostro invisible de mi madre, respiré de nuevo, allá voy, qué remedio.

Atravesé el amplio portal del edificio donde me crié con el mismo paso cansino con el que había salido de mi piso. En el ascensor deseé que no acabara nunca el trayecto, no salir de ese cajón, dormirme ahí mismo, de pie, arrullada por el movimiento cadencioso del antiguo aparato en su subida al cuarto piso. Pero el marcador electrónico trasplantado recientemente al cachivache se detuvo en un número cuatro colorado que me invitaba, irritante, a enfrentarme a mi triste destino del momento. Mariposas en el estómago al atravesar el descansillo, llamé al timbre y abrió la puerta mi madre abriendo su sonrisa, abrazándome sin que yo opusiera resistencia. Estaba llena de energía y casi gritó anunciando mi esperada llegada, ¡ya está aquí Viqui! Mi padre se levantó de su sillón para saludarme con toda su simpatía, mi niña, ven conmigo, todo se va a arreglar, que para eso estamos tu familia, mi niña, hay que reconocer que te has hallado bajo una fuerte presión y puede que a veces seamos demasiado exigentes contigo, ven que hay alguien que te espera.

No podía creerme lo que veía. Germán se levantó de la butaca orientada hacia la tele con carita de feliz sorpresa y vino hacia mí. Escalofrío. Escalofrío. Escalofrío. Lo último que esperaba encontrarme era a papá y mamá tramando sorpresitas con mi ex novio.

—Veo que os dedicáis a conspirar a mis espaldas —afirmé.

—Vamos, Viqui, sólo queremos ayudarte, estás bastante confusa últimamente —terció mi padre.

—Viqui, no desaproveches tus oportunidades —pontificó Germán, con los brazos abiertos.

¿Oportunidades? Como en la película de dibujos animados, mi cuerpo se tornó verde como si se acabara de poner el sol. Me hinché, afeé, crecí siete centímetros, se me inundaron de sangre los capilares de los globos oculares, se me pudrieron los dientes y me creció una bocota de ogresa que escupió una inesperada furia envuelta en una enojosa baba verde que se adhirió, pegajosa, a los tres enanos

asustados que tenía enfrente. El príncipe abandonó la estancia a toda prisa, huyó con el rabo entre las piernas, mi madre se quedó pasmada, y mi padre quiso enfadarse, hacer algo, pero la perplejidad le impidió mover ni siquiera un párpado durante un momento eterno. Cenamos en silencio. Estaban superasustados, los sorprendí un par de veces dirigiéndose lacónicas miradas que no sabía muy bien cómo interpretar, si como un hemos perdido a la niña, o como un nos ha salido el tiro por la culata, habrá que ver ahora qué hacemos.

Con la tripa vacía tras no haber comido casi nada ninguno, mi padre recuperó el dominio de sí mismo y se decidió por el reproche.

—Viqui, hija, no sé qué te pasa, no me explico que hayas tratado así a Germán, que se ha estado preocupando por ti. Por su cuenta, te ha concertado una entrevista con un directivo amigo suyo para que te apoye, porque tus jefes inmediatos son abiertamente partidarios de echarte, lo han planteado casi como un todo o nada, o ella o nosotros, y te vendrá bien una mano, porque las órdenes de arriba han sido tajantes en lo tocante a la conservación de tu puesto, pero no se sabe qué va a pasar mañana.

—Dime quién es ese directivo y cuándo tengo que verlo.

—Es Rocabruna.

—¿El consejero ejecutivo? —No pude evitar una leve sonrisita nerviosa—. Un verdadero pez gordo. Vaya, supongo que tendré que ir.

—Por supuesto que tendrás que ir. Mañana, a las once treinta, en la sede central. Te lo ruego, hija, ten cuidado, pórtate bien, no...

—Papá, te advierto que no voy a renunciar a mi conciencia en nombre de una carrera profesional. Tenlo claro. Pero mañana hablaré con ese hombre, si eso te complace.

Mi madre, más tranquila, decidió meter baza. Estábamos las dos en la cocina y yo metía, tensa y estirada, los cacharros de la cena en el lavavajillas. Me preguntó por Germán, qué pasa, cuándo te vas a reconciliar, con lo majo que es y las perspectivas profesionales que tiene, es encantador, te conviene, por una rabieta no lo pierdas, y así hasta que se dio cuenta de que mis carnes reverdecían y me sorprendí a mí misma diciendo algo que no sabía si era cierto pero que me salió así, de pronto, con un verismo tan convincente que la dejó chafada

con medio halago para el idiota de mi ex novio a medio salir de sus labios pintados de un color cálido entre marrón y rosa, mamá, estoy empezando a salir con otro hombre.

Al día siguiente, en la sede central, me encontré distinta. Cuando conocí a Germán, me sentía tan abrumada como esperanzada. Ahora, en mis entrañas vibraba exactamente lo contrario, dominio y hastío. Me cortaban los pulidos metales y los relucientes vidrios, pero caminaba con seguridad entre los obstáculos ideológicos que te planta enfrente la sede de una megacompañía constructora. Todo el edificio me gritaba, ¡soy el nido de los elegidos, arrodíllate! y mis ondas mentales expandían un silencioso, repetitivo y elusivo dejadme en paz, dejadme en paz, dejadme en paz. Nadie reparaba en mí cuando me acerqué a una jovencita neumática que acechaba a sonrisas desde su mostrador.

—Tengo una cita con el señor Rocabruna a las diez y media —le dije con una asertividad que me era desconocida en aquel universo y se dedicó a husmear discretamente en su ordenador.

—¿Es usted Victoria Suárez Aguirre? —Yo le caía bien, me acarició con su voz, no en vano mi nombre estaba en la agenda de uno de los dioses, digo jefes de la compañía.

—Sí.

—¿Le importa dejarme su carné de identidad?

Vaya con los peces gordos. La muchacha revisó con suma atención el documento envuelto en un plástico a prueba de humanos, me lo devolvió, se disculpó con dulzura, son cosas de la seguridad, necesaria en estos tiempos que corren, y me indicó que me dirigiera al octavo piso, despacho número 806, donde ya estaban al tanto de mi visita. Encaré la ruta al ascensor sin titubeos, cualquiera hubiera podido decir que yo trabajaba allí. Tras una veloz ascensión, emboqué un pasillo que me condujo livianamente hasta una compuerta de cristal que se abrió ante mí bajo un discreto número 806. Qué naturalidad, entrar ahí como invitada, qué sonrisa la de la lubina que atendía al pez gordo, pase, Victoria, que el señor Rocabruna la espera. Franqueé una puerta ancha y distinguida y saludé al sexagenario ejecutivo de rostro sin edad, seguramente se duchaba cada día en la fuente de la

eterna juventud. Hay que reconocer que se puede parecer joven a pesar de la amplia calvicie, basta con un corte de pelo de pocos milímetros que difumine la barrera entre el mar de piel y el blanquecino continente cabelludo en franco retroceso, y la ortodoxia metrosexual de cartujo de gran empresa. Puedo decir que aquel hombre pegaba a la perfección con el despacho. Estaba en mangas de camisa de un azul poco marcado, sentado en una amplia silla tras una mesa moderna pero de madera sobre la que un ordenador portátil convivía con un teléfono inalámbrico y un enorme portafolios abierto que mostraba un apabullante despliegue de planos y documentación. Me dio una impresión extrañamente tranquilizadora con su experimentada sonrisa de hombre acogedor, eres una de los nuestros, parecía decirme con sus gestos de bienvenida.

Se quitó las gafas de leer, que se le quedaron colgando del cuello, se levantó, me dio la mano y me ofreció dos besos. Me habló con una inesperada simpatía. Partió de la consideración hacia el brillante joven al que, ignorante, consideraba aún mi novio, lo cual astutamente no desmentí para seguir adelante con aquella reunión que me resultaba cada vez más seductora porque me hacía olvidar por completo las mareas de inquietud que últimamente no dejaban de sacudirme el alma.

—Por lo que sé de ti, Victoria, eres una joven ingeniera que promete. La verdad es que muchos de tus compañeros de generación me dan asco con tanta frivolidad, tan vacíos, tan convencidos de hacer suyos los objetivos de la empresa porque sus únicas aspiraciones son el poder y el dinero. Pero hacia la gente como tú siento una envidia sana. Tenéis toda la vida por delante y un optimismo radiante porque queréis cambiar el mundo. Y de eso se trata.

»Germán es un caso aparte, le tengo un enorme cariño aunque puedas pensar que quizás se le pueda englobar en el nutrido grupo de esos coetáneos tuyos a los que acabo de denostar. Y es que me encanta su espíritu aristocrático, ese convencimiento de clase que combina con su poderosa inteligencia. No cabe duda de que destaca entre sus pares y le espera un porvenir esplendoroso.

»Hacéis una curiosa pareja, vosotros dos. Ya le he dicho, sin

embargo, a tu novio, que no esté tan preocupado. Me he puesto yo mismo como ejemplo, que también he sido joven. En la universidad fui militante de izquierda.

—Vaya, no lo sabía —le dije con sincero asombro.

—Poca gente lo recuerda, mejor así, ¿no te parece? Formé parte de un pequeño grupo trostkista, no importa ahora el nombre. Repartí panfletos en la clandestinidad y cosas por el estilo. Hasta que terminé la carrera y descubrí que el camino para mejorar es muy distinto a aquel al que me había llevado la pasión juvenil. Ahora veo claro que es muy sano tener aspiraciones revolucionarias cuando se está descubriendo el mundo. Y en aquellos años aprendí muchas cosas que me son de utilidad ahora que estoy involucrado en la alta dirección de una compañía como la nuestra.

»Mira, Victoria, para mí es interesante tu gesto de desvelar una actuación digamos que... precipitada y desafortunada. Muestra que eres una mujer con la madera moral que hace falta para abrirse paso en el mundo de la gran empresa. Y si unes a esa actitud tu excelente formación, la capacidad intelectual que no dejas de demostrar, te pronostico un futuro brillante que asomará en tu vida antes de lo que te esperas, a poco que ahora seas un poco paciente. Me consta que tu padre no deja de hacer movimientos para que te acabes ubicando en la universidad, pero yo quiero gente como tú en mis equipos de dirección, gente con corazón y con agallas, y creo que pronto podré ofrecerte algo a lo que no te podrás negar.

Yo ya era de gelatina. Iba a derretirme allí mismo. Aquel jefazo empezaba a tenerme lo que se dice en sus manos. Hasta me sentí incómoda por haber roto con Germán, una vocecita interior se dedicaba ya a convencerme de que quizás mi madre tenía razón y había sido un poco dura con él y todo podía quedar como una riña de enamorados.

—Bueno, tú ya has visto con tus ojos —prosiguió el dirigente tras unos instantes de fascinadora vacilación— las dificultades que ha de superar una gran obra pública. No sale gratis, el progreso de la civilización. En todas las culturas importantes, en todos los tiempos, cuando la Humanidad ha sacado adelante proyectos grandiosos de los

que perduran en la Historia, ha habido lucha y sacrificio. Es lo que sucede con la M-30 de Madrid. Es una gesta arquitectónica, un prodigio histórico, que va a resolver un grave problema de esta ciudad que se ve constreñida, anquilosada, por la herencia de la cortedad de miras de los urbanistas del franquismo. ¿Quién soy yo para explicarte a ti la trascendencia de este proyecto, que está batiendo récords en tunelación y es un ejemplo para los ingenieros de todo el mundo? Piensa que estás contribuyendo a cambiarles, a miles de personas, una monstruosa autopista que pasa por delante de sus casas por un hermoso jardín del siglo XXI. Es lo que te decía antes, con la edad te das cuenta de que el mundo se cambia trabajando sobre él, que es a lo que se dedica nuestra compañía. Esta es nuestra revolución, revolucionamos permanentemente la piel de la ciudad, del país, no dejamos de transformar las cosas para que nunca dejen de mejorar.

»Victoria, ahora debes volver a tu trabajo con normalidad y tranquilizarte en tu fuero interno. Tienes una misión importante que sacar adelante y no dudo de que lo harás a la perfección. Dedícate en cuerpo y alma a cumplir con tu obligación, medita bien en torno a lo que te he dicho y antes de que te des cuenta tendrás noticias mías.

La reunión terminó con una afable despedida en la que, yo, temblorosa ingeniera traslúcida, abandoné el despacho sintiendo como un regalo los parabienes de Rocabruna y la sonrisa tan sinceramente alargada de la secretaria. Flotaba ligeramente en el éter de mi empresa, mi empresa, vuelvo a ser alguien aquí, me dormía creyendo despertar y sonó otra vez un despertador dominicano intentando espabilarme para sacarme de esa mullida realidad soñada.

Doce

Comprendan el revoltijo de resignada indignación que me abatía en aquellos días. Domingo me vino a buscar con ropa de calle. Era sábado a media mañana y él libraba. Yo no, aunque el convenio dijera que sí. Desde los incidentes tras los que me vi al borde del despido, Santoni me obligaba a montar en la máquina sin chistar, aunque se me revolvieran las entrañas cada vez que se materializaba en mi cuerpo de obrero la derrota de las conquistas pasadas, plasmadas en reglamentos escritos en el papel sobre el que se meaba cada semana la patronal.

Me pilló en la sombrilla, terminando de almorzar. Se acercó con su gorra de béisbol y por medio de un gesto cansino me invitó a hablar unos minutos. Le seguí sin soltar mi bocadillo de jamón con tomate y le escuché mientras engullía los últimos mordiscos, estaba hambriento y me habría tragado dos más como aquel. Yo sonreía ignorando su rostro taciturno, qué suerte tienes, majo, libras los sábados, oye, dime qué es lo que pasa para que hayas decidido venir a buscarme entre la mugre en tu día libre.

—Mi prima ha firmado, compañero. Ha prometido silencio a cambio de tres mil novecientos euros. Nos citaron ayer, en las oficinas de la compañía, y nos presentaron un papel titulado «Liquidación de contrato de trabajo» que decía que Leticia se comprometía a no demandar a la empresa a cambio de cobrar unos baros. Y para mí que son los que la empresa está obligada a pagar por ley por lo de Gumersindo.

—Sí, probablemente es el finiquito, ni siquiera es la indemnización que establece el convenio por morir en el tajo. La UTE actúa ilegalmente con todo el descaro, todo es ilegal, son unos hijos de puta.

—Ahorita explícaselo a mi prima. No tiene ni un chele y aquel tipo de la compañía lo dijo bien clarito: si quieren los cuartos ya,

avénganse a las condiciones. A la salida pasamos por otro despacho donde nos dieron un cheque bancario. Se consumó la compra y la deshonra. Intenté pararla, pero me llamó comeboca y me tuve que callar.

Aunque lo cierto es que me esperaba algo así, la noticia me sentó como si me hubieran inyectado una cucharada de curare.

—Cómo se pasan estos cabrones. Lo primero que se me ocurre es que no hay mal que por bien no venga. Nada impide que, una vez ha cobrado lo que le corresponde, tu prima ponga igualmente la denuncia. Y está también la de Comisiones, que cuando sepan esto...

—Mi prima no va a hacer nada, ya lo tiene decidido. Dice que está muy cansada, que la dejemos en paz. Se lo explicó allí mismo a la ingeniera.

—¿A la ingeniera? ¿A qué ingeniera?

—A la que tú conoces, la que el otro día se atrevió a denunciar lo de mi primo ante la comisión. Tenías que haberla visto. Venía sonriendo, parejera, con cara de jefa. Y nos habló desde arriba, como si midiera siete pies de altura. A Leticia le dijo que muy bien. Claro que, cuando le relaté lo que nos acababa de pasar un momento antes, se aciguató, se puso colorada... ¡y se marchó sin despedirse!

¿Qué habría ido a hacer Victoria en la sede central de la compañía? ¿Qué demonios significaba aciguatarse? ¿Cómo le había dicho eso a la viuda de Gumersindo? ¿Y esa reacción que le pegaba tan poco, dejarlos plantados sin decir ni adiós?

—Leticia tiene derecho a retirarse de la lucha y tratar de superar como buenamente pueda su dolor —le dije mecánicamente—. Ahora toca esperar a que la denuncia sindical siga su curso. Piensa que la batalla de la solidaridad de los compañeros está perdida, nuestra reacción está neutralizada desde que los medios de comunicación nos minimizaron, ya sabes que si no sales en la tele, socialmente no existes.

—Está bien —contestó escuetamente—. Habrá que tener paciencia.

—Cuando haya movimiento en el juzgado, tendremos otra oportunidad para hacer una nueva denuncia pública. Y cuando salga la sentencia, puede que la viuda y los hijos de Gumersindo reciban

una indemnización.

—Pero dijo el inspector de trabajo que todo esto va a tardar entre cuatro y siete años en resolverse...

—Ten en cuenta que antes o después los jueces dirán algo, dictarán alguna resolución sobre el caso, decidirán dar carpetazo o tirar palante, quién sabe... Cada paso en el proceso será una oportunidad para volver a la carga. Contarás siempre conmigo para hacer lo que podamos, sin dar tregua.

Al chaval le mejoró un tanto el ánimo con mi charla. No es que yo estuviera muy convencido de lo que le decía, pero el tiempo acabaría por darle algo de razón al moderado discurso de ánimo. Pasado un año y medio, el juzgado declararía nulo de pleno derecho el documento que firmara la viuda y decidiría seguir adelante con la denuncia penal que Leticia, tiempo después y más tranquila, aceptaría interponer contra los verdugos de su marido. La Unión Temporal de Empresas aduciría que ella se había comprometido, «libremente y sin coacciones», a no iniciar causa alguna y «renunciar a cuantas acciones civiles, penales y laborales les pudieran asistir frente a la UTE, la compañía aseguradora y su personal dependiente, la propiedad de las obras, la dirección facultativa y los coordinadores de seguridad y todo el personal que de estos dependa». El juez argumentaría que no se puede renunciar mediante contrato privado a derechos inalienables, mostraría su irritación en la sala de vistas y no se privaría de decir que parece que estos señores no aprenden, siempre estamos con las mismas. El abogado lo explicaría de maravilla ante la escasa prensa presente en la rueda que convocaron los sindicatos: «Es como si yo me comprometiera mediante contrato privado a ser esclavo, tan sencillo como eso, hay derechos de los que uno no se puede desprender y, afortunadamente, este juez se adhiere a una doctrina muy bien establecida en nuestro país que, sin embargo, algunos insisten en pisotear y, si no estamos vigilantes, nos las cuelan una detrás de otra». Con la leve resurrección judicial del caso, asomarían de nuevo desde las cloacas de la memoria colectiva el engrudo de ignominias con resultado de muerte: la explotación brutal que sufría Gumersindo, que batía todos los récords en horas, muy por encima de los máximos

legales; la ausencia de las medidas de seguridad más elementales porque, entre otras cosas, operaba en solitario la cesta elevadora; el quebrantamiento flagrante del convenio porque se laboraba un sábado por la tarde sin un permiso específico al efecto. Los sindicatos aprovecharían para armar algo de jaleo, pero se chocaría de nuevo con el muro de unos medios de comunicación muy inclinados a lavarle la cara al Ayuntamiento y las grandes empresas. Apenas uno de los grandes grupos mediáticos, el que levemente apoyaba a la oposición municipal de mantequilla en la capital de España, difundiría la noticia, y sólo a escala regional.

Antes de despedirme de Domingo, le solicité que me diera más detalles sobre el encuentro con la ingeniera. «Ya te lo dije todo», me respondió. El resto de la jornada lo pasé dándole vueltas a la idea de atreverme a llamarla de nuevo, sin decidirme.

Trece

El lunes volví al trabajo con una buena ensalada mental. Afronté con energía mi cometido en la obra y el hemisferio derecho del alma mantenía viva la esperanza de que Rocabruna me llamara y me exportara a algún despacho cristalino aislado de la cruda realidad donde, por fin, descansar en un sueño dulce y profundo por los siglos de los siglos, amén. Sin embargo, no me había decidido a telefonear a Germán en todo el fin de semana para agradecerle su intercesión; la tristeza de la viuda de Gumersindo me lastraba el gesto, todo se volvía pesado en cuanto dirigía la mirada al teléfono fijo, se espesaba el aire, me ahogaba y el dedo no llegaba a apretar el botón del aparato. Me refugié en la televisión y la desidia y ni un sólo timbrazo activado desde el exterior rompió el hechizo que había convertido mi casa en una cámara de aislamiento sensorial.

El impenitente Mejías me puso al día. Durante el fin de semana, mientras yo me ahogaba en mis contradicciones, se habían producido avances notables en el sector. No hay mal que por bien no venga, me espetó el maestro de obra, con todo el jaleo los de Santoni se han puesto a excavar los sábados sin decir ni mu. Tocaba echar un vistazo en el frente donde combatía Santiago y una descarga eléctrica me sacudió ante la sola idea de rozar su mirada con la mía.

—¿Te encuentras mal? —Mejías me miró preocupado.

—No, no es nada.

Comenzamos la ronda matinal por la obra y me detuve aquí y allá con la esperanza de retrasar la llegada a la zona de excavación. Discutí con un encargado acerca de la profundidad de unas zanjas para tendido eléctrico, y no me di por vencida hasta que me demostró sobre mis propios planos que él tenía razón y me echó en cara, irritado, que les estaba haciendo perder un tiempo precioso. Mejías, que se había adelantado lo justo como para que yo pudiera

entretenerme sin que él terciara para acelerar la marcha, me llamaba con la cabeza y las manos, date prisa, chica, no tenemos toda la mañana y esa gente no necesita que los entretengas. Después, ya en el túnel, desaparecí de la vista de mi encargado porque me metí en un visto y no visto en una galería lateral que no llevaba a ningún lado, convencida de que iba a encontrar algún problema importante que resolver. Mientras escudriñaba abobada el techo del agujero sin salida, escuché a mi espalda la voz alta de Mejías, pero chica, dónde te metes, ¿se puede saber qué demonios te pasa hoy?

Así que, por fin, llegamos a la vanguardia del hormiguero creciente y el estruendo de las dos máquinas me alejaba un poco de lo que temía, ensordecía el disco rayado que llevaba toda la mañana molestándome en los entresijos de la mente-cerebro. Pero el caso es que estaba tan cagada de miedo ante la perspectiva de toparme con Santiago que a los pocos segundos el ruido casi insoportable ya no impedía el repiqueteo circular de mis tribulaciones. Le había dicho aquello a mi madre, estoy saliendo con otro hombre, y era una mentira a medias porque veía ante mí a aquel obrero fibroso y sonriente, el paradigma de la oposición de clase en el universo de Germán. Y me dolía la cabeza, no sé si el alma, por mi familia, mi mundo, la ambición, el futuro, una pulcra existencia en una casona unifamiliar en las afueras de lujo de la ciudad, los viajes por el planeta de reunión en reunión, avión, hotel, pequeñas conversaciones importantísimas que trastocan la faz de la tierra, la vida en un cosmos de maravilla, el triunfo social, mirar al prójimo con la cabeza alta sabiéndome envidiada, elegida del sistema, miembro de la aristocracia del siglo XXI... Dios mío, ¿cómo pudo Rocabruna torpedearme así el hemisferio izquierdo del alma, que me crecía aquellos días aliado de una atracción imposible y una fuerza que me nacía no sabía bien de dónde? ¡Qué rabia me daba la indignación moral que me poseía, procedente del lado de las grietas, las desgracias, la mala suerte, los fracasos! ¡Qué desastre tener que vivir insomne, sin dejarme arrastrar por las nubes de un sueño de vida!

A una señal de Mejías, las excavadoras se detuvieron. ¡Mira cómo progresan, chica, vamos a tener que acelerar con los pilotes y

adelantar el trazado! El hombre estaba entusiasmado mostrándome el gran trabajo de Santiago y el Ruso, que se bajaron de las máquinas y se juntaron con otros dos trabajadores de Santoni. Todos se pusieron a fumar excepto Santiago y Mejías los felicitó con una sonrisa, muy bien, muchachos, lo estáis haciendo de puta madre. Entonces, Santiago clavó sus ojazos en los míos y me puse colorada como un tomate y aparté la mirada mientras uno de sus compañeros, no recuerdo cuál, le sacudía un codazo. Me giré tratando de esconder mi turbación mientras Mejías me llamaba, chica, mañana toca auscultar aquellos pilotes; caballeros, a seguir por el buen camino.

El sol me calentó la nuca —no dejaba de mirar, taciturna, al suelo— cuando seguía al maestro de obra en busca de la siguiente tarea de antes del almuerzo. «¡No te retrases, chica, cómo estamos hoy!», gritó el buen hombre y sentí un golpecito en el hombro. Me giré asustada, Dios, cómo puedo estar tan ensimismada, y era Santiago. Sentí de cerca su aliento dulce y me dejé arrastrar del brazo como una muñeca de trapo mientras se alejaba la espalda de Mejías y en un milisegundo el fibroso maquinista me estaba contando algo de una reunión con eurodiputados, ecologistas y vecinos sobre la remodelación de la M-30 y de manera involuntaria, sin querer, en contra de las sucesivas capas de palabras y experiencias sedimentadas en mi cerebro desde niña, y en contra también de todas las evidencias que esgrimía el lado derecho de mi alma, y sin escuchar en realidad absolutamente nada de la larga parrafada de un Santiago que hablaba cada vez más despacio porque cada vez dudaba más de que lo estuviera escuchando, clavé mi mirada en la suya, se calló, lo agarré de la cabeza y desperté sintiendo su lengua dentro de mi boca y la voz de Mejías «¡dónde andas, chica, qué sucede esta mañana, que hay mucho curro por delante!». Solté al obrero, se acababa de convertir en eso, en un obrero, pero qué coño estoy haciendo, Santiago me miró entre extasiado y asustado, reaccionó y se escabulló en sentido contrario a la procedencia de la voz del encargado. Respiré hondo, me sacudí un poco la ropa para sacudirme en realidad la mente y salí del escondite. Perdona, Mejías, es que he tenido algunos problemas personales, con el novio, cosas de esas, y estoy un poco afectada, me excusé y seguí adelante,

involucrándome con fría precisión mecánica en el resto de la dura jornada de trabajo.

Catorce

Me figuro que ustedes tendrán idea de lo que pueden llegar a ilusionar los proyectos de lucha. Lograr avanzar en las pequeñas tareas que va exigiendo la esforzada transformación social del mundo suele ser una de las más pocas fuentes de satisfacción del activista.

—¡Santiago, nos han conseguido la nave Terneras, en la Arganzuela! ¡Vamos a hacer una mega asamblea con centenares de vecinos! —Jaime gritaba entusiasmado al otro lado del teléfono—. ¡Los eurodiputados van a flipar en colores! ¿Cómo va lo de la ingeniera?

—Muchacho, Jaime, tranquilízate, que acabo de llegar de trabajar y estoy hecho polvo.

—La ingeniera, Santiago, dime si ya sabes algo, dame otra alegría para este bonito día.

—Bueno, aún no lo sé, supongo que hay muchas opciones, pero yo qué sé, ya te digo algo en unos días, pasan cosas en la obra y me siento un poco confuso.

—¿Qué te ha sucedido?

—De verdad, ahora no puedo explicarte nada porque no me aclaro, ya te hablo dentro de poco. Oye, tanta historia con la ingeniera... recuerda que contáis conmigo, que parece que yo no exista y tengo unas cuantas cosillas espeluznantes que relatarles a los políticos esos.

—Tendrás ocasión, no te preocupes, de decirles lo que quieras. Vienen en cuatro semanas y está confirmado que se reunirán con nosotros. Estarán un lunes y un martes, y la asamblea con ellos ha quedado fijada para el lunes por la tarde, después de que visiten, por la mañana, diferentes tramos de las obras. Como somos peticionarios, los acompañaremos casi todo el rato, ¿sabes?

—Vaya, parece que la historia va en serio. Otra cosa es para qué sirva.

—Estaría bien que en Europa nos dieran la razón, ¿no te parece?

—Ya, pero esta mierda ya no hay quien la pare.

—¿Qué te pasa, Santiago? ¡Pues claro que no vamos a cargarnos el proyecto! Sabemos de sobra que el daño está hecho, que es irreversible. Me dijeron que eras un tío experimentado en luchas, joder. Se trata de dar por culo todo lo que podamos, igual hasta conseguimos que mejoren algunas cosas que les importan mucho a los vecinos.

—Sí, claro, ya me dirás qué.

—Pues la ubicación y las garantías de las chimeneas de evacuación de los gases de los túneles, por ejemplo. Tal como están previstas la cosas en estos momentos, hay muchas familias que se asomarán al balcón del piso y se les pondrá negra la nariz. Y puede que notéis que se cortan un pelo con ciertas cosas a pie de obra, yo qué sé.

Reaccioné y evité seguir discutiendo. Estaba de mala leche, inquieto en mi interior porque besarme así, sin avisar, y sin solución de continuidad, sin iniciar nada, más bien acabando algo a lo burro... no sé. Victoria me traía por la calle de la amargura y no era cosa de minarle la moral a aquel chaval que por lo menos se comprometía en una lucha con la que no podía menos que simpatizar sin preguntarme para nada por los resultados. ¿Qué cojones importaban los resultados? Lo importante era pelear, seguir ahí, no dejarse hundir del todo por esa confabulación aplastante de poderes que estaban haciendo de la capital su coto privado para saquear sin miramientos los fondos públicos de los próximos treinta años. El chico tenía toda la razón y para cuando me despedí volvió a sonreír, respiro tanta bazofia ahí dentro que se me joden las neuronas, le dije, perdóname, Jaime, sí tienes razón, no sé qué hago intentando discutir contigo, ánimo, que lo estáis haciendo estupendamente, da gusto que os mováis con esa efectividad.

Colgué el teléfono y caí sobre el sofá. Abatido y rabioso, no sabía qué hacer con mi cuerpo y me quedé ahí, hundido, y rememoré dolorosamente los instantes de boca a boca con Victoria hasta que un regusto dulzón sustituyó al mal ánimo, que me quiten lo bailao, quién lo iba a pensar, con lo buena que está... Ay cuando lo cuente, yo enrollándome en la obra con una joven ingeniera, menudo don Juan

obrero. La sonrisa momentánea me dio energía para ponerme de pie y empezar con las tareas de cada día como prepararme algo de cena, lavar ropa o cuidar un poco la casa. Pero la depresión me volvió a poseer en cuanto franqueé el acceso a la cocina, di una patada al suelo, ¡mierda, no aguanto en casa!, y por un impulso incontrolado salí del piso para encaminarme a La Perla con ganas de ver a Maruja y Miguel y contarles mis penas cenando cualquier cosa que tuvieran preparada.

El bar estaba animado cuando entré. Miguel atendía en la barra a tres o cuatro grupos distintos de currantes del barrio, que charlaban con unas cañas que mi amigo mantenía permanentemente llenas. Ahora se comían un bocadillo, o una de bravas, o pon una tapita por aquí y una ración por allá. En las mesas había también gente, les va muy bien, pensé, hay mucho negocio, estarán contentos. Cuando Miguel me vio, en uno de los levantamientos periódicos de cabeza por encima de la barra que efectuaba para tener controlada la situación, me sonrió, pero unos chicos que cenaban en una mesa aprovecharon la circunstancia para llamarlo por su nombre, ¡oye, Miguel, necesitamos más pan, por favor! Cuando salió de su barricada con una bandeja rebosante de tajadas de un bollo blanco y tierno me dijo que enseguida me atendía con un gesto de complicidad especial, que venía a significar eres de la familia, te toca esperar un poco pero el trato es otro, es especial. Le sonreí y me senté en el único taburete alto que quedaba libre en la barra, en la oscuridad relativa del rincón junto a la boca de la cocina, con el pasillo de los servicios a la espalda. Me puse a leer el periódico tras saludar a voz en grito a Maruja, que no podía parar de elaborar comidas. Me contestó que en un rato hablamos, Santiago, no veas tú qué lunes, de modo que naufragué por más de una hora, con sólo un botellín de cerveza como provisiones, en el océano de desgracias y manipulaciones que me ofrecía la prensa del día que fenecía.

Cuando se hubo vaciado lo bastante el local, Miguel se echó, sudoroso, una caña del excitado barril, tomó su banqueta y se sentó junto a mí.

—¿Cómo anda nuestro héroe de la M-30? —me preguntó con una

sonrisa que me refrescó las entrañas.

—Bueno, como diría mi tío, bien... o te cuento.

—Coño, Santi, cuéntame.

—Vale, pero antes ponme algo de cenar, por favor.

—Cómo no, majo.

No le costó nada a Miguel sacarme una ración de albóndigas acompañadas de unas deliciosas patatas a lo pobre. Cómo hacía Maruja las patatas a lo pobre, Dios, no he vuelto a probar cosa igual. Mi amigo, que no movió del sitio su taburete, me miraba comer y sonreía como si yo fuera su hijo pequeño, satisfecho de mi apetito mientras bebía despacio su cervecita y me escuchaba decir rediós, qué buenas están estas patatas, hay que proponer a Maruja para el Nobel de cocina. Cuando alguno de los escasos clientes que permanecían en el bar le pedía algo, Miguel se levantaba raudo, atendía la demanda y regresaba. Se escuchaba el tráfago de cacharros de la cocina, Maruja estaba recogiendo y limpiando y su marido se incorporó a la última misión del día cuando ya se iba un viejo medio borracho, el último superviviente de la clientela del bareto a las once y media de la noche de un lunes de septiembre en el que casi no me aguantaba las ganas no sé si de llorar o de liarme a patadas con los contenedores de basura o los coches aparcados en la acera.

—No me lo explico, debería estar contento, y me siento fatal. Victoria me ha dado un beso de tornillo en el tajo así, de buenas a primeras, y se ha largado sin ni siquiera decirme adiós, y como asustada, ha murmurado qué estoy haciendo...

—¡Coño, Santi, eso es una excelente noticia! ¡Maruja, la ingeniera se ha besado con nuestro Santi! —Obviamente, Maruja no pudo resistirse a incorporarse inmediatamente a la conversación.

—¡Santiago, mi niño, qué bien, parecía una chica majísima!

—Pero el muchacho está medio hecho polvo, míralo, debería estar emborrachándose de puro contento y ahí lo tienes, que parece que se va a echar a llorar.

—No, si las cosas del amor no hay quien las entienda.

Me quedé callado, mirándolos con cara de funeral y logré un silencio expectante, conseguí que se preocuparan, algo tenía que haber

ido mal para que me sintiera así después de haber dado un paso tan importante en la relación con aquella mujer estupenda.

—Ha sido el modo en que ha interrumpido ese momento extraño, tan gustoso pero tan extraño. He sentido desprecio por su parte, está como hecha un lío, me besa en la boca así y luego me desprecia.

—Hazte cargo, chaval, ella no es de tu clase. Deberías estar contento por el hecho de que se haya decidido a... bueno, besarte. ¿A ti te pareció un putón, Maruja?

—No. Tiene que haber sido un beso de verdad, sentido.

—Ya ves, Santi, valora bien que una señorita ingeniera se esté enamorando, mal que le pese, de un obrero que encima es un rojazo de tomo y lomo. Enrollarse contigo le puede traer serios problemas con los suyos, y si me apuras, con su trabajo. ¡Un pobretón, y encima comunista! Es normal que tenga dudas, que se resista. Llámala, habla lo que tengas que hablar, pon las cosas claras, valor y al toro. Y si no es capaz de irse contigo, entonces es que no te merece.

—Recórcholis, Santi, que tú vales mucho. —Los ojos de Maruja vibraban de apasionamiento.

Me admiré de la sencilla clarividencia de aquellos dos seres que observaban el mundo desde la atalaya de su bar. Como un pez globo, me hinché y emergí a la superficie y aún tuve tiempo de disfrutar, ligeramente recompuesto, de una copita del pacharán casero de mis dos amigos, que me trataban como al deportista que está a punto de batir un récord o ganar una competición importante para orgullo de la gente del barrio. Nos despedimos al borde de la imprudencia horaria porque yo tenía que estar a las ocho de la mañana en punto en mi Komatsu PC-340 de color amarillo a la orilla del río Manzanares y ellos ya debían pulsar el botón que trastoca la atención mental y la manda a los desayunos del día siguiente. Atravesé las calles oscurecidas de San Blas en otoño, con su fantasmal salpicón de yonquis que apuran la jornada dirigiéndose entre las sombras, el cuerpo encorvado como protegiendo el tesoro, a la madriguera a salvo de policías y asistentes sociales.

Quince

Así que el martes llamé a Germán. El brote de locura que me impulsó a besar de aquel modo tan brutal e inapropiado a un obrero fue como un último coletazo de resistencia, el hemisferio derecho dio un golpe de estado y me deslicé rápida, automática, hacia el redil que mi hábitat natural me ofrecía. No sentía compasión alguna por el pobre Santiago, al que sin duda debía de haber dejado aturdido y confuso. Como el cirujano que se acostumbra al sufrimiento humano y se enfría por dentro y empiezan a importarle más el dinero y el estatus que las vísceras que saja, me conjuré para sacar los pies del cieno y pisar de nuevo un suelo pulido y limpio.

En cuanto llegué al trabajo, de buena mañana, me llegaron noticias de una primera andanada en mi favor de la artillería de Rocabruna. El jefe de grupo me habló por teléfono con un tono distinto, yo diría que casi dulce, sin reproche implícito, sin aire de regañina encubierta. Me felicitó «por el excelente trabajo que estáis llevando a cabo en el túnel principal, que va mejor de lo esperado» y me fortaleció el frío ánimo con un «sigue así, Viqui Suárez, de verdad que yo siempre he confiado en ti, aunque a veces haya tenido que, digamos, ejem, reconvenirte». Sonaba casi a disculpa derivada de una contundente derrota en las alturas. Pero lo mejor vino después: Ricardo se había repuesto por completo, se reincorporaba como jefe de obra y desaparecía Gabriel de la escena.

Vaya con Germán, pensé, y me di cuenta de que todo aquello me ataba más a la senda por la que me estaba decidiendo a transitar hacia el cielo corporativo. Ahora, cualquier desvío no sólo me ponía a mí en un compromiso, sino que desataba un efecto dominó que afectaba de lleno a Germán, a mi padre y hasta al consejero ejecutivo. Para mis adentros me convencí de que, al fin y al cabo, no era tan difícil retomar mi vida: ya valía de hacerme la ingenua, estaba claro que

había mucha mierda por debajo; lo importante era impedir que me manchara. Ya me iba consolidando como jefa de producción con la inestimable colaboración de mi experimentado encargado, las cosas en la obra a buen seguro irían muy bien y me veía completamente capaz de cumplir con mi obligación esperando pacientemente el prometido impulso aéreo a mi carrera.

Así que aquel martes llamé a Germán. En el trabajo, las cosas rodaron como la seda. Me nacía de dentro un tono más asertivo, yo diría que autoritario, que conseguía que todo el mundo me obedeciera como por ensalmo, sin chistar. Se acabaron los encargados de subcontrata que se atrevían a discutir con una ingeniera demasiado joven e inexperta, además de mujer. Después de tres o cuatro miradas fulminantes de puro heladoras, dejé de oír piropos e impertinencias, me rodeó un halo de respeto empresarial... bueno, de miedo, diría ahora con la precisión que me atreví a aprender más tarde. Los africanos grandes y fuertes, los ilegales del todo que aportaban mano de obra barata en tareas residuales o penosas cuando había que apretar con los plazos, desaparecían de la vista a mi paso, lo mismo que las cuadrillas ociosas o el barullo de las sombrillas a la hora del almuerzo, que devenían súbitamente procesiones o velatorios. Terminé tranquila, desconocida para mí misma, pero no muy cansada, al contrario, con energía para seguir viviendo.

Así que el martes llamé a Germán, mientras me dirigía a mi coche aparcado en lugar preferente junto al *checkpoint*. Tomar el móvil con la mano derecha, mirarlo, activar el directorio de teléfonos, apretar la letra G, seleccionar su nombre, pulsar el botón verde, esperar la señal... todos ellos eran actos coherentes con lo que me acababa de pasar y con el bienestar glacial que me defendía de los rigores del verano que tan mal había terminado para mí. Por si fuera poco, me respondió un Germán delicado y acogedor, sin rencor, contento, que me seguía los pasos a distancia y estaba orgulloso de mis progresos y de lo bien que le había caído a Rocabruna. Estaba tan dispuesto a regresar conmigo y complacerme que aceptó quedar esa misma noche, anulo todos mis compromisos, bonita, salgo contigo y nos olvidamos de todo.

Conduje en silencio por Madrid y me agradó el tacto de la velocidad sobre la cara a través de la ventanilla abierta. La ciudad soleada me infló el ánimo por medio del olor del asfalto, el brillo anaranjado de las torres de metal, la temperatura agradable del otoño naciente, la impecable precisión de la regulación automática del tráfico, los aromas de la hierba mojada de los bulevares con los aspersores recién puestos en marcha. Estacioné el vehículo y me deslicé por la calle, el portal, las escaleras, hasta tomar posesión de nuevo de mi apartamento frente al parque de Berlín. Ya basta de desidia, me dije, y con naturalidad exasperante lo dejé todo limpio y recogido en un pispás. Me duché y me unté toda entera de crema hidratante y me depilé las piernas con cera fría con mecánica fascinación. Sabía qué ponerme, guapísima, pensé, para dejar anonadado a Germán. Hacía tiempo que no calzaba tacones altos, que no me vestía para salir como le gustaba a mi novio. Me puse un vestido muy escotado, con volantes y falda corta, que él me había regalado y que le encantaba. Me peiné con esmero, me maquillé un poco, tomé de nuevo un bolso que se apolillaba en el armario porque me estaba acostumbrando últimamente a ir por la vida armada tan sólo de los bolsillos del pantalón. Cuando sonó el timbre del taxi que había pedido por teléfono, cogí las llaves de casa, armé el móvil y salí taconeando con fuerza, con un ritmo que me arrastraba hacia la felicidad y me di cuenta de que atraía la mirada de los hombres porque un vecino que subía se me quedó mirando y el taxista me recorrió con los ojos, despacio, de la cabeza a los pies mientras me acercaba y entraba. El tiempo volaba y aquel conductor joven y descarado me llevó en silencio, como una flecha, a nuestro restaurante italiano. Me relamía pensando en el carpaccio de ternera con trufas que últimamente había olvidado por completo, y que decididamente había hecho de aquel establecimiento el lugar de cita que no nos fallaba. Lo habíamos descubierto por casualidad y era nuestro secreto mejor guardado. Escapaba a las miradas de nuestra gente porque se alejaba de las rutas habituales, escondido en los pobres entresijos del Madrid que surca la calle Fuencarral cuando camina borracha en sus comienzos.

Soñando despierta con carne cruda y con la mitad del alma

adormecida, me topé a la puerta de la trattoria con Germán, que al verme exclamó ¡estás preciosa! Le sonreí con un escalofrío de placer que me llegó desde el lado derecho del cerebro hasta la vagina y lo agarré del pelo para estampar mi boca en la suya. Nos quedamos de pie, frotándonos las caras sin sentir la irritación de la piel, hincándonos las lenguas, apretando genitales contra genitales con la fuerza necesaria para olvidar la ropa que los separaba. Perdí la cuenta del tiempo, y para cuando atravesamos el umbral del pequeño local tenía la cara y el pelo hechos unos zorros y tuve que meterme un momento en el baño para arreglarme un poco y recuperar el tono a juego con el vestido. La camarera, que ya nos conocía, nos dijo con acento argentino y sonrisa cómplice, cuánto tiempo sin verles por aquí, ¿carpaccio, verdad? Sí, y un buen plato de pasta, y una pizza, y tiramisú. Devoré los manjares con apetito atrasado y Germán, que no olvidaba sus votos de ejecutivo que cuida obsesivamente la línea, me observaba complacido y se regocijaba pensando que ya me había recuperado, que las aguas volvían a su cauce entre nosotros. Cuando terminé y me palpé el estómago tenso de tan lleno, ante un par de cafés descafeinados, Germán me habló. Hasta el momento, el reencuentro había sido ante todo corporal, la recuperación de las bases mismas de la relación, del roce íntimo que nos había sostenido como pareja hasta que yo entrara en crisis.

—Rocabruna cuidará de ti. Le gustaste mucho, todo lo que te dijo sobre planes para tu futuro es verdad. Cuando promete algo, te aseguro que lo cumple. Es un gran hombre, Viqui, yo lo considero un auténtico maestro de la alta dirección empresarial, y de la vida, si me apuras. Cuando te hable, escúchalo con atención, porque siempre te proporciona pistas seguras para seguir avanzando, y si te tiene que poner a caldo no te creas que no lo hace, va directo a la yugular. Sus enemigos lo temen, sus amigos estamos en buenas manos. Aunque su paquete accionarial dista mucho de ser importante para el control del grupo corporativo, disfruta de una posición muy bien establecida en el Consejo, y el presidente y su familia lo escuchan y cuentan con él para la toma de las decisiones trascendentales. Ahora que ya estás más tranquila, ya sabes lo que tienes que hacer: sigue mejorando

resultados y tu nombre acabará subiendo como la espuma. Yo me sentiré cada vez más orgulloso de ti y más contento de haberte echado una mano en un momento tan difícil como el que has pasado. Aún sigo sin explicarme qué diantres te sucedió, Viqui. Por un momento pensé que eras tonta, menuda boba, me dije, ¿cómo no darse cuenta de la realidad, de lo que verdaderamente importa?

No contesté, preferí terminar de saborear las pastas que nos pusieron junto al café. Miré a Germán con una sonrisa bobalicona y le señalé a la camarera, habrá que pedir la cuenta. La chica argentina era alta, no muy agraciada en los rasgos faciales, pero era todo amabilidad y buena disposición bajo su largo cabello moreno recogido en un gracioso moño. Se movía con profesionalidad por entre las mesas tomando nota de los pedidos y parecía no descansar en un restaurante permanentemente lleno. Recuerdo que durante un segundo simpaticé con ella e imaginé su vida más allá del trillón de horas que debía de pasar trabajando en aquel negocio. Pero enseguida me concentré en lo que estaba degustando, qué rico y a otra cosa, mariposa, sin darme cuenta de que estaba creciendo en mi interior una pequeña bomba de rebeldía. Nos acercó una curiosa fuentecilla metálica con pequeña tapa semiesférica parecida a las que cubren los pollos asados en los dibujos animados. Dentro estaba el recibo con la lista de consumiciones, los precios, el total que Germán se disponía a pagar con su Visa Oro. Mi novio recién recuperado, sin embargo, frunció de inmediato el entrecejo, algo está mal, pensé, y llamó, irritado, a la chica. Oye, te has equivocado, dijo con muy poca educación. La mujer enrojeció, tomó entre sus dedos el papel y se atrevió a decirle al cliente que no veía en qué. Germán, ya muy enfadado, le quitó violentamente el impreso y le dijo con voz desagradable que no habíamos tomado carpaccio de boletus. Hala, corrígelo, y el joven ejecutivo me miró cuando ya, humillada, la muchacha nos daba la espalda alejándose hacia la caja, hay que ver, si te descuidas, estos sudacas te la lían a la más mínima. Tuve que reprimir un súbito enrojecimiento facial, fue una deflagración rápida, chas, una mirada a la servilleta y por arte de magia el carácter se enfría, todo controlado, no ha sido nada, nos vamos tranquilamente a

sellar la reconciliación en su despampanante piso de soltero.

Como en una película, navegamos por la ciudad en el Mercedes descapotable de Germán, su brazo por detrás de mi cuello, mi cabeza aposentada en su hombro. No hablábamos, nos limitamos a dejarnos envolver por el sonido electrónico que emanaba del CD del automóvil. Tras ahogar el ritmo fabril de la música, aparcó en el garaje, entrada por la calle Luchana, en pleno barrio de Chamberí. Su ático culminaba un edificio de restauración reciente. Le costó un dineral, y se sentía orgulloso de ello, no podía vivir en un lugar al alcance de cualquiera. Disfrutaba de todas las comodidades, cocina con banco central y fogones eléctricos de inducción con horno inteligente, autolimpiable y encimera de silkpat, una inmensa bañera de hidromasaje, calefacción de suelo radiante, aire acondicionado en toda la casa, control domótico a distancia de temperatura, iluminación y persianas, servicio de alarma y portero las veinticuatro horas del día. Era una vivienda con techos de más de tres metros de altura y la tenía decorada con una mezcla de estilo ultramoderno a la japonesa con biombos y puertas correderas en habitaciones y armarios, y con objetos por todas partes de sus viajes de turismo o negocios —Ribera Maya, safari en Kenia, Vietnam, Pekín, Tokio, Macchu-Picchu, Estambul— y algunos cuadros originales de pintura abstracta contemporánea en el luminosísimo salón.

Cruzamos a través de un pasillo de hormigón ennegrecido, hasta una puerta de grueso metal pintada de rojo que conducía a un coqueto vestíbulo donde esperar al moderno ascensor acristalado. Íbamos agarrados de la cintura, riendo y besándonos como cuando ligamos por primera vez y sintiendo aún en las meninges la embriaguez retumbante del último tema que habíamos escuchado en el coche. Noté una vibración persistente en el bolso, tomé el móvil, era Santiago. Corté. Quién es, preguntó Germán, nadie, respondí. Volvió a vibrar, siguió vibrando un rato mientras atravesábamos el umbral del ático jugueteando, imaginando que todavía nos envolvía la repetición exacta de la secuencia de sonidos de sintetizador que persistía tanto como las vibraciones de la tozuda llamada de Santiago. Un momento, me dijo el ejecutivo feliz y me dejó sentada en el sofá con el insistente

cosquilleo de Santiago en el bolso. Agarré el aparato y apreté el botón verde.

—¿Victoria?, soy Santiago.

—¿Qué quieres a estas horas?

—¿Qué pasa, esta vez no he acertado? Sólo quería conversar un momento contigo. Después de lo que pasó, no sé, quizás deberíamos hablar.

—Ahora no puedo, Santiago, estoy con mi novio.

El enojoso silencio al otro lado de la línea me dio pie a una despedida rápida que me atenuara drásticamente el dolor, lo siento, ya nos veremos en el trabajo, adiós, botón rojo.

—¿Con quién hablabas?

—Con el presidente de la comunidad de propietarios del edificio donde vivo. Es un pesado, en mala hora le di mi número.

—Deberías hacer como yo. —Germán me entregó un vaso con un culín de güisqui y un hielo—. Tengo dos teléfonos, el mío de verdad y el que transmito a pesados y papanatas. Ese lo tengo siempre apagado. De vez en cuando lo enciendo y reviso las llamadas perdidas, de modo que puedo dar un toque a quien me interese sin que nadie más me moleste.

Después, en su cama de dos metros redescubrí el cuerpo modelado en el gimnasio y la inteligencia viva de esa gran promesa de las elites. Me activé en sus brazos y fui astuta en el sexo, como él, y lo llené de gozo porque me sintió avispada como pocas veces, mordedora, atrevida, de risa fácil y plena de lujuria.

El suave sudor, residuo del sexo, se había convertido en una marea de agua salada cuando me desperté de madrugada. Al principio cabeceé confusa, y una sucesión de imágenes terribles, la camarera argentina pidiendo perdón de rodillas, reverberaciones de la muerte que trataba de olvidar a toda costa, el gesto triste del negro Ibrahima, Santiago aplastado por las máquinas, me obligó a levantarme de la cama, buscar a tientas el baño y echarme agua con fuerza a modo de exorcismo que pareció funcionar, aunque sólo fuera provisionalmente. Me acosté de nuevo y me intenté dormir ignorando por completo el cuerpo que reposaba a mi lado.

Dieciséis

A estas alturas del relato pienso que ya me van conociendo un poco, de modo que es fácil que se den cuenta del estado en que, verdaderamente, me hallaba aquel día. A la mierda Viqui, a la mierda Viqui, a la mierda Viqui. Así me levanté de la cama y con esa cantinela en el cerebro di pisotones positrónicos en el suelo del metro, llegué puntual al tajo y agujereé con agresividad el túnel. El Ruso, que no era capaz de seguirme, me gritaba: «¡Joder, Santi, qué hostias te pasa, que vas como una moto, ten cuidado que a esa velocidad la jiñas!». Como un burro con orejeras, sudaba mientras curraba al límite de las posibilidades de la Komatsu, que rugía como un monstruo excitado. Cabalgaba sobre la máquina y la hacía bailar enloquecida sacando tierra y más tierra, rozando una y otra vez la línea de los pilotes, golpeando a veces la losa de hormigón del techo del túnel. «¡Ya está bien —escuché a mi espalda la voz enojadísima de Rodríguez —, voy a tener que dar parte, te la vas a cargar, cabrón!» Paré en seco y el Malahiena se encaramó a la cabina, toc, toc, toma esto, chico, te ayudará, y me entregó un CD sin nada escrito que introduje mecánicamente en la radio de la excavadora. Es flamenco chill, Chambao, me explicó el más raro y obseso de mis compañeros, te va a gustar y te ha de ayudar a tranquilizarte, maricón. Y así fue, perplejo dejé que la música me amansara y fui recuperando el autocontrol. Después de llorar unos instantes, me recorrió el sudor frío que señala el final del sofocón y sonreí a la rata de Malahiena, que celebraba con Rodríguez el triunfo de su astuto ardid para calmarme.

Mi acceso de cólera fue el chascarrillo que dominó aquel día la conversación en la sombrilla. Yo asistía al relato, que se hinchaba como una ampolla llena de pus, con gesto impasible, sonrisa boba, un tanto adormecido por la pena, que se iba transformando en resignación. Al final, mientras todos se reían de mí, recordaba las

palabras de la voz de la experiencia en boca de Miguel y concluía, sonámbulo, que las clases sociales existen, ¡joder si existen!, yo era un Calixto obrero que, por esta vez, iba a salvar la vida tratando de olvidar a la aristocrática Melibea que lo había dejado abandonado a su suerte con un navajazo en el corazón.

Nos levantamos para regresar al túnel, pero apareció Santoni, tengo buenas noticias, chicos, y prolongamos un rato más el descanso en la sombrilla. Nuestro jefecillo nos felicitó, los responsables de la UTE le habían dado unas palmaditas en la espalda y le habían prometido más y más trabajo de seguir haciéndolo tan bien. Culminó su charla anunciándonos que habría una prima especial si acabábamos antes del estresante plazo marcado por la dirección técnica, ¡podéis fulminar la fecha prevista!, y los ojos de mis compañeros brillaron con giros de máquina registradora. «¡Hala pues, a continuar!», gritó Santoni.

A la hora de comer, mi móvil en blanco y negro, que, en contra de lo habitual, estaba allí conmigo, y no abandonado en casa, registraba tres intentos de conexión de un número que no tenía guardado en el directorio. Me entretuve un instante a la puerta de la caseta, mientras los compañeros se pasaban el botijo y sacaban sus fiambreras y bocadillos de las taquillas. Seleccioné el guarismo desconocido y esperé la señal. Una voz masculina que me resultaba familiar me preguntó quién es desde el otro lado con la hosquedad del que ha sido interrumpido en mitad de la comida o peor, de la siesta.

—Perdone, es que he recibido tres llamadas desde este número a lo largo de la mañana y...

—Hostia, ¡eres Santiago! ¡Soy tu tío Pascual, del pueblo!

Mi madre tenía un hermano mayor. Ella abandonó su lugar de nacimiento siendo aún muy joven, con ganas de comerse el mundo. Mi tío se quedó en la sopa de angustia, lucha y miseria de la que era un tropezón muy especial. Su padre, mi abuelo, era socialista y lo asesinaron los fascistas a comienzos del año 40, cuando se atrevió a regresar a ver a sus hijos creyéndose amparado por la legalidad del régimen franquista. Así que Pascual se hizo comunista desde bien joven. Recuerdo que lo admiraba cuando yo era un niño de unos nueve o diez años y pasaba los veranos en su casa plenamente

asalvajado, olvidado de los adultos en un universo de hierba seca y abundante arboleda, con un río transparente en el que nos bañábamos con tal jaleo que espantábamos hasta a los cangrejos americanos. Adoraba a su mujer, mi tía Magdalena, dulce y atenta, y a sus dos hijos más o menos de mi edad, Enrique y Raquel, con los que pasé los mejores días de mi infancia. Mi tío era un hombre serio, pero sólo por fuera, porque estaba lleno de alegría contenida, de un sentido del humor agudo y juguetón que afloraba de vez en cuando a través de la piel dura, repujada, con la que se amurallaba. Se había esforzado en estudiar, era autodidacta porque de la escuela lo echaron con nueve años con apenas las cuatro reglas aprendidas y en el Partido le convencieron de que era imprescindible leer, formarse, para ser un buen dirigente. Era el responsable de célula en la comarca y se lo tomaba tan a pecho que alternó las arduas lecturas prohibidas de Marx, Engels y Lenin con las novelas de Jack London, H. G. Wells o Benito Pérez Galdós. Organizaba las reuniones clandestinas en un redil abandonado de unas tierras familiares alejadas del centro urbano. Muchos de los camaradas llegaban a caminar diez y quince kilómetros para asistir cuando Pascual los convocaba, y desembocaron en Madrid por diversos medios, autobús de línea, ferrocarril desde una localidad cercana, o los eternos burro o coche de San Fernando, cuando lo metieron preso en los sesenta, cinco años por rojo y subversivo. Cuando salió del trullo —amnistiado, me parece—, le debieron de hacer un recibimiento tal, que aún lo recuerdan algunas de las familias más humildes de la zona. Me viene a la cabeza la cara desgastada de la señora Maribel, la de la casa de al lado, cómplice inagotable en la lucha clandestina, cuando me hablaba con orgullo de mi tío, qué tiempos aquellos cuando Pascual era alguien, pero alguien de los de abajo, odiado por los de arriba y respaldado por un vecindario humilde que le tenía una solidaridad hoy en día ya olvidada. En fin, desde que mi madre murió borré el pueblo de la memoria inmediata, dejé de visitarlo y hasta de llamar al único número de la infancia que me quedaba en la agenda, el fijo de mi tío. Ahora él tenía un móvil, como todo el mundo.

—Vaya, tío, cuánto tiempo sin escuchar tu voz.

—Cuatro años ya, tunante, que te olvidaste de mí cuando lo de tu madre y hasta hoy...

—Perdona, Pascual, si es que todo aquello me afectó tanto que imagínate... Oye, ya veo que tienes móvil.

—Ya llevo por lo menos dos años con él...

—Y lo estrenas conmigo ahora, me doy cuenta.

—Joder, compréndeme tú a mí, me sentí abandonado aquí, dejado de la mano de Dios, cuando lo de tu madre. Yo también pasé lo mío, pensé que te molestaría que te llamara el viejo Pascual para darte el coñazo con las tonterías del lugar.

—Vamos, tío, que nunca es tarde si la dicha es buena. ¿En qué andas metido?

—Vaya, Santiago, tan perspicaz como siempre, claro que ando metido en algo, en algo importante. El alcalde, que es un facha refacha aunque pertenezca a ese partido que dice ser de izquierdas, está amargadito por mi culpa.

—Pero... ¿sigues en el PCE?

—No me hables del Partido, que estoy hasta los cojones del puñetero Partido y la madre que los parió. Hay un grupito de politiquillos de feria que llevan lo de IU en la capital y no veas cómo me tratan. En las municipales me impusieron una candidata a alcaldesa de su cuerda, una tía que ni siquiera es del pueblo, viene sólo los fines de semana y las vacaciones, y ni se dignaron a consultarlo conmigo. Luego se justificaron diciendo que soy demasiado duro, que si busco la confrontación y tengo mala imagen, que si soy extremista y vivo alejado de la realidad... Como te habrás figurado, se dieron un batacazo de la hostia, con sus niñatos modernillos que se van al PSOE en cuanto te descuidas sacaron la mitad de votos que conmigo.

—Entonces, si no estás en el PCE...

—Entiéndeme, sigo militando, de mí no se van a deshacer tan fácilmente, y doy la murga en la asamblea comarcal y en el consejo político provincial de Izquierda Unida... Pero no te llamo por nada del Partido, qué va, es que vamos a sacar a mi padre.

—¿Al abuelo Baldomero? ¿No decíais que era imposible localizarlo?

—Escucha, es una larga historia. Lo que quiero es que vengas aquí y acompañes a tus primos cuando lo saquemos y lo enterremos como es debido. Era tu abuelo y deberías estar presente.

—Ya, pero es que trabajo hasta los sábados por la mañana.

—Por eso se hacen las excavaciones el domingo que viene. La antropóloga forense y el arqueólogo del Foro por la Memoria vienen de Madrid y también curran entre semana. Tengo el número de la muchacha, llámala y que te traiga ella. Seguro que sigues sin tener coche, ¿me equivoco?

—No te equivocas, tío.

—Habrase visto este Santiago, comunista y ecologista, ¿cómo se casa eso?

—No empieces, tío. Dame el número, que tengo que comer rápido para ponerme enseguida con la máquina.

Anoté en el móvil los dígitos que Pascual me señaló y los archivé con la etiqueta «antropóloga de Pascual». Nos despedimos con cariño, saqué mis fiambreras y una cerveza de la nevera y me incorporé a la sombrilla. Empezaba a olvidar el fiasco de Victoria, la vida me mantenía vivo en otra parte y me nacieron nuevas energías para seguir adelante.

Diecisiete

Sufrí horas interminables de duermevela dominada de nuevo por ese presentimiento que era incapaz de acallar: en el trabajo probablemente me volvería a encontrar, antes o después, con Santiago, y no iba a saber qué cara poner. Conseguí conciliar el sueño, pero enseguida la luz de la mañana se coló por todos los resquicios de la habitación y sentí la voz potente de Germán, que me saludaba muy contento desde la cocina. Entonces mi cerebro consiguió volver a hacer un borrón y cuenta nueva, y me concentré en adherirme a mi vida renovada. Me regodeé en la decisión de llamar a mis padres por la tarde para darles la buena nueva, todo regresa a la normalidad que añorabais, he vuelto con Germán, se acabaron las zozobras, hay que aceptar la realidad y aprender a ser feliz. Imaginé la alegría de mi madre, en particular la de mi madre, que seguro que no le había dicho nada a mi padre de la distorsionadora revelación que le había hecho el jueves anterior y a la que seguro no dejaba de darle vueltas. Me figuré su abrazo profundo y sentido, su ya te lo decía yo, hija, Germán te conviene, y pude adivinar su cuerpo regenerándose de puro gusto y tranquilidad, para florecer ante todos con una sonrisa enorme, abarcadora, que tomaría posesión de sus alrededores, incluida yo. Pero me eché agua contra la cara con fuerza y lo salpiqué todo en el baño en el preciso instante en que una angustia desequilibrante, procedente de algún entresijo insatisfecho, arruinaba la fiesta de la fantasía.

Germán tenía encendidas en la cocina dos televisiones al mismo tiempo, una con la CNN en castellano y la otra con los informativos de la BBC, y saboreaba su humeante desayuno con el periódico entre las manos. Vaya sobrecarga de textos, me dije para mis adentros, y me senté en la silla libre frente a un café y un plato lleno de tostadas sobre una hermosa mesa de madera maciza pegada al ventanal que

daba a la inmensa terraza del ático. Junto a mi puesto de comensal, otro diario plagado de alarma en los titulares, el gobierno socialista, extremista e inútil, llevaba a España a la ruina absoluta. No me apeteció abrirlo, me centré en untar mantequilla en el pan aún caliente. He de reconocer que el café estaba muy bueno.

—Te llevo a las obras, me viene de camino para un par de gestiones que tengo que hacer hoy. Luego te recojo a la hora que sea, me llamas al móvil y ya está. ¿Te parece bien?

—Vale. —Y por un segundo deseé que Santiago nos viera juntos y eso le apartase para siempre de mi vida y mis pensamientos—. Las tostadas están muy buenas, y el café. Nunca me habías preparado el desayuno. ¿Te estás dedicando últimamente a la cocina?

Germán se azoró levemente. Estaba tan contento con mi regreso que sólo pensaba en complacerme, me dijo, en hacerme feliz. Pero la comida se la seguía haciendo Marcela, una mujer de una localidad de la provincia de Cuenca que llevaba muchos años sirviendo para su familia. Recordé con un inconveniente escalofrío su comentario cuando me la presentó poco después de conocernos, es española, ¿sabes?, de toda confianza, y se me vino repetida a la cabeza la sonrisa orgullosa de aquella señora de pueblo, sometida de por vida, que por un instante se había sentido un peldaño por encima de ecuatorianas, marroquíes o dominicanas. Sin embargo, como el limpiaparabrisas que despeja de agua el horizonte del conductor, me pasé la mano por la cara aprovechando un cabello que me molestaba sobre la nariz, sorbí un trago de café, me levanté de la silla y le di un beso a mi complacido novio.

Al desembarcar del Mercedes descapotable en el puesto de control de acceso a mi sector de las obras, me apareció por vez primera la acidez de estómago. Yo caminaba con la barbilla alta, llena de energía para que todo cristo moviera el culo a mi alrededor y pulverizáramos los plazos. Me sentía capaz de sobrepasar las expectativas puestas sobre mí y ganarme un súper futuro; pero cada orden que daba, cada chica, qué maravilla trabajar contigo, de Mejías, cada operación que efectuaba con celo y precisión dignos del ingeniero más experimentado... todos mis movimientos se fueron aderezando con

una acidez de estómago creciente. Es el estrés, me dijo mi encargado cuando me agarré la tripa y exhalé un efluvio fétido de ácidos gástricos con un gesto de dolor, estás criando una úlcera. Nos acercamos a la caseta y buscó entre sus enseres un fármaco que usaba él, Famotidina. Estas pastillitas blancas son mano de santo, a prueba de jornadas de veinte horas y noches en vela, chica, una de las claves de mi conocida resistencia en el tajo y los banquetes, me explicó zalamero mientras rompía el precinto de uno de aquellos minúsculos discos de polvo blanco comprimido y me lo acercaba a la boca. Se lo quité de la mano, demasiadas confianzas, y lo engullí acompañado de un trago del botijo que le arranqué de la otra mano.

Como se me calmó la barriga, puse todavía más empeño en el trabajo. Tenía el refuerzo de María Jesús, sentada codo con codo con Jacinta, la administrativa de Mejías, cada una con su portátil al otro lado de la mesa metálica recubierta de grueso cristal. Estaba, además, en contacto telefónico constante con el resto de la asistencia técnica del jefe de obra. Planifiqué suministros y recompuse plazos porque avanzábamos a velocidad creciente. La auxiliar de Ricardo, desde su cabello prematuramente blanco, cuerpo compacto, ojos verdes escondidos tras un muro de modestia, me complació con una atenta sonrisa, contenta por el buen ambiente de trabajo que cuajaba en derredor y la eficacia con que íbamos resolviendo los compromisos. Luego retorné con mi encargado al escenario de operaciones. De modo medio inconsciente di prioridad a toda actividad que me mantuviera alejada de las excavadoras del frente del túnel principal. Departí un rato con el capataz de los ferrallistas, saludé a Reme y la felicité ante sus compañeros por el celo que imprimía a la faena. Me agradeció el gesto con un guiño muy cariñoso, menudo respiro rodeada de tíos que trataban de dejarla en evidencia en todo momento. Revisé las últimas losas de hormigón que se acababan de forjar, todo bien, recibí el informe oral del capataz de la subcontrata de encofradores y reconozco que me costó dejarlo reincorporarse a su labor porque empezaba a tensárseme la tripa y un leve resplandor de frío me recorrió el alma de pies a cabeza. Vamos, chica, que estamos dando ya muchas vueltas y hay que meterse en el agujero, Mejías cumplía su

papel de agente secreto de las prisas, y viré la concentración hacia la boca del túnel procurando olvidar... acordarse de olvidar equivale exactamente a recordar lo que no quieres recordar, pero enderecé la espalda presta a cumplir con mis obligaciones. El encargado me tenía preparadas las sondas de ultrasonidos para irlas metiendo por parejas en los cuatro tubos de acero de cinco centímetros de diámetro que los encofradores dejaban instalados en cada pilote de hormigón. Conecté el receptor de ultrasonidos al puerto USB de mi portátil y activé el programa para ensayos *cross hole* en tubos embebidos. La tarea era delicada, había que llenar de agua los cilindros metálicos para comprobar que estaban limpios y sin fugas. Luego había que introducir con sumo cuidado dos sondas al mismo tiempo seis veces, el total de combinaciones posibles de dos tubos, para que el receptor escuchara las ondas de ultrasonidos y las transmitiera al programa de ordenador, que era el encargado de convertirlas en diagramas comprensibles para los seres humanos. Después, me detenía un rato a interpretar los resultados. Simplificando mucho, gráficas homogéneas implicaban pilotes en buen estado. Tras un buen rato con el ruido de las excavadoras de fondo, me cercioré de que las cosas marchaban como es debido y las prisas no estaban produciendo debilidad en la estructura. Por suerte, no detecté ningún pilote forjado *in situ* que tuviera que ser sometido a más pruebas o reparado o demolido parcial o totalmente. Ordené gunitar un buen tramo de la galería excavada y ahora sí, no había otro remedio, me esperaban Santiago y el Ruso y los mastodontes metálicos con los que alimentaban la eterna cola de camiones avarientos de tierra de la ribera del Manzanares.

Qué Famotidina ni qué nada. Cuando percibí de lejos la máquina de Santiago, un reflujo estomacal me hizo arder por dentro. Reprimí sufridamente una contracción dolorosa del abdomen para que Mejías no se percatara. Seguí adelante tensa, acartonada. No pensaba en otra cosa que en cumplir con mi obligación, controlar que se excavaba adecuadamente y dar nuevas instrucciones para evitar afectaciones en los pilotes y la bóveda en el siguiente tramo. Los trabajadores de suelo me reconocieron enseguida y dieron la señal a los maquinistas para que detuvieran las excavadoras. Agradecí el súbito silencio y me

recompuse un poco. Saludé a todo el mundo con un gesto genérico y me dirigí directamente al Ruso, sólo le hablaba a él, alejada deliberadamente la mirada de Santiago, que no abrió la boca en todo el rato, ni para decir hola. Me despedí con sequedad ensayada mentalmente mientras luchaba contra un volcán en el estómago. Misión cumplida, me dije buscando alivio, pero mi cuerpo insistía en la protesta mientras abandonábamos el túnel.

Dieciocho

Después de seis días agotadores en el infierno de la M-30, en el cementerio de la normativa laboral y el convenio del sector, lo que menos me apetecía era madrugar y embarcarme en un viaje de dos o tres horas en coche. Y, desde que Victoria nos visitara en el túnel y le hablara en exclusiva al Ruso, ignorándome, no había podido evitar un espeso fondo depresivo. Pero ya había quedado con Margarita Pinar, la antropóloga forense del Foro por la Memoria que iba a asistir a la excavación en busca de los huesos de mi abuelo materno. Más que una cuestión de orden familiar, lo que me empujaba era sobre todo un compromiso militante. Sentía como propia la lucha por recuperar lo que la estela de la dictadura mantenía aún soterrado en las cunetas. Ahora me tocaba a mí hacer de nieto, y por eso estaba bien despierto y preparado cuando Margarita llamó al portero automático.

A la salida del portal me esperaba un coche de mediano tamaño, moderno, de un color entre azul claro y gris, con una mujer morena en su interior que aparentaba rondar los cuarenta años y que me invitó a entrar con una sonrisa.

—Hola, qué tal, soy Santiago.

—No me cabe duda, eres clavadito a como te describió tu tío. Yo soy Margarita.

—Pues nada, encantado. Vamos pal pueblo.

Tenía unos ojos color miel muy atractivos. Era un poco mayor que yo, un par de años, y estaba llena de vitalidad aunque buena parte de su vida transcurriera entre cadáveres.

—Yo hice Biología, pero cuando terminé la carrera me decidí a explorar un campo que en España estaba claramente subdesarrollado. Estudié en Estados Unidos y me convertí casi en una eminencia en la materia, con caché entre los conocedores del sector. Ahora ejerzo de profesora en el curso de especialista en Antropología Forense de la

Escuela de Medicina Legal de la Universidad Complutense. Además, colaboro en diferentes cursos y proyectos académicos. Así me gano la vida. Bueno, también participo como organizadora o como ponente en congresos relacionados con la Antropología Forense y la Medicina Legal. Qué le vamos a hacer, me chiflan los huesos humanos.

—¿Y cómo es que te has implicado en esto?

—Soy miembro de un grupo de fanáticos de los esqueletos que se llama Paleolab. A través de la gente valenciana de la asociación empecé a echar una mano a la Federación de Foros por la Memoria. Imagínate, desde bien chica soy un poco roja, no tengo remedio. Mi padre trabajó muchos años en una fábrica de maquinaria industrial en el sur de Madrid. Era miembro de Comisiones, y siendo yo pequeña lo metieron preso. Me siento muy cerca de la gente que ha tenido que pasar catorce lustros jodida y en silencio. Qué le vamos a hacer, todo esto tendría que partir de las instituciones supuestamente democráticas... Y aquí nos tienes, en domingo, acudiendo al llamado de tu tío. Bueno, desde el punto de vista profesional, las exhumaciones resultan muy interesantes. Identificar cadáveres que llevan tanto tiempo enterrados así, de cualquier manera, es una actividad fascinante.

—Joder, Margarita.

Conducía con mano firme el coche por la A-5 y en ese momento me gustó mucho su sonrisa. Llegaríamos en una hora tras abandonar en un momento dado la autovía y surcar un buen rato las curvas de carreteras de tercer orden. El coche se inundaría de la fragancia de la jara y la retama una vez el engendro, Madrid, cayera por completo en el olvido. Me preguntó por mi abuelo.

—Mi madre casi no lo llegó a conocer y no almacenó ningún recuerdo de él, porque lo asesinaron cuando ella no tenía aún un año. Era un buen hombre y confió, como tantos otros republicanos represaliados, en el famoso bando del hijo de puta de Franco: «Nada tiene que temer de la Justicia aquel que no tenga las manos manchadas de sangre». Regresó al pueblo para ver a sus hijos, mi madre y Pascual, e inmediatamente lo detuvieron y lo encerraron en el campo de concentración de Castuera, en Badajoz. De allí consiguió

salir a los pocos meses con la ayuda de un paisano del bando fascista que, según parece, era su amigo de antes de la guerra. Cometió el error de regresar al pueblo confiando en los papeles de libertad que le habían conseguido, pero poco después de llegar, un falangista conocido como el Becerrón, azuzado por los fachas locales, organizó su asesinato junto con el de otros dos hombres y una mujer, todos culpables de haber frecuentado la Casa del Pueblo. Fueron a por mi abuelo Baldomero una mañana de domingo de enero de 1940 y lo fusilaron en alguna cuneta que supongo que mi tío ha localizado.

—Vamos a hacer una cata, guiados con un georradar, en una zona que ha determinado la gente del Foro a base de investigación oral con los supervivientes de la época. Pascual me ha dicho que está completamente seguro de que vamos a encontrar la fosa porque al parecer coinciden varios testimonios desligados entre sí.

—¿Y de qué lugar estamos hablando?

—La Curva de las Ranas, si no recuerdo mal.

Glup. Un latigazo de inquietud me distrajo súbitamente de la atención que le prestaba a Margarita. ¿Cuántos miles de horas habríamos pasado mis primos y yo jugando sobre la tumba del abuelo? Recordé en un milisegundo astral la obra de teatro que había visto aquel mismo verano, *Soliloquio de grillos*, de Juan Copete, en la que tres actrices representaban a tres fusiladas que se revolvían en su tumba en la cuneta mientras la vida transcurría por encima a lo largo de los años. Imaginé a mi abuelo sintiendo desde la profundidad húmeda de la tierra las risas, los gritos, el llanto lleno de vida de los niños, sus nietos.

—¿Te pasa algo, Santiago?

—No, nada, que me acabo de dar cuenta de que me he pasado los veranos de mi infancia correteando sobre la fosa de mi abuelo. Por un instante se me ha ido el santo al cielo. La Curva de las Ranas era el lugar secreto donde nos escondíamos del mundo de los adultos. Hay una pequeña vaguada en la que abundan los batracios, justo debajo de donde gira abruptamente la carretera...

—Dime una cosa, Santiago, ¿tú qué has estudiado?

—No llegué a terminar la antigua FP, especialidad de Tecnología de

la Construcción y Obras.

—¿Eso es todo?

—No, ¿por qué lo dices?

—Porque no me cuadra tu modo de hablar con tu aspecto de trabajador de la construcción iletrado y gañán, tú tienes más formación de la que aparentas.

—Ya te vale, Margarita, con que iletrado y gañán.

Nos reímos los dos y le expliqué que, además de ser un lector impenitente, había sacado el ingreso a la universidad para mayores de veinticinco años por la UNED y me había matriculado en algunas asignaturas de Derecho, con la intención de especializarme en laboral. Pero cuando rompí con Comisiones Obreras, la inercia de aquella decisión que me pareciera tan trascendental sin serlo en absoluto me empujó a abandonar los estudios. Cualquier día retomo la carrera, le dije, y el automóvil tomó la desviación que nos sacaba de la autovía y nos conducía por una sinuosa carretera, mal pintada y cuajada de baches, hasta el pueblo.

Atravesamos la localidad, que aún se desperezaba, desierta, en aquella mañana de domingo. Procuré no mirar demasiado en derredor, porque todo me recordaba a mi madre y era algo que apenas podía soportar y una bola de angustia se me atascaba en la garganta.

—Tu madre, ¿verdad? —me preguntó.

—Vino a morir al pueblo, a la casa que teníamos en el campo, a las afueras, cuando ya estaba desahuciada. Fueron los peores días de mi vida, créeme. Han pasado cuatro años y aún hoy tengo el corazón en un puño.

Emocionado, le conté que mi madre se había ido bastante joven, tenía sólo sesenta y tres años, de cáncer de páncreas que la fulminó en menos de once meses. Yo estaba muy unido a ella. Mi padre se había alcoholizado cuando se quedó en el paro en los ochenta y lo dejamos pudrirse solo, porque se ponía agresivo y nos maltrataba física y psicológicamente. Había sido un buen militante comunista, pero no encajó bien el declive político y laboral y le salió un cerdo de dentro con el que no podíamos convivir. Así que mi madre y yo nos convertimos en cómplices, muy unidos, ligados por un vínculo tan

fuerte...

—Aquí es. Puedes dejar el coche unos cien metros más adelante, en la recta.

En la Curva de las Ranas se arremolinaba un buen número de personas a la sombra de una gran bandera republicana que ondeaba al viento atada a la rama de un castaño. Pascual iba de un lado a otro dando instrucciones a unos y recibiéndolas de otros. Había una mini excavadora JCB de tonelada y media que no atropelló a dos o tres de los presentes de puro milagro. Mi tío se puso a gritar, ¡joder, Rafael, espérate a que llegue Joaquín, que tú no tienes ni puta idea! Me reí para mis adentros, contento de ver a Pascual sano y salvo, como si el tiempo no lo hubiera apisonado como supongo que nos acaba por apisonar a todos, y giré la cabeza, ¡Santiago!, porque me llamaban mis primos Raquel y Enrique, que se acercaban hacia mí con los brazos abiertos, envueltos en el aire de un cariño irresistible. Me di cuenta de que Margarita había desaparecido en el marasmo de la cata arqueológica y me entregué al reencuentro, cuatro años después, con mis cómplices de juegos infantiles. Estuve un buen rato charlando con ellos. Raquel permanecía casada y con dos hijos, Javier, de nueve años ya, y Lorena, de siete. Trabajaba de administrativa en el Ayuntamiento del pueblo, y a su marido le seguía yendo bien con su academia (inglés, mecanografía, clases particulares de repaso, cursos para desempleados). Sin embargo, Enrique se acababa de separar de su mujer con un niño de once años de por medio, Íker, y hacía pocos días que había dejado, después de quince años, su trabajo de contable en el grupo empresarial de los Mola, los dueños de la gasolinera y del supermercado del pueblo, a decir de él porque esos caciquillos locales le habían estado haciendo la vida imposible últimamente.

—Acoso laboral, Santiago, tú no te haces cuenta de lo que eso puede implicar en la vida de una persona. Y justo decidieron putearme en el peor momento, cuando Irene me abandonó para irse con Fabián, el de la Caja Rural. —Mi primo cabeceaba con tristeza hasta que irrumpió en la escena Pascual, que estaba de los nervios.

—No hay manera, Santiago, esto es un desastre. ¿Has visto a ese idiota de Rafa? Casi me atropella al alcalde, hostia. Aquí no hay quien

ponga orden, menudo jaleo. Te veo fenomenal, sobrino. ¿Te ha traído bien la chica esa, la antropóloga?

—Estupendamente. Dame un abrazo, Pascual, que hace mucho que no nos vemos, hombre.

Cuando salimos del estrujón, que resultó más largo de lo esperado, giré la cabeza hacia Margarita, que se había hecho la dueña absoluta de la situación, codo a codo con el cabecilla de los arqueólogos.

—Coño, yo a ti te conozco —me dijo el joven de cabello largo y espeso recogido en una coleta, con aspecto de recién licenciado en la universidad—. Tú eres el maquinista que descubrió los restos en la M-30. ¡Oye, Margarita, seguro que este hombre puede manejar la mini excavadora! ¡Es un profesional, no creo que se cargue a nadie!

El arqueólogo resultó llamarse Pepe, y andaba pringado en todas las iniciativas de izquierdas en las que se pudiera necesitar a alguien de su especialidad. Otro multimilitante, pensé. En un instante me hallé encaramado en la cabina de la JCB. Ordené a todo el mundo que se alejara. Aquel trasto me parecía de juguete y no tardé ni cinco minutos en hacerme con su manejo, simplón si se comparaba con mi Komatsu PC-340 de treinta y cuatro toneladas. El tal Pepe se juntó con el operador que venía con el georradar alquilado. Era un conjunto de varios aparatos, incluido un ordenador portátil, montado sobre un carrito de cuatro ruedas con cubierta de goma que un hombre calvo, de unos cincuenta años y evidentemente ajeno a todo aquel montaje republicano, manejaba con soltura empujándolo de aquí para allá, formando una serie de líneas rectas sucesivas que iban cubriendo toda la vaguada. Entre mi tío y Margarita lograron establecer un perímetro de seguridad con cinta de plástico para poder trabajar en condiciones. Sólo se oía el runruneo de la excavadora y el clic constante de la cámara de fotos del documentalista gráfico: aquel amplio colectivo humano formado por activistas de la Memoria Histórica, parientes y amigos de los asesinados, autoridades municipales, periodistas, vecinos curiosos, abogado, psicóloga e historiador, permaneció atento y callado en una atmósfera densa en la que flotaba la pregunta del millón: ¿iban a aparecer los cuerpos? El arqueólogo y el operador del aparato electromagnético se detuvieron frente a la pantalla del

ordenador. El señor calvo explicaba cosas al joven lanudo y señalaba aquí y allá en un verde repecho del fondo del pequeño valle.

—¡Ya lo tenemos, maquinista, ven pacá! ¡Ten cuidado, no están muy profundos, máximo un metro y medio! —Pepe sonreía mientras me explicaba que tenía que ir haciendo decapados del terreno de unos veinte centímetros, así que me puse a excavar con suma delicadeza con un cazo plano. A los pocos minutos, cuando la fosa iba ya tomando forma, gritó el arqueólogo, ¡alto ahí!, porque descubrió un objeto en la tierra que caía de la pala. ¡Mira, Santiago!, y me mostró un viejo reloj de pulsera embarrado en una mano y una goma de borrar, sí, una goma de borrar, en la otra. Ya lo teníamos. Me bajé de la máquina, ¿y ahora qué?, y observé que el joven experto daba instrucciones a su equipo, formado por diez jóvenes de ambos sexos. El arqueólogo se dirigió a mí y me dio una espátula.

—Mira, tienes que ir sacando la tierra así, con mucho cuidado —me explicó.

Pascual y el abogado se nos unieron. Mantuvieron una conversación ejecutiva con Pepe y Margarita, y el legista se fue deprisa a dar parte a la Guardia Civil y al Juzgado de Instrucción. Mi tío me explicó las cosas con una mezcla de enfado y resignación.

—Ya están avisados, pero pasan de todo. Nos dijeron que les notificáramos si encontrábamos algo. Aunque les aseguramos que con toda seguridad estaban aquí, que no cabía duda, insistieron en que sólo nos atenderían si encontrábamos los restos. Es posible que el juez ni aparezca por aquí.

—Coño, tío, si aparece un cadáver, la Ley de Enjuiciamiento Criminal obliga a que se instruya una investigación penal, para identificarlo y esclarecer las circunstancias de la muerte, por si hubiera delito.

—Y lo que vienen haciendo casi todos es decidir que son delitos comunes cometidos hace setenta años, es decir, perfectamente... ¿cómo se dice? ¿Caducados?

—Prescritos, tío, pero los crímenes de lesa Humanidad no caducan, como tú dices.

—Joder, joder, joder. Los muy cabrones no dejan de negar la mayor.

—Y si el juez no viene, ¿qué pasa con los cuerpos?

—Nada. Los tendremos que sacar nosotros y punto. El fin de semana que viene, cuando vuelva a venir Margarita, los identificamos, y si hay dificultades, los mete en bolsas y se los lleva al laboratorio de la Universidad Autónoma. En el momento en el que los cadáveres tengan nombre y apellidos, los enterraremos en la fosa del cementerio que le hemos arrancado al Ayuntamiento, y haremos los actos de desagravio y homenaje que haga falta.

Los restos tardaron en aflorar completamente unas cuantas horas de concienzudo trabajo con paletas y brochas. Cuando más o menos terminamos de descubrirlos, teníamos ante nosotros las osamentas de cuatro seres humanos recogidos sobre sí mismos, arrojados caóticamente en una fosa estrecha. Una asombrosa colección de objetos personales se organizó al lado de cada cadáver: un peine, hebillas de cinturón, unas monedas raídas, algún colgante, suelas de zapatos, jirones de tela, los restos de un reloj, hasta un lápiz de carpintero. En principio, el conteo fue fácil, aparecieron cuatro calaveras. El arqueólogo y sus ayudantes las limpiaban con sumo cuidado y Margarita se dedicó a la ardua tarea de ir poniendo cada esqueleto por separado, y a tomar medidas y fotografías para los análisis antropométricos. Me dio unos guantes de látex y una brocha para tomarme enseguida de ayudante. Límpiame ahí, sostén este fémur mientras lo fotografío, acércame el cuaderno... A la hora de comer nos sentíamos a gusto juntos. Nos sentamos hombro con hombro para dar cuenta de dos hermosos bocadillos de jamón con tomate que nos trajo mi tío.

—Por lo que me ha contado Pascual, creo que puedo haber identificado ya a tu abuelo. Tengo entendido que era muy alto, y uno de los cuerpos corresponde a un hombre que podía medir, según mis cálculos, alrededor del metro ochenta, una altura considerable en aquel tiempo. Los otros dos cuerpos de varones no sobrepasan el metro sesenta, y el otro esqueleto corresponde, sin lugar a dudas, a una mujer.

—Bueno, saldremos de dudas con la prueba de ADN.

—Tendemos a evitar las pruebas de ADN, Santiago, porque valen

quinientos euros como mínimo. Y tal como están las cosas, son las familias las que tienen que poner el dinero.

—Vaya mierda de país, hostias, vaya mierda.

—Dan algunas ayudas, pero más para libros o monolitos que para desenterrar a las víctimas. Menos mal que siempre aparecen técnicos voluntarios como Pepe o yo misma, porque figúrate lo que costaría contratar a un antropólogo forense o un equipo de arqueólogos para una de estas excavaciones.

Cuando terminamos de nutrirnos, nos sentamos en unas sillas de plástico a la sombra del enorme árbol que sostenía la bandera tricolor. El alcalde y los concejales habían desaparecido en cuanto se supo que, en efecto, habíamos dado con los restos de los asesinados. Los periodistas y casi todos los familiares y amigos de los muertos, entre ellos mis primos, así como los vecinos curiosos del pueblo se habían dado por satisfechos con la llegada de la hora de comer y habían decidido volver a sus casas. Así que sólo quedamos mi tío y yo y los técnicos y demás trabajadores voluntarios del Foro por la Memoria. Seguimos con la tarea hasta que se puso el sol por la tarde. Dejamos la fosa, con los cuatro cuerpos perfectamente separados, tapada con una gran plancha de policarbonato que no sé de dónde sacaría Pascual. Me despedí de él con otro abrazo. Margarita y yo teníamos que regresar enseguida a la capital porque trabajábamos al día siguiente y necesitábamos tiempo para descansar.

Pero no descansamos. Aún serpenteábamos por la carretera comarcal, antes de llegar a la autovía, y me atreví a acariciarle el pelo negro a una Margarita sonriente que no dijo nada, me miró fugazmente y se concentró en la conducción. Al entrar en la Comunidad de Madrid, salió de la autovía y aparcó en la gran explanada del parking de un macro centro comercial con pista artificial de esquí. Ahí éramos perfectamente anónimos, y cuando apagó el motor, Margarita se quedó unos segundos frente al volante sin mirar a ninguna parte ni hacer nada. Luego se giró hacia mi cuerpo y reparé en sus labios finos pero carnosos, que volaron hasta posarse larga y ansiosamente en los míos.

—Supongo que tendremos que ir pensando en regresar a Madrid...

—le dije.

—Espérame un momento, tengo que hacer una llamada.

Tomó el teléfono del bolso que llevaba en el asiento trasero del coche y marcó un número. ¿Lucía?, dijo. Y conversó con su hija para decirle que no iría a dormir a casa, que se hiciera cargo de la cena y el desayuno de su hermano menor. Me dejó un tanto perplejo, porque no habíamos hablado nada de pasar la noche juntos, y mucho menos de que fuera a ser en mi casa como pude suponer que ella acababa de decidir. Me miró sonriente y mientras arrancaba el motor del coche y nos reincorporábamos a la A-5 me explicó que se acababa de separar, su ex marido se había ido con otra, pero no pasa nada, Santiago, así es el amor, ¿verdad?, te ciega y hasta que él no se va no te das cuenta de que era un cabrón, en fin, ahora tenemos una relación aceptable, dentro de lo que cabe, más que nada por respeto a nuestros hijos, Lucía, la mayor, que tiene dieciséis años, y lo lleva bien, la verdad, y Juanito, el pequeño, que a sus nueve añitos está pasando por el divorcio de sus padres con una naturalidad que no me esperaba, quizás porque lo ve todos los días en el colegio, cuánta gente separada, ¿eh, Santiago?, cuánta gente, y ahora yo...

Diecinueve

Cuando entré, el domingo por la noche, en mi apartamento, se me cayó el alma a los pies y lo atribuí al cansancio que arrastraba. Había pasado el fin de semana en Roma con Germán, que se había presentado en el puesto de control de las obras el viernes por la tarde, a la hora en que yo salía, con una hoja impresa de ordenador en la que figuraban todos los detalles de la reserva a todo trapo en la ciudad eterna. Le sonreí aceptando naturalmente la invitación, me instó a darme prisa, el avión sale dentro de tres horas, ya deberíamos estar en Barajas.

—Pero tendré que prepararme, hacer el equipaje, Germán, no puedo irme así, de cualquier manera.

—Anda ya, lo que necesites te lo compro.

Y a eso nos dedicamos nada más llegar a la capital de Italia: comprar, comprar y comprar. Desde cepillos de dientes, bragas, pijamas, zapatillas de andar por casa y un vestido para que yo me pudiera cambiar de ropa, a una guía de la ciudad en castellano y caprichos para regalar a mis padres. «¿Qué pinto aquí?», me pregunté un par de veces, y no terminé de disfrutar reconociendo las decenas de iconos arquitectónicos que, según las reglas del juego del turismo, buscábamos en la realidad para volver a convertirlos en iconos fotográficos. No dormí bien, me sentó mal la comida un par de veces, me daba pereza cada desplazamiento y mi novio empezó a desesperarse conmigo, ¿qué te pasa, Viqui, no lo estás pasando bien? Yo le respondía diciendo que sí, que me estaba gustando mucho el viaje, pero que había sido una semana muy dura en la M-30, y que el cansancio me doblegaba desde los pies hasta la coronilla. Roma vale la pena, de verdad, Germán, aunque una esté agotada, recuerdo que le mentí cuando hice de tripas corazón antes de dirigirnos al Coliseo.

Así que estaba segura de que ese domingo tenía que caer muerta

sobre la cama. Le había rogado a Germán que me depositara en mi domicilio para descansar y hacer trabajos pendientes del hogar. Duermo contigo, soltó con entusiasmo, pero fui tajante, me hace falta quedarme sola para reponerme, si vienes tú no recargo las pilas, sabes que las acabamos gastando más. Me liberó con una sonrisa autocomplaciente y le vi alejarse con su cochazo.

Solté los paquetes en cualquier lugar y sólo encontré energía para quitarme el vestido y meterme en la cama casi desnuda. Hacía calor en el piso y ni abrí la ventana. Tampoco cené, no puse la tele ni me lavé los dientes. No encendí la luz de la mesilla; sólo deseaba dormir, sobre todo pensando en que al día siguiente regresaba a las obras. Sentía en mi interior un puré de huesos y una fatiga mental que me impedía concentrarme en nada, pero cerré los ojos y empezaron a sucederse las imágenes de todas las cosas que me inquietaban y me había estado esforzando en olvidar. Era incapaz de dormirme y me puse rabiosa. Di un grito atroz, que me nació de la boca del estómago como si fuera la niña de *El exorcista*. Me ahogué todo lo que pude con la almohada. Recordé que me habían contado que el mejor truco para combatir el insomnio es tratar de mantener los ojos abiertos el mayor tiempo posible y puse todo mi empeño en bloquear los párpados. Parecía que funcionaba, en la lucha por permanecer en vigilia sentía que una marea de sopor pugnaba por poseerme. Cerraba los ojos cuando ya no soportaba más mantenerlos abiertos y estaba convencida de que por fin había llegado la hora de caer frita. Pero a los pocos minutos, otra secuencia de remordimientos y oscuros vaticinios me producía tal desazón que me despertaba sobresaltada, y vuelta a empezar. Iban pasando las horas y estaba cada vez más inquieta, cómo me encontraré mañana, qué desastre, hasta que decidí que de perdidos al río y encendí la lamparilla. Cogí el libro que tenía sobre la mesilla, un best seller sobre una iglesia medieval de Barcelona, y en pocos minutos me arrulló el sueño.

Despertador como guillotina que me partía en dos. No daba pie con bola. Fui capaz de meterme en la ducha, porque o me espabilaba a base de agua fría o faltaba al trabajo. Completé a trompicones lo esencial para salir de casa con un aspecto no muy indecente y me

incorporé a la faena saludando al omnipresente Mejías, que me recordó que tocaba pasar cuentas en la oficina de la dirección facultativa, en Méndez Álvaro. Era fin de mes y dediqué la mañana a terminar el informe en la caseta de mi encargado. A ratos, cabeceaba sobre el portátil. Aprovechando que estaba sola, me quedé dormida unos minutos sobre el teclado y apareció en la pantalla una ristra absurda de letras apretadas por mi frente sudorosa. Pero me sentí ligeramente aliviada sin salir de allí con la excusa de preparar la comparecencia de las trece horas ante el gerente. Nadie requirió mi atención en toda la mañana. Quizás, la presión que había estado metiendo últimamente a los trabajadores hacía que todo el mundo se sintiera más tranquilo sin mi presencia.

A las doce y media cogí el coche y me tomé una pastilla de paracetamol. Hacía calor a la llegada al campamento directivo, me parecía que me iba a derretir, incapaz de vencer la resistencia del aire ardiente del mediodía. Cuando atravesé la puerta de la nevera aún me dolía mucho la cabeza, pero nadie se dio cuenta. Los jefes de producción de la adjudicación íbamos pasando de uno en uno al despacho, y allí nos esperaban, a modo de tribunal de oposición, el jefe de grupo y su asistencia técnica, un equipo de seis personas que parecían estar al tanto de todo incluso antes de que tú los informases, y los jefes de obra del tramo que te tocara con sus auxiliares, en mi caso Ricardo y María Jesús. Todos sonreían sin parar. Por un segundo tuve la extraña impresión de que esas máscaras escondían puñales. Rendí cuentas con normalidad, conforme me iba haciendo efecto la pastilla, y cuando terminamos de revisar los balances y objetivos, todo el mundo parecía contento y Ricardo salió conmigo de la habitación para felicitarme. Me aseguró que si seguía así, no tardarían en llegar arriba muy buenos informes sobre mí, estás en la senda de una prometedora carrera, Viqui, me animó. Volví a sonreír con la mecánica que acababa de practicar en Roma y me fui a comer.

De aquella tarde recuerdo que procuré acercarme lo menos posible a las posiciones de los hombres de Santoni y sus máquinas. A Santiago lo vi de lejos, su aspecto no me dijo nada de particular, apenas duró unos segundos el contacto visual. Sin embargo, se me volvieron a

estrujar otro poco las entrañas. Tienes mala pinta, me dijo mi superencargado, qué habrás hecho este fin de semana, tunanta, para estar así de hecha polvo. Le contesté que había viajado a Roma con Germán, mi novio. Él sonrió con simpatía y me sugirió que me marchara a casa a descansar antes de tiempo, oye, chica, no se lo vamos a decir a nadie, esto marcha a la perfección, qué tal si desapareces y regresas mañana con la fuerza que tenías la semana pasada. Obedecí y me encontré metida en mi coche, en un polvoriento atasco en el tramo provisional de la M-30, llorando desconsolada porque sentía que no aguantaba más, que estaba enfermando y no podía seguir así.

Mientras dejaba el coche en un chapista en las inmediaciones del parque de Berlín, decidí que necesitaba comunicarme con alguien que me pudiera escuchar y comprender sin ser parte en la historia de mi vida reciente. Ni me enteré de lo que me explicaba el mecánico, un chico joven, de cara redonda y cuerpo muelle enfundado en un mono azul, que debió de pensar que me iba a poder cobrar lo que le diera la gana por repararme los rayajos del automóvil. Pensaba todo el rato en Laura porque sabía que, aunque no la hubiera llamado en siglos, ella siempre seguiría ahí, nuestra relación tenía que estar muy por encima de la distancia y el tiempo. Ay, Laura, cuánto te necesito, murmuré hablando sola en el ascensor de casa. Me parecía normal hablar sola en el ascensor, estaba hecha una mierda.

Llamé por teléfono a mi amiga. Se alegró de oírme.

—Oye, Laura, me gustaría poder hablar contigo un rato. Estoy hecha un lío. —Mientras le hablaba, se me venían encima unas extraordinarias ganas de llorar.

—¿Os parece bien pasado mañana? Venid a cenar, si Germán no pone impedimento...

—No, si pensaba ir sola.

—Ah, vale, pues nada, si te soy sincera, por mí casi mejor. ¿Te parece bien a eso de las nueve y media, cuando ya estén acostados mis hijos? Jenaro y yo vamos a poner una peli en casa, te nos puedes unir. La está bajando de Internet, hace tiempo que nos apetece verla y fíjate, hemos programado la sesión con tiempo. Hoy me viene mal

quedar, porque está mi madre en el hospital y voy a pasar la noche con ella.

—Por favor, Laura, no te preocupes...

—Mañana estaré hecha polvo, como te puedes figurar. Supongo que querrás charlar tranquilamente, sin críos molestando.

—¡Pero dime de una vez qué le pasa a tu madre!

—Nada importante. La han operado de un hernia, probablemente le den el alta el miércoles, está muy bien. Ayer se quedó con ella mi hermano.

Esa noche dormí decentemente. Decidir encontrarme con Laura me estaba tranquilizando las entrañas y los ácidos gástricos me dieron un respiro. En el trabajo, todo fue normal el martes y el miércoles. Perdí empuje porque perdía convencimiento, pero me sentía mejor aunque Mejías no estuviera tan contentísimo conmigo. Noté que los obreros dejaron pronto de percibirme como una fuente insoportable de tensión, bajé enseguida un peldaño en la escala de cabronería y volví a escuchar algún piropo a destiempo. Incluso fui capaz de hablar el miércoles un momento con Santiago, al que hallé distante, frío, pero cordial. Me limité a corregir detalles de la excavación, pero me dio la sensación de que las cosas se iban asentando, como que no era para tanto y la vida en la obra iba a ser más sencilla en adelante. Por lo demás, Germán me llamó el martes por la mañana al móvil para decirme, en medio de un estruendo insoportable, que se iba de viaje a América a un congreso de no sé qué, y que no volvería, creí entender, hasta dentro de unos días, quizás una semana. Sentí un enojoso alivio al colgar.

A media tarde, un poco antes de lo que habíamos hablado, acudí a casa de mi amiga. Sentía deseo de compartir el rato de acostar a la niña de dos años y al pequeñajo de once meses, los ruidos de la cena, los baños, los pijamas, el cuento...

—¡Vaya, Viqui, qué pronto has venido! Estupendo, así me echas una mano, que Jenaro aún no ha llegado.

—¿Y eso?

—Nada, una reunión en el sindicato. Pero no te preocupes, me ha dicho que estará a tiempo para cenar con nosotras y ver la película...

Aunque quizás a ti te apetezca más charlar un rato, podemos dejarla para otro momento.

—¿Qué película es?

—*Paralelo 36*, se llama. Es un documental de apenas una hora sobre las peripecias y los sueños de los inmigrantes que intentan llegar a Europa cruzando el estrecho. A Jenaro y a mí nos ha dado por torturarnos por las noches con películas que nos recuerdan en qué clase de mundo vivimos. Pero de verdad que no es preciso verla hoy, si no te apetece.

—Por mí no hay problema. Tengo mucho que contarte, pero probablemente bastará con el rato de la cena.

—De acuerdo. Pondremos el DVD después.

Intenté sostener en mis brazos a Marcos, el crío de once meses, pero me extrañaba y lo tuve que colocar en el parquecito, mientras Laura se hacía con Rosa, la niña de dos años que estaba a punto de meterse en el baño. Me fui acercando al melindroso muchachito mientras escuchaba a mi amiga ora reñir, ora reírse, ora explicarle algo a la avispada muchachita que chapoteaba en la bañera. Como si de una enfermedad contagiosa se tratara, me empezaron a entrar ganas de tener hijos, pero permanecía la imagen de Germán, con su deportivo descapotable y sus viajes frecuentes a cualquier lugar del mundo, en un sombrío segundo plano. Quizás mi madre no se disgustaría tanto si buscaba un verdadero padre para mis hijos, un hombre menos ambicioso y verdaderamente entregado al microcosmos familiar sin echar de menos nada. Precisamente en ese momento escuché el sonido de una llave haciendo girar la cerradura de la puerta.

—Ya ha llegado papá —le dijo Laura a su niña.

—¡Vivaaaa! —respondió la pequeñaja, contentísima.

—Hola, Victoria —siempre me llamaba así, lo mismo que Santiago — cuánto tiempo, qué gusto verte por aquí, ¿cómo está mi pequeñín? —Y el bichito que yo ya estaba consiguiendo entretener porque empezaba a olvidar sus miedos se giró hacia su padre con una sonrisota de placer y me dejó de lado. Se sostenía de pie en la barrera de malla del mini parque infantil con un chupete enorme en la boca que se le cayó al suelo por la emoción. Jenaro cargó a su hijo y simuló

con él un vuelo de avioneta por el aire del salón y le dio un achuchón entre risas descontroladas del pequeño. Luego lo depositó, feliz, de nuevo en el parque y entró en el baño, ¡papaaaaa!, gritó la renacuaja, se oyeron besos y un saludo cariñoso y breve, ya me pongo yo con la cena, y se fue el hombre de la casa a la cocina no sin prometerme un *pa amb tomaca* que me iba a chupar los dedos.

—No sabía que fueras catalán —le dije con sorna.

—Me lo enseñó una novia que tuve, una chica guapísima de Barcelona.

—¿Has oído eso, Laura?

—Conozco la historia, lo que pasa es que era más estrecha que la vereda del Compay. De todas formas, me encanta el *pantumaca*.

A las nueve de la noche, Jenaro dejó de cortar lomo y trozos triangulares de queso manchego, y después de disponer los platos, los vasos, los cubiertos y las servilletas sobre la mesa del comedor, se metió con los críos en la habitación que compartían y se puso a contarles un cuento de antes de dormir. Laura y yo abandonamos el dormitorio, yo contenta, ella agotada, y nos abrimos sendas latas de cerveza. Aprovecha, cuéntame ahora. No sabía muy bien por dónde empezar y casi hubiera preferido seguir viviendo la vida de ellos sin reparar para nada en la mía. Empecé por Gumersindo, seguí con mis actuaciones dudosas desde el punto de vista de la empresa, Santiago, la rotura con Germán, mis padres, Rocabruna, el regreso al redil y el insomnio, la úlcera de estómago, la pesadilla de Roma... Jenaro salió de la habitación y atravesó el pasillo posando un dedo en vertical sobre sus labios y dejé de hablar. Nos sentamos en silencio y nos dimos los tres las manos antes de hincarle el diente a la cena, en un gesto que me recordaba la bendición de la mesa en casa de mis abuelos y que nunca me dejó de parecer un poco cursi. Fue divertido empezar a comer en un susurro. Es el momento crítico, explicó Jenaro, en quince minutos están completamente fritos y ya podemos tirar petardos si nos da la gana. Comí con apetito. Laura me miraba con un cariño enorme, me sentí acogida en su mundo, refugiada, y no dejé de zampar con la voracidad que da el alivio. Ya, dijo Jenaro con un tono de voz normal, ya deben de haberse dormido, y su mujer le hizo un

breve resumen a viva voz de mis palabras que venía a demostrar que mi amiga había escuchado atenta y activamente mi relato. Jenaro se quedó en silencio un momento, organizando sus pensamientos. Antes que nada, el postre, dijo, y se levantó llevándose los platos. Regresó con una deliciosa tarta de queso Mascarpone, preparada con polvos de cuajada y solidificada sobre un lecho de caramelo casero, y nos puso un buen trozo a cada una. Hay más, Victoria, me sonrió aquel hombre acogedor al tiempo que yo devoraba la copiosa ración que me había echado en un plato pequeño. Después, recogimos la mesa entre los tres. Intenté fregar los cacharros, pero no me lo permitieron, ya lo hago yo mañana por la mañana, que para eso estoy en excedencia, dijo Laura apartándome a la fuerza de la pila. ¡Vamos, que ya tengo la peli preparada!, gritó desde el salón Jenaro, y fuimos las dos a sentarnos frente al televisor. Entonces, antes de darle al play, soltó lo que pensaba de todo lo que me estaba pasando.

—Mira, Victoria, lo que está claro es que eres tú quien debe decidir hacia dónde va tu vida. Pero debes hacerlo de acuerdo con lo que tú sientes, sin poner por encima las expectativas de los demás. Y si te soy sincero, simpatizo con esa faceta rebelde que te ha salido últimamente.

—No iba a ser menos —respondí— por parte de un sindicalista de la CGT.

—Claro. Pero piensa que puede llegar a ser muy duro para una persona como tú vivir en contra de sus principios. Porque lo que te pasa es que tienes principios, y eso no se cura fácilmente. Es algo que también me pasa a mí. ¿Qué te crees que me habría sucedido si no me hubieran elegido delegado sindical? A muchos compañeros y compañeras de mi edad les están llegando amenazas de expulsión, ya ni siquiera están planteando prejubilaciones. El banco echa las cuentas, les ofrecen ochenta días por año trabajado por una dimisión voluntaria y les dicen que si van a juicio sólo pueden llegar a conseguir cuarenta y cinco. La mecánica es jodida: al trabajador lo amenazan con un expediente disciplinario basado en falsedades que se resolverá en despido, y sólo si ganamos el juicio se reconocerá como improcedente y generará el derecho a la readmisión o una

indemnización de cuarenta y cinco días de sueldo por año trabajado. ¡En este caso, el empleado tiene derecho a cobrar el paro y no le retienen el IRPF, con lo que la cantidad cobrada a la postre supera con creces la oferta del banco a cambio de evitar conflictos! A una trabajadora de mi sucursal, que tiene un hijo minusválido, cada viernes por la tarde le informan de que no da el perfil, le dicen que no encaja, para que se pase el fin de semana jodida, dándole vueltas, y vaya flojeando. Cualquier día le ofrecerán la *dimisión voluntaria* y firmará y se verá en el paro, después de ocho años, con unos ridículos cuarenta mil euros, que ni le alcanzan para terminar de pagar la hipoteca. Las empresas capitalistas son así, sólo les interesa exprimirnos.

—Ya, Jenaro, si es que yo veo eso todos los días hasta límites que quizás tú ni te imaginas. Al fin y al cabo, la banca es fuente de empleo más o menos legal y estable. Pero yo convivo diariamente con todo tipo de irregularidades en el plano de la seguridad y la contratación... ¡me gustaría saber qué tipo de contrato tiene Ibrahima, el trabajador senegalés que descubrió el cuerpo de Gumersindo! Pero todo eso es algo que no puedo evitar, estará ahí siempre, qué importa que a mí me vaya bien en la empresa, ¿no? Además, son los propios trabajadores los que aceptan la situación. El maquinista del que os he hablado, Santiago, se pasa el tiempo predicando en el desierto. A pesar de toda la mugre que se acumula en las obras de la M-30, casi nadie le hace ningún caso.

—¿Qué te crees, que a mí no me pasa lo mismo en el banco? Por un incentivo de productividad que no alcanza ni los tres mil euros al año, mis compañeros han perdido los límites de la jornada laboral. En la sucursal, cuando termino a las tres y me voy a casa, siempre les recuerdo que no hace tanto tiempo que nos pagaban las horas extras religiosamente y a un precio desorbitado, y aún hacíamos huelgas para exigir que las limitaran y se contratara a más personal para combatir el paro. Pero ahí se quedan, hasta las cinco o las seis de la tarde, a veces hasta la noche, por una miseria y muertos de miedo. El banco sabe lo que hace, amedrentando selectivamente a aquellos trabajadores que ven débiles. Y van sustituyendo a los de mi

generación, que aún tenemos unas condiciones de trabajo dignas, por jovencitos con contratos basura que ganan la mitad y curran el doble porque son individualistas y ambiciosos, y parece que han nacido con el temor inoculado en los genes junto con el traje chaqueta. La empresa ahorra empleados, ahora hay un solo cajero donde antes había dos, eso es lo que me trae a mí por la calle de la amargura en la sucursal. Encima, la gente que entra nueva les sale mucho más barata. ¿Y qué quieres que te diga sobre el tipo de vida que llevan mis compañeros y compañeras? Cuando ves toda la propaganda que sale por la tele sobre la conciliación de la vida laboral y familiar, no sabes si reír o llorar. Estoy rodeado de enfermos de estrés, están todos de los nervios porque no tienen tiempo de ver a sus hijos o soportan tantas tensiones que no aguantan a nadie cuando salen de la oficina. Pues bien, con todo ese panorama, en el sindicato continuamos erre que erre. Nos importa un carajo que nos amenacen, que no nos hagan caso, que los que están más fastidiados nos den la espalda, seguimos adelante, más pesados que una vaca en brazos, molestando, porque tenemos principios y eso no se cura tan fácil. Podríamos haber tomado una postura acomodaticia como otros sindicatos, que lo firman todo y no hacen nada, pero no, no es que nos guste complicarnos la vida, es que tenemos principios, una patología de desadaptación social para la que todavía no se ha hallado un remedio eficaz en el cien por ciento de los casos.

—Bueno, dejadlo ya —terció Laura observando cómo yo digería el discurso de su marido—, vamos a ver la película.

Confieso que se me aparecieron en la trastienda mental, por un segundo, mis padres, que me riñeron, cómo se te ocurre, en tu estado, meterte en la boca del lobo. Mi amiga me miró con un gesto de interrogación, ¿qué te pasa?, parecía decirme, porque es probable que mi piel reverdeciera por momentos. Pero me dominé, aterrizó en el sofá la princesita en proceso de desengaño total y me acomodé ostensiblemente para tranquilizar a quienquiera que me mirara, ya estaba bien dispuesta al visionado. A continuación me entregué por completo al film. No abrí la boca ni una sola vez porque me abdujo por completo. Cuando se terminó y Jenaro encendió la luz, Laura me

miraba riéndose, ¡Viqui, regresa con nosotros, eh, que estamos aquí!, porque mi boca seguía abierta redondeando una angelical cara de boba.

—Cierto que sois masoquistas, recordando de esta manera la realidad antes de iros a la cama. —Esto fue lo único que me sentí capaz de decir.

—Sí, somos unos degenerados, qué le vamos a hacer, casos perdidos —bromeó Laura.

En el camino a casa no dejé de pensar en Ibrahima, en el periplo que debió de recorrer para entrar ilegalmente en España. Había atravesado el paralelo 36 de alguno de los modos que mostraba el documental. Toda esa experiencia terrible, toda esa lucha por una quimera se almacenaba en su cerebro, y en él veíamos tan sólo *un negro*. ¡Un negro, cuando deberíamos darnos cuenta de que se trataba de un héroe, porque hay que ser un héroe para pelear de esa manera por un deseo de dignidad! Teníamos las obras de la M-30 llenas de Hércules del siglo XXI, campeones todos de doce pruebas sobrehumanas o más, y los tratábamos como a escoria subhumana, *ilegales* sin los derechos más elementales. Al ponerme el pijama me di cuenta de que era tarde, pero me dio igual, el documental seguía dando vueltas en mi cabeza y encendí el ordenador.

Aproveché la sorprendente capacidad del navegador para volver a la página en la que había encontrado, hacía días, a Kwame Boakye, el amigo de Ibrahima desaparecido de camino al hospital Doce de Octubre. Fue víctima del desprendimiento de una masa enorme de ferralla, que lo aplastó cuando trabajaba en el forjado de uno de los túneles. No tenía los papeles en regla, pero casi ningún medio dio noticia de esta circunstancia. De hecho, accedí a la información sobre el caso exclusivamente porque a Comisiones Obreras no le salían las cuentas. El Ayuntamiento acababa de publicar una lista de accidentes en las obras de la M-30 clasificados en cuatro categorías: *in itinere*, leves, graves y mortales. En la lista de fallecidos faltaba, cómo no, Gumersindo, por entonces sólo reconocían cuatro muertos, aunque con el dominicano ya fueran cinco. En la relación de accidentes graves por «caída de objetos por desplome o derrumbamiento» sólo aparecía

una víctima, y según el informe, no era el caso de Kwame, que se quedó tetrapléjico. Habían contabilizado el percance como leve, pero alguien había decidido preocuparse por Kwame, por lo menos era un guarismo en una estadística, y siempre hay algún cerebro maniático que no soporta que las cifras no encajen. Aunque sólo fuera por una cuestión de fealdad matemática, un funcionario sindical había sacado a la luz aquel nombre de las tinieblas de una tabla numérica, y ahora podía decirme a mí misma: ¡qué horror!, apagar el ordenador e irme a la cama y olvidarlo. Pero esa cadena de sonidos, [kwame]... La honda voz de Ibrahima la había instalado por sorpresa en mi cabeza así que seguí investigando, aplastada por la desgracia de aquel joven de carne y hueso, veintidós años, y no tardé en comprobar que se encontraba convaleciente, con respiración asistida, en el Hospital Nacional de Parapléjicos, en Toledo. El pobre posaba en su silla de ruedas en una foto dentro de una red social, en un intento desesperado por buscar algún amigo. Al mismo tiempo, los representantes del sindicato rogaban a las alturas que lo dejaran quedarse allí por mucho tiempo, porque con la magra pensión que le había quedado, y prácticamente solo, iba a tener severas dificultades para conseguir en España una vivienda adaptada y la asistencia mínima para subsistir dignamente.

Veinte

Cuando vi a Victoria en las obras el miércoles por la mañana, tuve un pequeño ataque de vanidad, me sentí un poquito por encima de ella gracias a mi conquista del fin de semana. Le hablé fríamente, fue un diálogo de si te he visto no me acuerdo, limitado a unas instrucciones por otro lado poco importantes, porque ya lo sabíamos todo a través de Santoni. No encontré desdén en mi interlocutora, más bien una inesperada tranquilidad, y una distancia llana. Cuando se marchó, se me calentó por sorpresa el corazón y me dije a mí mismo, qué estúpido eres, Santiago, ¿tu conquista del fin de semana?, ¿quién ha conquistado a quién? Y el resto de la jornada lo pasé preocupado por el derrotero que podía tomar mi vida a partir de la relación con Margarita. Ella estaba entusiasmada, yo le gustaba mucho y me llamaba dos veces al día al trabajo, buscando el modo de quedar para comer, cenar, merendar o lo que fuera. Aquella noche volvió a dormir en mi casa.

Al día siguiente me levanté cansino. Era un jueves de otoño que parecía más un día de un verano que se resistía a salir de la escena meteorológica. Hacía calorcito y brillaba un sol espléndido. Margarita roncaba levemente a mi lado y me vestí a toda prisa para irme a trabajar. Ella no entraba en la universidad hasta las once. Preparé la comida para la obra, desayuné, salí de casa amortiguando el ruido para no despertarla. Le dejé una nota explicando que bastaba con que empujara la puerta para dejar el piso cerrado cuando saliera; me resistía a dejarle una copia de las llaves de mi casa.

A media mañana paré la máquina para tomar café y zamparme el primer bocadillo del día. Es mi comida preferida, todo me sabe delicioso a las tres o cuatro horas de haberme levantado, en esa especie de segundo desayuno de nosotros, los obreros. Revisé el móvil y tenía una llamada perdida de Jaime, de la Plataforma Nudo Sur.

Apreté el botón verde con su número seleccionado en la pantalla.

—El tiempo pasa, necesitamos ir sabiendo ya si contamos con vosotros —me dijo el chico en cuanto acabamos de saludarnos.

—Conmigo ya sabes que sí. El problema es la ingeniera.

—¿Qué sucede?

—No sé, la veo muy cambiada últimamente. Tengo la impresión de que le deben de haber llamado la atención y ha vuelto al redil.

—¿Pero tú le has preguntado si querría participar en la asamblea con los eurodiputados?

—Todavía no. Es por esa distancia de la que te hablo. No he encontrado ni el modo ni la oportunidad de planteárselo.

—Joder, Santiago, lánzate de una vez. No podemos estar pendientes de si se distancia o se deja de distanciar, necesitamos cuanto antes la información para preparar el encuentro. Es que todo va de muerte, estamos contentos, trabajamos cada vez más convencidos de que la asamblea será un éxito, y tú no nos puedes fallar.

—Ya te he dicho que estoy a tope con la historia, y puedo aportar mucha información interesante acerca de las condiciones de trabajo y las miserias del sistema de subcontrataciones, por ejemplo.

—O sea, esto es un no, de ingeniera nada.

—Bueno, si encuentro la posibilidad...

—Anda ya, Santiago, venga, déjate de rollos y haz algo.

—Ya te he dicho que lo intentaré y así será. Oye, tío, ¿quién cojones te crees que eres para hablarme de esa manera? Ten cuidado, chico, porque cualquier día te mando a tomar por culo —y le colgué.

Me llamó otra vez. Apreté el botón verde.

—Perdona, Santiago, posiblemente me he pasado, sigamos siendo amigos.

—Vale, vale. Ya hablamos, Jaime.

Esto me pasaba por ir a trabajar con el móvil en el bolsillo, de modo que me propuse volver a olvidármelo en casa. Lo cierto es que en el fondo me había acostumbrado a llevarlo por no perder ninguna oportunidad de comunicarme con Victoria. Otra vez ella. Estaba enamorado como un adolescente, y no precisamente de Margarita. Y no me terminaba de resignar así que me convencí a mí mismo de que

proponerle cuanto antes lo de la asamblea vecinal podría ser una disculpa para corroborar que ya era un caso perdido, o averiguar si no era tan descabellada la secreta esperanza que me florecía por dentro, a pesar de todo lo que había pasado. El problema era cómo hacerlo. ¿La llamaba por teléfono? No, corría el riesgo de que me colgara o decidiera ignorarme. ¿Esperaba a que visitara mi puesto en las obras? Podían pasar semanas. Era cierto que últimamente venía con cierta frecuencia por eso de que habíamos incrementado el ritmo de excavación, pero a saber cuándo regresaría. ¿Me hacía el encontradizo? Se iba a notar demasiado, me parecía una táctica pueril. Mastiqué y tragué, sin disfrutar para nada el bocadillo, rompiéndome la cabeza con las dudas. De nuevo en la excavadora, me distraje poniendo atención a la labor y fue entonces cuando se serenó la marejada mental y tomé la decisión: la buscaría a la hora de salida. Sabía que ella abandonaba las obras a eso de las seis, como yo, aunque su horario era más flexible. De modo que tenía que pedir permiso para irme un poquito antes, a las cinco y media o así, y merodear por las proximidades del punto de control de entrada. No fingiría casualidad, no estaba ligando. Simplemente le diría que necesitaba proponerle algo comprometido, que ella era libre de aceptar o no, y que el tiempo se iba acabando, porque ya quedaban poco más de dos semanas. Si la idea de esperarla a la salida fallaba, tendría que optar por llamarla o esperar a que ella volviera por el túnel.

Marqué el número de Santoni. Le rogué que me permitiera salir media hora antes por una cuestión personal. A las cinco y media Victoria no había aparecido por nuestra demarcación, de modo que me despedí de los compañeros aduciendo que tenía la autorización de Santoni. Aparté mi máquina y el Ruso se centró con la suya en arreglar pequeños detalles aquí y allá en la galería, media hora escasa no daba para mucho más. Me cambié en nuestro cubículo y me dirigí, decidido, a cumplir mi plan.

Cerca del puesto de control de acceso estaba la caseta principal de la UTE, en una agrupación de módulos cúbicos, la mayoría pertenecientes a subcontratas. Sabía que era la base de operaciones de

la jefa de producción del tramo y de su encargado, así que me aposté junto a un contenedor amarillo, detrás de unos palés de sacos de cemento, con un ojo puesto en la salida del recinto y otro en la caseta. Confieso que cuando apareció por allí Juárez, el capataz, agaché la cabeza para que no me viera. Temía que Victoria hubiera salido justo en ese instante, pero permanecí vigilante. A las seis y cuarto contemplé a mis compañeros abandonando las obras. Justo entonces la ingeniera apareció en la puerta. Vestía pantalones vaqueros y una camisa clara que llevaba sin remeter en la cintura. No me apetecía nada que el Ruso, Rodríguez o el Malahiena me vieran husmear por la zona, y mucho menos que descubrieran que la razón de mi salida adelantada era esperar a la jefa de producción. Joder, joder, joder tres veces, exclamé por lo bajini, la he perdido. Vi cómo saludaba a los hombres de Santoni y se quedaba un segundo hablando con el Ruso. Me sentí pringao como el que más, allí emboscado, cuando hubiera bastado dejar de trabajar a la hora de siempre, como si nada, para toparme con ella. Abandonaron todos el recinto a pie, saludando levemente a los seguretas del *check point*, y permanecí aplatanado en mi escondrijo.

Cuando habían pasado unos minutos y todo parecía estar en calma, me enderecé y anduve hacia el puesto de control. Iba cabizbajo y decepcionado, sumido en mis pensamientos.

—¡Santiago! —Victoria me saludaba desde la calle, venía hacia mí, de regreso a las obras.

—Vaya, Victoria, contigo precisamente quería yo hablar. Hay una gente que...

—Espérame un segundo, si no te importa, que tengo que entrar a recuperar mi móvil. Me he dado cuenta de que lo he dejado olvidado en la caseta.

Dios, qué propulsión, de la mugre al cielo en un minuto. Y caí sin paracaídas, porque escuché un claxon dirigido a mí, oh, no puede ser, ahora no: era Margarita, que me venía a buscar.

—¡Santiago, ya pensaba que no te encontraría! ¡Vaya atasco me he tragado a la salida de la Ciudad Universitaria!

—Hola.

—¡Sube!

—No puedo, de verdad, estoy esperando a alguien.

—Bueno, pues esperaré yo también.

—No, Margarita, hoy mejor me voy en metro a casa. Tengo que hablar algunas cosas importantes del trabajo con esta persona, me va a llevar un rato y no te quiero hacer perder el tiempo.

—Por lo menos dame un beso.

Me agarró de la cabeza con las dos manos y me apretó contra su cara de tal manera que casi me mete entero en el coche por la ventanilla.

—¿Santiago? —Victoria me buscaba y se había topado con mi culo doblado a la puerta del utilitario de la antropóloga forense.

—Estoy aquí, espérame un segundo —mascullé como pude, zafándome del abrazo, con la boca llena de pintalabios, los mofletes colorados y el lomo marcado por el volante.

Me despedí del coche levantando un instante la mano derecha. Victoria seguía allí, mirando con cara divertida cómo yo me planchaba la camisa de manga corta con la mano y me frotaba los morros para eliminar el rojo espeso que los acababa de impregnar. Toma esto, me dijo, y me dio un pañuelo de papel. Gracias, le contesté, y me quedé delante de ella restregándome y lanzándole miradas furtivas que iban de los pelos de mi brazo al verde magnético de sus ojos donde asomaba un mohín de simpatía. Cuando terminé, me preguntó si yo también iba hacia la estación de Pirámides.

—Sí. ¿Ya no usas tu coche?

—Lo tengo en el taller desde el lunes. Le están arreglando los rayajos, ¿recuerdas?

—Pero... ¿no decías que te daba lo mismo, que te habías liberado o qué sé yo?

—Pues se ve que cambié de opinión. He estado muy ocupada y he acabado por darle el encargo al chapista de al lado de casa, sin importarme el precio. Ahora me estoy moviendo en transporte público, que no está tan mal. ¿Qué era lo que me tenías que contar?

De momento no le respondí, porque le sonreí y me concentré en disfrutar del paseo junto a la mujer de la que me había enamorado

como un jovencito. Fue Victoria la que rompió un silencio que empezaba, para mi refocilación, a parecer cómplice. Labios de luna creciente mientras me hablaba.

—He observado que tu nueva novia tiene fuerza.

—Es antropóloga forense. Como se dedica a los muertos, se ve que estruja a los vivos con una energía sobrenatural. Como siga así la cosa, en menos de un mes ha acabado conmigo. Entre el curro en la M-30, que machaca a cualquiera, y su enérgico acoso, pronto tendréis el cadáver de Santiago expuesto en el tanatorio.

—Venga, no exageres. Si estás con ella es porque quieres, ¿no te parece?

—Pues no sé qué te diga, la verdad. Es una cosa extraña, porque ella parece que va en serio conmigo, pero no termino de tenerlo claro...

—Ya. Tú ves un ligue, ella un noviazgo, ¿no es eso?

—Yo qué sé, no te creas que estoy seguro ni siquiera de lo primero.

—Pues tendrás que aclararte, porque si te sigues dejando llevar, cuanto más, peor. Se quedará hecha una mierda si le das plantón el día de la boda.

—Sí, igual hasta me asesina. Volvemos al cadáver de Santiago en el tanatorio. Este rollo sin duda me va a matar.

Victoria se rió. Pero se le torció bastante el gesto cuando me atreví a preguntarle por su novio. No contestó a mi solicitud de información.

—¿No decías que tenías algo que contarme? —quiso zanjar, con brusquedad, la charla confidencial. Ya se veía a lo lejos la marquesina de la estación del metro.

—Bueno, vale —contesté intentando no enfadarme—. Hay una gente que...

En ese momento, Victoria me miró con ojos tristes y extraños, como si se hubiera decidido de pronto a quitarse una máscara. Me quedé mudo, me iba a decir algo importante, inesperado.

—Oye, Santiago, lo cierto es que a mí me pasa lo que a ti.

—¿Cómo dices?

—Pues que no me aclaro, decidí hace unos días dejarme llevar y no doy pie con bola.

—¿Te refieres a tu novio?

—Sí, y también a mis padres, la empresa... lo que hasta ahora ha sido mi mundo.

—Todo iba normal hasta que aparecí yo, ¿no es eso?

—Pues no exactamente. Tú eres un daño colateral. Lo que se me apareció fue el cadáver de Gumersindo.

—¿Y...?

—Que todo se me revolvió, rompí con Germán...

—Tu novio, el mismo que...

—Exactamente, el mismo con el que me reconciliaba precisamente cuando hablé contigo por teléfono. Perdóname, estuve muy borde.

—Pues sí, la verdad, pero ya está olvidado. O sea, si no he entendido mal, cuando me conociste como algo más que un anónimo maquinista de subcontrata, tu vida se resquebrajaba, y después decidiste recomponerla y tratar de recolocar las cosas como estaban.

—Eso es. En esas he estado hasta ahora mismo. Pero no soy capaz de pegar las piezas, ya no encajo en mi propia existencia.

—¿Y qué pasa con este..., digo..., Germán?

—Pues que se ha marchado unos días a Estados Unidos, a un congreso de no sé qué. Y ayer vi un documental con una amiga, *Paralelo 36*, se titula, y se acabó el intento de pegar los trocitos del jarrón roto. Me impactó terriblemente y los redujo a polvo. ¿Lo has visto?

—Sí. Tuvimos no hace mucho un cinefórum en la agrupación del Partido y pusimos varias películas relacionadas con el racismo y la desigualdad en el mundo. Si esa te impactó, espera a ver *La pesadilla de Darwin*. Conejero, uno de los compañeros más combativos, el que seleccionó las pelis, decía que debería ser de visionado obligatorio para toda la población.

—¿De qué va?

—Es un documental de un tipo que creo que es austriaco, y que se fue a Tanzania con su cámara y sin apenas equipo de filmación para seguir la pista del supuesto contrabando de armas para la eterna guerra del Congo en los aviones que transportan los lomos de perca del Nilo a nuestros mercados del primer mundo.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con Darwin?

—¿Tú conoces unos filetes que dicen que son de mero, de carne sonrosadita, muy apetitosos y bastante baratos que abundan desde no hace mucho en las pescaderías?

—Los como a menudo, me encantan.

—Pues no es mero, pertenecen a esa especie, la perca del Nilo, que fue introducida en los años cincuenta en el lago Victoria. Es un bicho gigantesco y tan voraz que extinguió toda la fauna lacustre en poco tiempo. Esa es la pesadilla. La paradoja es que el desastre ecológico se ha convertido en la principal y casi única industria exportadora de Tanzania. El documental muestra cómo es la vida humana, la sociedad, que rodea el negocio de la pesca y envío al primer mundo de la carne de ese animal monstruoso. No te voy a contar los detalles, pero te basta con saber que los tanzanos, del pescado de su lago, se comen las espinas cocinadas en unas condiciones que sólo de verlas dan ganas de vomitar, menos mal que no se pueden grabar los olores. En *La pesadilla de Darwin* se enseña cómo nosotros, sin un gran esfuerzo económico, disfrutamos a capricho de los lomos de perca, mientras que ellos se tienen que conformar con las espinas podridas. Toda una metáfora real de lo que eufemísticamente conocemos como *desequilibrio norte sur*. Y, por supuesto, el autor termina descubriendo que los aviones rusos desvencijados que transportan los filetes al Norte no siempre aterrizan en Tanzania vacíos, sino que, en efecto, a menudo traen cargamentos de armas para el Congo. Tienes que ver esa película, aunque es muy dura. Lo peor son los niños de la calle y las mujeres enfermas de sida.

—Ay, Santiago, creo que con *Paralelo 36* de momento ya tengo bastante. Me voy a poner mala. Será mejor que me expliques la razón por la que me querías ver.

—Bueno. No sé si recuerdas que te conté que hay una gente que ha formado una plataforma de afectados por la M-30. Se llaman Nudo Sur, y agrupan a vecinos de la Arganzuela, Legazpi, Méndez Álvaro, toda esa zona...

—Me hablaste de ello aquel día del beso a tornillo, ¿no?... Perdóname. —Me quedé parado, sentí un arañazo en el pecho y ganas de reír al mismo tiempo.

—Me dejaste hecho una piltrafa, qué le vamos a hacer. También eso está olvidado.

—Gracias, Santiago, la verdad es que me da un poco de vergüenza cuando lo revivo en la memoria... Ahora que lo pienso, he visto en Internet el sitio de la plataforma Nudo Sur. Es muy interesante.

—Ah, vaya... Pues bien, resulta que se reunirá con ellos la delegación de eurodiputados que van a visitar las obras dentro de poco más de dos semanas. Bueno, en realidad con la plataforma «M-30, no + coches»...

—Sí, ya sé que Nudo Sur forma parte de «M-30, no + coches», junto con una veintena de grupos diferentes.

—Exacto. Pretenden hacer una gran asamblea vecinal en la nave Terneras, en el parque de la Arganzuela, para que la gente exponga a los políticos, en vivo y en directo, la retahíla interminable de quejas derivadas del calvario al que se les está sometiendo desde hace años.

—También desconfían de algunos detalles importantes del proyecto, como las vías de evacuación de gases del *Bypass Sur* y cosas por el estilo.

—Eso es. Veo que estás bastante al tanto. Pues bien, me han pedido que te proponga que se te incluya en el plan de la visita. Si no entendí mal, quieren que tú y yo hablemos con los eurodiputados en un aparte, antes, durante o después de la asamblea, y les demos un informe rápido de lo que sabemos acerca de cómo está organizado y cómo funciona todo el dispositivo de reforma.

—¿Y por qué yo?

—Les llegó la onda de tu actuación ante los representantes de la comisión de seguridad. Y los arqueólogos, ¿te acuerdas?, eran de un colectivo que forma parte de la plataforma. Debieron de hablar bien de ti. Ellos, o los vecinos que los escoltaron, supongo... —Victoria transmitió con un movimiento de cabeza que ya lo entendía todo y se quedó pensativa antes de emitir su voz templada.

—Tú sabes que me estás poniendo en un compromiso, que si acepto igual resulta que ya no hay vuelta atrás para mí.

—Ya les expliqué que no les garantizaba nada, que tú estabas metida en un proceso complejo en tu vida personal, y que sólo te lo

comentaría cuando me asegurara de que la propuesta es seria.

—Y ya sabes de todas todas que lo es.

—Exacto. Bueno, está también Jaime, mi enlace con la plataforma, que se empieza a poner nervioso porque se acerca la fecha de la visita y todavía no tiene tu respuesta.

—O sea, que sí tiene la tuya, claro.

—Cómo no, me he brindado voluntario para decirles unas cuantas cosillas a esos representantes europeos, para denunciar injusticias y barbaridades siempre estoy disponible. Pero si pudieran contar con tu testimonio, imagínate, una ingeniera del proyecto, sería la hostia. De todas formas, creo que la idea es hacerlo con total discreción, para que no suframos represalias de las empresas.

—De ahí lo de hablar en un aparte.

—Bueno, lo decidieron por otro tipo de cuestiones, porque ya tenían un orden del día muy denso y rollos por el estilo, pero podría aprovecharse la circunstancia, creo yo, para que nadie se entere de que tú has participado en la reunión.

—Vale.

—¿Cómo?

—Que sí, que vale, que le puedes decir a Jaime que la ingeniera acudirá a hablar con los eurodiputados.

—¿Está segura?

Victoria me miró a los ojos. Me pareció guapísima con esos dos planetas de esmeralda engulléndome. Un ligero gesto de ternura en su rostro, que estaba relajado a pesar de que el aire se espesaba entre nosotros a gran velocidad, me llamó en silencio y di un pasito adelante. Me abrazó despacio, primero alzó su mano derecha hasta mi nuca, luego enlazó la izquierda a mi cintura. Me condujo la cabeza hacia la suya y nos dimos un beso largo y suave.

Veintiuno

Agarrarme a Santiago, asirlo por la cintura, besarlo mientras caminábamos por la estación de metro fue una terapia maravillosa. «¿Qué te parece si cenamos en mi casa? —le dije—, nos tenemos que salir en Concha Espina, línea 9, transbordo en Núñez de Balboa.» Acababa de cruzar la frontera definitivamente y prefería no pensar mucho en ello. De momento, disimularía: aquí no ha pasado nada, estoy en mi derecho de elegir con quién me acuesto y pienso seguir trabajando como la que más. Y lo que sí tenía claro era que en mi tiempo libre no me iba a privar de amar a quien yo quisiera y de ejercer la solidaridad, porque lo sentía como una necesidad impostergable. Santiago, sin querer, metió el dedo en la llaga a la altura de Alonso Martínez.

—Me dijo Domingo que él y su prima se habían topado contigo en la sede central de la compañía.

—Sí, yo salía de hablar con Rocabruna, uno de los consejeros ejecutivos con más influencia. Germán me había conseguido una entrevista con él para que me llenara la cabeza de promesas de éxito empresarial. Es un hombre de una gran capacidad de convicción, te lo aseguro. En realidad, me puso entre la espada y la pared y desplegó ante mí una alfombra roja para encaminarme por la senda *conveniente*.

—Y tú aceptaste la invitación.

—Sí, y la familia de Gumersindo me lo puso bien difícil desde el principio.

—Es que no veas, hay que ser cabrones para ofrecerle cuatro duros a la viuda, que en realidad le corresponden, a cambio del silencio... con el cuerpo de Gumersindo aún caliente, joder.

Me quedé pensativa, porque el recuerdo del veterano ejecutivo tenía el poder de inquietarme. Mi cerebro conectaba ese rostro sin edad y sin fisuras, esa voz penetrante acicalada del perfume perfecto, el traje

impecable, el gesto mejor medido, con las figuras incandescentes de mis padres. Miré a mi alrededor. Era el último tramo antes del transbordo y entraron dos africanos enormes armados de sendos yembés. Cautivaron nuestra atención con un ritmo que comenzaba suave y casi melodioso y se tornaba frenético cuando quedaban pocos segundos para el final del trayecto. Tras un silencio abrupto, que dejó en suspenso al vagón entero, pasaron la gorra al tiempo que preparaban su salto al siguiente compartimento del convoy. Eché una moneda de dos euros, y el chico, tocado con una gorra multicolor de estilo jamaicano, me regaló una sonrisa blanquísima y acogedora. Salimos del tren y anduvimos por un pasillo de paredes pulidas por el tiempo y sobrecargadas de publicidad estática, para coger la línea 9, dirección Herrera Oria.

El resto del viaje se me hizo rapidísimo, mirando fijamente a Santiago y procurando olvidar el torrente de complicaciones que seguramente iba a tener que remontar en breve. Salimos del subterráneo y las farolas comenzaban su tarea cotidiana con una luz mortecina que se fundía con la penumbra del anochecer. Daba pena abandonar la calle, con las fragancias que nos acariciaban desde el parque de Berlín, que empezaba a ser ocupado por los menudeadores de hachís y los jovencitos amigos de compartir la bebida barata charlando en un banco. La verdad es que la ciudad nos reconfortaba, ayudada por la temperatura perfecta y el canto de miles de pájaros enfrentándose a la tragedia diaria de ver al sol marcharse sin saber seguro si volverá a salir.

En un primer momento, Santiago no pegaba ni con cola en mi apartamento. Se sintió marciano, pero le arranqué de un arañazo el traje espacial, me adentré en la vivienda y él tuvo que aclimatarse a la nueva atmósfera sin rechistar. Durante un segundo se ahogó como un pez fuera del agua, no sabía dónde mirar, donde poner las manos... y regresé y le ofrecí mis pechos y se hinchó de un nuevo oxígeno. A pesar del agotamiento, quizás precisamente debido al agotamiento, caímos sobre la cama con ansia el uno del otro.

Perdí la cuenta del tiempo que pasó. Nos dormimos juntos, acariciándonos mientras nos mirábamos a los ojos, mutuamente

absorbidos. Era noche cerrada y olía a mundo entero durmiendo cuando nos levantamos de la cama azuzados por el hambre. Juntos, descalzos y desnudos, saqueamos la nevera. Hacía días que no iba a la compra en serio, pero encontramos huevos, queso y patatas para freír congeladas. «Qué pija, patatas precortadas —dijo Santiago—, cómo se nota la clase», y se erigió en supercocinero con el delantal directamente sobre la piel. Cenamos haciendo guarrerías de enamorados, transmitiéndonos patatas boca a boca, metiendo el cuerpo de uno en el del otro y viceversa —los dedos, las lenguas, los dientes, las narices—, mojando pan en los huevos fritos y dándonoslo a la boquita como jugando a las mamás... una orgía amarilla de saliva y alimentos. Nos duchamos y nos fuimos a dormir nuestra primera noche juntos. Eran casi las dos de la mañana, y en muy pocas horas nos esperaba la M-30.

Doscientos metros antes de incorporarnos a pie al recinto de obras, no separamos. Nos dimos un beso sonriente en la boca y una caricia ligera de dedos que se escinden. Cada cual a lo suyo, pero pensé en Santiago a ratos durante toda la jornada, aunque no tuve ocasión de verlo, abrumada por la acumulación de tareas pendientes en otra parte. En cualquier instante en el que me podía relajar, evocaba su imagen y se me debía de poner una cara rara de felicidad, o de boba, que hacía reír a Mejías. Y mientras amonestaba al capataz de una subcontrata y lo obligaba a excavar de nuevo el hueco para unas pantallas de hormigón, o revisaba sobre el terreno el trazado donde se iban a forjar los próximos pilotes, o comprobaba el entramado de hierros de un sector de la futura bóveda, o anotaba en mi ordenador los últimos pedidos de material, o daba parte a la auxiliar de Ricardo, María Jesús, de los problemas con una de las pilotadoras... mientras trabajaba sin descanso, en suma, no dejaba de pensar en la hora de salir, a eso de las seis de la tarde, y encontrarme de nuevo con Santiago en la calle, de camino al metro, para volver a pegarme a él y dormir juntos y olvidarme de todo lo que me preocupaba. Cuando paramos a las once para tomarnos un bocadillo y un café, me di cuenta de que me había llamado varias veces mi padre y no había sentido ni el ruido ni las vibraciones del teléfono, posiblemente

porque es muy difícil darse cuenta de que te llaman si tienes al lado una taladradora a todo meter o una pantalladora saca que te saca tierra y más tierra para un ruidoso camión que es inmediatamente sustituido por otro en cuanto se le llena el remolque y emprende la ruta hacia el vertedero. Mis funciones como jefa de producción me hicieron olvidar enseguida el temblor que sentí al ver su nombre, papá, en la pantalla del móvil, y no volví a pensar en él, sólo tenía mente para el trabajo y para Santiago, Santiago en la máquina, Santiago sobre mi cuerpo mojado de sudor, Santiago comiendo o riendo o mirándome con dulzura o hablándome con su voz humilde y convincente al mismo tiempo.

De modo que pasó el rato de comer, superamos las horas en las que apretaba más el sol, que aún se sufrían, a pesar de que ya estábamos sumidos en el otoño de Madrid. Eran días de ola de calor y, por extraño que parezca, no pensé en Santiago, sino que imaginé a Jenaro, el marido de Laura, mirando constantemente al cielo porque no llovía ni por casualidad y era un tremendo aficionado a coger setas. La tarde descendió sobre nosotros como el rayo y me vi de nuevo en el lugar del que no me quería haber marchado, a saber, los brazos fuertes de un Santiago contentísimo de verme y ufano al detectar que el entusiasmo era recíproco.

Hoy toca San Blas, afirmó Santiago como si ya fuera nuestra rutina diaria elegir en tu casa o en la mía, que yo mañana curro y tú no. Me pareció estupendo, no conocía su piso y ya iba siendo hora, porque de verdad que me sentía como si lleváramos toda la vida juntos. Recordé el recorrido, transbordo en Pueblo Nuevo, salida en San Blas, emocionada pensando en aquel primer viaje juntos en el metro, que me resultó luminoso en un momento muy oscuro, y le abrazaba con la sensación de que esa mutua armonía en el vagón, ese gusto de entrelazarnos embelesados sobre el sillón de plástico, era la prueba definitiva de que había encontrado el de verdad, el de mi destino. Cuando dejamos atrás las escaleras de piedra de la estación y nos dimos de cara con la tarde en el barrio obrero, animado de gente que regresaba a casa después de la dura jornada, o de adultos con niños que iban del piso al parque y del parque al piso, o de ancianos y

jóvenes que compraban para la cena en las tiendas del barrio, él me agarró de la mano y me encaminó hacia su portal diciéndome que, de todos modos, cenaríamos en La Perla, el bar de sus amigos, los que me había presentado aquel día memorable en que los dos empezamos a conocernos.

Me gustó el piso de Santiago. Era súper pequeño, pero me dio igual. Me llenó de gozo descubrir que era cuidadoso, que lo tenía todo más limpio que yo, y decorado con gusto, muy politizado, pero gusto al fin y al cabo. Entré directamente a un salón proporcionalmente grande, si se compara con el resto de la casa, que albergaba dos estanterías sencillas de madera llenas de libros. En el centro, un sofá cómodo cubierto con una tela estampada con la técnica de batik, que, según me contó Santiago, se lo había traído el tal Conejero de un viaje a África. Del techo colgaba un gran globo de papel y alambre, con bombilla en su interior. En la pared, un cartel enmarcado, la Alegoría de la II República española, con una hermosa joven entradita en carnes que sostenía una balanza con la mano derecha y el mástil de una enorme bandera tricolor con la izquierda, y que casi sonreía con ojos sinceros flanqueada por un león y por una rueda dentada, una máquina de ferrocarril, un paquebote, un avión y un arco iris. La cocina era enana, pero muy apañada, y disponía de una terracita minúscula donde tender la ropa. El pasillo sostenía una fotografía del Che Guevara fumando un puro protegida con un cristal y daba a dos habitaciones. En la primera, una cama de matrimonio cubierta por una colcha en color crudo, así como paredes diáfanas, apenas decoradas con un corcho con un resumen de toda una vida en chincheteado caótico de recuerdos fotográficos: el pequeño Santiago con sus primos en el pueblo, con su madre y su padre enfrente de la Standard de Villaverde; Santiago adolescente con la primera novia con cara de suspiro de amor y ella riéndose; Santiago adulto con los compañeros de la agrupación en la Fiesta del PCE, en La Perla con sus padres adoptivos, Maruja y Miguel, o abrazado a una mujer desconocida para mí por la que yo no iba a tardar mucho en preguntarle. El segundo cuarto era más chico y estaba consagrado a estudio del Santiago militante, con su escritorio para un ordenador

con una generación informática de antigüedad y una tonelada de papeles, folletos y discos compactos; sobresalía en el charco de celulosa una banderita republicana de sobremesa. Los tabiques albergaban una estantería plagadita de libros y los espacios libres estaban cubiertos de carteles de todos los colores: movilizaciones ecologistas por la Casa de Campo de Madrid, marchas a Torrejón, manifestaciones del aniversario de la II República española, convocatorias de la Fiesta del PCE, una bandera roja con la hoz y el martillo en amarillo, fotos de Dolores Ibárruri, Ernesto Guevara, Fidel Castro, el subcomandante Marcos y otros héroes de la izquierda, un viejo cartel que advertía: «¿Un futuro atómico para ellos?», y mostraba a unos pobres niños en un escenario nuclear de pesadilla... En fin, en un rincón reposaba una cama plegable, el asiento de oficina con ruedas parecía confortable y una ventana que daba a la calle hacía acogedor el despachito, a pesar de la sobrecarga icónica y textual.

Dejamos las cosas en el dormitorio y me recorrió de los talones a la coronilla un relámpago de gustirrinín. Nos besamos sentados sobre el lecho y le dije que me encantaba su casa. Me contó que la había heredado de su madre, este era su cuarto, ¿sabes?, y el que tengo como estudio era el mío, y me di cuenta de que la herida aún rezumaba los flujos de la pena. ¿Cuánto tiempo hace que murió?, le pregunté, y me contestó que cuatro años, pero a él le parecía que había sido ayer. Lo acaricié y sonrió. Luego me contó la historia del divorcio de sus progenitores como si fuera un adolescente todavía afectado por aquel torbellino sentimental de hacía quince años, y la muerte atroz de su padre, enfermo del hígado, mentalmente desahuciado, otro episodio dolorosísimo y, por tanto, indeleble y determinante para su vida y su carácter.

—El domingo vamos al pueblo de mi madre —me impuso con un tono asertivo inapelable.

—¿Y eso?

—Desentierran a mi abuelo de la cuneta donde pasé miles de horas jugando con mis primos, tengo que estar ahí, y quiero que vengas conmigo.

—Para que nos vea juntos Margarita, ¿no?

—No, es porque te quiero y necesito que estés. A Margarita le vendrá bien para que oriente sus energías en otra dirección.

—Si no es que te clava directamente el bisturí de autopsias en la frente. O a mí, también podría tomarla conmigo, ¿no? Al fin y al cabo yo soy la que le he robado el proyecto de novio.

—Habrá que correr el riesgo.

El tiempo se nos echaba encima, así que le señalé la foto reciente en la que posaba junto a una mujer joven, muy delgada, de cabello castaño largo y ojos verdes. La abrazaba desde atrás, con un gesto de cariño que a mí me enamoraba sólo de mirarlo.

—¿Con quién estás en esa fotografía?

—Es Eva, una moza de un pueblo vecino al de mi familia con la que ennovié hace ya bastante. Lo dejamos el mismo año en el que murió mi madre. Yo estaba fatal y ella no terminaba de comprender la intensidad de mi dolor. Luego dejé de ir al pueblo... hasta la semana pasada, por lo de mi abuelo. Si quieres, quito de ahí la foto. Está por inercia, es quizás la única que he podido soportar de aquellos tiempos.

—No, no hace falta que la quites. Me agrada constatar que tienes éxito con las mujeres.

Nos reímos, y nos pusimos de pie y salimos a San Blas ya en penumbra, anaranjado por las farolas y el reflejo de la luz de sodio sobre los muros encarnados. Caminamos de la mano hasta entrar en el bar, que estaba lleno, era un viernes a la hora de cenar y los parroquianos debatían alegremente alrededor de mesas. Miguel nos vio y se transmutó su gesto serio de cansancio y concentración en una sonrisa de gozosa sorpresa al descubrirnos con los deditos entrelazados, emitiendo al exterior la luz del nuevo enamoramiento. La confianza da asco, dijo Santiago cuando constatamos que nos tocaría esperar un buen rato, pero a mí no me importó prolongar casi una hora el par de cañas que nos fue rellenando Miguel en los breves minutos de respiro que arrancaba al éxito económico de su establecimiento. Charlamos sin parar, contándonoslo todo, conociéndonos mejor porque hasta ese momento sólo habíamos tenido tiempo de intuirnos y enamorarnos. Y cada rato que pasaba e iba viendo más claramente por dentro a mi elegido, más me gustaba, más

confiaba en él, más segura me sentía del criterio aplastante de mi corazón.

Era tarde cuando pudimos cenar. ¡Invita la casa!, nos dijo Miguel cuando ya se vio un poco más libre de trabajo, y nos sacó tortilla de patatas, caracoles —ya nos dimos cuenta de lo que te gustan, Victoria, dijo Maruja desde la cocina—, croquetas, boquerones en vinagre y un plato de jamón ibérico y triangulitos de queso de oveja maduro y sabroso. Devoramos todo aquello y mucho pan como dos auténticos trogloditas y terminamos con los morros llenos de grasa, los dedos pringosos, lamparones en la ropa. De postre, un café descafeinado con mucho azúcar. Luego conversamos un ratito con los dueños de La Perla, que todavía tenían bastante tarea por delante antes de cerrar. Regresamos al piso de Santiago a eso de las once y media con la tripa llena y descargas de dolor de agotamiento en las piernas y los pies. Estoy hecho una mierda, dijo Santiago cuando nos acercábamos a la calle Brocado para encontrar en ella el reducido portal y las estrechas escaleras que nos conducirían hasta la cama.

Por la mañana, me desperté ligeramente cuando Santiago se puso en pie para ir a trabajar. Me dio un beso, me dijo que me durmiera, y eso hice inmediatamente. No me levanté hasta las nueve y media, y me topé con una nota que me instaba a coger lo que necesitara de la cocina y me advertía de que había abundante café preparado para calentar en el microondas. Antes de la firma, Santiago había escrito: «Quedamos a las seis en el metro Pirámides, ¿vale?». Asentí para mis adentros. Me comí un plátano y desayuné un tazón de cremoso y dulce líquido marrón clarito acompañado por unas magdalenas de mi marca preferida que encontré abiertas en el armario despensa. Después, puse el ordenador en marcha, vigilada por el mundo de mi amante, me conecté sin dificultad a Internet, tenía ADSL, y averigüé la dirección y el número de teléfono del Hospital Nacional de Parapléjicos de Toledo. Hablando con una mujer bastante amable a través del fijo de la casa, apunté que el horario de visitas era de doce a dos por la mañana, de cinco a ocho por la tarde. Inmediatamente después, consultando la combinación de dígitos en la agenda de mi móvil, me puse en contacto con el taller. Mi coche estaba listo, podía pasar

cuando quisiera a recogerlo. Llamé a un taxi y abandoné San Blas con prisa: eran las diez y cuarto y quería estar en Toledo antes de la una.

Algo después de las once ingresé en el paseo de Santa María de la Cabeza, ya en mi utilitario, para tomar la A-42 en sentido Toledo. Crucé por encima de las obras, mis obras, y todo aquello me pareció un desastre. Afortunadamente, como era sábado a media mañana, no había mucho tráfico y superé pronto la pequeña carrera de obstáculos antes de pisar a fondo el acelerador en la autovía, lejos del centro urbano de la capital de España. Atravesé un entramado impresionante de ciudades dormitorio para trabajadores, naves industriales, centros comerciales, autopistas entrelazadas, hasta desembocar en un paisaje mesetario que no me atraía demasiado, seco todavía por la falta de precipitaciones, a pesar de la estación del año. El resto del camino se me pasó volando porque puse Radio Cinco Todo Noticias, y me reí con un microespacio de una pirada especialista en pompas fúnebres. Escuché atenta los anodinos informativos de actualidad, protagonizados por la subida de los tipos de interés, el cambio de celda de Julián Muñoz, ex alcalde de Marbella, los comentarios de Fisichella, el compañero de Fernando Alonso en el equipo Renault de Fórmula Uno, la visita sorpresa de la secretaria de Estado del gobierno Bush, la oscura Condoleezza Rice, al Bagdad ocupado, o las presiones de Japón a Corea del Norte por su programa nuclear. Luego cambié de emisora y escuché un programa en el que me invitaban a pasear por la sierra de Gata, en Cáceres, con sus veinte pueblos y sus cinco valles, el verdor traído por lo que al parecer la gente del lugar llama «el aire de Portugal», los paisajes montañosos de la vertiente más occidental del Sistema Central y el sabor medieval de sus pequeños núcleos de población... Imaginando el norte de Extremadura, arribé a Toledo y recorrí la autovía de circunvalación hasta llegar a la rotonda en la que desembocaba la carretera de Ávila hasta dar con una segunda rotonda en la que ya se indicaba la presencia próxima del Hospital Nacional de Parapléjicos. Tomé, hacia mi derecha, la carretera de Peraleda y nada más cruzar el río Tajo entré en una calle ajardinada con pistas de tenis a mano derecha que desembocaba en un gran jardín con decenas de coches aparcados, una buena parte de ellos bajo las típicas

marquesinas para automóviles.

Me acerqué a un edificio forrado de ladrillo visto, compuesto por cuatro grandes módulos rectangulares que formaban un aspa. La recepción estaba en el rectángulo central del complejo hospitalario, del cual partían los cuatro brazos de la gigantesca equis. No tuve ninguna dificultad para conseguir la información que me condujera a la habitación de Kwame. El chico casi no recibía visitas, la mujer que me atendió sabía de él, le daba pena e hizo ademán de que no necesitaba comprobar la credencial de la UTE con la que pretendí justificar mi interés por el ghanés accidentado en la M-30.

—Ya era hora de que alguien de la empresa se pasara por aquí. Ese muchacho está muy solo, lleva más de un mes sin que nadie venga a verlo. Puede usted pasar. Se encuentra en la habitación 2112, con toda seguridad lo encontrará en la cama porque tiene que estar conectado al respirador y le queda mucho todavía para pasar a la silla motorizada. Tiene que caminar por ese pasillo, segunda planta.

Pulcros corredores blancos con puertas marrones que daban a habitaciones para dos personas. Niños en sillas de ruedas desplazándose como Pedro por su casa. Una barandilla de madera presente en todas las paredes, a la altura de las manos del parapléjico que intenta andar montado en una estructura de metal que rodea sus piernas. Rampas por todas partes, enfermeras que se desplazan pacientemente por ellas echando de menos las escaleras. Familiares que sonríen con normalidad, enfermos que ya han asumido el cambio, la revolución que la lesión medular ha impuesto en sus vidas. Cristaleras que inundan de luz natural fabricando serotonina, optimismo en las mentes que batallan contra todas las formas imaginables de desesperación individual. Abstraída por la experiencia de atravesar el Hospital Nacional de Parapléjicos, me encontré casi enseguida en frente de la habitación de Kwame, otra puerta más, sólo que esta se anunciaba con el número capicúa que me había marcado la mujer de la recepción.

Entré en silencio, despacito y con cuidado, atravesé el umbral y cerré suavemente la puerta. Kwame estaba tumbado, inerte, como apabullado por el anillo al cuello del respirador. La cama junto a la

ventana permanecía vacía. Me acerqué hasta él.

—Hola, Kwame. Me llamo Victoria Suárez. Tú no me conoces. Me ha hablado de ti Ibrahima, en la obra —en ese preciso momento me miró—. Pertenezco a la UTE del *Bypass Sur*, soy ingeniera. Pero no he venido a verte porque me lo haya pedido la empresa, sino porque yo he querido. ¿Puedes hablar?

—Sí. —Un ronquido afirmativo salió de la boca, temblando entre las arrugas del tubo del respirador.

Pero yo no sabía qué decirle. Era un hombre joven más alto y más grande que Ibrahima, si es que tal cosa es posible. Tenía la cabeza afeitada por completo, y me sonreía levemente con una sonrisa que se adivinaba grande, como el corazón que se escondía detrás de un rostro ingenuo y todavía alegre, como de un niño feliz, a pesar de lo insufrible de su situación y la caída a un lado del ojo derecho. Él sí tenía algo de que hablar, aunque fuera en forma de crujidos casi silenciosos por falta de aire.

—Contento que viene a verme. Gracias.

—Ibrahima lo tiene más difícil que yo para visitarte, pero estoy segura de que se acuerda mucho de ti.

—Ibrahima mi amigo, buen amigo.

Kwame se expresaba con gran dificultad, pero conseguía transmitir sus mensajes. Su voz era menos grave de lo que cabría esperar de semejante corpachón. Estaba vivo en los ojos, que me miraban y se movían con soltura dominando la estrecha órbita de realidad al alcance de su cabeza inmóvil. Las pupilas le saltaron hacia la derecha cuando entró la médico.

—¡Hola, Kwame, parece que hoy tienes visita! —Era una mujer bajita y de mediana edad, de ojos pequeños y oscuros, cejas espesas, negras y muy bien perfiladas, pelo castaño teñido con reflejos rojizos. Vestía bata blanca y pantalones de tela oscura.

—Sí —medio contestó el gigante de Ghana en forma de estertor, y esbozó un atisbo de satisfacción en la cara.

Tras examinar brevemente al paciente, la doctora me pidió que la acompañara un momento al pasillo. Justo en ese instante, una enfermera y una celadora entraron en la habitación, hola, buenos días,

qué tal, Kwame, para llevar a cabo algunas tareas cotidianas de terapia y mantenimiento. Recordé experiencias anteriores de hospital, reconocí la luz antisoledad que se hizo dueña del triste espacio de la habitación con esa momentánea acumulación de gente.

En el pasillo, la médico me hablaba sin mover mucho la boca, pero con un tono de suave asertividad, segura de lo que decía al tiempo que mostrando una puerta permanentemente abierta a la sensibilidad. Estaba de guardia y había venido enseguida, en cuanto se enteró de que Kwame tenía, por fin, visita. Me preguntó si yo era familiar, aunque salte a la vista que no, nunca se sabe, dijo, y me agradeció el esfuerzo de venir a ver ese hombre dejado de la mano de Dios. Me explicó que era un caso de los más graves, aunque afortunadamente había conservado la facultad de hablar a pesar de quedar condenado a vivir para siempre conectado a un respirador si no se le implantaba un marcapasos diafragmático, una tecnología médica en la que el Hospital Nacional de Parapléjicos era pionero y que permitía respirar autónomamente a los tetrapléjicos como Kwame, conocidos también como pentapléjicos.

—Este muchacho tuvo muy mala suerte. El mallazo le cayó sobre la cabeza, le destrozó la vértebra C4, muy cerca ya del cráneo. Ahora ya podemos decir que ha salido de la fase de shock psicológico que sufren todos nuestros pacientes, ya empieza a ser consciente de su situación. Y nos asombra su entereza, teniendo en cuenta la soledad en la que se encuentra. —La médico se comunicaba con ganas, hacía ya mucho que no había nadie a quien informar de este caso.

—Supongo que sus compañeros tienen miedo de venir. A la mayoría les debe de pasar como a él, no tienen los papeles en regla... Además, dudo que sepan que Kwame está aquí, en Toledo.

—Es que no nos consta que tenga ningún familiar en España. Las pocas visitas que ha recibido han sido de representantes sindicales y de una asociación de ayuda a los inmigrantes. Y ahora que el chico está mucho más consciente y necesita más apoyo que nunca, hace meses que se han olvidado de él. Creo que le están gestionando la regularización definitiva que establece la ley para estos casos, la pensión y poco más, como si el apoyo moral no fuera tan importante

como los papeles. Prácticamente no tenemos a quién avisar, salvo a su familia en Ghana, imagínese, qué va a hacer esa pobre gente, imposibilitada por completo para venir y hacerse cargo de su hijo.

—Bueno, si se termina de arreglar su situación legal, podrá plantearse que venga alguien de su familia a cuidarlo...

—Esperemos... aunque no se crea que es fácil ni jurídica ni económicamente. Lo cierto es que para Kwame la vida es imposible sin ayuda. Trataremos de posponer al máximo el alta, pero se recupera a buen ritmo e intuyo que va a terminar estupendamente la rehabilitación.

—¿Y qué van a conseguir con el tratamiento?

—Pues algunas cosas importantes. Ya hemos avanzado en la rehabilitación vesical e intestinal. Pronto entraremos en la fase de sedestación. El objetivo básico es que pueda utilizar una silla de ruedas eléctrica con el respirador adherido, de modo que se pueda desplazar de un sitio a otro y lograr la máxima autonomía que su enfermedad le llegará a permitir. Puede restablecer una parte de las conexiones nerviosas y conseguir una mejoría apreciable en su estado. Lo malo es que llegue pronto el momento de darlo de alta. ¿Adónde irá? ¿Qué será de él? Está solo en España.

Me acobardé. ¿Cómo iba a hacerme cargo de Kwame? ¿Cómo iba a poder ayudarlo? ¿Qué estaba haciendo allí, cómo podía haber ido a ese lugar a sembrar esperanzas de las que no me podía responsabilizar? Me quedé varada en un espantoso silencio. La doctora me radiografió con la mirada, en cierto modo se compadeció de mí y me explicó algunos pormenores sobre la lesión medular del africano, que era incompleta, lo cual permitía albergar esperanzas. Me explicó que trabajaban para rehabilitar parcialmente la conexión del cerebro con las manos, lo cual permitiría hacer más sencillo el manejo de la silla eléctrica en la que iba a acomodarse para el resto de su vida. Y pasó de nuevo a la carga: me sugirió que visitara un día entre semana a la asistente social que atendía a Kwame, que me podría poner al día acerca de las necesidades que el joven iba a tener de cara al alta hospitalaria y los recursos públicos y privados disponibles para poder satisfacerlas. No iba a ser fácil la vida para este ghanés, ni siquiera

aunque fuera a tener la oportunidad de regularizar por completo su situación legal en nuestro país.

Me despedí de la médico y regresé con Kwame en cuanto las otras dos mujeres de bata blanca abandonaron su habitación. Me sonrió y me dijo que no me preocupara por él, que estaba bien en el hospital y que pronto llegaría su novia a España. No iba a esperar a los papeles, estaba ya en camino y se casarían en cuanto llegara.

—Pero eso no lo sabe tu doctora.

—Es peligroso que sepa doctora, y asistente social. Ella viene en patera, es ilegal.

Le di las gracias para mis adentros a aquella valiente muchacha y le prometí a Kwame de viva voz que, en todo caso, lo volvería a ver de vez en cuando, si no le parecía mal. Me dijo que siempre le gustaba a un hombre la visita de una mujer guapa como yo. Sonreí. Me quedé en silencio, mirándolo. Me habló de nuevo, me tuve que acercar mucho para descifrar su intento de voz.

—Amiga de Ibrahima, tú puedes ayudar a Kwame. En cajón de mesilla tienes sobre para él. Entregas sobre y das gracias por mandarte.

—Pero él no me ha...

—Por favor. Mira en cajón. Lleva sobre a Ibrahima.

Seguí sus instrucciones y me vi con un envoltorio de papel blanco en las manos en el que una cuidadosa caligrafía de letras mayúsculas mostraba el nombre del destinatario. Le pregunté quién lo había escrito, y me consiguió contar que había una enfermera muy buena que lo ayudaba mucho y que había preparado el sobre y la carta que había en su interior. No era difícil darse cuenta de que, junto al manuscrito, había unos cuantos billetes de cincuenta euros. No hice más preguntas. Le aseguré que cumpliría su encargo rápidamente, Ibrahima trabaja conmigo, lo veré enseguida, no te preocupes. Poco después nos despedimos. Le di un beso en la mejilla que lo hizo sonreír de manera muy graciosa. Desanduve lo andado por el hospital y en apenas cinco minutos dejaba caer el paquete en el asiento del copiloto del coche y emprendía el regreso motorizado hacia la capital de mis desvelos y mis amores.

Veintidós

Ustedes son conscientes, estoy seguro, de las emociones que se activan cuando se trata de la vida y la muerte de nuestros familiares más directos, por muy distantes que estén en el espacio o el tiempo las circunstancias que los alejaron de nuestra existencia. En el coche de Victoria, de camino al pueblo, me di cuenta de que mi tío Pascual ya se acercaba a los setenta años de edad, a pesar de la extraordinaria vitalidad que lo hacía parecer mucho más joven. ¿Cómo se le puede hacer esperar tanto a un hombre? Imaginé a mi abuelo en el momento en el que lo asesinaron, con la mente puesta en sus dos hijos, que no iban a poderlo disfrutar nunca más, un muchacho de apenas dos años y una niña recién nacida. Este maldito país es una gran pocilga, murmuré rememorando la ya vieja canción de un grupo de *punkis* drogadictos de Bilbao.

La imagen del gesto de Margarita imaginado al otro lado del teléfono me despertó del todo ese domingo que, reticente, comenzaba su andadura a horas desacostumbradamente tempranas para ser mi único día de descanso en toda la semana. Estábamos desayunando en casa Victoria y yo, ebrios de cariño. Sonó el fijo y no pude evitar un ligero escalofrío, seguro que es ella, pensé, y en efecto, era Margarita con un «paso a recogerte en quince minutos».

—No vengas, por favor, tengo quien me lleve.

—No hablarás en serio.

—Hablo en serio, Margarita.

—Pues si no voy contigo, no voy.

—Haz lo que quieras, pero te recuerdo que tienes un compromiso con mi tío, con los Foros por la Memoria, con tu profesión.

—Te he llamado setenta veces al móvil y no lo has cogido nunca pero no voy a dejar tirado a Pascual por tus desplantes.

—Además, creo que tenemos que aclarar las cosas de una vez, ¿no

te parece?

Me colgó sin despedirse.

Guié a Victoria hasta la curva donde estaba en pleno funcionamiento todo el montaje dirigido por mi tío. La bandera republicana ondeaba otra vez al viento en medio de un hormiguero caótico de voluntarios, autoridades, técnicos, familiares, curiosos y un par de periodistas de la provincia. Por cierto, ni rastro de funcionarios del Poder Judicial. Tampoco encontré a mis primos. Ya estamos aquí otra vez, me dije con la sensación de quien ha dejado una obra a medias y la retoma perezosamente. Pero la curiosidad de Victoria me arrancó el cansancio, gracias a su entusiasmo volví a olvidarme de lo molido que estaba después de una semana de amor incansable y trabajo agotador en la M-30. Enseguida ingresamos en aquella nube voluntariosa de hormigas de la memoria y nos acogió Pascual contento de verme aunque no supiera en un principio qué cara poner cuando le presenté a mi ingeniera, la cual se acercó enseguida al meollo de la excavación inspeccionándolo todo. Mi tío me dijo que menudo noviero estaba yo hecho, ¿no te habías ido con la antropóloga forense? Sonreí y le di pocas explicaciones, lo justo para que se diera cuenta de la situación.

—¿Y mis primos, dónde andan, que no los veo?

—No han podido venir. Raquel tiene a Javier pachucho y al marido de viaje, ampliando, al parecer, mercados para su academia.

—Pero el domingo pasado Magdalena se hizo cargo de los niños.

—Lo mismo que éste, Santiago. La abuela nunca viene a estas historias porque prefiere quedarse con los nietos, siempre dice lo mismo: Pascual, tú regresa al pasado, déjame a mí el futuro.

—¿Y Enrique?

—Está mal, muy deprimido con la separación. No sale de casa.

Cuando acudí a reunirme con Victoria, observé que Margarita estaba inclinada sobre los cuerpos, dándonos la espalda, concentradísima en su tarea, mano a mano con Pepe, el arqueólogo. No había reparado en nuestra presencia, nos confundimos entre los curiosos a los que la antropóloga ignoraba. Tras un buen rato de limpieza, observación y deliberaciones, se enderezó y buscó, presumo,

a Pascual con la mirada, pero nos encontró a nosotros. Su primera reacción fue ignorarnos ostensiblemente y seguir con el escaneo visual de todo el personal hasta dar con el organizador principal de las exhumaciones y llamarlo, ¡Pascual, a ver si podemos establecer una identificación inmediata, necesito a los familiares! Después me asaetó con sus ojos de forense y me dijo: y tú, vete preparando, que tenemos algo de lo que hablar. Me percaté de que Victoria reprimía una risita, me dio la impresión de que Margarita le había caído bien, por lo menos coincidían extrañamente en gustos.

Sobre la identificación de mi abuelo y la mujer que yacía a su lado casi no había dudas. La estatura de uno y los rasgos femeninos de la otra dejaban claro quiénes eran. Ella, en todo caso, llevaba consigo una medalla con unas iniciales que correspondían con las de la avezada mujer socialista que se atreviera, en tiempos de la II República española, a desafiar a la cima de la pirámide social del pueblo, y al cúmulo de miedos y costumbres que constituía los cimientos del antiguo régimen. Por su parte, el cuerpo del que podría ser mi abuelo aparecía con signos de ser fumador, conservaba el aro de un reloj, un peine y unas suelas poco desgastadas de zapatos de la época en los que se podía adivinar la figura de una cuadriga romana.

Sin embargo, los otros dos cuerpos correspondían a dos hombres jóvenes de similar talla que bien podían haber llevado encima un lápiz, porque uno de los desaparecidos era albañil y el otro carpintero, y botas y restos de un mono de trabajo. Ambos eran fumadores y ninguno tenía malformaciones o rasgos físicos muy llamativos, visibles a través de sus esqueletos. Era difícil discernir qué restos correspondían a qué posible víctima. Margarita estuvo unos minutos hablando con una señora mayor, sobrina de uno de ellos, y un hombre escuchimizado, pura arruga bajo la boina negra, apoyado en un ligero bastón curvo, que tenía dieciséis años en enero de 1940 y conservaba un recuerdo muy lúcido de los asesinados, en particular del joven albañil del que no quedaban familiares vivos: con él había trabajado de peón en una obra, una vez terminada la guerra. Cuando cesaron las deliberaciones, la antropóloga forense emitió su veredicto de urgencia: habría que identificar, en el laboratorio de la Universidad Autónoma,

de los dos, por lo menos al que dejó descendencia, y eso costaría dinero.

—¿Cómo andáis de fondos, Pascual? ¿Están las familias en disposición o en condiciones de asumir los costes? —Margarita hablaba con un tono profesional, pero extrañamente frío, creo que visiblemente afectado porque estábamos allí Victoria y un servidor.

—Algo tenemos, no sería justo que a esta gente les cueste los cuartos lo que en justicia debería reparar el Estado. Debería juzgarse a los culpables, debería haber indemnizaciones y la Administración, si no hay tutía con los criminales, debería asumir la pasta que vale una correcta identificación de todos y cada uno de los cuerpos —le respondió Pascual, que no dejaba de mirar los restos de su padre y tenía las mejillas enrojecidas y el ceño fruncido.

—Pero lo que hay es lo que hay, y tenemos que tomar decisiones de inmediato. Por lo que dices, el Foro puede pagar los análisis, ¿es eso? —Margarita estaba impaciente.

—Sí. Mete esos dos cuerpos en tus sacas y llévatelos a Madrid. Y muchas gracias, Margarita, eres un pedazo de profesional, sin gente como tú estaríamos apañados. ¡Abogado! —Y el letrado del Foro acudió raudo con cara de despiste—. Hay que levantar acta de todo esto y presentarla en el juzgado, ¿no te parece?

—En esas estamos, Pascual, en esas estamos. Mañana les llevo los papeles, el informe fotográfico y lo que haga falta para recordarles que son unos incompetentes que ni siquiera cumplen con lo que establece la Ley de Enjuiciamiento Criminal.

Pascual se acercó al cuerpo de su padre y se detuvo a mirarlo atentamente. Se perdió en la contemplación de sus recuerdos y sus anhelos, proyectados como una luz desde la frente contra los restos de aquel hombre heroico del que había heredado el coraje. Se notó cómo se empujó a sí mismo, a pesar de que el alma le exigía sentarse con su padre a descansar, hacia la próxima tarea: recoger el cuerpo corroído por el tiempo y el olvido, guardarlo en una bolsa y trasladarlo al cementerio, a la fosa común con monumento erigido en recuerdo de los vecinos del pueblo desaparecidos. Ya era tarde para ceremoniales, en los próximos días se celebraría el entierro. Pascual me disculpó por

mi casi segura inasistencia al sepelio, no te preocupes, Santi, tú ya has cumplido, lo haremos entre semana, no será nada del otro mundo, pondremos «La Internacional» y depositaremos el féretro en la fosa envuelto en la bandera republicana, lo importante era sacarlo y restaurar la dignidad robada por esos cerdos asesinos. Era la despedida. Nos dimos dos besos. Victoria sonreía cuando mi tío se acercó a ella con simpatía, otros dos besos, cuídamelo, es un chico estupendo, le susurró al oído, y yo giré la vista en busca de la antropófaga antropóloga para afrontar la despedida.

A Margarita se le había suavizado ligeramente la expresión de mala leche que había suplantado su habitual fachada amigable, quizás afectada por la emoción del momento. ¿Quieres que hablemos?, le dije en un temblor. Me contestó, con un inesperado tono dulzón, que quizás mejor no, ya era tarde para arreglar nada y se daba cuenta de la realidad, qué le vamos a hacer, me había hecho ilusiones. La miré incrédulo, giré la vista y me topé con los ojos del joven Pepe, el arqueólogo, que no perdía detalle de la escena mientras terminaba de recoger su instrumental.

Veintitrés

Me sentí extraña levantándome sola en mi casa aquel lunes, aunque sólo hubiera dormido tres noches con Santiago. Necesitábamos descanso y nos dijimos adiós cuando lo deposité enfrente de su casa de San Blas. Entonces, conduciendo el coche hacia el parque de Berlín, me conquistó un mar de desamparo. El vehículo se pobló de fantasmas, mi madre lívida y quejumbrosa, mi padre amoratado como un fruto venenoso a punto de reventar en mil líquidos infectos, el busto pétreo flotante de Germán, Rocabruna como un titiritero espectral, el jefe de grupo convertido en demonio colorado de ira, el capataz Juárez como un duende de fuego. Cerré el piso de un portazo con la esperanza de dejar fuera todas aquellas presencias, pero cuando me apoyaba, medio loca y aliviada a la vez, en la puerta, giré la cabeza hacia el interior del apartamento y una nueva oleada de temores me sacudió el alma. Llamé corriendo a Santiago, que hizo de exorcista al otro lado del teléfono, Victoria, mi amor, antes de que ellos te manden a ti a la mierda, los mandas tú, o te respetan o que se quiten de en medio, no es preciso que te recuerde que tú vales demasiado como para que tengas miedo. Estuvimos enganchados el uno al otro por la voz durante por lo menos media hora y un flujo interno de calorcito reconfortante me dejó tranquila un rato. Me reconcilié con el espacio de mi soledad porque ya no me sentía sola y aproveché el tirón para ducharme, cenar corriendo y acostarme.

En cuanto me arrebujé entre las sábanas, sonó el móvil. Era Germán. Me dijo que su avión de regreso llegaba al día siguiente, y me dio el horario y la terminal para que lo fuera a recoger al aeropuerto, porque tenía muchas ganas de verme. Le corté en seco, no voy a ir, Germán, esta vez lo nuestro ha terminado de verdad, para siempre. Pareció quedarse perplejo al otro lado de la línea, pero enseguida se rehizo y me habló en un tono desagradable, un poco

prepotente y cada vez más alto, pero bueno, chica, no te puedo dejar sola ni un minuto, ya estás volviendo a las andadas, a ver, bonita, quién te va a rescatar la próxima vez. Colgué el teléfono sin despedirme.

De madrugada sentí la lluvia de otoño, fuerte y persistente, y sufrí casi una hora de insomnio, un contraataque de las inquietudes por el porvenir inmediato; recuerdo que me levanté de la cama y busqué la carta de Kwame para Ibrahima, y verla sobre la mesilla, preparada para llevármela a las obras, fue un antídoto inesperado.

Luego, mientras desayunaba, deseaba que el trabajo discurriera con normalidad, que mis últimas decisiones personales, que en el fuero interno percibía como el certero final del peor de los vaivenes, no produjeran efectos importantes en las relaciones laborales. ¿Le diría algo Germán a Rocabruna? ¿Me caería el cielo empresarial sobre la cabeza hasta aplastarme? Recibí un mensaje en el móvil: Santiago quedaba conmigo a las seis y diez en nuestro semáforo del camino hacia Pirámides, donde nos atrapamos con los ojos la primera vez que anduvimos juntos por la calle. Cogí el impermeable, las llaves del coche, la bolsa con el portátil y la carta de Kwame, y me embarqué hacia mi inevitable destino.

En una gran obra pública, con el aliento municipal en la nuca metiendo prisa, no hay lugar para las comeduras de tarro. Cuando apenas había chapoteado tres pasos sobre el terreno enfangado, ya me sentía segura de mí misma al tiempo que repasaba mentalmente la agenda atiborrada de cosas urgentes que afrontar. Mejías me saludó bajo la lluvia como si nada y nos pusimos a la tarea en un instante. La verdad es que trabajé con ganas, e hice lo posible, sin conseguirlo, por tener algo que hacer en las posiciones de los maquinistas de Santoni. Sin embargo, el poco tiempo que pude liberar de los compromisos con el control del desarrollo del proyecto lo empleé en una infructuosa excursión hasta los tubos de hormigón que habían servido de escondite a Ibrahima y sus compañeros: allí no había nadie, ni rastro de los gigantes africanos. Los tristes aros invertidos, símbolo de esa otra olimpiada subterránea en la que los más atléticos obtienen victorias pírricas, lucían un aire desangelado de abandono a la orilla

del caos. Me eché la mano al bolsillo lateral de la chaqueta y noté que ahí seguía el sobre de Kwame.

El resto del día lo pasé concentradísima en pantallas, pilotes, planos y suministros. Bregaba a un ritmo espantoso que ponía contento a Mejías, a Ricardo y a María Jesús. Lo hacía con la secreta intención de contrarrestar el ataque que presentía, era cuestión de tiempo y no se lo podía poner fácil a mis casi seguros detractores. Cada día de la semana se repitió la misma historia: curraba como una mula y liberaba uno o dos ratitos para darme con el vacío en las narices cada vez que buscaba a Ibrahima. Y me acostumbré a no ver a Santiago hasta la tarde, a la salida.

Tácitamente acordamos disimular. Creo que no escapó algo de nuestra complicidad al espionaje impenitente de Juárez, algo se temía y el miércoles noté que nos seguía y con un guiño nos despedimos los dos como si apenas nos conociéramos y dedujimos por telepatía que el punto de encuentro volvería a ser nuestro semáforo. Yo me sonreía caminando cabizbaja por la acera gris cuadriculada y miré hacia atrás de golpe. Fue como propinarle un puñetazo a distancia en el estómago al especialista en recursos humanos, que se arrugó dolido porque lo pillé in fraganti. Le sonreí y desapareció de mi vista inmediatamente. Juárez no podía hacerse una idea clara de cuál sería la profundidad real de la relación que habíamos entablado Santiago y yo, pero tenía la mosca detrás de la oreja y la naturalidad con la que fuimos precavidos evitó, creo, males mayores... por lo menos durante aquella semana que pasó volando entre las obras y el cotidiano hoy en tu casa, mañana en la mía, de modo que Santiago se fue haciendo un hueco en mi apartamento y el pisito de San Blas se ensanchó para abrirme un espacio milagroso en el que encajé mucho mejor de lo que cabría esperar de la ex novia de Germán Olabarría.

El mismo miércoles llamé a mi madre. Para mí fue una escena tragicómica.

[Suena el tercer timbre al otro lado de la línea del teléfono. Alguien lo coge.]

Mamá: ¿Dígame?

Yo: Hola, mamá, qué tal estáis.

Mamá: ¡Victoria! ¡Ya hacía tiempo que no sabíamos nada de vosotros!

Yo: ¿Nosotros?

Mamá: Ya le decía yo a tu padre que el amor es así. Te enfrascas en un sueño y te olvidas de todo lo demás. Por eso no hemos querido molestarte. Y dime, hija, ¿qué tal os va?

Yo: Pues muy bien, la verdad, mejor de lo esperado... Pero mucho me temo que...

Mamá: Precisamente estábamos tu padre y yo pensando en pediros que vinierais los dos a cenar mañana, jueves, a casa... Vaya, con eso de que es casi una costumbre que nos visites los jueves, así aprovechamos para compartir un poco vuestra felicidad.

Yo: Vale, mamá, iremos, no hay problema. Pero luego no me vengas con historias si la cosa no sale como tú querías.

Mamá: Ay, hija, qué exagerada eres, por favor. ¿No me decías que os está yendo muy bien?

Yo: Sí.

Mamá: Pues entonces... ¡¿qué problema puede haber?! Para tu padre y para mí, lo primero es tu felicidad; si tú estás a gusto y contenta, lo demás no importa.

Yo: Te tomo la palabra, mamá, te tomo la palabra.

Mamá: Cómo no, Viqui. Oye, me pregunta tu padre que qué tal en el trabajo.

Yo: Muy bien. Me estoy esforzando mucho y todo avanza por encima de las previsiones. No tienen motivos para estar a mal conmigo.

Mamá: ¿Por qué los iban a tener? Espera, que se pone tu padre.

Yo: Déjalo, mamá, que estoy cansada. Dile que no tiene que inquietarse, que voy por la senda correcta.

Mamá [a mi padre]: Dice la niña que está cansada y que quiere colgar ya, y que no tienes que preocuparte porque todo va bien.

Yo: Venga, mamá, un beso. Nos vemos mañana.

Mamá: Está bien, hija. Por cierto, mañana os vais a chupar los dedos. Un beso.

Yo: Adiós. [Cuelgo el teléfono.]

Santiago me miraba con cara de póquer y le sonreí con cara de culpable. Pero qué pedazo de pan, mi hombre, qué bien se resignó a encajar en mi pequeña venganza familiar. Tú verás lo que haces, me dijo sabiendo que lo que se me acababa de ocurrir no tenía ninguna gracia. A mí cada vez me gustaba más conversar con él, me sentía llena en el toma y daca comunicativo con ese oficial de primera tierno y comprensivo, experto en compasión y lleno de experiencias de un mundo tan ajeno al que me había rodeado siempre. Y recuerdo que esa noche me enamoré de su tímida sagacidad. Me dijo:

—Joder, Victoria, Germán estará buscando novia con urgencia.

—¿Y eso?

—No sé, me da por ahí. Tengo la impresión de que no le ha contado a nadie lo de vuestra separación. Y no te ha dado para nada el coñazo, ha desaparecido.

—Ya.

—Pues eso, que se lo va a decir a todo el mundo dejándose ver con otra mujer, a ser posible de su casta y despampanante. Así nadie pensará que eres tú la que lo ha mandado a paseo, y su hombría...

—Y su cotización en el mercado... Veo por dónde vas, mi amor. Lo cierto es que esa actitud me viene bien, aunque sea por el momento. La verdad es que se lo agradezco. Él siempre se ha preocupado por mí a su manera, y ahora me protege aunque sea sin querer.

—Bueno, todo esto son especulaciones. Yo creo que se ha callado, pero no precisamente por lealtad. Y más tranquila estarás cuanto más le cueste encontrar a la que busca.

No pude evitar reconfortarme con la idea de que las noticias que le llegaran a Rocabruna tuvieran poco que ver conmigo. Ojalá se olvidara de mí. Nadie, a pie de obra, tendría por qué enterarse de nada, todo marcharía sobre ruedas porque el jefe de grupo no volvería a poner su ojo en mí una vez el alto ejecutivo había neutralizado su ira. Y desde luego que ya me importaban poco las esperanzas de ascenso meteórico, carrera fulgurante en la empresa, refugio en la burbuja despampanante de las elites mundiales. Ahora, mi ánimo apuntaba precisamente en sentido contrario, en la misma dirección, pero en sentido contrario. Miraba al suelo, hacia abajo, hacia la

Tierra, lejos de los cielos artificiales sostenidos sobre el lomo de los seres humanos sufridos y comunes. Después, supuse, la remodelación de la M-30 llegaría a su fin y me enfrentaría al reto de encontrar un empleo más de acuerdo con mi sensibilidad y mi nueva situación, posiblemente en el campo de la Arquitectura. No me importaría ganar poco, presentía que la vida compartida con Santiago haría sostenible un empleo más grato aunque fuera mucho menos remunerado. Me sentía, por fin, en paz por dentro. Acababa de hallarme, ya no estaba perdida, ya no protestaba el estómago y presentía que iba a dormir mucho más tranquila en adelante. Así que abracé a mi compañero, lo besé y le susurré al oído que lo quería con locura.

Veinticuatro

Parece ser que a mí me toca contar la cena de aquel jueves en que Victoria me obligó a visitar con ella, por sorpresa, la casa de sus padres y, créanme, para mí no fue plato de buen gusto. Nos vimos a la salida del trabajo, como todos esos días, y me secuestró a besos y carantoñas, porque me hice mucho el remolón, no tenía ninguna gana de enfrentarme así al primer encuentro. Apenas llevábamos juntos una semana, y ya me iba a ver implicado hasta el tuétano en su vida familiar. Sin embargo me pareció en cierto modo natural ir así de rápido, estaba extrañamente convencido de que Victoria era la mujer de mi vida y, de un modo u otro, me iba a casar con ella. Lo que estaba requetemal era utilizarme de alfil para darles un severo jaque a sus progenitores.

—Mis padres no aprenden nada por las buenas, Santiago. Se tienen que llevar el susto para darse cuenta de que ya no pueden manipular más los derroteros de mi existencia.

Mientras nos duchábamos en su casa miré a la que me daba que iba a ser, antes o después, mi mujer. Dios, cómo me gustaba, cómo podía hacer de mí lo que quisiera. Así que me metí en el coche con resignación, al fin y al cabo eran sus padres, no los míos. Fui taciturno todo el camino, sólo abría la boca para preguntarle, ¿de verdad estás segura?, ¿no sería mejor que los avisaras para suavizar la sorpresa?, y ella me decía que no me preocupara, que no sería para tanto, que era necesario y cosas por el estilo que no me tranquilizaban en absoluto.

Reconocí la casa donde Victoria se crió por lo que recordaba de conversaciones previas. A veces, una descripción sirve para previsualizar un objeto. Fue una sensación extraña, adentrarme en aquel edificio tan amplio y veterano que sólo había visto en sueños. Recuerdo que al cruzar el portal pensé que, en efecto, los mundos de la burguesía siempre tienen algo de oníricos, unos angelitos de

mármol custodiando la entrada, los festones de escayola ondulados de hojas y guirnaldas, los adornos dorados de vegetales frondosos en el espejo enorme; entro en un planeta de aspiraciones aéreas, murmuré mirándolo todo con cara de bobo. Victoria me sonrió, compasiva, y estuvo a punto de echarse atrás.

—Lo dejamos, vale. Tienes razón, Santiago. Los llamo y cancelo la cena.

—Anda ya. Hemos llegado, ¿no? Después de lo mal que lo he pasado hasta cruzar por esa puerta, va y eres tú la que se caga en los pantalones. Nada, seguimos adelante. Me apetece conocer a tus padres.

Me miró con una sonrisa incrédula. Si es que eres un encanto, me dijo, y me abrazó fuerte hasta que llegó el ascensor con el chirrido de protesta del que exige la jubilación porque se pasa sobradamente de la edad. Victoria abrió las dos portezuelas metálicas, de esas que tienen en medio un cristal grueso y ovalado, y me di cuenta de que los dos estábamos muy nerviosos mientras el viejo aparato se esforzaba por depositarnos en el cuarto piso. La subida se me hizo eterna. Me dio la impresión de que salíamos del cajón colgante con una lentitud exasperante, como a cámara lenta. Luego, nos empujamos el uno al otro, con un trasfondo de risitas histéricas, hasta ponernos serios y erguidos enfrente de la sólida puerta blindada. Abrió la madre con ojos sólo para su niña, que la abrazó y le dio dos besos. Yo me quedé petrificado en el umbral. La señora enseguida le sonrió a Germán, pero se topó conmigo en su lugar. Se produjo un silencio enojoso de medio segundo. Inmediatamente, sin decir nada, se giró y avanzó por el pasillo agarrando a su hija de la mano como si nada, y dejándome a mí atrás, perplejo, yo diría que un poco ofendido, y sin saber muy bien qué hacer. Victoria giró la cabeza hacia mí y me sonrió con ternura y me suplicó con los ojillos verdes que las siguiera. Eso hice. La madre entró en el salón, saludó a su marido, que estaba típicamente sentado en el típico sillón con orejas con el diario *El Mundo* en las manos, y desapareció a todo correr por un pasillo que más tarde supe que daba a la cocina. El padre depositó a un lado el periódico y se puso en pie para besar a su hija. Pero reparó en mí y

cortó en seco el gesto, ¿quién es ése?, preguntó desconcertado y con un acento algo despectivo que incrementó mi indignación, y su hija le contestó que Santiago, mi compañero. El catedrático de Caminos me escaneó de pies a cabeza, disculpe pero quisiera hablar a solas con mi hija, fue eso todo lo que dijo, nada de encantado de conocerle, no me estrechó la mano, se quedó quieto esperando a que yo abandonara el salón de la casa. Yo sentía que lo lógico hubiera sido que fuera él el que se retirara, pero no, ahí había clases, joder si había clases, y me indicó con un gesto nervioso de la cabeza que regresara al pasillo por el que había venido. Entonces intervino Victoria. Me di cuenta de que se le transfiguraba el rostro y a la piel le mudaba el color. Del gesto macilento le salió una voz ronca que acojonaba.

—Estás muy equivocado, papá, si piensas que voy a tolerar tanta mala educación ante el hombre al que quiero.

—Pero hija, ¿tú te das cuenta de lo que dices? ¿Qué futuro tiene todo esto? ¿Qué le has hecho a Germán?

—Se lo ha comido —respondí con toda mi mala hostia.

—Papá, vamos a intentarlo de nuevo y me haces el favor de comportarte como Dios manda. Santiago es un hombre hecho y derecho y no se merece que lo trates así. Vamos a entrar de nuevo por el pasillo. —Luego miró hacia el pasillo por el que se había esfumado su madre y gritó desde el estómago—: ¡Y tú, mamá, no te pienses que no me voy a ocupar de tu desplante!

Yo no conocía a esa Victoria. Hasta entonces no había tenido la ocasión de verla tan enfadada. Y me congratuló, a pesar de que daba miedo figurarse que, antes o después, se tendría que poner alguna vez así conmigo. Su padre nos vio retroceder hasta el umbral de la vivienda. Entramos los dos de nuevo en el salón, en el que el padre permanecía congelado en el mismo lugar y con la misma faz de pasmado. Hola, papá, este es Santiago Caldera, mi compañero, Santiago, éste es mi padre, Víctor Suárez Bengoechea, machacó Victoria animadamente. Estiré mi mano diciendo con los ojos que borrón y cuenta nueva. El estirado ingeniero vaciló un instante, pero recibió tal descarga de rayos desde las pupilas de su hija que alzó la mano enclenque y fría. La estreché y la sentí resbaladiza. Encantado,

afirmé como si nada. No me contestó, pero Victoria, que llevaba por completo las riendas de la situación, me hizo ver que ya era bastante por ahora. ¡Mamá!, tronó mi chica, ¡ven inmediatamente si no quieres que vaya yo a por ti! A los pocos segundos se escuchó el leve chirrido de la puerta de la cocina, un fantasma que arrastraba sus cadenas, digo, sus manoletinas hacia nosotros.

—Hija, exijo una explicación —se atrevió a decir la madre de Victoria mientras entraba despacio en el comedor, pero se arrugó tan pronto como percibió que su hija tornaba a metamorfosearse.

—Mamá, ¿dónde has dejado tus famosos buenos modales? Me parece que tú eres la que me debe una explicación a mí. He venido a esta casa con un hombre, no un perro. Haz el favor de presentarte como es debido.

La madre no sabía qué hacer, pero Victoria la abrasó con su mirada de ogresa. Adelanté la mano para romper la tensión.

—Santiago Caldera.

—María Luisa, mi madre —dijo Victoria mientras ella me ofrecía su mano.

El delicioso soufflé llegó chuchurrío a la mesa. Comimos sin apenas hablar. Debieron de juzgarme por mi aspecto, porque no me hicieron ni una sola pregunta sobre mi situación laboral, mis orígenes, mi domicilio o mis estudios. Victoria, sin embargo, se encargó de informarles muy a su pesar. Trabajamos juntos en el tramo de la reforma de la M-30 bajo mi responsabilidad, Santiago conduce una excavadora, les dijo, e insistió hasta hacerlos palidecer, vive en San Blas y estuvimos el fin de semana en su pueblo, sacando de la cuneta los restos de su abuelo, asesinado por los franquistas en 1940. Silencio, un sorbo de vino, una boca que mastica un trocito de pan, un tenedor que se hunde en la esmirriada espuma francesa de marisco y huevos. Después, doña María Luisa, convertida en triste caricatura de sí misma, apareció con una copiosa fuente de arroz con leche que depositó con resignación en el centro de la mesa para dejarse caer después sobre la silla, agotada, seguro que pensando en qué disgustos me da la niña, yo que me he pasado la tarde moviendo la olla con la leche, la nata y el azúcar para bordar el postre preferido de Germán.

—Delicioso, este arroz con leche está delicioso, no le tiene nada que envidiar al que prepara mi tía Magdalena.

—Magdalena, mamá, es la mujer de Pascual, el hermano de la madre de Santiago. Viven en el pueblo. Pascual ya se ha jubilado, es electricista de profesión. Ella se ha dedicado siempre a ayudar a su marido y a sacar adelante a su familia.

A pesar de que Victoria se lo puso a huevo, tampoco me preguntaron por mis padres, de modo que se ahorraron la que hubiera sido mi respuesta, los dos murieron hace años, e imaginé unos rostros hipotéticos de cuánto lo sentimos. Es decir, no sintieron nada por mí, el silencio era desdén, y me di cuenta de que eso me incomodaba mucho más que la turbación que me hubiera producido tener que dar explicaciones de las vicisitudes más dolorosas de mi existencia. Hacia el final de la cena, Victoria les explicó que ella y yo nos sentíamos muy bien juntos y que, si bien llevábamos pocos días de noviazgo, tenía la sensación de que había encontrado el hombre de su vida. Les dijo que le había hecho descubrir las cosas que verdaderamente importan. Don Víctor y doña María Luisa adquirieron una pose entre patética y trágica, se habían consumado sus peores temores y no se esforzaban nada por disimularlo. Jugando en equipo, se subieron al tren del escepticismo para contraatacar en pos del control de la situación en la velada. Empezó el sagaz padre.

—Viqui, si no me equivoco, no debes de llevar más de quince días con Santiago.

—Hoy cumplimos una semana juntos, papá.

—No parece un tiempo suficiente como para afirmar tan categóricamente que es el hombre de tu vida —terció, con descaro, María Luisa, en plan madre juiciosa.

—¿Y no has hablado con Germán? —machacó el catedrático.

Aquello ya me pareció demasiado.

—Bueno, Victoria, yo me voy. Creo que ya he aguantado lo suficiente, lo siento.—Hablé con un tono calmado y me levanté de la mesa para irme.

Victoria se levantó también y me pidió que la esperara un momento en el umbral. Le contesté que le daba cinco minutos.

—Quédate y hablamos tranquilamente, hija, vamos a resolver esto con la calma precisa, nos sentamos y arreglamos las cosas. —El padre estaba mucho más equivocado de lo que en ese instante era capaz de sospechar.

—Enseguida salgo, Santiago.

Esperé frente a la puerta del ascensor sin ganas de escuchar el diálogo final con sus padres, pero se les oyó con claridad porque las palabras fueron subiendo de volumen al tiempo que subían de tono. Victoria les dijo que eran unos hipócritas, que no la querían ni la respetaban porque estaban más pendientes del qué dirán y de las repercusiones de su elección en su círculo fanfarrón de relaciones sociales, que de la felicidad de su hija. Su padre le dijo que estaba enloqueciendo, ¡¿qué te pasa, hija mía, cómo echas a perder así tu vida y tu carrera?!, a lo que mi ogresa replicó furiosa que no estaba echando nada a perder, que estaba hasta los cojones (así lo dijo, de veras) de que intentaran dirigir su existencia, me tenéis cansada, idos a la mierda ya, portazo, pasos y Victoria llorando se me abraza, se sosiega, me besa, mi amor, vámonos a casa, a San Blas, por favor, estaba claro que esto acabaría así, perdóname, pero es que son mis padres y supongo que eso es importante, ¿no?, y es lo que me ha llevado a hacer esta gilipollez.

—Niña, ¿dónde has aprendido a hablar así?

—Joder, Santiago, dónde va a ser, en las obras.

Veinticinco

No voy a negar que me sentí culpable por el modo en que les hablé a mis padres. No empezaba bien con ellos la historia de mi nueva relación, pero es que, conociéndolos, no podía comenzar de otra manera. Cuando ingresé el viernes en el perímetro de las obras y desfilaron ante mis ojos las primeras cuadrillas de hombres concentrados en el sobreesfuerzo, todas las tribulaciones cedieron ante las exigencias de mis responsabilidades técnicas. Por primera vez desde que empezara a trabajar como jefa de producción, me faltó el encargado. Habían hospitalizado a su madre, en Mérida, y me avisó por teléfono la noche antes, le ha dado un ataque, chica, no sabemos bien qué es, por lo menos un ictus, me parece que se llama, o algo así, procuraré regresar al tajo cuanto antes, quizás el sábado. Le invité a que hiciera uso de sus derechos por convenio, cinco días hábiles de permiso, del viernes al miércoles inclusive si era preciso.

Tuve ocasión de descubrir verdaderamente a Jacinta, la auxiliar administrativa que hacía de secretaria de Mejías. Menudo portento, la muchacha. Era un ser casi invisible. Delgadísima, de cabello muy moreno y piel angustiosamente blanca, manejaba el portátil de su jefe con unos velocísimos dedos muy largos que contrastaban con la escasez del resto de su cuerpo. Llevaba el control de todos los movimientos del encargado, manejaba a la perfección el cálculo de necesidades de suministro y conocía de memoria los teléfonos y faxes de los proveedores. Se sabía al dedillo todas las urgencias pendientes que había que atender sin demora, conocía a los responsables de todas las subcontratas del tramo aunque sólo los hubiera visto una o dos veces y, por si fuera poco, podía decirme qué era lo que me tocaba hacer a mí aquella mañana en la que tuve muchísima faena y no me sentí huérfana de mi encargado. La deslumbró un poco el sol otoñal cuando abandonamos juntas la caseta de la que ella salía poco, lo

justo, enfrascada en un estrés interminable de tareas burocráticas, y exhibió una inteligencia audaz moviéndose por el campo de batalla sin tropiezos ni equivocaciones y tratando con severa delicadeza a los soldados de esa guerra infinita. A las diez y media me llamó Ricardo para interesarse por mis progresos sin el omnipresente Mejías, ¿has tenido dificultades?, me preguntó.

—Qué va, Ricardo, menudo fichaje esta Jacinta, si me descuido me quita el puesto, sólo le falta aprender a auscultar pilotes.

—Ya sabes, Viqui, lo que dicen, detrás de un gran hombre hay siempre una gran mujer.

—Si no, que se lo pregunten a María Jesús.

—Precisamente. —El jefe de obra se rió de mi ocurrencia.

Me gustó trabajar con Jacinta. Éramos dos mujeres dando órdenes en un mundo de hombres y nos solidarizamos la una con la otra hasta desarrollar una grata complicidad. Mejías me ponía las cosas fáciles, allanaba el camino, por así decirlo, y rellenaba los huecos de mi autoridad con su imponente presencia, mitad cuerpo, mitad experiencia. Pero apenas hablábamos, no compartíamos comentarios, puntos de vista sobre la copiosa sucesión de vivencias de cada día en el frente. Mejías me recordaba tareas, me daba pistas, me animaba o advertía, pero creo que jamás conversamos sobre nada. Con Jacinta, la brega era más complicada porque recaía un poco más en mí el peso a la hora de imponerse a obreros y encargados para hacer que obedecieran correcciones o tomaran en serio instrucciones acerca de las tareas que desarrollaban. También yo tenía que andar más atenta para que los subcontratistas no me dieran gato por liebre, para detectar errores o desvíos de lo planificado. Pero ella llevaba la cuenta de casi todo, no se le escapaba detalle en cuanto a agenda, previsiones y gastos, y resultó ser una amena compañera cuando, tras media mañana de trabajo conjunto, poco antes de la parada del bocadillo, venció su timidez. Tenía un agudo sentido del humor no verbal, las soltaba como si nada, una disimulada cara de cerdo a la espalda de un encargado que nos acababa de gritar porque habíamos obligado a sus obreros a rehacer la excavación de una salida de emergencia que no respetaba la ubicación predeterminada, una imitación perfecta del

andar tenso y arqueado del cretino de Juárez en cuanto se dio media vuelta después de pasarse de listo con nosotras... Y cuando caminábamos juntas, conversábamos, me contaba chismes acerca del abundante gentío que nos rodeaba: un ferralla que había estado trabajando con documentación falsa porque lo buscaba la policía y lo habían cogido por un control de carretera en el que la Guardia Civil se había dado cuenta de que el DNI era fraudulento; una historia de amor entre una administrativa y un peón peruano; un suicidio por agotamiento y desamor de un obrero veterano; un supuesto mercadillo de drogas en un rincón no muy lejano, entre montones de escombros, del que todo el mundo hablaba y al que nadie parecía saber ir... El tránsito entre un problema y otro se hizo ameno. Y filosofábamos a gusto. Hablamos, sobre todo, de la dura vida en el tajo desde el punto de vista de las mujeres y de cómo se nos estaba pasando el tiempo, volando, en mitad de aquel desbarajuste tremendo en el que nos metíamos día a día. Eso sí, cuando, al final de la jornada, Jacinta se detuvo en detalles de su vida personal, los problemas con su pareja, el proceso de fecundación artificial en el que se hallaba inmersa, yo no solté prenda, y dejamos las obras con una extraña asimetría en el discurso porque saltaba a la vista que por mi parte, sin embargo, yo no terminaba de sincerarme.

Tampoco se le había escapado el detalle de mi desaparición a la hora del almuerzo matinal. Tardé más de un cuarto de hora en acercarme a los tubos y cerciorarme de que Ibrahima no aparecía por ninguna parte, el tiempo justo en que Jacinta se comía sola un par de emparedados de pan de molde y una ensaladita que traía en fiambrera de plástico, y se tomaba un café extraído de la máquina de la caseta.

—¿Tú no comes nada? —me dijo en cuanto regresé a la oficina, echando a la papelera el vaso de plástico recién utilizado.

Le respondí sacando de mi bolso un sándwich de atún con mayonesa y tomate crudo que traía preparado de casa.

—¿Un café? —me preguntó con la moneda en la mano.

—Vale. Gracias. Solo, por favor.

—Vas a tener que comer rápido. Se acaba el tiempo del almuerzo.

—Bueno, para algo soy la jefa de producción.

Se quedó medio cortada y le costó un buen rato volver a hablar conmigo con naturalidad. Ahí fue cuando me di cuenta de que Jacinta vivía con miedo, y eso la hacía, paradójicamente, peligrosa. Apreciaba mucho su puesto y eso la volvía muy vulnerable ante cualquier tipo de presión de la superioridad. Por eso me concentré en estar bien con ella, pero andando con ojo en lo referente a qué clase de información sobre mi vida compartía.

El sábado por la mañana me levanté tarde en mi apartamento. Santiago se había marchado a las siete porque entraba a las ocho. En una nota me decía que regresaría a la hora de comer, que podía pedir comida a un chino para que nos la trajeran en moto, pero desayuné con ánimo descansado y decidí preparar algo. Bajé a la calle con el monedero y el carrito de la compra, dispuesta a llenar la nevera y el armario despensa y, por una vez, sorprender su paladar.

El supermercado estaba bastante animado, se notaba que era sábado. Las colas en la caja eran largas y había que coger número en la carnicería y la pescadería. Descubrí que vendían bacalao ya desalado y me propuse desenterrar del cajón de la cocina el papelito donde ya hacía años había apuntado la receta del ajoarriero de mi abuela. Recordé que llevaba patatas, cebollas, pimientos verdes y pimientos choriceros, que había que remojar y costaba luego un trabajito sacarles la pulpa con una cucharilla. Estuve a punto de desechar la idea, pero averigüé que en un estante se ofrecían unos botes pequeñitos de carne de pimiento seco remojado, la solución precisa a mi pequeño problema.

Llené el carrito. Me hacían falta muchas cosas, últimamente había descuidado los suministros de mi hogar y había estado tirando bastante de la previsión de Santiago, que por arte de birli birloque siempre parecía disponer de unos rollos de papel higiénico en su casa para prestarme, o de una botella de aceite vacía que llenar de aceite de oliva virgen, o de un paquete de sal que no iba a usar... La nevera estaba triste por la mañana y rebosaba a mediodía, cien euros mediante, tras una compra mitad juiciosa, mitad guiada por el capricho y la pereza de un sábado en el que soñar despierta con momentos de placer a cuenta de toda clase de ganchos visuales a lo

largo de las estanterías de la tienda.

Luego vacié el cajón de la cocina donde solía guardar todo lo que no sabía dónde meter, encendedores, cerillas, un sacacorchos y todo tipo de cachivaches que no había usado nunca, fragmentos amarillentos de una vieja libreta de papel cuadriculado que conservaban la estilizada caligrafía de mi abuela, un folio con las instrucciones culinarias de cuatro platos dictadas por mi madre. Encontré la receta del bacalao ajoarriero apuntada en un sobre de carta del banco, manchado de grasa y doblado en cuatro pliegues, tan aplastado que pareciera que lo hubiera planchado antes de enterrarlo en el cajón. Estaba escrito con mi letra, apenas un año o dos antes de la muerte de mi abuela, cuando ella aún conservaba una admirable memoria pero le empezaba a fallar el cuerpo y no le quedaban ganas de esforzarse en escribir. Me la dictó después de criticar con su característica sinceridad descarnada una preparación de mi madre en la que había sustituido el pimiento choricero por salsa de tomate.

Me puse manos a la obra. Descubrí una prosa sencilla y directa que entendía a la perfección. Pelé cuatro patatas pequeñas y las corté en rodajas muy, muy finas; piqué una cebolla, unos cuantos dientes de ajo y un pimiento verde. Descongelé el bacalao en el microondas y lo desmenucé. Puse al fuego una cazuela ancha y baja, con superficie gruesa, especial para vitrocerámica. Eché un buen chorro de aceite de oliva y agregué los ajos, la cebolla y el pimiento, que empezaron a pocharse a fuego lento. Al poco rato añadí las patatas y luché con la cuchara de palo para que se sofrieran sin pegarse al fondo. Se fueron desmenuzando rápidamente. Después puse el bacalao y la pulpa de choricero, junto con un vaso de vino blanco. Corregí la sal y lo dejé cocer unos diez minutos, hasta que las patatas habían desaparecido casi por completo en la salsa. Lo probé y me sentí orgullosa. Mirando hacia arriba, le agradecí a mi seca abuela la transmisión de su saber. Recogí la cocina, hice la cama, puse un poco de orden en la casa en un momento y disfruté horrores sentándome en el sofá a leer y escuchar música mientras esperaba a Santiago.

Se relamió con mi guiso, lo mismo que yo. Me recordaba las comidas en la casa de Bilbao, aquellos sabores eran lo más parecido al

cariño que era capaz de emitir la anciana vizcaína de una austeridad sentimental exasperante. Aun así, la quise mucho, la verdad. La prefería a mi madre, siempre tan afectada por el qué dirán y el miedo al desclasamiento.

Por la tarde teníamos previsto acudir a la reunión de la Plataforma «M-30, no + coches», en la sede de Ecologistas en Acción, en la calle Marqués de Leganés, en la zona de San Bernardo. Estábamos invitados a una reunión preparatoria de la asamblea vecinal con los eurodiputados prevista para el fin de semana próximo. Acudirían representantes de las organizaciones más importantes de las que se habían unido contra los superproyectos del Ayuntamiento y, según decían, por hacer posible otro Madrid. Cuando se aproximaba el momento de abandonar la cálida comodidad de mi apartamento Santiago gritó dándose con la palma de la mano en la frente, ¡mierda!

—¿Qué sucede, por qué ese alarido? —le pregunté asustada.

—Joder, me he olvidado de coger los restos arqueológicos para dárselos a los de la Plataforma.

—¿Dónde los tienes?

—En casa, en el armario empotrado del pasillo.

Nos preparamos en un instante y nos embarcamos, en mi coche, hacia San Blas. Santiago ascendió a toda prisa al piso y en menos de cinco minutos reapareció por el portal cargado con un saco de arpillera blanca de plástico que contenía las piedras. Lo colocó con sumo cuidado en el maletero del coche, tú te crees, tener que andar así con piezas de la edad de bronce, comentó lacónico. Poco después aparcábamos, con mucha suerte, en las proximidades de la calle de San Bernardo.

Recordaba aquella calle estrecha del centro de Madrid, de edificios antiguos de cuatro alturas, algunos muy bonitos y bien restaurados, otros en un estado lamentable, como el que albergaba a los ecologistas. En tiempos de la universidad fui en algunas ocasiones a un local de copas, Morocco, en el número siete de esa misma vía, de modo que, al pasar por delante de la puerta baja revestida de un orientalismo cutre, reviví algunas aventurillas de poca monta que reposaban en el trastero de la memoria. En la acera de enfrente, pocos

metros más adelante, un grupo de gente charlaba a la puerta de la sede de Ecologistas en Acción.

Me sentí extraña en aquella planta baja llena de gente inexistente para mí hasta hacía tan poco tiempo. Mi chico dejó el saco a la puerta, asegurándose de que una mujer joven que amablemente nos hizo de anfitriona iba a cuidarse de que nada le sucediera. Cuando, de la mano de Santiago, atravesábamos el recibidor y enfilábamos un pasillo para dar con la habitación donde nos esperaba una treintena de activistas, fantaseé con la gente que me iba encontrando. Había políticos profesionales y gente común, vecinos de clase media y ecologistas con aspecto alternativo, jóvenes jovencísimos y gente mayor. Predominaban los hombres, pero también había unas cuantas mujeres. Me dio por pensar que eran algo así como la carcoma que va reduciendo a polvo los cimientos del edificio de la injusticia social. Sentí la imagen como un ataque de optimismo, estaba en el ojo del huracán, en medio de un proceso que podía transformar en algo el mundo que me rodeaba. En todo momento me parecieron admirables el ánimo y la dedicación de aquellas personas que no acataban una realidad impuesta por intereses económicos y cálculos políticos. Pero tardé muy poco, apenas diez minutos de reunión, en valorar con cierta precisión su capacidad real de intervención, de amenaza para los poderes establecidos, y el grado de infiltración de esos mismos poderes en la urdimbre ciudadana opositora. Sentí congoja al tomar conciencia de que no estaban realmente a la altura del enemigo, no iban a ser más que una chinita en el calcetín que no detendría en absoluto los planes municipales y empresariales. Apenas una fuente de cosquillas enojosas pero de rápida neutralización para los políticos y los amigos de mi padre. Sin embargo, accedería a lo que me iban a pedir. Correría serios riesgos profesionales... por casi nada. Recordé la última conversación con Jenaro, pensé en Gumersindo, en Ibrahima, en Santiago. Que fueran débiles no les quitaba ni un ápice de razón, y yo estaba orgullosamente afectada por ese mal incurable de los principios.

Santiago me presentó a Jaime, su contacto y representante de Nudo Sur, que se puso contentísimo de vernos. Le comentó que las dos

piezas milenarias estaban depositadas en un saco a la puerta del local. Luego, mi maquinista me fue poniendo al día de quién era quién, dentro de su limitado conocimiento de las personas y colectivos que conformaban la plataforma «M-30, no + coches». Me explicó que había que ser cautos con los representantes del PSOE y su entorno, la UGT, las Juventudes Socialistas, estos ahora echan leña al fuego, pero luego ganan las elecciones y si te he visto, no me acuerdo, y vete tú a saber si no nos dejan tirados antes. También mostró recelo respecto del portavoz que había enviado Comisiones Obreras. Exhibió bastante simpatía por los dos militantes que hablaban en nombre de Ecologistas en Acción, también por el que representaba a los opositores a la tala de árboles, y por la que llevaba la voz de los partidarios del uso de la bicicleta. Saludó con un abrazo cariñoso al edil del grupo municipal de Izquierda Unida, aunque luego me dijo en voz muy baja que cuidado, antes que nada se gana la vida con la política y pacta con quien haga falta para seguir ahí. También intercambió unas palabras afectuosas con un joven lanudo que me saludó a mí e inmediatamente reconocí, se llama Pepe, me dijo Santiago, y representa a la Plataforma de Colectivos de Arqueología, es de los que te encuentras en todos los fregaos; ya te contaré, me parece que anda ahora con Margarita, añadió en un susurro. Se detuvo un momento a explicarle al arqueólogo el periplo del saco de restos prehistóricos. Luego regresó conmigo y me habló bien de un camarada suyo de la agrupación Marx Madera del PCE, que iba en representación del colectivo «Salvemos la Casa de Campo», y que se le parecía mucho, el cuerpo delgado y fibroso, media calva con pelo por detrás medio largo y con una pequeña coleta, ojos amables y una seriedad en el gesto que me hacía sentir aún más comprometida con lo que estábamos haciendo; buena gente, me dijo mi compañero. Señaló a un grupo variopinto de jóvenes y no tan jóvenes de rasgos acerados de desconfianza, algunos con indumentaria... poco convencional, y me explicó que eran anarquistas del sindicato Solidaridad Obrera, o por lo menos eso creía. En fin, la gente que le resultó menos conocida eran los activistas de media docena de organizaciones del movimiento vecinal de la ciudad, provenientes de los barrios afectados por la M-30 y otros proyectos de

obras del alcalde, como la transformación del Paseo del Prado. De todos, eran los que me parecieron más cercanos a mí con su apariencia de gentes comunes de la clase media, padres de familia jóvenes, algún que otro jubilado que concentraba sus energías en la defensa de una causa, mujeres como las que te encuentras en el supermercado, sin señas de identidad específicamente política en la manera de andar, o de vestirse o, incluso, hablar. Entre ellos reconocí al Quijote de la M-30, el hombre que había liderado la interrupción de las obras junto con su mujer el día en que Santiago descubrió el silo de la edad del bronce. Lo miré, me reconoció y me lanzó una sonrisa amigable. Al instante, se encargó de poner orden en la sala y dirigió el comienzo de las deliberaciones. Luego supe que venía en representación de una asociación de vecinos de la ribera del Manzanares. Desde el principio se notó que era uno de los pesos pesados de la Plataforma.

Cuando llegó el turno de nuestra comparecencia ante la asamblea, Jaime nos presentó con aires de triunfo, pero con la precaución de no dar mi nombre, y fuimos acogidos con comprensión, júbilo y simpatía por los presentes. Yo no hablé, pero fui el blanco de todas las miradas. Me sonrojé mientras Santiago me observaba divertido. Él tomó la palabra con la seguridad de quien había bregado en mil batallas parecidas a la que nos ocupaba, y con una retórica clara y directa expuso a grandes rasgos lo que les transmitiríamos a los dos eurodiputados acerca de las condiciones de trabajo en la reforma de la autovía urbana, acerca del daño al patrimonio arqueológico y acerca de los constantes errores y precipitaciones que se producían con el desarrollo acelerado del proyecto. Todos se tomaron muy en serio las indicaciones que les sugirió a la hora de entrevistarnos con los eurodiputados: tendría que ser algo casi clandestino, para evitar que la empresa llegara a saber de nuestra participación en el evento, tendríamos que hablar con ellos momentos antes de la audiencia pública. Después, Jaime añadió que podríamos seguir la asamblea ciudadana en directo y de incógnito desde la sala de control acristalada ubicada en lo alto de la pared trasera del enorme salón de actos de la nave Terneras, dentro del antiguo matadero del parque de la Arganzuela, reconvertido en infraestructura sociocultural de

titularidad municipal.

A la salida de la reunión, el jaleo se trasladó a la calle del Marqués de Leganés. Seguimos allí, de pie, durante casi una hora, hablando los unos con los otros, en frente de un puticlub aledaño a la sede ecologista, ante la mirada entre atónita y acostumbrada del hombretón que vigilaba la puerta. Varias escuadrillas se escoraron hacia los bares del contorno, y nosotros nos quedamos los últimos departiendo con la gente más cercana a Santiago: una chica de Izquierda Castellana a la que no conocí hasta el final de la asamblea, el militante de Marx Madera, uno de los miembros de Ecologistas en Acción y Jaime. El concejal de IU apenas saludó con una sonrisa de anuncio de dentífrico a sus compañeros de militancia y salió pitando para encontrarse con el abanderado del grupo municipal del PSOE y los representantes de los sindicatos mayoritarios, que se perdieron caminando en comandita. Anochecía con una temperatura espléndida. Paseamos juntos hasta la calle Madera, muy cerquita de allí, y nos metimos en el Marx Madera, la sede de la agrupación del PCE del amigo de Santiago. Era un garito nocturno, y acaba de abrir. Entraban los primeros adolescentes de la que se presumía que iba a ser una larga noche de marcha. Es el turno de tarde, explicó nuestro anfitrión mientras nos presentaba a la pareja que llevaba el bar, dos militantes comunistas ya cercanos a la cincuentena que se liaban un porro tras otro detrás de la barra. Les hicimos el informe de la reunión mientras nos tomábamos una cerveza acompañada de cacahuetes, y Santiago no tardó en organizar una partida de futbolín.

No me desagradó la experiencia, la asamblea, las conversaciones, el rato en el Marx Madera, estuve a gusto en el mundo de mi compañero. Regresamos pronto al coche, paseando tranquilamente, agarrados de la mano, o de la cintura, mi cabeza sobre su hombro, acaramelados, felices, empalagosos. Conduje ligera por Madrid. Antes de subir a mi apartamento lo miré y le dije, oye, vamos a cenar por ahí, ¿no te parece?, y terminamos la velada engullendo manjares en un restaurante oriental cercano que me encantaba.

Veintiséis

¿Recuerdan ustedes los momentos iniciales de los grandes amores de su vida? ¿La felicidad que hace flotar? ¿Las oleadas de placer que te sacuden cuando tomas conciencia de que caminas con ella de la mano por la calle, cuando saboreas el calor de sus labios, cuando encajas en su espacio y te da acceso a los recovecos más escondidos de su atractiva existencia? Revivo aquel domingo y siento que flotábamos en un mar tibio, despreocupados, hasta que Victoria introdujo en el menú de nuestra relación lingüística el relato de su visita a Kwame Boakye y la inquietud que no dejaba de incomodarla, porque llevaba una semana buscando a su amigo Ibrahima sin encontrarlo por ninguna parte en las obras.

—¿Qué puede haberle ocurrido?

—Ni idea. Igual lo han despedido. Por otro lado, en el tajo circulan muchas historias de terror sobre lo que les puede pasar a los trabajadores sin papeles. Pero son eso, historias.

—¿Podrías echarme una mano para averiguar dónde anda? Tengo que llevarle el sobre de Kwame.

—Lo que no entiendo es por qué no me has dicho nada antes. Fuiste a Toledo y yo pensaba que te habías quedado en casa relajada, descansando.

—No sé. Supongo que no quería preocuparte y la verdad es que no pensé que pudiera surgir ningún problema. Lo mezclé con las cosas del trabajo.

—Sí, me hablas poco de tus cosas del trabajo.

—Lo siento, Santiago.

No me sentía molesto y se lo hice saber. Dios, cuánto amor. La ayudaría de todo corazón y sellé ese nuevo compromiso con un beso largo y tierno que inició otra oleada de caricias.

El lunes pregunté en la sombrilla sobre las cuadrillas de peones

africanos que pululaban por el sector. Tuve suerte. Dos chicos marroquíes a los que no había visto nunca me hicieron un gesto con la cabeza unos minutos antes de la hora de reincorporarse al ruido. Se pusieron de pie y los seguí tras esperar un par de minutos, mientras el Ruso y el Malahiena se metían con Rodríguez que, al parecer, estaba tonteando con una ferrallista. Los dos muchachos me esperaban por detrás de una de las casetas. Se presentaron, hola, yo soy Ahmed, y yo Abdulah. Les dije mi nombre. Me contaron que los acababan de trasladar a nuestro sector y me dijeron en voz muy baja que pertenecían a una asociación de inmigrantes marroquíes en defensa de sus derechos. Ahmed llevaba la voz cantante. Aparentaba tener menos de veinticinco años. Su cabeza estaba adornada de una melenilla rizada y portaba un pendiente en la oreja izquierda. Era un hombre de complexión fuerte, rostro redondeado y facciones amables. Su español era fluido, aunque con muchas incorrecciones. Abdulah era un muchacho espigado y taciturno, de rostro endurecido por la vida y con una vistosa cicatriz en una ceja. Apenas hablaba castellano.

—Sabemos que aquí las empresas traen muchos ilegales —me contó Ahmed—. Van con una furgoneta, en la plaza Elíptica, a la puerta de un bar de negros. Seguro el grupo que buscas estaba con una empresas de esas.

—Y vosotros, ¿tenéis papeles?

—Por ahora, amigo.

—¿Y no tenéis un listado de esas empresas?

—No. Sólo sabemos lo que la gente habla. La gente dice que en la M-30 hay negreros.

—Trabaja con negros, ilegales. Ellos esclavos, empresa trata muy mal —rubricó Abdulah con dificultad.

—Podemos preguntar, buscar nombres —se comprometió su compañero.

Quedaron en avisarme en cuanto tuvieran algo. Los habían traído de refuerzo para la instalación de unos colectores de agua en nuestro tramo y les quedaba tarea para dos o tres semanas, de modo que había probabilidades de que nos siguiéramos viendo. En caso contrario, ya hallarían el modo de informarme. Por la noche le comenté a Victoria

que esos muchachos me habían caído bien.

—Sí, nos han caído del cielo. Bueno, la verdad es que, si lo miras bien, el mérito es mío, porque ordené corregir urgentemente esa tubería. Hay que andarse con pies de plomo con las tuberías, me entra dolor de cabeza sólo de pensar en colectores y conducciones de agua. Las subcontratas la fastidian continuamente. Tenías que ver el careto del encargado cuando le obligué a rehacer lo que habían dado ya por terminado.

No estaba muy seguro de que aquellos dos chavales fueran a descubrir nada. Pero caí en que me habían dado una pista suficiente para empezar a investigar por mi cuenta.

—No sé, Santiago, ¿tú crees que es buena idea que fisgonees por el bar ese? Además, entras muy pronto a trabajar. ¿A qué hora piensas ir?

—Supongo que deben de recoger trabajadores a eso de las seis o seis y media de la mañana.

—¡No fastidies!

—Durante un par de años estuve trabajando en un polígono de Móstoles. Entrábamos a las siete de la mañana sin falta. Figúrate, lo primero que me dijo el patrón fue que en esa empresa sólo se podía enfermar en fin de semana. No me preocupan los madrugones, Victoria.

A la mañana siguiente sonó el despertador a las cinco. Mientras me arrancaba las legañas de los ojos, con medio cuerpo hundido en el sueño y el otro medio emergiendo a la vigilia, reviví viejos tiempos duros y mediocres. Victoria ni se inmutó, aplanada por un cansancio superior a todas las cosas del mundo. Me espabilé, tenía un largo viaje en metro por delante. Saqué del armario unos vaqueros medio rotos junto con una camiseta vieja de manga corta y un jersey de lana, el uniforme completo para chapuzas caseras. No lo puedo creer, barrunté para mis adentros, me estoy disfrazando de pobre. Me guiaba un propósito vago, me puse unas botas llamativamente viejas que guardaba para ocasiones en las que fuera a ser inevitable embarrarse.

Salí a la luz mortecina de las farolas que atenuaban la penumbra previa al amanecer en una plaza Elíptica vacía de conversaciones,

llena del movimiento de vehículos y obreros de todos los pelajes que acudían a sus puestos con presteza y sin detenerse. Los bares del barrio servían desayunos como los boxes preparan los coches de competición en mitad de la carrera. Enseguida distinguí la cafetería devenida local de negros. Dos hombres enormes de piel oscura esperaban de pie sobre la acera, junto a una marquesina grande y plateada que recordaba el esplendor de tiempos pasados. Me acerqué. Dentro había unos cuantos extranjeros tomando café con churros y porras en apariencia revenidos, como si llevaran fritos una semana. En una mesa alejada de la barra, dos varones eslavos miraban con melancolía sus tazones rebosantes de líquido marrón. En el mostrador, un español con una barriga redonda que más parecía una prótesis adherida con pegamento, y con ojos brillantes de inteligencia, salpimentados de locura. Calvo por delante, conservaba el recuerdo rizado de una melenilla por detrás. Lucía un pendiente en el lóbulo izquierdo y una salamanquesa tatuada en el brazo derecho, a la altura de las vacunas, que todos podíamos contemplar porque vestía anacrónica camiseta negra de tirantes con un dibujo terrorífico y el nombre de un grupo de heavy metal. Intercambié con él un destello de pupilas e inexplicablemente me decidí a hacer lo que se me estaba pasando por la cabeza desde que me había levantado, sin preocuparme en ese instante de que pudiera ser descabellado.

—Hola, amigo —saludé al camarero con un acento vagamente extranjerizado, de pésimo actor.

—¿Qué es lo que quieres?

—Café con leche. Uno. —Alcé la mano elevando el dedo índice para hacerme entender mejor. Estoy sobreactuando, me apercibí a mí mismo al escuchar la voz de huevón que me salía de la garganta.

Me puso el café ignorándome premeditadamente. Pasaba mucha gente extraña por aquel local y yo no iba a ser una excepción. Empecé a sorber la bebida caliente. Estaba bastante malo, sabía como agua sucia. Pero me mantuve más atento al barman que a mi segundo desayuno de esa mañana con madrugón. Se dio cuenta y decidió concederme su atención, como cediendo por fin a un impulso hospitalario que se imponía por encima de la rutina.

—¿Quieres algo de comer?

—¿Perrdón?

El camarero me repitió su enunciado, al-go de co-mer, haciendo con la mano derecha el gesto de meterse algo en la boca.

—No. Yo nesesito trabajarrr. —Sonoricé la ese al tiempo que me vibraban las erres.

—Mira, e-sos tam-bién ru-sos, co-mo tú. Tam-bién bus-can tra-ba-jo. I-gual te pue-den a-yu-dar. —El camarero señaló la mesa de los eslavos tristones que parecían no decidirse a beber. Era gracioso oírlo hablar así, a pedagógicos golpes silábicos de voz.

—Yo no ruso, yo kazajo, Kazajstán mi país. No habla ruso. Kazajos odia rusos. Yo busca trabajarrr. —Casi murmuraba para que no me oyeran aquellos dos hombres rubios que podían desenmascararme con suma facilidad. No podía creer lo que estaba haciendo. Vaya voz de gañán de las estepas. Me estoy ganando una somanta de hostias, me dije sonriéndome por dentro, pero el encargado del bareto se estaba tragando por completo la comedia. Me miró como diciéndose a sí mismo, joder, batimos récords, vienen hasta de vete tú a saber dónde. No se terminaba de decidir a contarme algo de lo que sabía, así que lo ayudé un poquito.

—Disen que aquí encuentrra trrabajo. Nesesita trabajarrr.

—Oye, kazajo, es simple. —El ex melenudo me hablaba con aires de confidencia, casi al oído—. Muchos días, a las seis de la mañana, furgoneta a la puerta del bar, en la calle. Se llevan a unos cuantos.

—No comprrrende. Habla muy rrrápido.

Apoyó los antebrazos en la barra y se me acercó más. Repitió lo mismo de ese modo tan atento como gracioso que tenía de explicarse para extranjeros. Hice un esfuerzo por no reírme. Puse cara de ya lo entiendo.

—Ah, venirrr aquí todos los días, seis horras, furrgoneta. —Señalé el reloj de pared horrible, publicidad de una marca de güisqui barato.

El camarero me sonrió y asintió, complacido de haberse hecho entender. Dejé un euro sobre la barra.

—Fal-tan vein-te cén-ti-mos. Vein-te. —Y formó un dos y un cero con las manos.

Añadí una moneda de cincuenta y me marché con la dignidad del que deja una propina generosa desde la miseria. Aquel tipo guardó el dinero sin inmutarse y ya no me dijo ni adiós. Me sentía aliviado conforme me alejaba de ese agujero.

—¿Qué pasa, Caldera, vienes de la guerra?

—¿O de pedir a la puerta de la iglesia?

Con su habitual simpatía, mis compañeros de obra saludaron mi rara vestimenta. Pero a la media hora de ruido y polvo ya nadie reparaba en nada. De aquel día recuerdo también el cansancio brutal que me abatía por la noche. Tampoco había sido para tanto, cerca de una hora extra de metro y una actuación teatral de diez minutos, poca cosa en el cómputo cotidiano de calorías consumidas. Pero se ve que el madrugón y, sobre todo, la especial tensión de la experiencia, me habían dejado apisonado.

El miércoles, a la hora del almuerzo, me di cuenta de que un chavalito marroquí al que no conocía, de cabello rizado y castaño claro, delgado pero fornido, me observaba apoyado en la pared de una caseta, a unos treinta metros de la sombrilla. Cuando se percató de que yo lo miraba, me lanzó una señal con los ojos. Inequívocamente se dirigía a mí, me estaba esperando. Aprovechando que nadie me hacía caso, porque la conversación había mutado en agria discusión futbolera en la que yo ni pinchaba ni cortaba, arrugué el papel de plata del deglutido bocadillo, me levanté y acudí como quien no quiere la cosa al encuentro de aquel chico que tan ostensible como disimuladamente me esperaba. Cuando se aseguró de que me dirigía hacia su posición, se puso en movimiento indicándome tácitamente que lo siguiera, y eso hice. Anduvo esquivando obstáculos del caos de la obra, manteniendo una distancia de diez o quince metros entre los dos, hasta que se detuvo en un discreto rincón entre gigantescos montones de ferralla oxidada y retorcida. «Toma, amigo, di parte di Abdulah», me dijo con un fuerte acento en el que resonaban las sílabas como jirones guturales arrancados a una voz de una gravedad que desentonaba con el aspecto joven y desenfadado del hablante. Me entregó medio folio en papel reciclado doblado en cuatro pliegues. Le di las gracias y se marchó deprisa enfocando la mirada en la dirección

que señalaba mi espalda. Me giré y vi que un grupo de trabajadores se dirigía hacia mi posición. Aún no habían notado mi presencia, de modo que me metí la nota en un bolsillo del raído pantalón sin tiempo para desplegarla y leerla y me escabullí.

Me reincorporé a la cabina de mi monstruo mecánico a todo correr. ¿Dónde estabas, macho?, me reconvino Rodríguez, y no le contesté, me limité a poner en marcha la Komatsu para afrontar la excavación del falso túnel. Nos íbamos aproximando ya al lugar donde probablemente terminaba la labor de las máquinas de Santoni en el vaciado bajo losa de aquel tramo de la nueva M-30 de Madrid. La perspectiva de que se nos acabara el trabajo en aquella contrata no nos preocupaba, estábamos seguros de que el jefe nos recolocaría en cualquier otro proyecto, quizás en otro sector de la misma gran obra pública del Ayuntamiento, quizás en alguna de las interminables ampliaciones del metro o de la red subterránea de tren de cercanías, quizás en alguna carretera... no faltaba el trabajo en España, y nuestro jefe era un hombre atento a la jugada, lo suficientemente espabilado como para tenernos siempre en funcionamiento. Así que nos animaba la perspectiva de finiquitar una tarea que hacía un puñado de meses nos parecía inabarcable. Nos dominaba un entusiasmo parecido al que te entra cuando te acercas a tu destino tras un largo viaje en coche. Currábamos locuaces, con buen entendimiento, y una efectividad fuera de serie. Llenábamos los camiones en un periquete, tan rápido que a veces teníamos que parar y esperar la llegada del siguiente. Supongo que nos impulsaban las ganas de salir de allí y observar el trabajo bien hecho y terminado.

El miércoles por la noche tocaba dormir en San Blas. Como venía siendo habitual, nos encontramos a la salida, cerca de la estación de metro de Pirámides, al abrigo de miradas indiscretas. Nos vimos y nos besamos sin mirarnos, boca con boca buscando a toda costa el ansiado encuentro. Pero al recuperar la compostura nos íbamos a dar la mano y Victoria se dio cuenta de mi indumentaria. Sin duda echó en falta las botas de trabajo, el chaleco, los pantalones de tela gruesa.

—Vaya aspecto has traído hoy a la obra. Te queda bien, amor mío, esa pinta zarrapastrosa.

—Es un disfraz. De pobre.

—Vamos. Cuéntamelo todo.

Victoria había aparcado el coche a tres o cuatro manzanas y anduvimos juntos hacia él. Estaba impaciente por relatarle mi aventura de por la mañana y se la transmití con pelos y señales, gesticulando a cada paso. Ella se reía de mi audacia y del acento ridículo con el que había engañado al camarero del bar. Su risa me hacía feliz.

Cuando me senté en el asiento del copiloto de su utilitario, noté que la nota de Abdulah se arrugaba en el bolsillo trasero del pantalón.

—Se me olvidaba, Victoria, Abdulah, uno de los dos chicos marroquíes de los que te hablé, me ha hecho llegar esto por medio de un tipo muy precavido que me ha llevado, sin decirme nada, hasta un escondite entre montones de varillas de hierro y mallazos. Me lo ha entregado sin que nadie nos viera. Ni lo he leído, venía gente y tenía que escabullirme y reincorporarme de inmediato al tajo. La verdad es que no le he vuelto a prestar atención.

Desplegué la cuartilla gris, maltratada por el roce entre culo y pantalón durante todo el día. Le descifré a mi novia lo siguiente, que hallé escrito con una caligrafía zarrapastrosa:

«En bar de negros, en plaza Elíptica, pregunta por el Legía, el más grande negrero. Dicen trabaja para Polipérgamo.

»Ahmed.»

—Joder, Santiago, la UTE contrata directamente a Polipérgamo para un montón de funciones. Qué desfachatez. Ni siquiera se molestan en camuflarse por medio de una empresa del tercer o el cuarto nivel en la cadena de subcontratas. Mañana mismo averiguo de qué va esa gente. No, si lo que no pase en la M-30...

—Ten cuidado, Victoria. Piensa que te juegas el puesto de trabajo. Esas cosas ocurren con la connivencia consciente de tus jefes.

—¿Me vienes ahora con esas? ¿No decías que con lo que valgo, me tiene que dar igual?

Esa es mi chica, pensé mientras cogíamos la M-40 para dirigirnos a mi barrio. Entonces ella me dijo que no creía que hiciera falta, por ahora, que yo volviera por el bar de Usera. Ella se encargaría de

averiguar si Ibrahima había trabajado para Polipérgamo, y quizás llegaría a saber qué le podía haber pasado para desaparecer así, de pronto, de su sector de las obras. Tuve la impresión de que las perspectivas no eran nada halagüeñas.

Veintisiete

Era jueves por la mañana. Mejías se reincorporó cariacontecido. Su madre estaba fatal. La operación no había salido bien, las cosas de la neurocirugía son así, chica, lo normal son las complicaciones, y la situación es delicada, me relató, se nos muere, o se nos queda vegetal, con lo bien que estaba antes del ictus. Vete al hospital, tómate el tiempo que necesites, le dije, y me contestó que bastantes días se había cogido ya, que la dirección de obra no lo vería bien, que ya había quemado su derecho según convenio y ya era suficiente. Así que no pude persuadirlo y nos dispusimos a controlar la situación sobre el terreno flotando encima de una nebulosa de tristeza. Todo se apagaba un poco a nuestro paso, los encargados de las subcontratas, los capataces, los trabajadores de a pie, todos bajaban un tanto la cabeza solidarizándose con el dolor de Mejías; si había estado tantos días sin venir a trabajar, la cosa tenía que ser seria.

Durante la parada de las diez y media, me acerqué a Jacinta y le pregunté si habíamos dejado de contar con Polipérgamo. Me respondió que claro que no. El encargado era un tal Matías López. Y me dijo de memoria la lista de los capataces que solían desempeñar sus funciones en nuestra zona. Una parte importante de los ferrallas eran suyos, así como muchos de los peones, sobre todo extranjeros. Era una subcontrata importante para nosotros porque conseguía refuerzos humanos con gran flexibilidad. A decir de Jacinta, parecía una empresa de trabajo temporal.

—¿Es posible que alguna de las cuadrillas de trabajadores negros perteneciera a Polipérgamo?

—Seguro que sí, no lo dudes. En este sector, casi todos son de ellos. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

Me tragué el emparedado en dos bocados. Y me fui sin tomarme el

habitual café. Jacinta me miró con cara de sospecha, no me gustó esa mirada, pero no añadió absolutamente nada al silencio que sucedió a mi hosca respuesta a su pregunta. Me di una vuelta por las casetas circundantes, preguntando, aunque estaba casi segura de que ninguna correspondía a Polipérgamo. Una cuadrilla de ecuatorianos que arrastraban un compresor enorme me indicó la ubicación exacta. Estaba en una concentración de módulos de oficinas de contratas al otro lado del puente de Andalucía, cruzando el río desde Legazpi. Anduve rápida, tenía que estar de vuelta en un tiempo razonable para que Mejías no se inquietara. Salí de la M-30 en la cola de mi sector, a la altura de Santa María de la Cabeza, y caminé a toda prisa por el paseo de la Chopera. En total, tardé por lo menos media hora en llegar hasta la plaza. Me detuve un momento a mitad del puente y miré hacia ambos lados. Una inmensidad de devastación. El escenario de la gesta se perdía en los dos horizontes. El río sufría una derrota inapelable, lo mismo que el aire y los sonidos de la ciudad. Seguí adelante. Exactamente donde desembocaba el puente encontré el puñado de casetas. ¿Polipérgamo?, le pregunté a un corpulento hombre extranjero de tez aceitunada por la intemperie y cabello claro y largo bajo un casco amarillo, y me señaló un cubo de chapa azul aposentado sobre el maltratado jardín redondeado que adornaba la llegada al otro lado del Manzanares. Llamé a la puerta y me abrió un señor grueso y moreno, de cabello tieso y brillante de grasa endógena, que fumaba como si nada una faria apestosa. ¿Matías?, le pregunté. Se me quedó mirando el chaleco reflectante del que colgaba la credencial de la UTE. Soy yo, me dijo quitándose el puro de la boca, tras unos segundos de desconfianza en los que masticó desagradablemente el hatillo de tabaco. Me invitó a entrar. La caseta estaba casi diáfana. Sólo la adornaba una mesa grande de oficina con un cenicero, un viejo monitor de ordenador y un manchadísimo teclado superviviente de mil batallas. A su lado, una anticuada impresora matricial, harta a todas luces de escupir nóminas. Debajo de la mesa, la oscurecida CPU por un milenio de uso en obras. La silla del conjunto era fija, con tubos plateados y respaldo acolchado en plástico que imita piel. Lucía una capa de polvo fósil. Había otras dos, que parecían abandonadas

por viejecitas que se han ido al otro mundo, pegadas a la pared de la derecha. Aguanté un amago de náusea ante los efluvios del cubículo, mientras aquel hombre se sentaba en su trono y me ofrecía uno de los pequeños asientos de anea y madera. Me preguntó qué era lo que yo quería.

—Como ha podido usted comprobar por la credencial, soy jefa de producción en un tramo de soterramiento de viales entre el Vicente Calderón y el puente de Praga. Busco a un trabajador de su empresa. Un senegalés. Se llama Ibrahima, por lo que me han dicho, y estaba destinado al sector bajo mi control. Ustedes son subcontrata directa de mi UTE en las obras.

—¿Y por qué lo busca? —El tal Matías estaba tenso. Arrojó la faria sin apagar a una papelera, de la que empezó a salir un humo de un hedor indescriptible.

No me pillaba por sorpresa su pregunta. Durante la caminata le había estado dando mil vueltas a la idea de urdir una buena excusa para la investigación del paradero de mi amigo. Pensé en relacionarlo con el hurto de algún objeto personal, la PDA, por ejemplo, pero, aunque resultaría de lo menos sospechoso, podría generar un perjuicio al senegalés, que bastantes problemas debía de tener ya. Pensé en lo contrario, en enaltecerlo para aducir que lo necesitaba para algún trabajo en concreto, pero esto sí que resultaba de lo más extraño. Luego decidí que las verdades a medias son las mejores mentiras.

—Fue testigo de un accidente con muerte muy incómodo para la UTE. La dirección me ha pedido que hable con él, usted ya se puede imaginar, queremos hacerle una oferta a la que no se puede negar.

—Ya veo... —El encargado de Polipérgamo sonrió algo más tranquilo—. Déjeme que eche un vistazo.

El ordenador permaneció apagado. De un cajón de la mesa extrajo un viejo archivador verde, como de biblioteca, de esos que sujetan las fichas por medio de una barrita metálica longitudinal que las atraviesa por debajo. Empezó a mover los rectángulos de cartulina con una agilidad impropia de aquellos gruesos dedotes con uñas ennegrecidas. En un momento dado, se detuvo en uno de los apartados marcados por un separador acartonado de color mugre. Se metió la mano derecha en

el abultado bolsillo de la camisa y sacó otro puro y un encendedor. Rodeado de humo, me pidió que me acercara. Dígame si es uno de estos, me sugirió con aliento desmayante.

Se me angustió la nuez, tragué saliva. Ante mi mirada, en medio de la nube pestífera, desfiló una serie impresionante de fotografías de supervivientes de la travesía del Sahara. Retratos indescriptibles de rostros resignados, tomados todos con la misma cámara, en el mismo lugar, probablemente en esa misma caseta por el fondo blanco grisáceo omnipresente. Un flujo imparable de imágenes de trasfondo trágico, los mejores frutos de su mundo convertidos en un desecho más en el nuestro. Casi me mareé, pero un ardor de adrenalina me devolvió la compostura cuando reconocí a Ibrahima, es ese, dije señalando a uno más de la cadena de hombres atrapados en aquella caja como en una cordada de esclavos.

El encargado acercó la ficha a su nariz y leyó a trompicones, en voz alta, el nombre que figuraba en bolígrafo negro, con una caligrafía torpe y confusa, en la superficie blanca rayada: «Mohammad Sangare».

—A nosotros nos dijo que se llamaba Ibrahima.

—Otro cabrón con nombre falso —añadió con fingida resignación, con una sonrisita incontrolada que se le escapaba y aderezaba de sarcasmo su expresión—. Pero de este no deben preocuparse más. Nos vimos obligados a denunciar a toda la cuadrilla a la policía, traían todos documentación de pega.

—¿Y qué ha pasado con ellos? —pregunté tratando de disimular la lividez.

—Pues estarán en el CIE, digo yo, si no los han expulsado ya. Asunto terminado. A ver cómo va a testificar en África.

—¿En el CIE? —Me hice la tonta—. ¿Qué es eso?

—Joder, el Centro de Internamiento de Extranjeros. Lo tiene, sin ir más lejos, en donde estaba la cárcel de Carabanchel. Ahí guardan a los negros estos antes de darles boleto a su país. Bueno, si no se le ofrece nada más, quisiera seguir con mi trabajo.

—Vaya, muchas gracias por la información. Transmitiré la buena nueva a la superioridad.

—Claro que sí. Siempre está bien ahorrarse unos cuartos, ¿eh?

Aunque hay otros métodos para hacer callar a esa gentuza... No sé si usted estará al tanto, pero le aseguro que sus jefes desde luego que sí.

El gran Matías se rió de su ocurrencia y abandoné su agujero con ganas de vomitar. Me vi obligada a detenerme de nuevo en el puente. Observé durante unos minutos las evoluciones de una gigantesca excavadora Caterpillar que me recordó a Santiago y fui superando el sofocón. Miré el reloj y exclamé, ¡Dios, ha pasado casi una hora!, y regresé a toda prisa a mi puesto.

La melancolía pareció impedir que Mejías se diera cuenta de mi escapada, o quizás el agradecimiento por mi actitud ante la necesidad de estar con su madre moribunda le hizo restar toda importancia a mi ausencia. Sin embargo, Jacinta tenía la mosca detrás de la oreja y se atrevió a preguntarme mientras el encargado salía para atender a sus anchas una llamada al móvil. No sé si sabes que has estado fuera cerca de dos horas, me reprochó al más puro estilo mosquita muerta. Me puse tensa. Ni le contesté. En mi cabeza se fueron ordenando las ideas. La secretaria me hablaba desde un mundo que se alejaba bajo mis pies, ese en el que todo se organiza de acuerdo con una física que combina el miedo al despido y las ambiciones de ascenso en el organigrama empresarial. Seguramente, lo que más le preocupaba era que mis actos pudieran repercutir negativamente en su situación, sobre todo observando la benevolencia del apenado Mejías. Le nacía un instinto de chivata que fortalecía su posición. Se sentía investida del poder que otorga la superioridad en lealtad al amo. Yo, por mi parte, me hallaba en un proceso de despegue, es decir, de desapego total. Cruzaba a un mundo paralelo a través de un agujero negro y miraba a aquella mujer desde otra altura, no la de mi cargo, otra. Me parecía una hormiga patética porque, después de asimilar la nicotina repugnante del encargado de Polipérgamo, había perdido definitivamente el miedo y, aligerada, flotaba; empezaba a desear dejar todo aquello cuanto antes, pero primero había que encontrar a Ibrahima, entregarle el paquete de Kwame y tratar de ayudarle en su, a buen seguro, muy comprometida posición. El resto me empezaba a importar un bledo. Me aferraba al optimismo combativo de Santiago: la vida no acababa en la UTE, más allá de ella se abrían las puertas de

otra biografía posible, cada día más necesaria. Del espaldarazo de mi amor sacaba una confianza en mí misma sorprendente por novedosa y por lo rocoso de su consistencia.

De modo que me resbaló la actitud de Jacinta y, como cada vez que se me revolvían las entrañas, me entraron ganas de ir a ver a Laura. Ya iba siendo hora de presentarles a Santiago. Él ya me había exhibido ante Maruja y Miguel, los dueños de La Perla; ahora era mi turno. Seguro que les gustará mucho, se llevará muy bien con Jenaro, pensé, y en cuanto me vi con mi compañero a la salida del tajo le propuse que quedáramos con mis amigos el sábado o el domingo.

—Me encantaría invitarlos a mi casa, o a la tuya, pero tienen una niña de dos años y un crío que va a cumplir uno... de modo que lo suyo es ir a verlos a ellos y aprovechar para charlar cuando los hayan acostado.

—O séase, rollito de parejitas, cena casera y charla hasta las tantas.

—¿Qué pasa, no te apetece?

—Al contrario. Nunca lo he probado, pero tiene muy buena pinta.

Sonreí y abrí el móvil. Llamé a Laura y esperé su respuesta. Estaba en el parque, con sus dos hijos. Me explicó que Jenaro andaba reunido en el sindicato y estaba al llegar, habían quedado allí mismo, en aquel banco junto a los cacharritos infantiles. Me contó que no habían hecho planes para el fin de semana. No tenían energías para ir a ningún lado, y a ella le apetecía mucho que fuéramos y conocer a Santiago. Lo hablo con mi chico, pero casi te aseguro ya que es un plan estupendo para el sábado, haremos algo rico de cena, igual podemos ver una peli juntos en casa, me dijo con la alegría incombustible que siempre conseguía contagiarme. Santiago lo notó y me sonrió. Nos miramos a los ojos durante un rato, al tiempo que caminábamos, enlazados, hacia la boca del metro por la ruta que las piernas se sabían de memoria, hasta que en lo más profundo del ensimismamiento a dúo tropezamos con un viandante de poca estatura que nos maldijo mientras estallábamos en una benéfica carcajada.

Ya sentados en el vagón, sin embargo, le conté a Santiago mis averiguaciones. Ibrahima podía estar en el CIE.

—Pero falsificar documentación es un delito, ¿no? Quizás esté en la

cárcel —dije yo.

—No. Es un delito menor. De estar encerrado, será en el centro ese que dices. Y puede que sea nuestra única oportunidad de dar con él antes de que o bien lo expulsen, o bien emigre hacia otros lugares menos inhóspitos.

—¿No conoces a nadie que pueda ayudarnos?

—Directamente no. Supongo que los de SOS Racismo deben de saber algo de extranjería, ¿no? Igual pueden echarnos una mano para averiguar si Ibrahima está en el... ¿cómo se llama?

—CIE.

Veintiocho

El jueves por la tarde le había prometido a Victoria que llamaría a Nicole, la ex novia de Conejero, el compañero viajero de la agrupación de San Blas que ejercía de experto en globalización, interculturalidad y todo eso. Esa chica francesa, afincada en Madrid desde que vino a estudiar un año de Filología con una beca Erasmus, había trabajado hacía tiempo con SOS Racismo. Ya no estaba implicada en la organización, pero seguro que me podría poner en contacto con alguien que siguiera en el ajo. Sin embargo, el viernes por la tarde Victoria y yo éramos la viva expresión de la derrota. Teníamos ojeras y caminábamos despacio, con aire cansino. Pero hablar nos dio ánimo para tomar el metro con la mínima energía necesaria.

—Santoni nos ha dicho que no vengamos mañana. Al parecer, vamos muy rápido y nos hemos ganado un respiro.

—¿No reconoces en ese premio la influencia de la jefa de producción?

—¡Coño, Victoria, ¿has sido tú la que nos ha conseguido el día de fiesta?!

—Quiero que mañana estés en plenitud de facultades cuando acudamos a cenar a casa de Laura y Jenaro. Por lo demás, Mejías está de acuerdo porque vais a toda leche y nadie da abasto a vuestro alrededor. Pero el lunes os toca poneros a tope de nuevo.

Una vez en su casa, ni siquiera hice ademán de levantar el auricular del teléfono para ponerme en contacto con Nicole. No tuve las energías necesarias, y, además, me olvidé por completo mientras cabeceaba en el sofá. Casi no cené y Victoria me arrastró a la cama, me arropó y me dejó dormir mientras ella veía un rato la tele. Hasta mañana, marmota, me dijo, pero recuerdo que se me abrieron los ojos en cuanto apagó la luz y abandonó la habitación cerrando suavemente la puerta.

El sábado nos levantamos tarde y nos entregamos a la pereza. Acordamos tácitamente estar en la cama hasta hartarnos y aplazarlo todo para después de la cita con Laura y Jenaro. Hicimos una comida-desayuno llamando por teléfono a un restaurante chino cercano. Recibí en pijama al motorista de ojos rasgados y el aroma que emitían las fiambreras blancas hizo que el estómago me rugiera.

Salimos de casa a las ocho, con un par de botellas de vino de la Ribera del Duero. Victoria condujo, por una ruta que el automóvil se sabía de memoria, hasta el corazón de Moratalaz. Se la veía feliz en un recorrido que le resultaba particularmente grato. Aparcó con soltura y entramos en un edificio viejo, de los tiempos del desarrollismo franquista, en el que sobresalían las líneas grises horizontales de la estructura por debajo de los muros de ladrillo pequeño y desgastado y las tiras verticales de hormigón pintado de un blanco macilento, remedo barato de la alternancia de encalado y mampostería que se observa a lo ancho de Castilla la Vieja. Era una vivienda de techo bajo y habitaciones pequeñas organizadas alrededor de un pasillo que desembocaba en el salón, una pieza suficiente pero muy modesta. Un hogar más parecido a mi agujero de San Blas que a su apartamento del parque de Berlín. Olía a niños que reían y a padres afanosos que no olvidaban detalle de la rutina que desembocaría en las dos criaturas roncando en sus habitaciones mientras nosotros disfrutábamos de un guiso impresionante de pasta adornada de rape con langostinos. Laura era una mujer morena de mediana estatura, atractiva, con apariencia de bondadosa. Era de gesto tranquilo, pausado, tenía una de esas voces que adormecen de regocijo al escucharlas. Jenaro, por su parte, era un tanto antitético. De cabello claro, debía de medir un metro ochenta y cinco, a todas luces más impulsivo, de movimientos rápidos y decididos. Hablaba con convencimiento y con un tono seguro de sí, con frecuencia contundente. Me cayeron de maravilla.

Cuando terminamos de rebañar hasta el último miligramo de los tazones de cuajada casera con miel, nos sentamos en el salón con un vasito de ron añejo en la mano cada uno. ¿Queréis ver una película?, dijo Laura, pero sobraba la pregunta porque saltaba a la vista que lo que nos apetecía era seguir con la conversación. No recuerdo con

exactitud todos los temas que tocamos, pero sí que había fragmentos espinosos de pensamiento en los que Jenaro y yo nos pinchábamos, siempre de buen rollo, él anarcosindicalista, yo militante del PCE, ala izquierda. Los residuos de la demonización a toda costa del Estado, llena de contradicciones, pero resistente desde los tiempos en que la CGT la heredara de la histórica CNT, chocaban con mi defensa a ultranza de las ideas comunistas que implican la necesidad de planificación estatal de la economía. Curiosamente, la CGT estaba en pie de lucha contra la privatización progresiva de servicios que iba desarrollando sin pausa el gobierno de la Comunidad de Madrid. Se habían erigido en uno de los bastiones de defensa de lo público, del Estado precisamente. Por ahí nos tendremos que entender, dije sonriendo, porque reconocemos en el capitalismo el enemigo común. Lo cierto es que nos empezamos a hacer amigos mientras las mujeres conversaban por su cuenta en un mundo paralelo, cómo está tu madre, qué tal esto o lo otro relativo a los niños y, en general, las cosas que en realidad más nos tienen que importar, relatadas con una naturalidad de andar por casa que a muchos hombres se nos resiste. Luego, cuando se unieron de nuevo los chorros de voz de los cuatro, la charla derivó inevitablemente hacia nuestra particular pesadilla, las obras de la M-30.

Victoria les habló de su amigo Ibrahima, de cómo encajaba en la historia de Gumersindo, y de Kwame Boakye y su encargo. Les dio las gracias por la velada en la que estuvo mirando el documental *Paralelo 36* y les dijo que esa misma historia se había metido en nuestras vidas y le había hecho ver y sentir un montón de cosas para las que había estado ciega y sorda hasta el momento.

—Ahora Ibrahima ha desaparecido. Santiago y yo nos hemos metido a detectives. Hemos averiguado que trabajaba para una subcontrata importante, Polipérgamo. Probablemente lo cogieron en un bareto de la plaza Elíptica al que acude una furgoneta de vez en cuando para cargar ilegales para distintas obras. El encargado de Polipérgamo... Dios, qué experiencia hablar con ese tío nauseabundo...

—¿Qué te dijo? —inquirió Jenaro con la impaciencia del curioso que sufre íntimamente con la intriga.

—Fumaba una de esas farias fétidas... y me echaba el humo a la cara cada vez que le venía en gana... Me tuvo en suspenso, mareada, y me acabó contando que seguramente lo tienen, si no lo han expulsado ya, en el Centro de Internamiento de Extranjeros situado en la antigua prisión de Carabanchel.

—El CIE de Aluche... Paco dice que es un Guantánamo total, un centro de tortura de sin papeles —nos informó el amigo sindicalista de banca.

Se me abrieron los ojos como platos. ¿Quién es ese Paco?, pregunté en un milisegundo. Era un compañero, y amigo, de la CGT de banca que también formaba parte de la Asociación de Vecinos de Carabanchel Alto.

—Está metido en un proyecto que han llamado «Ferrocarril clandestino», una especie de red de apoyo a los migrantes, a los que ven como compañeros de clase machacados por el racismo institucional. Estuvo en la caravana europea que fue hasta Ceuta el año pasado para protestar contra la valla de la muerte. Por lo que sé, de ahí surgió la idea de ese entramado de solidaridad.

—¿No fue que hubo unas oleadas de africanos que intentaron cruzar la frontera en masa con escaleras rudimentarias...? —interrumpió Victoria, con la mirada vibrante.

—Sí —contesté yo—, y se cargaron a unos cuantos.

—Seis. En Ceuta murieron seis. A tiros. El gobierno dijo que fueron los policías marroquíes, pero mucha gente indignada encontró serios motivos de duda —explicó Jenaro—. En Melilla cayeron tres chicos. Varios grupos de distintos países como Francia o Italia, además de españoles, montaron una caravana para exigir una investigación y apoyar a los centenares de personas que abarrotaban el centro de estancia temporal de inmigrantes de Ceuta. Paco regresó conmocionado.

—¿Y eso? —pregunté pensando que quizás no sería para tanto.

—Bueno, tú sabes que los relatos de los medios de comunicación se rodean de un halo de irrealidad, son como virtuales. Al vivir todo aquello tan de cerca, se trajo la impronta de una realidad terrible. Alucinó con la ciudad colonial española, que tiene en los cerros

fronterizos una auténtica villa miseria al estilo latinoamericano. No se esperaba, tampoco, el ambiente de la frontera, la valla que, según contaba, acojonaba sólo de verla. Y, por encima de todo, el centro de estancia temporal y los hombres y mujeres recluidos en su interior. Durante meses estuvo inaguantable, repitiendo una y otra vez que somos los nazis de una especie de campo de concentración invertido. Y esa frontera, con la alambrada brutal de hierros retorcidos que cortan cuellos, es la prueba.

—Un poquito exagerado, ¿no? —terció Victoria.

—No sé —intervino Laura—, lo que Paco estaba empeñadísimo en hacernos ver, lo que lo indignaba profundamente, era constatar que nosotros somos los que estamos encerrados tras la frontera de espinos. Y el campo de exterminio se halla al otro lado.

—Lo de la famosa fortaleza europea no es ninguna tontería, ninguna frase rimbombante de la izquierda —machacó Jenaro—. Es una realidad muy, pero que muy jodida, y las gentes como el chico que buscas, ¿cómo se llama...?

—Ibrahima.

—Los jóvenes como Ibrahima son el síntoma inequívoco del racismo estructural de esta sociedad. Se juegan el pellejo para llegar al primer mundo, y una vez aquí los tratamos como a seres subhumanos a los que está permitido machacar sin miramientos, como si fueran una plaga y no hombres y mujeres desesperados.

—¿Y ese Paco tiene acceso al CIE de Aluche?

—Puede ser. Dejadme que hable con él. Me suena a mí que andan recopilando información para denunciar las condiciones en las que tienen ahí a la gente, y pueden haber encontrado el modo de contactar con los prisioneros.

Mi chica me miró agradecida. Quizás estábamos en una senda mucho más interesante que la de mi conocida, Nicole. No tardamos mucho en hablar de cosas aparentemente menos angustiosas.

Veintinueve

El lunes, en las obras, Mejías me vino con que debíamos estar alerta porque era posible que en cualquier momento aparecieran los puñeteros ecologistas acompañando a una comisión de eurodiputados tocapelotas. De arriba venía la orden de parar todas las máquinas para evitar dar una imagen sonora excesivamente antiecológica. Me puse blanca, a las siete y media teníamos Santiago y yo la cita a la puerta de la nave Terneras, en el parque de la Arganzuela, para charlar media hora con esa misma comisión de moscas cojoneras, según la describió un par de veces mi encargado. Al parecer, la dirección facultativa del proyecto había preparado una recepción en toda regla en la zona de Príncipe Pío: un estrado para que hablaran las autoridades, empezando por el alcalde, una pequeña carpa para visionar vídeos publicitarios de la reforma de la autovía urbana, un perímetro cercado para que nadie se saliera del tiesto y se pudiera vender la imagen de una obra moderna, espectacular, respetuosa de toda normativa, una bendición, en suma, para Madrid. Pero los eurodiputados habían aparecido acompañados de representantes de la oposición municipal y la plataforma de los ecologistas esos y habían mostrado su protesta por los impedimentos que se les estaban poniendo para ver la realidad. Habían abandonado enseguida el escenario preparado por el municipio y los jefes suponían que iban a hacer por su cuenta la visita al campo de batalla, guiados por los enemigos de nuestro trabajo. Tenían noticias de que habían fletado un autobús y estaban recorriendo de punta a cabo todo el proyecto; los jefes habían montado un discreto dispositivo de seguimiento que nos mantendría al tanto de todos y cada uno de sus movimientos. Sentí por dentro una fuerte resolución de persistir en mi empeño disidente.

—Te van a avisar si se acercan a nuestras posiciones. En cuanto te llamen, tenemos que detenerlo todo en el sector —me transmitió

Mejías—. Ya sabes cómo es esto, prioridad total, prohibido fallar.

—Está bien —contesté resignada.

A las cinco y media de la tarde me llamó Ricardo. Los eurodiputados se disponían a subir al edificio Praga, una torre bien alta en los aledaños del puente del mismo nombre desde la que iban a tener una perspectiva impresionante del frente de guerra. Hice el gesto acordado, y la orden de detener las máquinas se extendió por nuestra demarcación como la llama en un reguero de pólvora. Me quité los auriculares, me impresionó el silencio. Se oía Madrid por detrás del escenario. Sentí una oleada de quietud que camufló el malestar al que me obligaba mi posición. Casi media hora después me avisó mi superior directo de que ya se habían marchado. En menos de cinco minutos el estruendo volvía a ser insoportable.

Me planté a la hora acordada en la puerta de la nave Terneras. Me esperaba Santiago, que sonrió cálidamente al verme. Nos abrazamos y enseguida le conté el mal trago de la parada de motores. Recibí la orden, me contestó, y obedecí, no te creas que me sentí nada bien. Sonó su móvil y le avisaron de que se cambiaba el lugar de la cita. Teníamos que acudir a un bar cercano, en el paseo de la Chopera porque les habían venido siguiendo todo el día y era mejor que los esperásemos dentro, tomando una cerveza. Nos dimos prisa en seguir las instrucciones. Entramos en un local sucio y descuidado y vacío en ese momento. Pedimos dos cañas y Santiago se bebió la mitad de la suya de un trago. A los pocos segundos, toda la comitiva, formada por unas quince personas, llenaba el antro y fluían las cañas mientras Santiago y yo nos convertíamos en el centro de todas las miradas. Conocíamos, aunque fuera de vista, a casi todos los acompañantes de la Plataforma. Entre ellos estaba Jaime, de Nudo Sur; los hombres de Ecologistas en Acción que había visto por primera vez en la reunión de la semana anterior; varios representantes vecinales cuyos rostros me sonaban. En el grupo había también un conocido eurodiputado del PSOE con melenilla a la moda y elegante traje de impecable corte moderno, habitual de ciertas tertulias de la tele y de la radio; un desmadejado eurodiputado de Izquierda Unida que me pareció que portaba aspecto de pobre hombre, quizás de borrachín insulso; un

eurodiputado de origen estadounidense y elegido en las listas del partido socialista español, pero miembro del grupo de los verdes; un famoso miembro del grupo municipal del PSOE, encargado de vender la imagen de pluralidad de opción sexual y una concejala de IU que reconocí de verla por televisión con su cuerpo generoso y su aspecto de severa matrona progresista.

Saludé primero al valiente activista que había conocido cuando Santiago encontró los restos arqueológicos. Me dijo que se llamaba Eliseo. Me presentó a un eurodiputado, secretario de la Comisión de Peticiones del Parlamento Europeo, que se mostró muy interesado en escucharme. Luego se nos acercaron los dos europarlamentarios en visita oficial, un señor fornido de barba blanca, vestido de traje beige sin corbata, laborista irlandés, y una eurodiputada danesa del grupo verde, elegida por el Partido Socialista del Pueblo, rubia de pelo corto, pastora protestante en su comunidad de origen. Nos entendimos bien, alternando el inglés y el español. Hice de intérprete para Santiago, ayudada también por el secretario de la Comisión de Peticiones y por las amplias nociones de español de la decidida mujer danesa, que resultó ser una consumada experta en el urbanismo salvaje que asola nuestra geografía. Nos contó que se había quedado horrorizada ante el panorama desolador que pudo observar desde el piso diecisiete de la Torre de Praga. Jamás había visto una obra de semejantes dimensiones, se perdía en el horizonte el revoltijo amarillento de polvo y máquinas. El Ayuntamiento los había recibido a regañadientes en un decorado de fantasía, con el alcalde a la cabeza, y con un discurso que, a la vista de la realidad del gigantesco destrozo, resultaba, cuanto menos, grotesco. El laborista irlandés ironizó acerca de los vídeos promocionales con los que habían intentado venderles el proyecto. En ese punto, uno de los dos representantes de Ecologistas en Acción no pudo contener sus ganas de intervenir para decir que a ver qué pinos iban a crecer sobre la exigua capa de tierra con la que se estaban cubriendo las bóvedas de los falsos túneles en la ribera del Manzanares. Eliseo terció para añadir que un compañero jardinero les había explicado que los árboles necesitan crecer hacia dentro de la tierra tanto como hacia el cielo, de modo que el hormigón haría

virtualmente imposible el frondoso jardín de gruesos árboles que mostraba la patética fantasía dibujada por ordenador en el DVD del Ayuntamiento.

—Y menos mal que los periodistas, más de cuarenta, entraron después en el piso de Paula y se quedaron un rato más cuando los diputados ya se habían bajado de la torre —comentó Eliseo—. Los comisionados pudieron ver la devastación, pero no escuchar el estruendo que nos hace la vida insoportable.

—Yo misma ordené parar las máquinas de mi sector cuando recibí la señal de que estabais en lo alto de la Torre de Praga —expliqué—. Estamos acostumbrados a este tipo de imposturas. Tenemos zafarranchos de disimulo y mascaradas por el estilo cada vez que aparece la inspección de trabajo, la comisión de seguridad de las obras... Ojalá fuéramos así de eficientes para prevenir riesgos.

La mujer danesa dijo que tomaba nota de mis palabras, iba a reflejar en el informe el intento de engañar a la comisión. Santiago tomó la palabra y con un tono pausado y preciso hizo el relato crudo de las condiciones de trabajo, tan desgraciadas por las prisas y la vista gorda municipal; los milagros en la contratación de trabajadores, más misteriosos cuanto más oscura la piel o remoto el origen; el carácter etéreo y espiritual del convenio colectivo del sector de la construcción en la reforma de la autopista, que no se detenía nunca, ni de día ni de noche ni en los días festivos; y lo peor, la seguridad, los accidentes, las carencias impresentables en la prevención de riesgos, la política de hipocresía sistemática y de ahorro miserable en la reparación de daños y la indemnización a los afectados.

Me miraron a mí, esperando confirmación de todo. Por la mañana, en la oficina del Parlamento Europeo en Madrid, ya habían empezado a recibir informaciones y dictámenes técnicos de los expertos designados por la plataforma «M-30, no + coches». También habían charlado largo y tendido con representantes de UGT y CCOO, pero reconocieron que el relato de Santiago dotaba de un especial verismo a la percepción crítica de todo el tinglado que iban construyendo en sus mentes y que, sin duda, acabaría por reflejar su informe. Ahora aguardaban la oportunidad de escuchar a una ingeniera del proyecto

dispuesta a decir la verdad...

Me puse un poquito nerviosa porque el barecito entero se quedó callado. Hasta el camarero fijó los ojos en mí, como pensando: esta tía debe de ser alguien importante. Ruborizada, comencé el relato del accidente de Gumersindo y la transformación que se produjo en mi interior. Mi voz fue llenando cada vez más el silencioso local, cogí carrerilla, dividí la exposición en dos partes bien diferenciadas, una positiva y otra negativa. Como ingeniera de obras públicas, no podía ocultar mi admiración por el atrevimiento y las dimensiones del proyecto, así como por las soluciones técnicas que se estaban poniendo en práctica y la espectacular realización en plazo de todas las previsiones, de modo que había que pensar que se estaban concentrando en un periodo de tiempo relativamente breve los perjuicios que, inevitablemente, toda gran obra pública tiende a causar en quienes se ven obligados a convivir con ella.

El silencio se espesó como una papilla al hervir. Algunas caras de decepción esperaban ávidamente la segunda parte del discurso. Me lancé a complacerlas. A las irregularidades denunciadas por Santiago, que confirmé una por una, añadí los problemas de la precipitación y la estructura impenetrable de subcontrataciones, que conducía a perder garantías sobre la correcta realización de muchos detalles importantes del proyecto. Conté cómo estábamos siempre alerta detectando pequeños fraudes y malas interpretaciones, corrigiendo una y otra vez trabajos que ya se daban por terminados. Las prisas, expliqué. Además, formulé dudas que nunca antes se habían formado por completo en mi cabeza al respecto de la seguridad de los túneles en caso de crecida súbita del Manzanares, el futuro ecológico del río por el severo maltrato al que se lo estaba sometiendo de modo totalmente contrario a los términos autorizados por la autoridad hidrográfica, la capacidad real de filtros y chimeneas de los túneles a la hora de contener la contaminación o la lógica general de la reforma, contraria a una concepción urbana sostenible porque, confirmando la argumentación que acababa de escucharle a la diputada danesa, probablemente los túneles iban a estimular el uso del coche más que disuadir de él.

Terminé de hablar y encontré gestos amigables donde antes asomaran atisbos de decepción. El silencio se fue rompiendo, alguien bebió un sorbo, susurró un comentario o pidió otra caña y en unos instantes el bar tornaba de nuevo a parecer un bar. El ruido fue interrumpido por la llegada con cara de prisas de un tal Carlos, un hombre ya cuarentón pero de aspecto joven con su melena rizada, que preguntó, ¿qué está pasando aquí, no os dais cuenta de la hora que es?, la nave Terneras está abarrotada de gente impaciente, ¡hay más de cuatrocientos vecinos esperando!

Los eurodiputados y el secretario de la Comisión de Peticiones del Parlamento Europeo nos dieron las gracias con abierta simpatía. El de IU apuró su tercera caña y encabezó el movimiento de salida mientras Eliseo y los representantes de Ecologistas en Acción nos sugerían que no abandonáramos el bar hasta que hubiera pasado un buen cuarto de hora desde su marcha, no fuera a ser que el discreto dispositivo de seguimiento montado por Ayuntamiento y constructores nos identificara. A continuación pagaron todas las consumiciones con lo que presumiblemente era un fondo común de la Plataforma.

El bar se quedó solitario y en silencio, y Santiago y yo teníamos la boca seca después de tanto hablar. El camarero nos miró y tiró dos cañas, a estas les invito yo, dijo esbozando un gesto de simpatía. Esperamos el tiempo acordado, salimos al paseo de la Chopera y emprendimos el camino de regreso a casa con el corazón caliente y la mente tranquila porque los ojos de la empresa, sin duda, estaban fijos en otro lado.

Treinta

Si han tenido la experiencia de protagonizar algún hecho noticiable, conocerán la ansiedad con la que se espera después el discurso construido por los medios de comunicación... y la inevitable frustración cuando se constata que su relato defrauda por completo nuestras expectativas, porque es excesivamente breve o poco fiel a la realidad de lo que hemos vivido, o porque está insultantemente marcado por la orientación ideológica del medio periodístico en cuestión, casi siempre de derechas. También puede ser que hayan tenido la suerte, o la desgracia, según como se mire, de no haber estado nunca al otro lado del muro invisible de la información, y aún crean a pies juntillas en lo que televisiones, radios, periódicos o medios de masas *online* de su cuerda política les cuentan. Por aquellos días, mi escepticismo ya estaba bien asentado, pero no pude evitar levantarme ese martes muy pronto por la mañana y conectarme inmediatamente a Internet para leer con impaciencia las noticias que publicaban los diferentes medios de la capital de España relacionadas con lo que acabábamos de vivir. Sin embargo, y de modo muy distinto a lo que había ocurrido con la muerte de Gumersindo, me llevé una grata sorpresa. La cobertura había sido grande y sorprendentemente acertada. El relato bastante fidedigno de los hechos se podía encontrar incluso en el diario de derechas más antiguo de Madrid, con sólo unas capciosas comillas en la palabra «independientes» para referirse a los expertos de alto nivel con los que se habían entrevistado los eurodiputados por sugerencia de los miembros de la Plataforma. Todos daban mucha relevancia a las quejas y lamentos de la vecina que prestó su piso de la Torre de Praga para que los políticos y periodistas pudieran otear la devastación. Y trasladaban con bastante precisión cada una de las conclusiones de la comisión críticas con el ambicioso proyecto. Al lado de la fuerza de los argumentos de la

pastora protestante socialista y el laborista irlandés, las afirmaciones del Ayuntamiento resultaban patéticas... a menos que uno fuera un crédulo lector, sometido a un bombardeo interminable de propaganda ensalzadora de la ignominia laboral y ambiental. Pude también constatar que nosotros dos no aparecíamos por ninguna parte, lo cual era una excelente señal.

A las siete de la mañana desperté a Victoria, arriba, remolona, mira lo que dice la prensa. Desayunamos contentos y regresamos a la rutina en las obras. A media mañana, cuando me comía el bocadillo bajo la sombrilla raída, sin hacer caso alguno a las gilipolleces de mis compañeros, sentí un cosquilleo en el pantalón, Jenaro me llamaba al móvil para darme el número de su amigo Paco. Se había puesto en contacto con él y parecía que era relativamente sencillo comprobar si Ibrahima estaba encerrado en el CIE de Aluche, y organizar una visita para verlo y llevarle el paquete de Kwame. Le mandé un mensaje SMS a Victoria dándole la prometedora noticia.

Cuando nos encontramos por la tarde, me contó que había pasado un día complicado de reuniones y llamadas telefónicas. Nada que ver con lo de ayer, me dijo, más bien lo contrario, todo está relacionado con algunas correcciones en la ejecución del proyecto y una ampliación de mis responsabilidades.

Vaya —le dije—, parece que por las alturas no se enteran de nada y están muy contentos contigo. Parece, me contestó sonriente. Me di cuenta de que no había leído mi mensaje de texto, sumida en todo su follón laboral.

—Esa es la razón por la que Jenaro me ha llamado, estabas demasiado ocupada y no debió de dar contigo —solté.

—¿Jenaro?

—Sí. Ha contactado con su amigo Paco. Dice que puede averiguar si Ibrahima está en el CIE de Aluche y me ha dado su número. Te he mandado un mensaje al móvil.

Al momento, mientras caminábamos juntos en busca del paseo de las Acacias, donde había aparcado su coche, ya estaba hablando con el amigo de Jenaro.

—Paco me ha dicho que acude al CIE todas las semanas a ver a un

chico ecuatoriano que forma parte de la red «Ferrocarril Clandestino» —me explicó Victoria—, y que otros compañeros suyos tienen contactos con internos de otros módulos. Si hay suerte, mañana mismo sabremos con seguridad si Ibrahima está ahí metido y nos darán su número para que podamos ir a verlo.

—¿Su número?

—Dice que los tratan como a animales. Que a cada uno lo nombran por un número y cuando acudes a la primera visita, te lo revelan por primera y última vez. A partir de entonces, los policías se ponen chulos y ponen pegas para buscar a tu familiar o amigo por el nombre y apellidos, si has olvidado el dichoso número.

—Joder.

En el coche le puse la mano en el muslo a Victoria mientras nos conducía a casa, tratando de contrarrestar un poco la sombra de inquietud que el relato de Paco había sembrado en nuestra tarde juntos. ¿Por qué padecimientos estará pasando Ibrahima?, me quiso repetir una y otra vez mi novia con los ojos, y auguró que igual íbamos a tener que buscarle un abogado para intentar sacarlo de aquel lugar. Se daba cuenta de que no se trataba tan sólo de entregar un paquete —¿se podría entregar el encargo de Kwame en el CIE?—, aquel fornido senegalés ya era alguien, un rostro, un calor, una voz, un pensamiento vivo en la vida de Victoria, y tenía más valor que ninguna aspiración profesional o que cualquier otra consideración del orden de las cosas, el dinero, el prestigio. Las perspectivas profesionales que aparentemente se le abrían tras ese agitado lunes en la M-30 se diluyeron en la preocupación inmediata por el amigo y me enamoré más todavía, me sentí orgulloso y me propuse hacer todo lo que me pidiera para seguir adelante con su proyecto de ayudar en lo posible a ese compañero de las obras al que yo seguía sin conocer.

Nos encontramos con Paco, pendiente en la oreja izquierda, pelo corto y aspecto general de militante de toda la vida, el miércoles por la tarde en una planta baja de la avenida de Carabanchel Alto, en un edificio de dos plantas de los años sesenta revestido de mármol descuidado que exhibía algunas pintadas. Allí tenía su sede la autodenominada Oficina de Derechos Sociales. Era el local de la

asociación Casa del barrio, y acogía también a la Plataforma de Jóvenes y la veterana Asociación de vecinos de Carabanchel Alto, a un grupo de *boy scouts*, al ateneo republicano y al grupo antimilitarista del lugar. Era dulzón en el trato, en contra de lo que su voz áspera y cascada daba a entender a primera oída. Y mostraba una excelente disposición a colaborar, todo lo que hagamos por estos hombres y mujeres es poco, se cansó de repetir, era como su cantinela.

Las paredes de la escueta estancia donde nos adentramos estaban sembradas de carteles variopintos. Me fijé en uno que anunciaba un concierto titulado «Festi K», dibujado con un gracioso, y torpe, gamberrismo naíf. La habitación estaba desatendida en lo tocante a la limpieza y el orden de los objetos, pero no parecía importarle a ninguna de las personas que andaban por allí. Había un par de jóvenes que me parecieron del África Subsahariana y que se dedicaban a pasar el rato entretenidos con un Backgammon, y a su lado, una pareja de evidentes militantes de izquierda de mediana edad charlaba tranquilamente acerca de no sé qué problemas de organización de no sé cuál de los grupos que pululaban por aquella sede. En la puerta que daba al pasillo colgaba un cartel que decía:

Actividades de la ODS. Horarios.
Martes
19:00-20:30. Castellano Básico. Sala Lila.
Jueves
18:30-20:00. Castellano Básico. Sala Lila.
18:30-20:00 Castellano Intermedio. Sala Naranja.
Asesoría Jurídica: Jueves, de 20:30 a 22:00. Sala Lila.

Nos sentamos en unos butacones rescatados, con toda seguridad, de algún contenedor. Victoria tardó unos minutos en dejar de sentirse incómoda, es decir, en olvidar el aire destartalado que la rodeaba. A mí me daba igual, me sentía a gusto y puse la oreja y la memoria para grabar con precisión toda la información que se nos venía encima. Paco saludó por nosotros a los presentes en la sala y comenzó a explicarnos lo que pasaba con Ibrahima.

—Hay un senegalés que responde a ese nombre que vino con el último grupo de trabajadores de la M-30 detenidos. Habéis tenido

suerte porque está en el mismo módulo que Rafael, el compañero ecuatoriano al que visito porque nos hicimos amigos aquí mismo, en este local, trabajando contra las leyes racistas; ahora somos como hermanos. Ayer lo fui a ver y hoy me ha llamado por teléfono y me ha confirmado la información. A ver... —Paco se sacó del bolsillo un papel arrugado—. El número de vuestro amigo es el 217. Anotadlo, a veces hay problemas para que los maderos os pongan en contacto a través de su nombre, de modo que lo mejor es que utilicéis directamente el número. No os podéis hacer una idea de la mierda que son las visitas al CIE. Tienes que ir con horas de antelación, tragaderas y tiempo, mucho tiempo por delante para esperar... Dios, qué paciencia hay que echarle. Cada vez que voy a ver a Rafael salgo del puto centro de internamiento con ganas de matar. ¡Santiago, en este maldito país se mata poco! ¡¿Te puedes figurar que, tras tres o cuatro horas de espera a la intemperie, incertidumbre, humillación, cacheos, te dejan apenas cinco minutos, a veces menos?! ¡Y no te permiten ni darle un beso a tu amigo, tu hermano, tu mujer, tus hijos!

—De todas formas, me parece que tenía papeles falsos y no sé cuál será el nombre que figura en la lista de la policía... —interpeló Victoria.

—Oficialmente se llama como en la documentación de pega, Mohammad Sangare. —Paco leyó con dificultad el nombre en el mismo papel arrugado—. En ella figura, al parecer, que es nacional de Mali, pero no se demuestra nada porque se trata de falsificaciones de permisos españoles de residencia y trabajo. Este chico hará lo que intentan hacer todos: tendrá mucho cuidado en no revelar su verdadera identidad, ni su nacionalidad. No posee pasaporte, ni ningún documento que atestigüe su origen. Es posible que así evite que lo expulsen antes de que pase el plazo máximo de internamiento, cuarenta días. Tendréis que andaros con ojo al respecto, cualquier información que salga de vuestras bocas podría ser utilizada en su contra.

—¿Y cómo le ha contado todo eso a tu amigo ecuatoriano? —pregunté extrañado.

—Todos ahí dentro saben que Rafael es de confianza, desde que está

encerrado ayuda a la gente porque tiene el apoyo por detrás del «Ferrocarril Clandestino», es un militante y estará en la brega hasta el final.

—Qué majo, tu compañero ecuatoriano —añadió Victoria, mezclando el agradecimiento con la preocupación—. Me gustaría que le dieras las gracias de nuestra parte.

—Hacer las averiguaciones para echarle la mano a un interno que no tiene a nadie es algo de lo más natural. A través de Rafael, por ejemplo, estamos metiendo tarjetas telefónicas para la gente que no puede llamar porque carece de dinero. Es posible que a vuestro amigo le haya llegado alguna, si es que tiene alguien a quien telefonear.

Paco nos dio el horario de visitas del CIE de Aluche, todos los días de cuatro a siete de la tarde. Las instrucciones eran, cuanto menos, inquietantes. Había que estar allí antes de las dos y pedir la vez. Podían entrar una o dos personas por interno. Como la policía se negaba a organizar el turno de entrada, los visitantes se organizaban de diez en diez, por orden de llegada, en listas por escrito. Luego había que esperar en la calle. Con suerte, si llovía, podrían autorizarnos a guarecernos en las carpas donde se sitúan las personas que van a hacer algún trámite en las dependencias anejas de la Brigada Provincial de Extranjería; o a refugiarnos en las precarias techumbres de metal para automóviles del aparcamiento. Si íbamos en fin de semana, con el servicio de atención al público de la brigada de extranjería cerrado, nos podíamos olvidar de los precarios refugios, era inevitable aguantar al aire hiciera el tiempo que hiciera. A las cuatro o así salía un policía a la calle y pedía la primera de las listas de diez visitantes. La leía en voz alta y si estaban los diez, accedían en grupo al recinto. Cada tarde podían pasar seis, a lo sumo siete de esos grupos. El resto de personas congregadas a la espera de ver a sus seres queridos se quedaban sin entrar desde el momento que los policías decían hasta aquí hemos llegado. No había consideración alguna hacia las horas de espera, ni hacia el hecho de que los apuntados en último lugar hubieran permanecido a la puerta del CIE desde antes de que comenzara el horario reglamentario de visita.

Una vez dentro, nos podrían cachear de arriba abajo y revisarían

minuciosamente todos los objetos que lleváramos para nuestro amigo. Los líquidos de aseo tenían que ir forzosamente en envases de plástico transparente, y echaban para atrás todo gel o champú cuya opacidad los mosqueara lo más mínimo. El proceso sería largo y era importante no desesperar, porque la duración del encuentro, o la mera posibilidad de que se llegara a realizar, dependían de la voluntad caprichosa del poli de turno. Un mal gesto por nuestra parte podría arruinar la visita. Más de un familiar impaciente había sido expulsado a empujones y mojicones por exhibir la prisa y la indignación. Luego, también había que andarse con ojo con lo que se decía en la sala de visitas. Ibrahima nos esperaría al otro lado de una larga mesa, separada por paredes de adoquines de vidrio de las otras cuatro iguales que conformaban la sala de comunicaciones. Nos vigilarían, como mínimo, un policía, quizás dos, así como una cámara de vídeo. Tendríamos que gritar en medio de la barahúnda debida al penoso aislamiento acústico. Estaríamos, pues, a la vista de todo el mundo, no sólo de los agentes y la cámara, en el CIE no existía el derecho constitucional a la intimidad de las comunicaciones. Y si soltábamos cualquier inconveniencia, cualquier comentario que disgustara al policía de extranjería, podían sacarnos de allí inmediatamente con toda impunidad, y dificultar gravemente las visitas futuras.

Victoria volvió a recordarle a Paco que le diera las gracias a Rafael y yo pregunté si valía la pena conseguirle un letrado de pago a Ibrahima.

—Esto, mejor os lo explica Merche, la abogada. Habéis tenido suerte, hoy anda por aquí, no tendrá inconveniente en hablaros, aunque no sea horario de asesoría jurídica.

Paco salió del cuarto, se dejó la puerta del pasillo abierta y nos llegó a los oídos un rastro de vida exterior. Apenas tardó un par de minutos en regresar acompañado de una mujer muy joven, que lucía un pañuelo palestino al cuello y unos fulgurantes ojos azules. Paco nos presentó como amigos de un amigo que han encontrado a otro amigo, compañero de trabajo, recluido en el CIE de Aluche. Merche mostró un gesto casi de admiración cuando nuestro anfitrión le contó que éramos trabajadores de la M-30 y se extendió en los detalles que

conocía del caso de Ibrahima. La abogada nos habló con la seguridad de quien ha repetido lo mismo un millón de veces ante todo tipo de audiencias, pero con un tono de comprensión, de solidaridad, que nos hacía sentir cómodos.

—En el caso de este chico, no creáis que es mucho lo que se puede hacer. Lo más probable es que el abogado de oficio que lo asistiera cuando lo pusieron a disposición judicial se esté tomando el caso como una cuestión de trámite, rutinaria. Y es probable que no haya recurrido el expediente de expulsión, ni la orden de internamiento.

—¿Y esos recursos impedirían el internamiento o la expulsión? —preguntó Victoria.

—No creo que sirvieran de mucho si las cosas son como imagino: un chico que llegó a España quién sabe por qué medios, indocumentado, sin cargas familiares en territorio español, sin recursos económicos... tiene todas las papeletas. Pero las cosas van por otro lado. Una de las razones para cambiar de abogado es asegurarse de que se recurre en la vía contencioso-administrativa la orden de expulsión. Aunque sacaran del país a vuestro amigo antes de que los jueces resolvieran el recurso, si se ganara por lo menos se anularía el plazo de prohibición de reingreso en territorio español que la expulsión acarrea siempre consigo; son de tres a diez años, según las circunstancias de cada caso. Importante, ¿no? Siempre hay que dejar un resquicio a la esperanza de regreso. De todas maneras, para poder poner el contencioso es preciso que vuestro amigo apodere a su defensor mediante un procedimiento que, si no se da en el juzgado, tiene que producirse ante notario... Y es muy difícil que un notario acceda a ir al CIE para efectuar el trámite y hacer así posible que el abogado intervenga en el proceso en nombre del extranjero preso. La Ley de Extranjería, con la exigencia de ratificación de la representación procesal, pone muy difícil una asistencia letrada en condiciones a la gente confinada.

—Entonces, ¿para qué el abogado, si no puede darse la ratificación esa?

—Bueno, si hay suficientes medios económicos para convencer a un notario, y tenemos un abogado competente y con ganas, creo que puede llegarse a conseguir el apoderamiento. De todas formas, un

buen letrado es útil para que esté al tanto del expediente y lo neutralice si intentan deportarlo a un tercer país que tenga un tratado de readmisión que permita que el gobierno español traslade allá ciudadanos de terceros países.

—Pero... ¿cómo es posible eso? —saltó Victoria.

—Es lo que negocian, facilidades para deshacerse rápidamente de la gente como vuestro amigo. Es la esencia de lo que el gobierno ha llamado el «Plan África», que busca supeditar la cooperación económica con los países africanos a los acuerdos de readmisión. El gobierno español ya puede expulsar a ciudadanos de terceros países con diferentes grados de facilidad a Marruecos, Mauritania, Guinea Bissau, Gambia... El abogado tendría que cerciorarse de que a vuestro amigo no le atribuyen una nacionalidad que no es la suya, o de que no pretenden afirmar que ha venido a España por tal o cual ruta que precisamente ha de pasar por alguno de esos países con los que hay acuerdo de readmisión...

—O sea, nos estás diciendo que son capaces de meterlo en un avión y mandarlo, por la cara, a un país que no es el suyo —intervine perplejo.

—En efecto. Basta que lo encajen en un paquete de expulsados que hayan negociado con tal o cual gobierno, o que se lo endosen a los mauritanos o a los gambianos quién sabe a cambio de qué... Pero no siendo magrebí o latinoamericano, y sin que haya un modo claro de determinar con precisión su nacionalidad, lo normal es que la Administración no sea capaz de montarlo en el avión antes de los cuarenta días. Es más, aunque averiguaran que es senegalés, los de inmigración lo tendrían muy difícil para que en su país admitieran de vuelta a un hombre sin documentación, no importa que nuestro ministro de Exteriores haya conseguido este verano un principio de acuerdo bilateral... Para los gobiernos de la zona, donde los emigrantes que se han lanzado a la aventura europea son la única esperanza económica de miles y miles de familias, hacer el juego a las políticas migratorias de los países de la Unión Europea resulta muy impopular. La gente no quiere saber nada de que les devuelvan a los jóvenes que se lanzaron a hacer fortuna, esperan de ellos las remesas

que pueden garantizarles un futuro mejor.

—¿Y tú podrías hacerte cargo del caso? Nosotros te pagamos los honorarios que sea necesario. —Le salió la vena de clase y pragmática a mi chica.

La jovencita que nos asesoraba se ruborizó, no había terminado todavía la carrera, le quedaban un puñado de asignaturas, allí todos la llamaban abogada, pero todavía no podía ejercer aunque se hubiera convertido ya en una consumada experta en extranjería. Podría recomendarnos a un abogado con todas las de la ley, pero nos iba a salir más bien caro...

—Adelante, no importa —dijo Victoria con una mezcla de impaciencia y simpatía hacia la muchacha que nos informaba.

—Está bien. Hablo con Juanma y os llamo. Le paso el encargo de que averigüe cómo está el caso en estos momentos, qué posibilidades hay, y que valore si es preciso hacer lo que sea necesario para la ratificación de la representación procesal mientras el chico está retenido, para así poder recurrir la expulsión.

—Oye, perdona, pero me queda otra duda —añadí—: ¿qué pasa si transcurren los famosos cuarenta días y no consiguen expulsar a Ibrahima?

—Pues lo de siempre, lo sueltan. Se queda legalmente en España en una situación irresoluble de irregularidad. Puede vivir aquí, permanentemente indocumentado. Cuando pasen seis meses sin que se ejecute el procedimiento de expulsión, ya no se puede iniciar otro por la misma causa.

—Supongo que si averiguaran su verdadera identidad —me estaba dedicando a rizar el rizo—, podrían iniciar otro expediente para echarlo...

—Eso es muy improbable. Si no son capaces de identificarlo ahora, y creedme que lo tienen verdaderamente difícil si vuestro amigo sabe callarse y nadie mete la pata, no van a molestarse en seguir investigando. Se convertirá en uno más de la legión de fantasmas de piel negra que deambula por la geografía española buscando trabajo en un limbo sin papeles. Imaginaos, clase obrera sometida a las peores condiciones que se puedan concebir, auténticos aspirantes a esclavos

del siglo XXI, dispuestos a todo por ganar algún dinero y acostumbrados a carecer por completo de derechos.

Se acercaba la hora de marcharnos, pero todavía preguntó Victoria si era conveniente entregarle a Ibrahima en el CIE el paquete de Kwame, que contenía una cantidad apreciable de dinero. Merche pensó un instante y nos sugirió que le entregáramos las cartas o lo que hubiera en el paquete y que fuéramos haciéndole llegar los euros en lotes pequeños, porque había algunas denuncias de desaparición de efectos y dinero. «No me lo puedo creer —exclamé—, ¿los maderos son capaces de robar a esa pobre gente?» «Ojalá esas pérdidas fueran el mayor problema...», respondió Merche. Luego nos sugirió que metiéramos para Ibrahima algo para leer, ropa y objetos de aseo, cepillo de dientes, gel de baño, porque no les daban nada de eso, y que no desesperáramos si luego el lote le llegaba incompleto a nuestro amigo. Ya nos estábamos despidiendo, entre alucinados e indignados, a la par que recibíamos las últimas instrucciones. Besos, un abrazo inesperado y afectado de Victoria a la aspirante a letrada y salimos por el pasillo. Vino hacia nosotros Paco y le dimos las gracias. Nos deseó suerte.

Treinta y uno

La primera vez que Santiago se enfadó conmigo fue cuando le dije que iría yo sola a ver a Ibrahima al día siguiente, jueves. Joder, Victoria, no quiero que pases sin mí por toda esa mierda, me dijo con el ceño fruncido. Pero ya habíamos oído que todo era peor los fines de semana, y él no podía dejar su puesto de lunes a sábado. Yo era la ingeniera, la jefa de producción, y me iba a valer de mi posición para ausentarme de las obras un jueves a la una de la tarde. Estaba segura, además, de que iba a contar con la complicidad de Mejías. Tenía pensado cómo adelantar algunas de las tareas previstas, para dejarlas encarriladas desde primera hora. Santiago no me volvió a hablar hasta el día siguiente por la mañana. Adoptó un silencio taciturno, tristón; me hizo gracia esa manera tan suave de enfadarse, tan inofensiva, aunque un poco irritante cuando ya llevaba algunas horas enfrascado en la misma actitud. En cualquier caso, mi decisión era irrevocable. Y lo que me dijo a las siete de la mañana de aquel jueves no fue «buenos días», sino «le voy a pedir permiso a Santoni para ausentarme». «¡Ni se te ocurra! —le contesté—, voy a ir sola, no quiero que te metas en más problemas por mi culpa —ahora me siento estúpida por haberle dicho eso entonces—, bastante has ayudado ya.»

A continuación abrí el sobre de Kwame. Saqué de él doscientos euros en billetes de cincuenta y una carta escrita metida en otro sobre más pequeño de papel reciclado. En la despensita de mi baño, busqué y encontré un bote sin abrir del champú que me gustaba, que venía en un envase completamente transparente. Además, vacié en un cuenco de la cocina el recipiente del mismo producto que tenía en uso, sobre el borde de la bañera, y lo rellené de un jabón de manos casi transparente, mucho menos opaco que el gel de baño blanco y lechoso y, por tanto, susceptible de ser rechazado por los arbitrarios controladores de las visitas del CIE, a decir de Paco. Cogí también un

cepillo de dientes de reserva que me sobró de las compras precipitadas del viaje a Roma con Germán y uno de esos peines que suelen pulular por el aseo sin que nadie los use. Vacié medio tubo de pasta dentrífica en una bolsita de plástico transparente para congelados. Preparé un saquito de papel marrón, a modo de paquete de almuerzo, con el material de aseo, la carta y uno de los billetes de Kwame. Pensé que ya le preguntaría si iba a necesitar ropa o algo para entretenerse, aunque decidí comprarle el periódico por el camino.

En el trabajo las cosas me salieron como quería. Terminé las correcciones de trazado que tenía entre manos e hice en tiempo récord la inspección de una zona muy comprometida, con Mejías por detrás con la lengua fuera. En un aparte le di a entender que tenía que atender un problema personal, una de esas cosas de las que nadie tenía que enterarse, y lo aceptó con la naturalidad de siempre, sin hacer preguntas. Al parecer su madre parecía que estaba un poco mejor y los médicos, por vez primera, se mostraban optimistas respecto de su recuperación. Había vuelto a la conciencia, a veces pasan esas cosas, chica, me dijo, el cuerpo se cura solo y da la impresión de que mi madre se aferra a la vida. Le ordené que se tomara el fin de semana de descanso, empezando por el mismo viernes, para ir a Mérida y constatar con sus propios ojos la nueva situación.

Jacinta observó que yo abandonaba las obras antes de la una, pero no dijo ni mu. En un estanco compré unas cuantas tarjetas telefónicas. Me detuve en un bar próximo al *check point* y me compré un enorme bocadillo de lomo con pimientos que me envolvieron en papel de aluminio, y una lata de Coca-Cola. En un quiosco adquirí un periódico. Con la comida en una bolsa de plástico blanco translúcido y el papel impreso bajo el brazo, me monté en el coche, introduje las tarjetas en la bolsa marrón y conduje a través del caos de Santa María de la Cabeza para coger la autovía de Toledo. Enseguida llegué a la salida que me puso en la avenida de los Poblados, por la que avancé despacio, con poco tráfico, presa de una inquietud que me mantenía la columna vertebral en una especie de estado de vibración permanente.

El paisaje urbano tenía un aire desangelado a lo largo de aquella

ancha vía jalonada de plátanos de sombra, cercada de un seto cuadrado y bajito interminable, con marquesinas de parada de autobús vacías y bancos cada cierta distancia en los que no se sentaba nadie porque no se veía a nadie paseando, ni ancianos cuidando de sus nietos, ni madres empujando cochecitos con bebés dentro, ni jóvenes atravesando el espacio en busca de nuevos estímulos para sus vidas. Conforme avanzaba hacia las ruinas de la antigua cárcel de Carabanchel, los alrededores tomaban mayor aspecto de desierto humano con signos de extrarradio, a pesar del esfuerzo municipal por envolver la avenida, aunque fuera un poco, en jardinería. A la altura del cruce con Eugenia de Montijo, sin embargo, el cauce para automóviles se ensanchaba algo, aumentaba el tráfico y se percibían a un lado las aglomeraciones de coches aparcados, las calles estrechas de barrio populoso y popular, los bajos de viviendas obreras salpicados de pequeños comercios variados y vivos a pesar de su notorio anacronismo. A partir de ahí, la avenida recuperaba los muros de verdor —un verdor sureño y proletario, eso sí, no tan frondoso como el de los barrios del norte rico de la ciudad— que la separaban de los dominios de la humanidad. Apareció a mi izquierda el parque de las Cruces, con su césped bien segado y sus árboles flacuchos, seguido de unas naves industriales que advertían del final de las áreas residenciales. Me sorprendió a la derecha el muro exterior rojizo y ruinoso del antiguo presidio, adornado de una tira continua de grafitos.

¿Había vuelta atrás? ¿Deseaba darme media vuelta, regresar a la normalidad? ¿Qué sería entonces para mí la compasión? Poco después de dejar de lado la vista de la cúpula central de color azul, característica del diseño modular centralizado de la vieja prisión, mientras digería la impresión de que todo aquello era inmenso, llegué a un semáforo que custodiaba la entrada a una calle hacia mi derecha. Enfrente vi un costado del edificio amarillo que conocía por las fotos que me había enseñado Paco en la ODS: era el CIE. Puse el intermitente y tomé muy despacito, a pesar de la señal de prohibido, la vía de entrada a lo que antaño fuera el patio de separación entre el acceso de las visitas a la prisión propiamente dicha y el hospital

penitenciario, sede actual de la comisaría de extranjería y del centro de internamiento. Inmediatamente advertí que una nube de gente poblaba los alrededores de la antigua entrada de la cárcel, un soportal abandonado, ruinoso hogar de ratas con forma de «u», con arcos de medio punto fabricados con feos ladrillos de construcción barata de otrora, enfocado hacia el antiguo hospital, y adornado en el centro con un horripilante pórtico de dos pisos en piedra gris con cuatro columnas abajo y dos arriba que enmarcaban un balcón coronado con el relieve de un pequeño tímpano triangular.

Aparqué al final de la calleja, en un vasto recuadro asfaltado en el que reposaban unos cuantos coches. Cogí la bolsa del bocadillo, el periódico, el paquete de papel que traía preparado desde casa, y salí de la burbuja. Me temblaban las piernas. Lucía el sol y no hacía frío, pero no era esperar a la intemperie lo que me daba miedo. Temía más bien compartir la humillación con todos esos inmigrantes. Me sentí desamparada y pensé en mis padres. Esa semana volvería a faltar a la costumbre de visitarlos los jueves. Caminé hacia el silencioso jolgorio de gentes multicolores que parecían llevar toda la vida haciendo cola en aquel enclave dejado de la mano de Dios. Para hacer la cárcel de sin papeles, la Administración remozó un poco el edificio sin alma del hospital y dejó el exterior de un amarillo llamativo, casi feliz, en combinación con el azul vivo de las rejas omnipresentes y las pantallas metálicas que tenían la agobiante misión de impedir la vista del exterior desde cada ventana de las alas traseras del centro de internamiento. En un derroche de alegría, las dependencias de la brigada de extranjería de la policía nacional se concibieron como una festiva adherencia al antiguo sanatorio carcelario en sureños blanco reluciente y azul celeste, por tejado un cono envuelto en una espiral de colores con aspecto de cucurucho de loco. En el patio de entrada, tres casetas en los mismos tonos blanquiazules apuntaban al cielo con sus graciosos tejadillos triangulares, cual taquillas de circo. Se alteró mi espíritu de arquitecta, de la contemplación de aquel complejo extraje fuerzas inesperadas para seguir adelante en el empeño de ver a Ibrahima. ¡Qué festival arquitectónico para edificar un condensador de desgracias y arbitrariedades! ¡Qué burla tan esclarecedora, ese

estilo juguetón, casi naíf, para el mascarón de proa del racismo institucional!

Preguntando supe que la gente que quería entrar en el CIE esperaba fuera del perímetro de la valla de metal pintada de azul que cercaba las instalaciones policiales. Dentro del perímetro se movía con cierta agilidad una serpenteante hilera de gentes que llevaban allí desde quién sabe qué horas de la madrugada pugnando por arreglar los sacrosantos papeles que abren las puertas del cielo primermundista. Contraste entre la felicidad histérica de colores superficiales, chillones, de la edificación, y la tristeza de los colores profundos, silenciosos, de la humanidad torturada burocráticamente. Me incorporé despacito a la masa todavía informe de quienes venían a visitar a los que estaban prisioneros por el mero hecho de no tener la documentación en regla. ¡Madre mía, qué rostros domesticados por el maltrato y la espera! ¡Cuánta resignación!

La cosa era como nos había contado Paco. Me inscribí en la cuarta lista. Había llegado a las dos menos cuarto de la tarde, las visitas no empezaban hasta las cuatro y ya tenía treinta y seis familias por delante. No sufriría, casi con toda seguridad, problemas para entrar. La cosa se ponía complicada a partir de la sexta lista de diez visitantes. Yo desentonaba con mi vestimenta de ingeniera y mi nacionalidad, un aura que se hace respetar en la cola de gentes expectantes para entrevistarse con su particular sin papeles. Todo el mundo aguardaba apenas sin hablar, cabezas gachas, labios impidiendo que escaparan chorros de dudas y lamentos. Sacar el bocata de la bolsa y comérmelo de pie, a unos pasos de las ruinas del presidio, apoyada en una valla portátil de color gris, rompió hielos y me sosegó un poco. Encontré alguna mirada de simpatía. Delante de mí hacía cola una mujer con una niña y me decidí a entablar conversación. De manera extremadamente educada, aquella señora ecuatoriana me explicó que la muchacha se había empeñado en volver a entrar a ver a su madre, aunque la semana pasada había sido poco menos que un desastre porque no las dejaron ni acercarse la una a la otra en los tres minutos de visita, vigiladas todo el rato, nada de besos y abrazos.

Detrás de mí, una pareja de bolivianos venía desde Soria a ver al hermano de ella, que llevaba ya dos semanas interno. Sabían que les costaba un permiso en el trabajo, cuatro horas de viaje y otras cuatro o cinco de espera para un frustrante encuentro que podría durar entre dos y diez minutos según el capricho del guardia de turno. «¿Y os vale la pena?», les pregunté. «Ay, señorita, mi hermano dice que no vengamos, pero yo no puedo vivir sin verlo, ahí abandonadito en ese lugar horrible, y le queremos llevar algunas cositas que le hacen falta», me respondió la mujer.

También escuché a una mujer hondureña que acudía desde Galicia a ver a su compañero sabedora de que la visita sería breve. Había dejado a los niños con unos amigos. Se estaba dando la paliza de venir semanalmente a Madrid, esperar, verlo sin tocarlo durante apenas cinco minutos. Ponía en riesgo su puesto de trabajo, una sobrina la estaba sustituyendo en el cuidado de una anciana pontevedresa, y eso no les hacía mucha gracia a los patrones, pero no podía dejar ahí tirado a su hombre. «Y si lo expulsan», pregunté con un escalofrío. Se quedaría en España con los niños. No había otro remedio, en su país las cosas andaban muy mal, y procurarían aguantar hasta que pasaran los tres años y él pudiera regresar a España. No soportaba la idea de que los niños tuvieran que dejar la escuela y ponerse a trabajar, tan pequeñitos, como les correspondía a tantos otros de su edad y condición social allá en Honduras. Ella no tenía la culpa de que en su país la infancia de los pobres fuera tan dura y quería a toda costa otro destino para sus hijos.

A las cuatro menos diez un policía salió hasta la puerta de la valla azul y pidió la primera lista. La leyó quejándose de la caligrafía, ¡joder, quién cojones ha escrito esto!, al tiempo que se cercioraba de que estaban los rostros correspondientes a cada uno de los nombres. Cuando llegó al séptimo, Melquíades Márquez Buendía, nadie dijo «yo». Repitió el nombre, y una mujer que lo precedía en la lista explicó que no había podido aguantar más, que hacía menos de un cuarto de hora que había salido a toda prisa hacia el intercambiador de Aluche para buscar un retrete y que aún faltaban unos minutos para las cuatro, que si esperaban a las cuatro seguro que ya estaría de

vuelta. El policía escuchó con oídos sordos, y antes de que la buena mujer hubiera terminado de hablar rompió ostensiblemente el papel manuscrito que tanto le había costado descifrar y les dijo a los presentes que habría que rehacer la primera lista y arreglar las siguientes, y, me cagüen la leche, que la primera la escriba otro con mejor letra. La fuerza de la costumbre aceleró la reorganización de los grupos de entrada, se reanotaba la primera secuencia de diez visitantes y el primero de cada una de las subsiguientes pasaba a ser el último de la anterior. Cuando el proceso estaba casi terminado, a las cuatro y un minuto, un hombre de unos setenta años, con mostacho y un modo de andar alegre y ágil para su edad, arribó a la concentración de personas jadeando y se dispuso a toda prisa a recuperar su puesto en la fila. Encontró un lamento de ojos y la voz del policía, ¡ah, con que eras tú, pues está visto que la has cagao, tendrás que apuntarte en la última lista! Al señor, que era colombiano, le salió un gesto que anunciaba esfuerzos por no asesinarlo allí mismo. Con lágrimas de rabia y una resignación muy mal conseguida se fue al final de la cola murmurando. Se espesó el ambiente, moverse costaba como bucear en un mar de hormigón, y el agente del orden dijo bueno, padentro el primer grupo.

Pasadas las cuatro y media, cuando entraba el segundo grupo de diez visitantes, me moría de ganas de orinar y no sabía qué hacer. La mujer ecuatoriana me miró sonriente y me dijo que la niña también tenía necesidad. No se preocupe, aún queda como una hora para que nos llamen, aunque será mejor que nos demos prisa, me dijo invitándome a que las acompañara hasta la estación de metro, tren de cercanías y autobuses situada a unos quinientos metros. Al entrar en el intercambiador me sentí como saliendo de una pesadilla, la vida seguía afuera del CIE, ese agujero negro abierto en el interior de la ciudad. De regreso a la fila, acababa de pasar el tercer grupo de diez visitas. A la cría se le ensombreció inmediatamente el gesto, como súbitamente abatida por la carga. Abrazó a su tía y no se soltó hasta que el joven de pelo rizado engominado se acercó al lugar donde seguíamos de pie y pidió que le entregaran la cuarta lista. Cuando recitó mi nombre me miró con extrañeza. Eran las cinco y media de la

tarde y seguí con paso firme a aquel cicerone de chaqueta azul, pistola y mala uva. Atravesamos las oficinas de la policía, que tenían por dentro un aspecto moderno y funcional, con altas columnas azules que sostenían una estructura de entramado metálico que dejaba pasar la luz del sol. Pero cuando nos metimos en las dependencias del CIE, ingresamos en la cara B de la España europea. Las paredes estaban recubiertas de tosca pintura plástica y se perdían el fulgor cosmopolita y el aire contemporáneo del espacio donde trabajaban los administrativos de la extranjería. Puertas de grueso metal y rejas, en un ambiente opresivo, carcelario. Por un pasillo descorazonador desembocamos en otro donde nos tocaba volver a esperar de pie. Nos pidieron los carnés a todos y desaparecieron con ellos. Al cabo de un rato, regresó nuestro guía de catacumbas, nos devolvió la documentación y ordenó a los primeros cinco de la lista que lo siguiéramos a través de una puerta azul. Tú, chinito, ven para aquí, exclamó el policía con un acento de agria impaciencia ante el despiste de un hombre que, a todas luces, apenas dominaba el español. Yo había ascendido al puesto número cinco de la cuarta lista de diez visitantes, de modo que dejé a mis espaldas a la pareja de bolivianos que venían desde Soria y caminé rápido integrada en el rebaño, totalmente desorientada, hasta que cambiamos de edificio y ascendimos por unas escaleras al piso de arriba, donde se ubicaba el locutorio. Cada visitante fue conducido a una de las largas mesas, separadas las unas de las otras por tabiques de cristal de pavés que no impedían escuchar y entrever los movimientos de las visitas colindantes. No usaban los nombres de los internos, sólo sus números. La del 217, pase por aquí, dijo un híbrido de oficinista y patrullero. Giré la cabeza un instante antes de entrar en el cubículo que me habían asignado y pude ver cómo una policía joven y antipática revisaba lentamente, ante la impaciencia de la niña, el paquete que la mujer ecuatoriana había traído para su hermana. El guardián que me había tocado a mí dejó el periódico sobre la mesa, abrió mi bolsita de papel y la carta de Kwame, pero no la leyó. Dio el visto bueno a lo que traía sin ponerle demasiada intención al gesto. Al cabo de un rato apareció Ibrahima acompañado de otro agente que se quedó de pie

junto a él, muy serio, en su extremo de la recia tabla de dos metros que nos separaba.

El senegalés me sonrió nada más verme, a la vez sorprendido y agradecido por mi visita. Le conté lo que le había traído y se interesó por el amigo ghanés. Conforme iban entrando los otros internos en los locutorios, crecía el ruido y había que hablar más alto. Le hice el parte de mi visita al hospital de Toledo, había visto bien a Kwame a pesar de la tetraplejia, con buen ánimo y entero. Ibrahima volvió a sonreír, esta vez aliviado, recuerdo que me regaló una ristra de sonrisas que me llenaron de aire fresco los pulmones. Todo lo que nos rodeaba parecía no ser nada para aquel Hércules africano.

No sé si se debió a que yo era española, o a mi aspecto de persona distinguida en medio de tanta clase obrera, pero mi visita se prolongó más que ninguna. Por la subida repentina de tono de voz supe que, en la mesa a mi derecha, la niña vio interrumpida la conversación con su madre casi cinco minutos antes de que yo dejara de comunicarme a gritos con Ibrahima. Entendí que, esta vez, la mujer que las vigilaba aplacaba los ánimos permitiendo que la madre le diera un beso de despedida a su hija. Las manos atrás, gritó con severidad, nada de abrazos. Sentí el llanto, los gritos de la cría, las amenazas de impedir nuevas visitas que profería la agente de policía, ¿para esto he permitido que os dierais un beso?, mientras arrastraba a la fuerza a la criatura que se rebelaba contra el desgarro que le imponían con civilizado salvajismo. De la mesa a mi izquierda, percibí cómo el guardia zanjaba la conversación cuando el interno se quejaba a gritos, en medio de un arrebato de cólera, de que tenía que dormir en el suelo sobre una gomaespuma raída, había humedades y goteras, la comida era una mierda, la humareda de tabaco resultaba insoportable en la sala donde todos los de su módulo compartían un único televisor. Pero Ibrahima me aseguró que él estaba bien, nada fuera de lo acostumbrado en este país de blancos, afirmó con ironía. Su comentario no pareció llamar la atención de los guardias. Me pidió que no me preocupara, que no necesitaba abogado ni nada, no pasaporte, no nacionalidad, me explicó, puedo salir de aquí, seguro no me expulsan. Le prometí que le iría trayendo el dinero de Kwame y

agradeció mi propósito de hacerle una visita de vez en cuando, sobre todo teniendo en cuenta que nadie había venido a verlo porque había que tener los papeles en regla, y sus amigos, o estaban presos como él, o eran sin papeles como él. A continuación, se puso a relatarme las circunstancias de su detención.

Escuché boquiabierta que lo habían avisado de que fuera a la oficina de Polipérgamo a cobrar los tres meses de salario que le debían y acudió tan campante a la cita... para encontrarse con que allí lo esperaban varios agentes de policía que charlaban tranquilamente con el encargado. En total, fueron media docena los compañeros atrapados en la encerrona, todos del África subsahariana, alguno de los que yo había visto con él en el tajo o en los tubos de hormigón. Les pidieron la tarjera de residencia y el permiso de trabajo, y ellos sacaron los documentos falsos que les había entregado en su momento el propio Matías. Alguien los había fabricado con las fotos que el jefe les hizo el primer día en la obra, en cuanto se bajaron de la furgoneta del Lejía, un individuo que, al parecer, reclutaba ilegales en el bar de la plaza Elíptica que yo ya conocía bien por el relato de Santiago. Se los llevaron detenidos y sin cobrar sus sueldos. En la comisaría, les prepararon el procedimiento de expulsión y los acusaron de falsedad documental. Matías se quedó en su oficina más ancho que largo. El juez no se lo había pensado dos veces, a Ibrahima le dijo que lo tendrían que expulsar de España y mandó que lo internaran mientras tanto. Sólo pudo ver a su abogado de oficio cuando compareció en el juzgado que le había tocado en suerte, y no había vuelto a saber nada más de él, aunque tampoco parecía importarle demasiado. «Matías y Lejía, hijos de puta —me dijo—, ellos nos denuncian a policía para no pagar, hay que avisar a compañeros para que no engañar más.»

Treinta y dos

¿Ustedes creen en el amor? Yo siempre estuve convencido de que a mí me iba a dejar de lado. Nunca iba a encontrar una mujer en sintonía con mis sueños, tendría suerte si hallaba a una dispuesta a convivir conmigo, pero pasé muchos años sin esperar nada, convencido de que habría sido un ejercicio patético hacerse ilusiones y verlas difuminarse en el tiempo. Por miedo a la desesperanza me convencí a mí mismo de que iba a ser imposible. Hasta que Victoria se plantó en mi vida como un planeta de gravedad ineludible. Aquel jueves de otoño excavaba en el túnel mientras pensaba en todas esas cosas y disfrutaba de las imágenes de su cuerpo impresas en mi memoria en formato multimedia, combinación de olfato, gusto, oído y tacto. Me parecía tenerla junto a mí en la cabina de la Komatsu, arañaba la tierra en mitad de una erección, hasta que el grito de advertencia de un compañero me sacaba del gozoso ensimismamiento, ¡qué te pasa, Caldera! Así que enderezaba la pala y me enfriaba por dentro los pensamientos, sin ser muy capaz de desvincularme del todo del calor del deseo. Fracasaba día tras día en el trabajo de conciencia con mis compañeros de tajo, de clase social, pero aliado del cariño y el sexo estaba atrayendo a una ingeniera, impulsándola en su deserción desde el otro lado de la barricada. La pala arrancaba la tierra y me sentía fuerte, lleno, contento. Cuando salí del trabajo, de camino al metro, el enfado por el empeño de Victoria en ir sola al CIE se me había pasado por completo. Ahora tenía ganas de abrazarla, de saber que todo había ido bien.

Entré en mi casa de San Blas y escuché la ducha en funcionamiento. ¡Hola, Victoria!, grité, y se cerró el grifo y salió desnuda del baño, con una toalla enrollada en la cabeza, para abrazarme. Me llené de su cuerpo húmedo, nos perdimos en un beso de bocas y lenguas que hizo caer al suelo esa especie de turbante con el que se cubría el cabello.

Me desnudé sobre la marcha y rebotamos sobre mi cama, tocándonos furiosamente, metiéndonos el uno en el otro sin miramientos. Ingresamos en un escándalo de animales que se montan, jadeos, chirridos del lecho y golpes del cabecero contra la pared.

Me acariciaba cuando me dijo: «Digo yo que ya se te ha pasado el enfado, hay que ver, Santiago, lo que te dura un disgusto», y la miré y me reí. Luego le pregunté por su visita a Ibrahima. «Cenamos y te lo cuento», me contestó. «¡A La Perla!», exclamé, y salimos en busca del bar.

En el local se respiraban aires de conspiración. Aunque estaba abierto, los únicos clientes eran los miembros de la mesa permanente de la Coordinadora de Vecinos de San Blas, de la que yo formaba parte, que comentaban la asamblea de la que acababan de salir. Era una faceta de mis militancias que tenía gravemente descuidada últimamente y se me había olvidado por completo la convocatoria de aquella reunión, pero Maruja y Miguel debieron de explicarles algo a los compañeros reunidos alrededor de una mesa poblada de cervezas, patatas fritas y aceitunas, porque encontré sonriente comprensión donde lo esperable hubiera sido el reproche. Además, estaban contentos: la Consejería de Sanidad nos había concedido una reunión para discutir la nueva zonificación sanitaria. La movilización ciudadana iba dando sus frutos. En representación de la Coordinadora de Vecinos irían algunos de los portavoces más competentes, entre ellos mi camarada Conejero, con el encargo de no aceptar nada que no fuera que las cosas se quedaran como estaban o que mejoraran en proximidad y dotación facultativa. Y dejar bien claro que iba a arder Roma con Santiago si seguían adelante con los planes de hacernos depender de las consultas externas del Gregorio Marañón o del ambulatorio de Moratalaz.

Tras los oportunos saludos, la presentación de Victoria y una rápida puesta al día informativa, nos sentamos en un aparte. Preguntamos si tenían algo para cenar, porque veíamos el local como de capa caída, como que allí no se trabajaba como otras veces. Seguro que encontramos algo para vosotros, aseguró la maternal cocinera con una sonrisa. Volvió a su burbuja de fogones y grasa mientras se despedían

los compañeros de la Coordinadora, que ya habían apurado las cervezas y los temas de conspiración, y en unos minutos estábamos los cuatro solos en La Perla. Miguel bajó la persiana. Agradecía tener de vez en cuando un mal día en lo tocante a afluencia de público. El negocio iba muy bien, no se podían quejar, y ese jueves les apetecía quedarse charlando tranquilamente con nosotros aprovechando que no había más clientes.

Así que cuando Victoria me hizo el relato pormenorizado de su visita al Centro de Internamiento de Extranjeros, Maruja y Miguel escuchaban atentamente sentados a nuestra vera. Victoria no se dejó un detalle por contar mientras engullíamos tortilla de patatas y croquetas de cocido. Cuando terminó su historia, el local se quedó sumido en un silencio extraño poblado del zumbido de los frigoríficos de la barra. ¿Queréis un café?, Miguel quebró el hechizo y le contesté que mejor que trajera algo para brindar por Ibrahima. Miguel abrió una botella de cava. El tapón rebotó en el techo y casi le da a Victoria en la cabeza. «Por que Ibrahima se salga con la suya y no lo expulsen», propuso Victoria para el brindis, Nos reímos, chocamos las copas y nos bebimos de un trago el vino espumoso.

—Vaya, por lo que tiene que pasar esa pobre gente —se lamentó Maruja mirándome a los ojos.

—Oye, Santiago, perdona que te cambie de tema... —Miguel se dirigió a mí con la voz de la experiencia—, ¿de verdad engañaste al camarero ese del bareto de la plaza Elíptica haciéndote pasar por ruso?

—Kazajo, Miguel, kazajo, de Kazajstán.

—Pues ándate con mucho ojo con esa gente. Los llaman negreros y es por algo. Te lo advierto, son chungos, muy chungos. Piénsatelo bien antes de hacer ninguna tontería.

Cuando salíamos del bar, Victoria, algo achispada por el cava, me dio su cintura para regresar al piso muy agarrados el uno al otro.

—Pues tenemos que cumplir el encargo de Ibrahima —me dijo.

—No estarás pensando lo que estoy adivinando.

—Hay que ir allí y ver el modo de avisar a los que esperan para trabajar.

Treinta y tres

La segunda vez que Santiago se enfadó conmigo fue cuando me atreví a pedirle, como si tal cosa, que regresara al bar de la plaza Elíptica para intentar avisar de las intenciones del Lejía y Matías a los inmigrantes sin papeles. Lo más sencillo hubiera sido decirme que lo sentía, que, además de difícil, era muy arriesgado, pero Santiago me quería con locura y su reacción fue enfadarse porque desde el momento en que yo se lo había pedido él sabía que no iba a poder negarse. Por segunda vez en dos días se puso un caparazón taciturno. Se soltó de mi cintura mientras regresábamos desde La Perla a su piso de la calle Brocado. No volvió a dirigirme la palabra, no me dijo que sí ni que no, se calló, frunció el ceño y se quedó sin habla hasta que se levantó por la mañana, me despertó como de costumbre y, en vez de buenos días, me dijo que era una abusona, que me aprovechaba de lo que me quería y que vale, que volvería el lunes de madrugada al bar de los negros y trataría de averiguar quién era el Lejía ese para avisar a los currantes de lo que les podía pasar si confiaban en él.

—Que conste que lo hago por ti —añadió.

Me entró un poco de miedo, pero no dije nada. Ahora hay veces que me echo en cara no haber hecho caso al impulso del temor. O no haberme propuesto cumplir yo con la misión que me había encomendado Ibrahima. Desde el principio di por hecho que era una tarea para un hombre, es decir, para Santiago. Tampoco él lo puso en duda.

A las nueve, en el trabajo, me llamó la secretaria de Rocabruna al móvil. El consejero ejecutivo me convocaba a su despacho el lunes a las diez. Me puse nerviosa. ¿Qué te pasa, chica?, preguntó Mejías. Me acaba de citar un consejero ejecutivo para el lunes, le dije, y él sonrió orgulloso. Estaba seguro de que yo era una ingeniera de altos vuelos, se me notaba el talento a la legua.

—Será un placer cubrirte, chica, me ocuparé de todo para que vayas tranquila —exclamó complacido.

—Oye, Mejías, ¿tú no tenías que haberte ido a Mérida?

—Lo he hablado con Ricardo. Me marcho esta tarde. Estaré fuera el fin de semana.

Llamé al jefe de obra para pedirle explicaciones por el acortamiento del permiso de mi encargado. Había sido Mejías el que se empeñaba en trabajar el viernes por la mañana, podíamos permitirnos aflojar un poco el fin de semana y no quería ser un lastre para el proyecto. No puedo con él, le dije a mi jefe, se pasa. Me respondió que a la UTE le interesaba gente como este maestro de obra dispuesto siempre al sacrificio personal para sacar adelante el trabajo. Cambié inmediatamente de tema, le conté que me había citado Rocabruna y Ricardo me felicitó.

—No estaría yo tan segura de que me llame para nada bueno —le dije sudando sobre el auricular.

—¿Cómo que no? Viqui, todo marcha viento en popa a toda vela, tu sector es de los que mejor progresan en toda la concesión, no puede tener sino informes buenos sobre tu desempeño en el puesto.

—Ojalá tengas razón —le contesté.

Luego me incorporé a la faena y cumplí con ganas. Me movía por las obras como una cabra montés por los riscos, rápida y segura, haciendo lo que poco tiempo atrás me hubieran parecido auténticas piruetas para recorrer con presteza las zonas que me tocaba supervisar. Se nos estropeó una pilotadora. Íbamos bien con las previsiones, pero me puse las pilas para que nos trajeran una nueva mientras arreglaban la que nos acababa de dejar tirados. No era fácil. La M-30 presionaba mucho el sector, se había movilizado toda la maquinaria pesada disponible en media España, a veces había que irse hasta Francia o Portugal para conseguir más engendros mecánicos. Después de una primera exploración infructuosa del mercado, decidí recorrer la M-30 buscando una que estuviera parada de momento y nos la pudieran prestar.

Eché mano de Jacinta, que buscaba los números en su agenda y hacía parte de las llamadas. Resultó agotadora la combinación de

teléfono y desplazamientos relámpago a sectores remotos de los más de doce kilómetros de obras. Conseguimos que nos cedieran una que permanecía inactiva a la altura de Príncipe Pío. No llegó hasta la tarde. Lo lamenté mucho por los vecinos: se incorporaría al trabajo en el turno de noche, y tendría que taladrar todo lo que había quedado sin hacer durante el día.

Pasó el fin de semana y no le dije nada a Santiago de la llamada de Rocabruna. Fueron un sábado y un domingo en los que nos limitamos a holgazanear en mi apartamento, pero hablando poco. Afortunadamente no tuvo que ir a trabajar por segundo sábado consecutivo.

Los dos estábamos un poco alterados. Era como velar las armas antes de entrar en combate. Yo, además, tenía que esforzarme por no suponer una y otra vez que Rocabruna se había enterado de lo que me estaba pasando y planeaba ajustarme las cuentas. Fui muy egoísta ese fin de semana porque en mi interior la inquietud de la entrevista con el consejero ejecutivo fue desplazando poco a poco el miedo por la expedición de Santiago al mundo de los negreros. Llevo años arrepintiéndome.

El lunes me desperté a la hora de siempre y noté de inmediato la ausencia de Santiago a mi lado en la cama. Acudí al trabajo en coche. Mejías estuvo muy pesado, vete ya, chica, deja ya de preocuparte que yo te cubro, no llegues tarde a tu cita, me repetía todo el rato inflado de ilusión por mí. Hasta las nueve, cuando ya creí tenerlo todo atado y bien atado, no me puse en marcha hacia el Campo de las Naciones. Me hacía la remolona porque todo el cuerpo no se me dejaba de estremecer. Es curioso, cuando llegué el edificio de cristal, sede central de la compañía, me pareció más pequeño y un poquito menos nuevo. Me dirigí rápido hasta el mostrador de la entrada, y casi tartamudeé cuando, con voz nerviosa, le dije a la chica que me sonreía que tenía una cita con Rocabruna. Me miró con simpatía, me pidió el nombre y el DNI y lo confirmó todo. Octavo piso, despacho 806, me sonaba esa cantinela. Me desplacé nerviosa, disimulé con rigidez el nerviosismo en el ascensor y empujé nerviosa la puerta de cristal que me separaba de la lubina que custodiaba amablemente la boca de la

pecera del pez gordo. Nerviosa, le dije que tenía una cita con su jefe y ella me sonrió con gesto tranquilizador, señor Rocabruna, avisó por el intercomunicador, Victoria Suárez está aquí, y, con ademán encantador, el sexagenario ejecutivo salió del despacho a recibirme, ¡Victoria, qué placer verla de nuevo!

Un regusto dulzón me invadió la boca, como cuando superas una rabieta o una grave borrachera de adrenalina. Hola, respondí insulsa. Y me introdujo en su despacho, su brazo fuerte asiéndome con suavidad del hombro. El consejero insistía en lo contento que estaba de verme, tengo buenas noticias para ti, Victoria, pero antes cuéntame qué tal te va la vida. Me quedé congelada mientras tomaba asiento en la cómoda butaca forrada en piel oscura y el gran jefe se acomodaba detrás de su magnífico escritorio. Durante un sospechoso instante permanecí callada, bloqueada, incapaz de urdir el discurso que necesitaba para la ocasión. Rocabruna sonrió.

—Tranquila, Victoria, estoy menos interesado en tu vida personal de lo que te crees. Ya me dijo Germán que habíais roto, y no te creas que te lo reprocho. Germán me gusta, cómo no, pero tú has demostrado ser una mujer con iniciativa, con fuerza de carácter, y eres libre de convivir con quien te plazca. A mí lo que me ha dado que pensar es que has sabido plasmar tu magnífica formación en la práctica de la dirección de obra... porque eso es lo que has estado haciendo, y muy bien, dirección de obra. Tu jefe, Ricardo Rodríguez, me ha pasado muy buenos informes sobre tu desempeño, y no te creas que voy a darle importancia a lo que me ha llegado de parte de tus enemigos. —El consejero ejecutivo se calló y tragué saliva para, por fin, abrir la boca.

—¿Y qué es eso que le ha llegado? —me atreví a preguntar con la boca pequeña.

—Que te has enrollado con un conductor de excavadoras digamos que... un poco rojo. —Me ruboricé, me cagué de miedo y luego, en el estricto espacio intracraneal, maldije con todos los insultos a mi disposición, que no eran pocos, a Juárez, estaba segura de que había sido el cabrón de Juárez.

—Pero acaba usted de decir que no le va a dar importancia a ese

detalle.

—Ya te hablé de mi juventud. Y no te lo conté todo. Lo relevante es tu talento e inteligencia. Lo único que me preocupa es que crezcas en lo profesional, y el crecimiento personal vendrá por descontado. Apuesto por ti, Victoria, y tengo la certeza de que no vas a defraudar mis expectativas. Considero la sensibilidad, la compasión, virtudes de las que fraguan los buenos ejecutivos de la empresa moderna, y pienso que tú puedes ser un gran ejemplo de todo ello. Sé muy bien hasta dónde llegan las pasiones juveniles, y dónde empieza el sentido de la responsabilidad que caracteriza la madurez. Tú, antes o después, deberás dar el paso y consolidarte como un valor importante en nuestro equipo, y eso eliminará derivas y lastres superfluos. Ya vas teniendo edad, Victoria, y estoy seguro de que no vas a dejar pasar la oferta que te voy a hacer.

—¿Qué... oferta? —pregunté casi sin querer, dudando hasta el temblor, porque me sentía desarmada por aquel hombre que me adulaba así desde la cima.

—Si no estoy mal informado, hablas bien inglés.

—Me defiendo. Pasé algunos veranos en Inglaterra e Irlanda.

—Perfecto. Supongo que ya sabrás que el grupo empresarial lleva tiempo ampliando sus líneas de negocios en el extranjero. Nos hemos hecho con el control de la compañía que gestiona unos cuantos de los más importantes aeropuertos británicos. Necesitamos un arquitecto que se incorpore a la oficina de Londres, para integrarse en el equipo directivo encargado de implementar los planes de remodelación que estamos preparando para varias de las instalaciones aeroportuarias. Es un conjunto de proyectos de alto calado, y he pensado en ti como mi delegada técnica de confianza. A partir de ahí, si lo haces bien, lo cual está para mí fuera de toda duda, tu carrera ha de ser meteórica. No hace falta que me contestes ahora mismo. Comprendo tu inquietud. Tienes hasta el miércoles, te espero aquí, a la misma hora. No faltes.

Treinta y cuatro

Aquel lunes me desperté ahogado en una pereza profunda, espesa. Con un impulso heroico me sobrepuse un poco y abandoné la casa de Victoria a las cinco de la mañana, aunque con los ojos cerrados de puro sueño y falta de convencimiento. Me puse con torpeza la misma ropa raída de la otra vez. Mi novia bien se había cuidado de traérsela desde San Blas el viernes, más un gorrito de punto, estrecho y de colores, recuerdo de un viaje a Marruecos en el Peugeot de Conejero, que me cubría la coronilla para darme un aire un tanto musulmán. El trayecto en metro era duro y la sola perspectiva de regresar al bar de Usera me inquietaba hasta el agotamiento, pero caminé hacia delante arrastrado por la mera fuerza de la voluntad. Me pesaban los pies, me sentía tentado de fallar en los transbordos y seguir el viaje en otra dirección, haciéndome el dormido en el vagón, olvidando el propósito tan jodido que me guiaba. Y es que estaba bien cumplir con la voluntad de Ibrahima, era una idea noble y hasta necesaria, pero carecíamos de los medios para afrontar los riesgos, era algo tan descabellado como posiblemente inútil. ¿Cómo iba yo a saber qué furgoneta era la del Lejía? ¿Y si me equivocaba y los privaba de conseguir un trabajo remunerado?

Absorbido por la desazón arribé a mi destino y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para mover las piernas escaleras arriba. Esa pesadez corporal fue la que se alió conmigo, no había preparado mi papel, seguía sin saber prácticamente nada de esa antigua república soviética de la que fingía proceder. Apenas fui capaz de decir algo así como «un kafé», mascullando el sonido velar como arrancándolo a la fuerza de los entresijos de la garganta. El camarero me saludó secamente, dándome a entender que se acordaba de mí pero no tenía ninguna gana de volverme a dar conversación. Agradecí con una especie de mugido su gesto de antipatía y agarré el brebaje al que, por

su cuenta y riesgo, quizás porque eran las seis menos cinco de la mañana, había añadido un buen chorro de leche.

Me senté a una mesa libre junto a la cristalera grasienta que daba a la calle y me dispuse a esperar. Corría el minutero del anuncio de güisqui con reloj y empecé a desear que se acelerara, porque a las ocho entraba a trabajar y qué le iba a hacer si no aparecía la camioneta y a la par que me inquietaba, me decía para mis adentros que cuanto antes me quitara esa misión de en medio, mejor, deseando que apareciera y todo terminara cuanto antes. La última vez que enfoqué la mirada en el reloj de pared eran las siete y cuarto, y no sabría decir cuánto tiempo después vi que el individuo de la barra me hacía un gesto conciso con la cabeza. A través del cristal, opaco por los años y la mugre, barrunté una furgoneta gris, una vieja Nissan Vanette de por lo menos quince años, que frenaba enfrente de la cafetería y un grupo de por lo menos una docena de hombres, todos negros, acudía a toda prisa a aparcarse de pie junto al vehículo. Ya no había marcha atrás y el spray de adrenalina que se me activó a la altura del diafragma me espabiló el andar, los gestos, el habla. ¿Dónde irr estos a trrabajarrr?, me atreví a preguntarle al camarero, que me miró con jeta de «eso no se pregunta», así que encogí los hombros y enfilé con decisión la salida. A mi espalda escuché la voz del barrigudo barman con escalofriante claridad, se me pusieron los pelos de punta: «¡Kazajo, es la furgona del Lejía, esos van pa la M-30!». Recuerdo que asimilé a cámara lenta lo que esas palabras implicaban. Ni me giré, yo no hablaba español, venía de un país remoto de Asia central, a mí me importaba una mierda si aquel vehículo me iba a transportar a la M-30 o al aeropuerto de Ciudad Real o a tomar por culo. Me acerqué hasta la muralla de hombres grandes, atléticos. Pedí paso, paso, paso, entre capuchas de sudaderas e impermeables acolchados rellenos de músculo, paso, paso, paso... y de pronto me hallé del mismo lado que un tipo blanco no muy alto, fornido, con mandíbulas de mulo de carga, pelo cortado a cepillo y un tatuaje en chino en el cuello por encima de la holgada cazadora caqui con banderita de España al hombro. Ese individuo miraba a todos esos jóvenes, seguramente africanos, como quien escoge los mejores

ejemplares en la feria de ganado. De dentro de la furgoneta surgió un chaval español moreno, de metro ochenta y cabeza rapada, Lejía, para hoy sólo nos han pedido siete, dijo, y el Lejía se me quedó mirando y me preguntó, ¡quién cojones eres tú!, y me enderecé, me puse serio y tieso como una vara y con toda la rabia de un siglo de luchas calentándome el pecho di un paso de cara a todos aquellos trabajadores que suplicaban que los dejaran montarse en ese vehículo y hablé a gritos con mi propia voz, ya sin disimulo:

—¡Compañeros, no montéis en esta furgoneta! ¡Esta gente os denunciará a la policía antes de pagaros! ¡No pagan, estos os denuncian! ¡Hay varios compañeros vuestros en el CIE, los tiene la policía porque Polipérgamo les dio papeles falsos y luego, para no pagar, los denunció!

Se había parado el tiempo, pero enseguida se puso de nuevo en marcha. Supe enseguida que mi audiencia pasaba de mí. El realismo es tozudo y de entre todo el grupo de desarrapados sólo encontré a un hombre que me escuchara, un coloso de ébano que no dejaba de mirarme y dio un paso adelante y le paró los pies de sólo un vistazo al del cráneo pelado, que bajaba de la Vanette con una contundente barra de hierro en la mano mientras el Lejía gritaba: «¡Quién cojones es este hijoputa, niño, quítamelo de encima!». Al abrigo de aquel hombretón contemplé entristecido cómo los chicos pugnaban por ser elegidos y el individuo de la chaqueta verde decía, tú, y tú, tú no, tú sí, tú, y tú, y tú, y tú, y cerraba con energía la puerta corredera la lata de sardinas con ruedas, se montaba en el puesto de conductor, le daba una inquietante orden mímica al joven que me amenazaba con el bastón metálico, accionaba el contacto del motor y se largaba de allí con la carga. En menos de un minuto se disipó en todas direcciones la media docena de aspirantes a esclavo que se habían quedado sin embarcar. Sobre la acera, el cabeza rapada, el hombre montaña y un servidor, inmóviles en la misma posición de tablas. De la garganta de mi protector salió un «gracias, amigo» profundo, de una gravedad rocosa, cavernaria, «yo oigo antes esa historia, pero no la creo, ahora tú la cuentas y sé que es verdad». Le dije que yo era quien le daba las gracias a él, que me había librado de que me abrieran la cabeza como

una sandía madura.

—Tú bravo por avisarnos —me contestó.

—Vámonos de aquí —le pedí, señalando al cómplice del negrero, que se apoyaba en el hierro y esperaba el porvenir sin perderme ojo.

Anduvimos muy juntos, en silencio y sin mirar atrás, hasta la boca de metro, y al enfilar las escaleras comprobamos que no teníamos la amenaza a la vista. El gigante se despidió de mí y retornó al Madrid exterior. Busqué mi andén y el convoy que me correspondía y pude comprobar en el reloj de la estación que apenas faltaba un cuarto de hora para las ocho, la hora de entrar a trabajar. El vagón iba abarrotado de gente, pero no me importaba, había cumplido con mi propósito, aunque con resultados decepcionantes. Me consolé pensando que, por lo menos, había librado a un hombre de la experiencia de Ibrahima. Joder, recuerdo que me dije, a mi protector seguro que el Lejía lo habría escogido, tenía pinta de levantar doscientos kilos con una mano, y me reí para mis adentros suponiendo el disgusto del negrero teniendo que dejar escapar la mejor presa.

Enseguida llegamos a Oporto, me tocaba transbordar. Me di prisa, salí corriendo del vagón atestado de gente y busqué el pasillo que me conducía a la línea cinco, Urgel, Marqués de Vadillo, Acacias. Liberado, volaba hacia el curro porque estaba a punto de llegar tarde. Cuando puse los pies en el andén, el tren me esperaba con las puertas abiertas. Un instante antes de entrar miré a derecha e izquierda, no sé si por un acto reflejo, y reparé en el joven de la cabeza rapada, que entraba en el vagón siguiente del mismo convoy. Tragué saliva. ¿Qué hago?, recuerdo que pensé. Me había venido siguiendo con más astucia de la que cabía inferir a partir de su cara de gilipollas. Pero la prisa me impedía pensar. Pirámides. Se abrió la puerta y no salí. Esperé hasta el límite, el silbato. Piiiiiiii. Y me lancé al andén, corriendo a la vez que miraba hacia atrás, para constatar que había burlado la vigilancia. Sin embargo, un viajero rezagado consiguió meter el cuerpo entre las hojas metálicas que se cerraban y el maquinista se vio obligado a abrir de nuevo las puertas. El cabeza rapada salió a toda prisa y desaparecí hacia arriba como alma que lleva el diablo. Ya eran las ocho.

Corrí sin mirar atrás hasta desfallecer. Cuando me incorporé a mi puesto, el Ruso hizo uno de sus comentarios, hostia, otra vez vienes disfrazado de pobre, Caldera, y parece que vengas de la guerra, jadeando, de la guerra... o quién sabe de dónde, «¡Caldera, que no son horas!». Lo fulminé con mi mirada asesina, «Joder, no es para tanto, ¿no te parece?», adujo en su defensa. Me monté en la máquina y me olvidé de mis problemas. Llamé a Victoria varias veces, pero no cogía el móvil. Estará muy liada, pensé.

Por la tarde, a la salida, me metí en el bolsillo una llave inglesa y la navaja del almuerzo. En el momento crítico de abandonar el recinto de las obras, abrí la cuchilla y oteé en todas direcciones. No vi a nadie y me tranquilicé. No encontré el coche de Victoria así que me encaminé a la estación del metro. Nos tocaba dormir en San Blas, y agradecí regresar a mi piso porque me sentía totalmente baldado después de un día tan violento, intenso, agotador.

Cuando entré en casa, Victoria aún no había llegado. Pensé que era un incordio que las cosas le fueran bien con la empresa, porque eso podía significar más responsabilidades, más tiempo y dedicación, y yo tenía avaricia de enamorado, la quería toda para mí, la echaba mucho de menos y no perdonaba unos minutos sin verla. Sin embargo, no vino esa noche a casa. Me llamó por teléfono a las nueve. «Tengo algo importante en lo que pensar, me dijo, y necesito estar sola unos días.» Casi no reaccionó cuando le relaté mi experiencia, la sentí al otro lado de la línea como encogida, seca, y no hizo ningún comentario «¿Qué te pasa, Victoria?», le pregunté, preocupado y enfadado a la vez. Me había jugado el pellejo por ella y ahora parecía que Ibrahima, mi esfuerzo, el CIE, los negreros, todo eso había pasado a un segundo plano «¿Qué te pasa?», volví a preguntarle. «Ya te contaré —prometió con una voz irritantemente neutra—, ahora necesito estar sola.» Y colgó.

Apenas dormí. Sentía ganas de morirme, maldije el amor, «¡Es una mierda enamorarse!», grité varias veces. Conciliaba el sueño a ratos, pero enseguida me despertaba sudoroso, agitado, hecho una mierda. No conseguía apagar los pensamientos repetidos en torno a Victoria, los días con ella, sus hermosas flaquezas, mis descubrimientos, los

progresos en una relación que ahora parecía venirse abajo de un plumazo. Quizás la ha llamado Rocabruna, o sus padres, o piensa volver con Germán, me decía torturándome sin tregua, va a volver con los de su clase, me va a dejar tirado, enamorado hasta los tuétanos y tirado como un papel lleno de mierda en el parque. Y recordaba el olor de su cuerpo y me decía a mí mismo que ya no iba a poder seguir vivo sin sentirla, me moriré si no puedo olerla a mi lado cada mañana, si ya no vuelvo a acariciarla, a besarla, si me priva para siempre de la voz que me duerme de tranquilidad con sólo de oírla, aunque sea por teléfono. Cuando sonó el despertador, me levanté del lecho hecho un pingajo. Sin darme cuenta me volví a poner la ropa del disfraz de sin papeles, me comí dos cucharadas de café molido y engullí leche hasta que se me derramó por la tripa. Me sequé con un trapo que dejé por ahí tirado y me fui a trabajar como un autómata estropeado.

Sentí un silencio de mármol a mi alrededor. Los compañeros me miraban atónitos, tal era el aspecto mugriento con el que me presenté en el tajo. No era sólo la indumentaria, era todo mi ser, que se defendía con miradas fulminantes de perro rabioso. Me monté en la máquina y cometí los primeros errores de mi carrera en la empresa de Santoni. Por mi culpa hubo que reparar una pantalla de hormigón a la que sacudí tal golpe con la pala que se le abrió una grieta y se le hizo una fea hendidura. Rodríguez se atrevió a reñirme, pero le respondí violento y, no queriendo hablarme más, se fue a buscar al jefe.

Santoni me hizo bajar de la Komatsu y me llevó a la caseta. Ante él se me atemperó la furia y lo seguí, sumiso. Un compañero me sustituyó en la máquina. Con la mano izquierda sobre la barriga, signo inequívoco de que procedía a hablarme con su habitual tono tan práctico como paternal, mi patrón me preguntó qué diantres me pasaba. Me eché a llorar en su hombro. Ahora me avergüenza recordarlo, ahí estaba yo, destrozado por dentro, sin haber descansado después de una de las aventuras más agotadoras de mi vida, sintiendo que nada de lo que había hecho hasta entonces tenía el menor sentido. Me abrazó amistosamente, me dio unos golpecitos en la espalda y unos minutos después me recorrió el organismo la sensación de desahogo que señalaba el final del sofocón. Me había recompuesto lo

bastante como para reincorporarme al trabajo con garantías y ya empezaba a sentir vergüenza de mi aspecto y mi actitud de aquella mañana aciaga. Le aseguré por activa y por pasiva a Santoni que podía retomar mis tareas, que ya estaba, que ya se me había pasado. Le dije, por cierto, que era cosa de una mujer y se mostró comprensivo, aliviado. «Nunca hasta ahora me habías fallado con la excavadora, Santiago —me dijo—, así que tendré que concederte el beneficio de la duda.»

«Vamos, Caldera —se atrevió a soltar el Ruso cuando vio que regresaba a mi puesto más calmado—, que aún no es luna llena.» Hubo quien se rió en el túnel. No contesté. Puse en marcha el motor y me concentré en hacerlo lo mejor posible. Runrún. Arañazo al montón de suelo. Runrún. La pluma elevaba la carga, desprendía el puñado de escoria en el volquete. Runrún. Arañazo al montón de suelo. Runrún. Un pensamiento. Activé el piloto automático. El runrún rítmico como fondo mientras me iba consolando y la rabia daba paso a una melancolía repleta de conciencia. No iba a arruinar mi vida así, de repente, yo era lo bastante fuerte como para seguir adelante. Además, no tenía por qué dar por hecho que Victoria me iba a abandonar, los hechos precedentes señalaban que quedaba abierta la puerta del regreso. Ella estaba preñada de contradicciones, y era profundamente decente, estaba enferma de principios, y eso no se cura, como ella misma solía decir a menudo. La echaba de menos y me atrevía a pensar que ella también me echaría de menos a mí, que estaba enamorada de verdad, y que lo mejor sería dejarla que pensara lo que quiera que fuera que tenía que pensar, que el resultado acabaría por favorecerme. Un chasquido en el aparato de radio: Rodríguez me daba la señal de alarma. «¡Caldera, nos aproximamos a la línea!» Desactivé el piloto automático y medí con la mirada el arañazo. Runrún. Descarga en el camión. Runrún. Acariciaba el límite. Me detuve. Vuelta a empezar.

A las seis salí de las obras cansado y hambriento. Caminé decidido hacia el metro, intentando olvidar que no había quedado con Victoria, que ella no me esperaba en su coche o a la puerta del metro Pirámides. Oscurecía. Enseguida me di cuenta de que me seguían. Giré

la cabeza y descubrí un grupo de cinco jóvenes, armados de bates de béisbol, una cadena de moto, unos luchacos, un puño de acero. Avanzaban hacia mí formando un mazacote de cuerpos. No había duda, yo era la presa a la que acechaban. Eché a correr y ellos también. Pero a mí me atravesaban el agotamiento y el desánimo. Y en unos instantes me vi arrinconado en un tramo mal iluminado del paseo de la Chopera. Los agresores me rodeaban y empezaron a lanzarme patadas que yo trataba de evitar mientras los viandantes esquivaban, acobardados, la escena sin inmutarse. «¡Mira como se caga ahora en los pantalones, el amigo de los negros!», dijo uno de ellos riéndose. Casi no recuerdo sus rostros, todos me parecieron iguales. Llevaban el pelo rapado al cero, cazadoras de color verde caqui o carbón. Uno portaba una cruz de hierro alemana encadenada que le colgaba del pantalón. Agarré las llaves del bolsillo y las encajé entre los dedos, para que sobresalieran aristas de metal. Acorralado, los medí uno por uno en una fracción de segundo y descubrí el eslabón más débil, un adolescente delgado, de rostro colorado enfebrecido y músculos tensos como cables de acero, pero de aspecto desgarbado. Cuando se alzaba contra mí el primer bastón, me abalancé contra el lobezno y le metí un puñetazo tremendo en la cara. Se echó hacia atrás, conmocionado, ensangrentado, y salté hacia el hueco que dejaba abierto en el muro de armarios, pero alguien me sacudió una patada tremenda en el estómago y caí estrepitosamente al suelo. «¡Te vas a enterar, rojo hijo de puta!», oí a mi espalda. Sentí otra patada en la tripa, un bastonazo en la espalda, un golpe brutal en la nuca. Ya no recuerdo nada, sólo oscuridad.

Presente

... que tot està per fer i tot és possible.

MIQUEL MARTÍ I POL

Domingo

Santiago abre los ojos. Es difícil dormir la siesta en la hamaca, a la sombra de la higuera cuajada de brevas verdes, con el jardín lleno de gente, niños corriendo, incordiando, jugando a pillarse unos a otros, dos o tres conversaciones desarrollándose simultáneas en la larga mesa hecha de un simple tablón blanco de aglomerado y tres caballetes. Victoria le ha amonestado con la mirada cuando se ha levantado de la silla y ha anunciado con tono displicente que se iba a dormir un rato. A Santiago le aburre un poco el ambiente de la gente bien del pueblo. Cuando se instalaron, después de salir del coma, en la casa heredada de la madre muerta, una nube de funcionarios del Ayuntamiento, personal sanitario, veterinarios de la junta, maestros de escuela, profesores de instituto, licenciados universitarios que escriben en ratos libres, concejales progres, empleados de banca, hosteleros de casa rural y periodistas de provincias los envolvió, atraídos por la miel pegajosa, ese rostro, ese acento, esa clase, en suma, de la nueva arquitecta de la mancomunidad de municipios. A Victoria se le notaba su origen de clase. A pesar de todo lo que la experiencia en la M-30 la había transformado, entró en el pueblo con el aire perfecto, un aura suave de superioridad tan natural que imantó a los jóvenes ya no tan jóvenes que lucen una urbanidad progresista no exenta de bienpensante hipocresía, los pocos profesionales cualificados que ejercen en los contornos, el personal que con sus maneras, su léxico, sus costumbres exhibe *distinción* en el escalafón social rural. Santiago prefiere el ambiente que rodea a su tío Pascual, el círculo, ausente en esta fiesta, de los rojos oficiales de la comarca, cuatro gatos señalados como hippies o raritos, abocados al fracaso en un terreno que se ha ido haciendo hostil con los años, las subvenciones, las migajas del bienestar que han dado al pueblo aspecto humano de urbanización de chalé adosado, con gente que coge el coche hasta para ir a mear y

madres e hijos inflados como ganado cebón por la opulencia en chucherías. Hay un auténtico bufé libre al alcance de todos los bolsillos en dos o tres tienduchas. «Esta gente se cree que viven en Madrid, míralos», suele ironizar Javier, el maestro de escuela disidente, poeta regional maldito con una espesa biografía a sus espaldas, el único amigo de verdad que Santiago ha encontrado, fuera de lo que le queda de familia, en su retorno al pueblo.

El maquinista otea a su alrededor. Encuentra a Carmen, una enfermera del centro de salud que está casada con José María, el cronista oficial de la localidad, un oscuro maestro calvo, historiador frustrado, autor de varios libros publicados por la Diputación y que nadie ha leído enteros. Carmen es abiertamente ciclotímica, lo mismo se siente fuerte y destroza a sus enemigos con afilada lengua, a base de sarcasmo y memoria inteligente de los disparates ajenos, lo mismo está deprimida y es una letanía de lamentos secos, breves, y silencios que enajenan. A estos dos no hay quien los aguante, se queja Santiago para sus adentros, mientras José María abre la boca para volver a hablar de su último libro, la que va a ser su obra maestra, que condensará todas sus investigaciones acerca de la historia reciente del pueblo y que el Ayuntamiento ha prometido publicar con profusión de fotografías a todo color en papel cuché de alto gramaje. Tienen dos hijas, una adolescente que ya está en la ESO, de la que se dice que es un tormento para los profesores del instituto comarcal, y una mocita de ocho años tan pronto simpatiquísima como alicaída, barrunto de la madre en chiquitito. La cría se acerca a Ernesto, el hijo de un año de Santiago y Victoria, que contempla sonriendo el jolgorio del jardín apoyado en la barandilla del parquecito para bebés en el que se esfuerza, chupete en boca, por practicar el equilibrio, a punto de lanzarse de una vez a caminar por sí mismo. Santiago mira, embelesado, a su retoño, que se alegra de que la muchachita le haga caso. «Que alguien traiga un babero para este padre», escucha a su espalda, y se gira en la hamaca para toparse con Rodrigo, el atlético veterinario de la junta, que tiene la oficina en el pueblo de al lado, a unos doce kilómetros que recorre a veces en bicicleta armado de un ridículo maillot que se le pega al cuerpo y un casco que deja entrever

el cabello a través de la urdimbre de defensas de plástico duro. El conductor de excavadoras sonríe, aunque le cuesta comunicarse con ese individuo que castiga con un súbito retraimiento, con una decepcionante distancia que interpone de pronto, cualquier intento de expresión sincera de las opiniones de uno, sobre todo si se salen de la delgada línea que él entiende que es la frontera de lo políticamente correcto. El diálogo con ese ser se reduce a un juego inerme de paridas insulsas, después de dos o tres agrias experiencias en las que Santiago intentara llegar algo más lejos en temas como el cambio climático o la pérdida de biodiversidad en la agricultura y la ganadería.

Rodrigo está casado con Marisa, la trabajadora social del equipo de zona que atiende al pueblo. Ambos llegaron a la tierra de los ancestros del maquinista procedentes de Madrid, huyendo de Madrid, y ella es la mosca que más revolotea alrededor de Victoria. Es una mujer envidiosa, que intenta decir a cada cual lo que quiere oír y que guarda un desdén insoportable para la gente a la que, en su interior, declara indeseable. Se queja permanentemente de los sacrificios sociales que la vida en la localidad rural exige del recién llegado de la capital y se jacta de tener la lección bien aprendida. Santiago no sabe si se da cuenta de que es ella la primera valedora de un ambiente aposentado sobre el chismorreo, la maledicencia, la mutua vigilancia, la vanagloria. Marisa se desenvuelve como pez en el agua en el círculo que dice detestar, y el maquinista masculla una sonrisa malvada cuando se le pasa por la cabeza que no se fueron de Madrid para, como afirman siempre, «reencontrarse con la naturaleza», sino para ser alguien, para realizarse ella como marujona que mueve los hilos y él como silencioso hombre de bien a quien se respeta por el poco hablar que nunca lo compromete en nada. Tienen un hijo de la misma edad que Ernesto. Marisa de vez en cuando fantasea planes en voz alta para los dos grandes amigos, Ernesto y Julio, les adivina un futuro brillante de triunfo personal en equipo. A Victoria le gusta tener proximidad con padres de niños de la edad del suyo, pero cuando escucha esas tonterías en boca de la asistente social mira para otro lado tratando de disimular un leve acceso de animadversión.

Santiago hace un esfuerzo, se pone de pie con decisión y se acerca a

la mesa. «¡Tenemos un pacharán estupendo, ¿alguien quiere una copita?!», anuncia ante los comensales, que ya han dejado atrás hace rato los cafés y los cigarrillos de después de la comida. Victoria le sonríe. Sólo levanta la mano Rafael, el propietario de la casa rural del Paraje de las Perdices, uno de los rincones más hermosos del término municipal, cerca de la Curva de las Ranas. Es otro madrileño arrepentido que decidió, en su momento, escapar de la gran urbe. Se había hecho rico vendiendo la herencia recalificada que recibió de una tía suya, unos solares en un páramo en las cercanías de Brunete donde se edificó una gran urbanización de chalés adosados, y dejó su trabajo en una agencia de publicidad para montar su pequeño negocio en el pueblo de Santiago. De toda la concurrencia, es uno de los personajes que menos disgusta al conductor de excavadoras por la ingenua naturalidad con la que ve la vida y lo que lo rodea, pero detesta en él un mal muy común, la cobardía, y tampoco le agrada el exceso de banalidad con la que habla de ciertas cosas. Rafael es gay, pero nunca acude a los compromisos con su pareja, un muchacho marroquí, Yussuf, al que Santiago apenas conoce y que es el que lleva el peso del trabajo en el negocio de hostelería. Rafael es un hombre moreno de gran tamaño y estiloso en el vestir que acerca con delicadeza la mano hasta la copa que le ofrece el anfitrión.

«El cocinero siempre tentándonos, pero yo ya no puedo tomar ni gloria», proclama en el extremo opuesto de la mesa Luchito, profesor de Biología en el instituto de secundaria, un joven de treinta y cinco años muy delgado y guasón, padre de otro niño que sólo ha vivido hasta el momento un verano y dos inviernos, Álvaro, el cual corretea chillando por el césped. «Sí, hay que reconocer que la paella estaba buenísima», afirma Lupe, su mujer, la concejala de Urbanismo, uno de los pesos pesados del consistorio y del progresismo local, y no piensa esto Santiago por sus más de cien kilos para menos de un metro setenta de estatura, sino por los relatos de Victoria, a todos los efectos empleada suya cuando desempeña sus funciones en el Ayuntamiento del pueblo. Lupe camina detrás de Alvarito con gesto de agotamiento y sin apenas flexionar las rodillas. Tiene algunos años más que su marido y una forma de reírse que da miedo a los niños. Es basta y

terca, pero posee una inteligencia viva y sutil que la convierte en una gobernanta temida por sus enemigos y respetada por sus compañeros.

Roberto cierra el periódico y echa una mirada a sus niñas, dos muñecas castañas, una de cinco y otra de siete años de edad que no dejan de chincharse mutuamente. Su mujer, Benita, Beni para los amigos, la aparejadora municipal, periódica compañera de trabajo de Victoria, amonesta con su voz grave, cascada, a su hijo menor, de un añito y pocos meses, que evoluciona con un torpe andar primitivo por entre los cuerpos infantiles revueltos en un interminable pilla-pilla. «¡Juanito, ten cuidado, que te van a tumbar!», pero no se decide a dejar de fumar, acaba de encender el cigarrillo y lanza una mirada imperativa a su marido, empleado vitalicio de la caja de ahorros que esconde la barriga cervecera bajo un atuendo bien seleccionado y un trabajado aire de ciudadano europeo cosmopolita alimentado básicamente a través de la prensa escrita que tiene fama de izquierda moderada y carda lana de centro derecha. Roberto se levanta pesadamente de la hamaca plegable de plástico, en tres pasos sale del enlosado y agarra al mocoso del cuello de la camisa, debajo de la nuca, justo en el instante en el que acaba de recibir un empellón de un muchachito y va a darse un coscorrón de cara contra el césped. A pesar del rescate a manos de su padre, el llanto es inevitable, el pequeñajo estalla como por etapas, primero un rostro en progresivo arrugamiento, después una crecida del caudal marino de los ojos y más tarde la explosión, acompañada de convulsiones que dan a la voz una cadencia irresistible para cualquier instinto maternal que se precie. Sin embargo, Beni ni se inmuta, se ha incorporado envuelta en humo al diálogo con Victoria y es su marido el que abraza a Juanito y lo consuela encajándole el chupete en los labios y abrazándolo entre un barrunto de nana. Santiago sonríe y gira la cabeza porque lo atraen dos palabras, «trabajador inmigrante», que salen de la boca de Josemi, el gerente de la principal empresa constructora del contorno, un hombre del lugar de aire juvenil, pijo en el vestir, con una melena de bucles oscuros y ojos brillantes de inteligencia, escritor en ratos libres que estudió Filosofía en la universidad y se casó con Alicia, la guapa corresponsal del periódico de la provincia y colaboradora diaria de la

única emisora de radio de la comarca. Estaba presente cuando desenterraron al abuelo Baldomero, recuerda el conductor de excavadoras. La periodista llegó al pueblo como becaria, se enamoró y se quedó, procedente de una de las capitales de la comunidad autónoma. Santiago encuentra con la mirada a la pequeña Isabel, la inquieta rubita de cuatro años de la pareja. De nuevo pone atención al diálogo del filósofo frustrado con Antonio, el jovial secretario del Ayuntamiento, el cual responde que son todos iguales, unos mercenarios, y el maquinista se da cuenta de que, en realidad, hablan de fútbol. «Lo que pasa es que compráis troncos y así os va a los equipos de Madrid», afirma Josemi, que es culé, y Roberto salta, «¡Por qué no te callas!», mientras deja al niñito, más calmado, en el suelo, y se acerca a la conversación autocomplacido por su ingenio. A Santiago se le tensa algún resorte interior, porque le jode que aún colee el grosero corte que le diera el rey de España al presidente de Venezuela en la cumbre latinoamericana, y se prepara para intervenir, pero Antonio se le adelanta para empeorar las cosas, «El Florentino ese sí que es un Chávez cualquiera, inflando el Madrid a base de millones, en plan populista, así cualquiera gana las elecciones».

—¡No me comparéis a Chávez con Florentino, por Dios, a quién se le ocurre! —exclama Santiago irrumpiendo como un torbellino en la conversación—. ¡Son antípodas! Chávez es un gobernante del pueblo y para el pueblo, y son los Florentinos de Venezuela los que llevan años haciendo lo imposible, golpes de Estado incluidos, para derribarlo. ¡Si no hay más que ver la imagen que dan del Florentino ese las televisiones españolas, lo están endiosando, y a Chávez, los medios de comunicación privados, que son la mayoría en Venezuela, lo tratan como a un demonio! ¡Y aun así no deja de ganar elección tras elección!

—Joder, Santiago, es que tu amigo Chávez no es que sea precisamente un santo —tercia Josemi con cara de pocos amigos, signo inequívoco de que la discusión se está agriando.

—Pues de los que más se acercan a la santidad en el mundo asqueroso de la política latinoamericana —responde el maquinista con el rostro inflado de rubor caliente—. ¿Por qué, si no, lo iban a estar

machacando con tanta constancia los medios, si tiene el apoyo de su pueblo?

—Eso de que tiene el apoyo de su pueblo no sé de dónde te lo sacas —interviene el secretario del Ayuntamiento—, vemos todos los días las manifestaciones de la clase media, de los estudiantes, tiene a medio país en contra.

—¡Coño, a los que les está quitando los privilegios! No verás tú a un solo estudiante pobre, de las universidades bolivarianas, manifestándose contra el gobierno. Los que salen a la calle, y en plan violento, son todos niños bien, matriculados en las universidades privadas. ¡Les jode que ahora, los pobres, puedan estudiar! —responde un Santiago airado, que asume que juega una partida de ajedrez múltiple.

—Pero tú no puedes construir un país enfrentándote a los empresarios, no puedes tirar palante con las clases pudientes en contra —argumenta Josemi.

—Ya estamos —afirma Santiago, casi interrumpiendo a su interlocutor—. ¿Nunca te has preguntado por qué Venezuela no estaba casi nunca en la agenda informativa cuando gobernaban los ricos en contra de más de la mitad de los habitantes del país? ¡Eran tiempos de analfabetismo, sin médicos que atendieran al sesenta por ciento de la población, de deuda externa insoportable a pesar de ser un país exportador de ingentes cantidades de petróleo! Los pobres no tenían espacio en la política, cientos de miles no tenían ni documentación y ni olían las urnas... ¡Entonces Venezuela era una democracia normalizada, estable, intocable para la prensa española!

Silencio pastoso. Una retirada a tiempo puede impedir males mayores. Mientras una sombra de temores inexplicables deshace la amarga tertulia, alguna mirada masculina se dirige de reojo al grupo de las mujeres, buscando la verdadera razón por la cual están ahí, en esa casa, pasando una velada que se suponía agradable después de una paella cocinada a la leña: Victoria, la selecta arquitecta venida de Madrid. Hasta los niños han percibido algo y han reducido el ímpetu de sus movimientos. Santiago bebe un trago de la copa de pacharán. La primera conversación que se reanuda es precisamente la de las

féminas, y el maquinista observa cómo Lupe le lanza una mirada de censura al tiempo que Victoria se levanta muy seria, recoge algunos platos acompañada de Marisa, que agarra apenas dos copas para ir con la anfitriona a la cocina.

Después de la reforma, la cocina de la casa de la madre de Santiago ha quedado amplia y luminosa. Es un inmueble muy espacioso y Victoria disfrutó planeando y llevando a cabo una remodelación que le ha dejado un aspecto moderno y cálido, respetuoso de la herencia de arquitectura popular de la zona a la vez que funcional y muy agradable porque se han eliminado todas las incomodidades del pasado. Piensa que valió la pena tener que instalarse durante unos meses en la casa de Pascual. Siente una atracción especial por Magdalena, la tía de Santiago, que le hizo llevadera la estancia en aquella vivienda incómoda, estrecha para tanta gente durante tanto tiempo, y marcada por la personalidad arrolladora, martilleante, de Pascual. Fueron los días en que se quedó embarazada, y los recuerda al entrar en la cocina por la que tuvo que luchar día a día con los albañiles mientras sentía náuseas y mareos, y temores por el embrión temprano. Ahora Marisa no puede evitar adularla, «Vaya cocina, cómo se nota que eres arquitecta», y con un gesto de mano a hombro le indica a Victoria que la conversación que viene ahora es importante y se debe desarrollar ahí, al abrigo de las miradas y oídos de los demás.

—Es que Pascual es muy extremista, es un radical. No se le mira bien en el pueblo —suelta la asistente social casi en un susurro—. No es mala persona, eso nadie lo niega, pero es un poco pesado, recalcitrante. Vamos, que no hay quien lo aguante. Y tu Santiago... no debería tomar el mismo camino. La vida en el pueblo es muy dura, el qué dirán, el vecindario... Sois buena gente y te lo digo como amiga, sinceramente: debéis cuidaros. Cada uno puede pensar lo que quiera, estamos en un país libre y democrático, pero hay que tener un poquito de cuidado.

—Marisa, Pascual es tío carnal de Santiago, y ellos nos alojaron en su casa mientras preparábamos esta. Es normal que Santiago tenga una relación estrecha con él.

—Hija, tú ya me entiendes. Las cosas de familia son las cosas de

familia. Pero la política..., eso es algo bien distinto. Más que nada, te lo digo porque eres mi amiga y ya sabes que más de uno se ha tenido que ir del pueblo. Es muy especial, este pueblo, y cuando te quieren hacer la vida imposible, pues te la hacen.

Victoria se queda pensativa. ¿Su amiga, esta mujer? Le carga el cúmulo de servidumbres que implica la integración social en la localidad donde está criando a su hijo. Si no fuera por Ernesto, a más de uno lo habría mandado a la mierda, pero desea a toda costa que el pequeño se sienta a gusto, tenga una buena vida social cuando vaya creciendo, y está íntimamente segura de que eso implica relacionarse activamente con familias con niños de su edad, engrosar las filas de un círculo de amigos mínimamente pasable, con madres y padres a los que pueda confiar a su hijo en los inevitables intercambios de criaturas que una infancia feliz implica. Le ha costado trabajo llegar hasta aquí, ha comulgado con algunas ruedas de molino, ha dedicado tiempo, atención, horas y horas de conversación insulsa en el parque, en la plaza, en el trabajo, mañanas de domingo tomando cañas cuando hubiera preferido quedarse en casa entregándose con Santiago a la pereza mientras Magdalena cuidaba gustosa del crío, comidas, cafés, meriendas, cenas de casa en casa, a veces, como hoy, en la propia... Victoria, de pronto, siente el calor de un súbito tomate en las mejillas, y en la coronilla. Se acaba de dar cuenta de que, sobre la hierba, en el jardín, evoluciona el cuerpo de Lupe, y humea una chimenea llamada Beni. Ambas lo han escuchado todo y representan parte de su día a día en el empleo de arquitecta de la mancomunidad de municipios. Victoria siente un tirón de angustia en el esófago, experimenta cómo los compromisos sociales tienen una efectiva base fisiológica. No sabe muy bien por qué, pero la tranquiliza pensar en Raquel, la resuelta prima de Santiago, su valedora principal a la hora de ingresar en la pandilla de los profesionales cualificados con niños pequeños, es una pena que no haya podido venir a la comida. Ella y su hermano Enrique no han seguido para nada los pasos de su padre. Cada uno, a su manera, ha buscado su propio camino en la vida, y los dos destacan por su poco compromiso con las ideas de Pascual. «Me da alergia la política» es una de las frases preferidas de Raquel, la repite a menudo

a la cara de su padre, al que reprocha frecuentemente su poca habilidad para adaptarse a los tiempos que corren y la poca atención que prestó a sus hijos cuando eran pequeños, absorbido por la militancia en un partido que está resultando un fracaso histórico. Pascual no soporta esta clase de comentarios y responde con una irritación sorda, un silencio hostil, y sistemáticamente se aleja de ella para no enfadarse por lo insustancial de su paso por este mundo, para no romper su felicidad de administrativa del Ayuntamiento casada con el dueño de la academia del pueblo (inglés, mecanografía, clases particulares de repaso, cursos para desempleados), madre de dos hijos que se siente en la cúspide de lo que le puede pedir a la vida, sin mirar más allá, ciega para las injusticias aquí mismo, no digamos un poco más allá, o en el Tercer Mundo.

Victoria se ha puesto a meter cacharros en el lavaplatos y a fregar copas. Como se ha quedado callada y su nivel de actividad empieza a ser comprometedor, Marisa resuelve despegarse de ella y regresar al jardín con el resto de la concurrencia. «Ya se está haciendo tarde y mañana hay que trabajar», anuncia antes de abandonar la cocina. La arquitecta está enfadada con su marido. Tanta dedicación puede venirse abajo por su falta de cuidado, no debe ser tan impulsivo, ha de pensar en el niño y evitar a toda costa poner a su familia en un compromiso. Resuelve tomar en serio la advertencia de la asistente social, una cotilla con un trabajo que le viene que ni pintado; está al tanto de los problemas de medio pueblo... y puede resultar una enemiga cuanto menos enojosa. Victoria decide que tiene que pararle los pies un poquito a Santiago. Él no puede ser la mano derecha de su tío en los infinitos frentes de militancia que tiene abiertos. Pasa poco tiempo con su hijo, entregado a reuniones interminables y gestiones que parece que sea él el único que las pueda hacer. Ahora acaban de formar un grupo ecologista de la comarca porque el sobrino ha convencido por fin al tío de que no sólo son compatibles ecología con comunismo, sino que la defensa de la naturaleza es una de las razones esenciales para justificar la necesidad del socialismo frente al capitalismo, y Pascual ha pasado a ser un conservacionista convencido que ha unido la preocupación por el medio ambiente a la lucha por la

memoria histórica, la pelea por la supervivencia del Partido Comunista e Izquierda Unida, el trabajo de solidaridad con Cuba, la asamblea contra la guerra, el compromiso con el ateísmo y la laicidad del Estado, la defensa de la sanidad pública y hasta la promoción del feminismo.

Santiago entra, encorvado y dolorido, en la cocina. «Ya se están yendo, mi amor», le dice a Victoria, que lo mira, más preocupada que enfadada en este momento, y le pregunta secamente si es de nuevo el padecimiento que lo ataca con frecuencia desde que superó el estado comatoso. «Un mes entero sin conocimiento, hay que ver, vaya paliza le dieron esos cerdos», piensa la mujer que ha renunciado al sueño reconfortante del éxito profesional por un conductor de excavadoras que, encima, es comunista. La mano de su marido en la zona lumbar le recuerda los días de insomnio en el hospital, que vivió con una determinación invencible que la llevó a no separarse de la cama de su maltrecho amor y a rechazar sin ningún género de dudas las sucesivas invitaciones de Rocabruna a virar por una autopista cuesta arriba, ascenso mecanizado a las cumbres vertiginosas del negocio multinacional. El veterano ejecutivo la había elegido de verdad, y dada la situación incrementó los plazos para que se decidiera, incluso llegó a proponerle esperar a que el obrero... un poco rojo recuperara la conciencia o se fuera definitivamente al otro barrio. Iba a tener paciencia, sostendría la oferta lo que hiciera falta. Pero ella prefirió seguir despierta.

«No es nada», contesta Santiago, pero ella lo conoce y sabe que, en efecto, es de nuevo ese dolor casi insoportable y le prepara en silencio, mecánicamente, un cóctel de ibuprofeno, paracetamol y codeína para desinflamar y calmar un poco la secuela. «Tómate esto y mañana te tendrás que quedar en casa», le dice, pero él, mientras apura el agua con la que empuja las dos pastillas, contesta que no se preocupe, que en un rato estará bien, no digamos mañana.

«¡Hasta luego!», resuena por el exterior la voz de Luchito, y Victoria se incorpora enseguida a las despedidas mientras Santiago se acuerda de Ernesto y con una enorme fuerza de voluntad, sintiendo cristales molidos a la altura de los riñones, lo saca del parquecito y lo conduce

al salón de la vivienda a través de la puerta corredera lacada en blanco. Piensa en lo bonita que ha dejado Victoria la casa en la que había jurado no volver a poner los pies por los recuerdos insoportables que le traía a la conciencia. El niño quiere volver al césped, añora revolcarse en la hierba, eso le encanta, pero el padre le reconviene, «Ya empieza a refrescar, hijo, tienes que quedarte dentro, ahora viene mamá». Se deja caer en el sillón mientras Ernesto se entretiene destruyendo el periódico de hoy, disfruta desgarrando las enormes hojas de papel impreso, y su padre no encuentra fuerzas para evitar el desaguisado.

Victoria da los besos finales, agita la mano derecha a la espalda del último vehículo que se aleja por el camino de la Fuente del Pino. La casa de campo de la madre de Santiago está situada justo después de un barrio de adosados nuevos, muy pegaditos los unos a los otros, como apretándose para defenderse de terribles amenazas, financiados por el banco que se anuncia en un cartel azul gigantesco. Esa urbanización se halla entre la antigua frontera del pueblo con la naturaleza y las primeras edificaciones de toda la vida en terreno rústico. Victoria se da media vuelta e ingresa de nuevo en su predio por la puerta del jardín. Bordea el edificio por la derecha, una vereda de piedras planas sobre blanda hierba, y retorna al escenario de la comilona dominical. Se desanima un poco al prever una o dos horas de trabajo hasta dejarlo todo bien recogido, sobre todo ahora que Santiago está dolorido y no puede ayudar de otro modo que tratando de cuidar del niño mientras ella se pone a la faena. Al tiempo que acarrea cacharros y echa basura a un gran cubo de plástico blanco de los que quedaron después de pintar la casa, recupera el enfado en su interior. En el fondo de su corazón siente que Santiago está en deuda con ella, aunque sea cierto que la huida precipitada de Madrid fue, en última instancia, consecuencia del empeño de ella en llevar a cabo el encargo de Ibrahima. ¿Qué habrá sido del gigante senegalés?, se pregunta mientras barre con la manguera el patio enlosado sobre el que han colocado la mesa, y se acuerda de cómo lo buscó infructuosamente en cuanto lo dejaron libre e indocumentado, tras cuarenta días de encierro, porque quería entregarle los cincuenta

euros que aún le quedaban del paquete de Kwame. Victoria siente que el tiempo pasa rápidamente y va dejando heridas en la memoria que supurarán hasta el último día de vida; lo mejor es procurar no recordarlas, son puñeteros cascabeles del alma, concluye, y la letanía de sus pensamientos regresa al malestar que la invade por la actitud irreflexiva de Santiago. Le da una y otra vuelta, prepara bien lo que le va a decir en cuanto termine de arreglar el jardín, vaciar los ceniceros, meter toda la vajilla en el lavaplatos, barrer, limpiar la paella, almacenar las sillas de plástico, plegar las hamacas, echar al cubo los últimos residuos del ágape que aún decoran el suelo de gres rústico para exterior y la superficie herbácea. ¡Qué gusto entregarse a la tarea, dormirse en los detalles, dejarse llevar por las nonadas del jardín, la vivienda, la crianza! ¡Qué descanso, la preocupación por la basura en el suelo o el desvelo por mantener bella la pequeña pradera donde le gusta retozar al muchachito! Entra y sale de la cocina sin pasar por el salón, para no toparse con el dolor del padre y el reclamo del hijo, decidida a cantarle las cuarenta a Santiago pase lo que pase, sin dejarse ablandar por sus padecimientos o por el rostro magnético de Ernesto. Se siente cansada de que la continúe arrastrando aquella energía que la trajo al pueblo, la misma que ha conseguido que siga sin dormirse. Tiene que lograr que su marido la acompañe en la aventura de dejarse llevar por el sueño y tratar de criar al niño con la felicidad que es posible aquí y ahora. Desde luego, para dormirse hay que cerrar los ojos, reflexiona, dibujando un proyecto de vida distinto al que la unió con Santiago en los días-despertador en la M-30. Tienen que ser capaces de no mirar, de no sentir, de hacer como hace todo el mundo, y así todo marchará sobre ruedas. Las amistades del pueblo marcan el camino, lo mismo que la televisión, la radio, los periódicos, la escuela, las fiestas, las vacaciones en la playa, las navidades, las compras en el centro comercial cercano, la normalidad apabullante, somnífera, a la que tiene derecho. «Sí, tenemos derecho a una vida normal», proclama Victoria, aún insomne, para sí misma.

Son las siete de la tarde y el ibuprofeno alivia las penas lumbares del conductor de excavadoras, que introduce el parquecito en el salón. Tiene la esperanza de poder sujetar ahí un poco al vástago, el cual se

revuelca descontrolado en un charco de jirones de papel. Se incorpora a las últimas tareas de la ingente recogida que se ha echado Victoria por completo sobre los hombros. La mujer lo amonesta con la mirada en cuanto lo descubre agachándose para agarrar un trozo de profiterol de nata pisoteado y escondido junto a la base del rosal de la valla que da a poniente. «Ya no me duele», responde él, y lanza la amalgama de dulce y barro al cubo a modo de triple baloncestístico. «¡Ten cuidado, hombre!», exclama Victoria, pero Santiago dice que tres puntos, la bazofia ha caído limpiamente en su destino.

En un rato acarreando y limpiando se acaba todo. La paella con la pandilla de los profesionales es ya un recuerdo que prácticamente no deja huella ni en el jardín, ni en la casa... ni en el corazón del maquinista. A veces le da por echar de menos lo que dejó atrás, Madrid, con sus posibilidades de trabajo y militancia. Sobre todo añora la relación cotidiana con Maruja y Miguel, a los que sigue sintiendo como una suerte de padres de circunstancias ante los que se siente muy agradecido, y un poquito traidor por la decisión de abandonar San Blas, vender el piso, alejarse para siempre del escenario de la vida compartida con los dueños de La Perla. Pero esa nostalgia, mero trasunto de las inevitables infelicidades del día a día, esconde la larva del recuerdo, y las imágenes de una pesadilla pugnan, como un moscardón adulto, por regresar a la conciencia, de modo que el buen hombre se acaba arrepintiendo del conato de morriña.

Absorto en sus pensamientos, Santiago cierra la puerta corredera del salón y aún tarda unos segundos en percatarse de que Victoria lo espera sentada en el sofá en posición de vamos a hablar. No es capaz de prever cuál es exactamente el problema. Repasa las miradas que ha recibido de su mujer a lo largo de toda la velada, algunas bastante preocupantes. Y está prácticamente seguro de que, desde la conversación sobre Venezuela y el fin de fiesta, ella ha estado un poco estirada, seria, como enfadada, pero tampoco considera que haya hecho nada reprobable que justifique esa actitud. Se devana los sesos mientras aposenta el culo en la superficie mullida, pegado por las caderas a su amor, que se gira hacia él con cara de pocos amigos.

—Tenemos que hablar Santiago. Parece mentira que no te des ni

cuenta de las consecuencias de tus actos.

—¿De qué actos me hablas? Te juro que no entiendo nada.

—¡Joder, Santiago, no puedes jugar así con nuestra reputación en el pueblo! ¡No puedes hablar a la gente que ha venido a nuestra casa como si discutieras con tus amigos del círculo de Pascual! ¡No tienes derecho, porque me comprometes a mí, y yo ya me he comprometido bastante contigo!

—¿Me estás diciendo que debo censurar mis opiniones políticas? ¿En mi propia casa? ¿Qué es esto, Victoria? No puedo creer lo que estoy escuchando.

—Santiago, yo me he casado contigo y con lo que has llamado «tus opiniones políticas», me gusta el paquete completo, no te pido que dejes de pensar lo que piensas. Pero te estoy intentando hacer ver que, en el pueblo, tus actos no sólo son tuyos, nos involucran a Ernesto y a mí. Te estoy pidiendo que tengas cuidado, que no discutas de política con mi jefa y mi compañera de trabajo delante, que no pongas en peligro la integración social del niño, que se merece una buena infancia sin que nadie lo rechace o le haga el vacío.

Se queda absorto, la boca abierta, bloqueado. Recorre una y otra vez, a toda velocidad, la situación, los antecedentes, el discurso sorprendente de la mujer a la que ama, lo que ella le está exigiendo. Y nada en su cerebro envía al aparato fonador la señal para desatar el complejo proceso psicobiológico de la pronunciación. Silencio raro. Victoria vuelve a la carga.

—Una cosa más. Muchas tardes regresas del trabajo y antes de que me dé cuenta, ya te has marchado porque tienes una reunión. O te cuelgas del teléfono y te pasas media hora, una hora, dale que te pego, arreglando el mundo desde el auricular. Llega el fin de semana y cuando no hay excavación de la memoria histórica, tienes que acudir al pueblo de al lado a una asamblea de IU o a la capital a no sé qué acto político de no sé qué historia. Te olvidas de mí y de tu hijo, no nos haces ni caso, ¿Qué te ha pasado? ¿Cómo es posible que hayas multiplicado el tiempo que dedicas a la lista inacabable de causas políticas? Ni te planteas que yo también puedo querer hacer otras cosas más allá de cuidar del niño, mantener la casa en funcionamiento

y atender las relaciones sociales en el pueblo. ¡Es que no te encargas de casi nada, ni siquiera de mantener el lazo con tu tía y tus primos! La gente lo va diciendo por ahí, eres una especie de relevo de Pascual, y no me parece bien porque ya sabes lo que pasa con tu tío, la fama que ha criado. Demasiada gente lo rechaza, lo tratan de insoportable, no lo quieren ni ver, y por eso no debe extrañarte la actitud que tienen sus hijos, sobre todo Raquel, ante el compromiso político y las ideas de izquierda. Para ellos son una señal insoportable de ostracismo.

Santiago se pone triste en un segundo. Mira a los ojos de su mujer y ve físicamente el amor, descubre entre los dos un fluido que los une frente con frente, boca con boca. El niño se ha quedado calladito mientras Victoria le cantaba las cuarenta a su marido. Ahora, aprovechando la líquida quietud del momento, llora. Primero gime despacio, a los pocos segundos lo posee una marea indomable de llanto. Santiago se levanta a consolarlo mientras Victoria se queda rara, pensativa, parece casi arrepentida de lo que acaba de decir, y de cómo lo ha dicho, pero no abre la boca. El padre saca al niño del presidio acolchado y floreado y lo agarra con todo el amor, de nuevo amor visible, concreto, percepción más de los sentidos que de la inteligencia, y el crío tarda poco en quedarse relajado y sonreír masticando chupete. En la mente del maquinista maquinan las palabras. Comprende. Pregunta.

—¿Y qué es lo que debo hacer?

—Tomarte unas vacaciones de militancia, centrarte un poco más en tu familia, en tu hijo, en mí, en tu casa —responde Victoria con seguridad ensayada mentalmente.

Martes

El Ayuntamiento está lleno de gente haciendo cola a la puerta del despacho del alcalde. Los martes recibe a los vecinos, pero aún está reunido en el salón de plenos con la concejala de Urbanismo, el de Bienestar Social, la aparejadora y los representantes de una empresa constructora de la zona que pretende introducirse en el negocio de las residencias de ancianos. Es *vox populi* que con la crisis pretenden buscar nuevas inversiones para rentabilizar el enorme capital acumulado en los dulces años de la especulación inmobiliaria. Están discutiendo la ubicación del nuevo edificio que los constructores, cómo no, se encargarán de poner en pie. Victoria entra en el marmóreo edificio levantado hace apenas un par de años y se dirige a su despacho. Atraviesa la zona donde la gente que espera habla en corrillos. Algunos se muestran indignados por la incomparecencia del primer edil. Otros, los más, se muestran comprensivos porque saben que se está cociendo una inversión en el pueblo, quizás puestos de trabajo ahora que la recesión está sacudiendo duro. Raquel sale al encuentro de Victoria con una gran sonrisa en la cara. «José Pedro quiere que te incorpores a la reunión», le dice, y la acompaña hasta la puerta de la sala. Las cabezas de los vecinos que aguardan para exponer sus pequeños y no tan pequeños problemas se giran todas mirando a las dos mujeres, como siguiendo la pelota en un partido de tenis. La administrativa llama a la puerta y entra con la arquitecta. «Ya ha llegado Victoria», dice, le guiña el ojo a su prima política y abandona con presteza el lugar. Beni saluda con una rápida luna creciente de los labios, Lupe dice hola y le presenta a Victoria a los empresarios, tres hombres con traza de nuevos ricos, uno con traje chaqueta, otro con una especie de ridículo uniforme de caza, otro con camisa y tirantes y una cartuchera de puros sobresaliéndole del bolsillo a la altura del corazón. A este último ya lo conoce la

arquitecta, es vecino suyo, el dueño de un ostentoso chalé con media hectárea de imponentes jardines, piscina y cuadra de caballos. El concejal de Bienestar Social está como ausente, parece que la reunión no va con él. El alcalde se alegra ostensiblemente de que la eficiente profesional se haya incorporado al grupo y toma la voz cantante.

—Bueno, tengo entendido que ya te han informado del proyecto de edificación de una residencia de ancianos en el barrio del Tuerto, al final de la avenida de los Naranjos. ¡Niña, los planos!

Beni despliega sobre la mesa de la presidencia del salón un enorme rollo de papel impreso en el plóter de su oficina. Es un plano catastral de la zona donde han acordado ubicar la residencia. El alcalde le pregunta a la arquitecta si se sitúa, y esta le responde que por supuesto. Luego, el cabeza de la municipalidad eleva medio segundo el dedo índice de la mano derecha y lo lanza como un cohete hasta un fragmento del mapa, en lo que se adivina claramente que son las postrimerías de la zona urbana de la localidad.

—¡Justo aquí irá la residencia! Es un paraje extraordinario que conjuga el aire ciudadano que aporta la avenida ajardinada con las vistas de la colina arbolada de encinas, los olivares, la dehesa y los campos de higueras.

Victoria acerca la mirada al papel para medir con exactitud lo que implica la precisa posición del dedo del alcalde, que aprieta la línea que divide dos parcelas y que la arquitecta sabe que marca el final exacto de la zona urbana y el comienzo de la rústica. Reconoce, en el lado urbano, terrenos municipales sobre los que ha tenido que preparar hace poco un informe de cara a posibles aprovechamientos. El alcalde se explica:

—La empresa se ha hecho con este terreno —el prócer señala una superficie en el plano que Victoria reconoce como el primer predio de carácter rústico— que, unido a la cesión de esta propiedad municipal en un régimen ventajoso, hará posible la inmediata edificación de una residencia de gran nivel, altamente competitiva. Vamos, además, a trabajar para obtener un concierto con la junta.

—¿Dónde va el edificio? —pregunta Victoria con la mosca detrás de la oreja. Le contesta el empresario de traje.

—Eso es lo que acabamos de acordar ahora. Lo levantaremos aquí. —El hombre de negocios pone la yema del regordete y arrugado índice de la mano izquierda en la linde de ambas porciones de suelo —. Pensamos en una planta de aproximadamente novecientos metros cuadrados y tres alturas.

Victoria mira el plano mientras echa cuentas a toda prisa. Teniendo en cuenta el retranqueo que impone la normativa y los espacios mínimos que requiere el acceso desde la avenida en una instalación de esas características, salta a la vista que una edificación de esas dimensiones necesariamente debe invadir el terreno calificado como rústico, y está prácticamente segura de que entre sus usos compatibles no hay nada que tenga relación con las residencias de ancianos. Un jardín podría encajar, pero no un edificio que albergue a uno o dos centenares de personas mayores. Gira el rostro hacia la concurrencia para decir que lo que piden es muy complicado, imposible si pretenden construir pronto, cuando se choca con la mirada impositiva del alcalde, que le está diciendo que ni se le ocurra abrir la boca, que no va a ser ella la que les explique qué es lo que pasa. El máximo responsable del consistorio toma inmediatamente la palabra:

—Estamos en vías de resolver las cuestiones técnicas. La prioridad absoluta es que el proyecto sea viable, y que se lleve a cabo inmediatamente.

Las decisiones están tomadas. ¿Qué pinto aquí?, se plantea la arquitecta. Es obvio que su criterio profesional no cabe en este tinglado, y se pregunta cómo piensan solucionar la situación legal del proyecto. Siente un enojoso calor ascendiendo de la rabadilla hasta la nuca. El hemisferio izquierdo del alma de Victoria echa más leña al fuego y la obliga a abrir aún más los ojos, ya vidriosos de sueño, y acordarse de Inés, la hija de Maribel, la vecina de Magdalena y Pascual. Hace casi un año hizo uno de esos cursos para desempleados sobre cuidado de ancianos, con prácticas en la residencia privada del pueblo de al lado. La muchacha trabajó como una bestia, sin cobrar, durante por lo menos un mes. Luego le hicieron un contrato de seis meses. Inés llegaba a casa cada día derrengada. Contaba cómo no daba abasto con la faena. Era una rutina asfixiante de nueve horas con

un altísimo grado de exigencia de fuerza física. Los primeros días lloraba porque se veía incapaz de aguantar el ritmo. Levantaba cuerpos que los años han vuelto blandos y perezosos, cambiaba pañales y limpiaba mierdas y meados, recogía y fregaba habitaciones, hacía camas y coladas, transportaba las comidas a las habitaciones y las servía... sin apenas descanso, unos minutos para ingerir alimentos a toda prisa y ningún respiro, nada más terminar con una tarea agotadora ya le estaban ordenando la siguiente. Trabajaba en turnos que cambiaban semanalmente, una semana por la mañana, la siguiente por la tarde, la siguiente de noche, y libraba sólo un día cualquiera de cada siete. Ganaba setecientos euros al mes. Una habitación individual de la residencia venía a costar más de mil euros al mes. Empresarios como los que Victoria tiene delante desangraron a Inés, se forraron a su costa, para despedirla al medio año, cuando la pobre muchacha se había quedado completamente desfondada. «Casi mejor que no me hayan renovado —decía Inés en un sollozo—, porque no puedo más.»

El alcalde tiene que atender a los vecinos, «no debo hacerlos esperar más», se justifica ante los contertulios. La reunión ha terminado y se disuelve en un instante. El jefe político abandona el salón de plenos en camaradería con los prohombres económicos de la comarca. Los concejales cortejan por detrás a la comitiva. Beni se queda enrollando los planos y Victoria se despide escuetamente y corre a encerrarse en el despacho que le tienen asignado. Se desploma en el sillón con ruedas. Le resulta cómodo, se tranquiliza un poco al tiempo que deja caer el peso del cuerpo en el respaldo. La abrasan las dudas acerca del proyecto patrocinado por el gobierno municipal, pero tiene trabajo con el que entretenerse, de modo que enciende el ordenador y rebusca en un montón de expedientes hasta encontrar el que pretende revisar. Coteja las previsiones de la solicitud con las disposiciones del Plan General de Ordenación Urbana y la legislación vigente. Pasa así la mañana, trabajando en el informe técnico sobre el proyecto de pavimentación de la nueva calle Camino del Pitillo que ha presentado el arquitecto de los vecinos. De vez en cuando la aparejadora llama a la puerta, entra, plantea alguna duda sobre tal o cual licencia de obras

pendiente, pero Victoria se da cuenta de que, en realidad, con la crisis Beni no tiene demasiado que hacer y busca un ratito de conversación.

Cerca de la hora de comer, cuando ya ha despachado a todos los vecinos, el alcalde, por la línea de teléfono interna, le pide a Victoria que acuda a su despacho. Ella atraviesa el umbral de la estancia ornada de escritorio amplio de madera noble, retrato del rey de España y banderitas del pueblo, la comunidad autónoma, España y Europa formando un ramillete en el centro de la mesa circular de reuniones, y el jefe del consistorio le indica que se siente en una de las butacas mullidas con las que atiende a las visitas. Está serio y riñe con la mirada a Victoria.

—Vaya, casi metes la pata en la reunión, arquitecta. No hace falta estudiar una carrera para darse cuenta de que una parte de la residencia se va a construir en terreno rústico... Y no me mires con esa cara. ¡Por supuesto que no vamos a recalificarlo! De sobra sabes que sería meternos en un jardín del que tardaríamos demasiado en salir.

»Mira, Victoria, un proyecto así son puestos de trabajo para el pueblo en un momento muy delicado de la economía. ¿Vamos a dejar pasar la oportunidad por meros formulismos legales? ¿Quién se ha de enterar de que un pedacito del edificio pisa zona rústica? ¡Ni siquiera a la oposición le interesa que por su culpa se malogre un yacimiento de empleo!

Victoria no se chupa el dedo y mira con ironía al alcalde. Le entran ganas de preguntarle el monto del pellizco que se va a llevar él, o su partido, o su familia, quién sabe de qué modo indirecto, quizás metiendo a gente de su cuerda a trabajar en la residencia, es posible que mediante el patrocinio de alguno de los saraos político-culturales que gusta de organizar, puede que recibiendo una rebaja importante en el presupuesto para la construcción de la casa de campo de algún pariente... Pero se calla. «Ya entiendo —le dice—, ¿algo más?», y el presidente de la corporación municipal le contesta que no, y cada uno regresa a su vida como si nada. Piensa en Beni, en la naturalidad con la que asume el descaro del político, la desfachatez de los hombres de negocios. Quizás resulta que la envidia, porque añora el sueño, la felicidad, quiere vivir tranquila y ahora tienen que venir estos con

corruptelas de tercera división para impedirle caer dormida por fin, mecida por el ritmo cotidiano de la esponjosa cuna de la normalidad, arrullada por la crianza de su hijo, que dota a su vida de una poderosa partitura de nana que está logrando, incluso, que Santiago cierre los ojos.

Viernes

Santiago regresa a casa con el cuerpo acartonado, después de nueve horas agujereando la tierra con una Caterpillar 320 D, una excavadora hidráulica, de oruga, de tamaño mediano. Trabaja para la empresa de Venancio, conocido como Arrancapiedras, un contratista de la zona que lo admitió gracias, mal que le pese, a la insistencia del alcalde. El maquinista rememora la cadena de hechos que lo condujeron a su empleo actual, y no se siente nada orgulloso de lo que la memoria le trae a colación.

Primero encontró trabajo Victoria. Cuando decidieron marcharse de Madrid, Pascual, que había ido en una ocasión de visita al hospital donde estaba ingresado su sobrino, les avisó de que la mancomunidad se había quedado sin arquitecto. El individuo que desempeñaba esa función había sido sorprendido confundiendo escandalosamente lo privado con lo público: a través de un testaferro ejercía la arquitectura por cuenta propia en la comarca, de modo que se encargaba personalmente de preparar el visto bueno municipal de sus propios proyectos. Ahora se disponían a cubrir la vacante, y el padre de Victoria consiguió, moviendo hilos de todos los colores, que el colegio provincial de arquitectos la recomendara encarecidamente. Entró, pues, por la puerta eléctrica, es decir, por trifásico, es decir, por enchufe, en régimen laboral temporal. Y a la nómina de sus deudas con el alcalde, tuvo que añadir su intercesión con Arrancapiedras para que admitiera a su marido, cansado de estar parado tras la convalecencia. El empresario aceptó a regañadientes, dado que buena parte de su carga de trabajo tenía que ver, directa o indirectamente, con los ayuntamientos de la comarca, y mejor era estar a buenas con esa casa consistorial. Pero en cuanto Santiago se montó en una de las máquinas y la puso a funcionar se dio cuenta de que había tenido la suerte de hacer un fichaje de primera. Venancio es hincha del Real

Madrid de fútbol, un forofo impresentable. Un enorme escudo de la blanca entidad pende de la cabecera de su despacho en la oficina ubicada en el polígono industrial del pueblo de al lado. Santiago piensa que le suele ir bien con sus jefes, y recuerda cuando Arrancapiedras, al poco tiempo de contratarlo, lo cogió un día por banda, le dio una palmada brutal en la espalda y dijo con su habitual voz atronadora: «¡Cagüendiós, si tenemos aquí al Raúl de los conductores de excavadoras! ¡En mi empresa te has ganado la titularidad indiscutible!».

Hoy, Santiago ha quemado la jornada haciendo el gran hoyo de la que va a ser la piscina pública del pueblo. Es un proyecto del llamado «plan E», es decir, financiado con los fondos del gobierno central destinados a paliar los efectos de la crisis económica a través de las iniciativas de gasto de los ayuntamientos. Se ha hartado de sacar tierra oscura de un olivar colindante con el polideportivo municipal. Por la mañana ha disfrutado del buen tiempo, un día brillante de primavera con una nube de sonidos y efluvios de vida, de esos en los que la temperatura y el sol invitan a crecer y multiplicarse. Pero ya después del bocadillo estaba aburrido. Hoy siente hartazgo mental, el runrún de la máquina ha cocinado una sopa de tedio en su cerebro. Ahora se tiene que duchar y vestir para acudir a la cita con Pascual en la cafetería-pastelería del pueblo. Se van a tomar un chocolate con bizcochos mientras hablan de la nueva situación, porque Santiago ya le ha dicho por teléfono que se toma unas vacaciones, que necesita dedicar más tiempo a su mujer, su hijo, su familia, su hogar, compromisos mucho más importantes que la sarta de pequeñas derrotas en que consisten los variados gestos de resistencia de andar por casa. Su tío, como siempre, no ha parecido tomárselo a mal, el maquinista se sabe especialmente apreciado por él, pero ha notado que se ponía un poco nervioso ante la perspectiva de perder al mejor activista de la izquierda local.

Santiago ha recogido en una voluminosa carpeta todos los papeles derivados de los asuntos de militancia que viene atendiendo hasta el momento. La lleva bajo el brazo y camina hacia el centro del pueblo. Cae el sol y la frescura del momento, las voces de la feraz naturaleza,

histérica porque se va la luz, el crujido de la tierra húmeda bajo las botas adornando el silencio humano y el griterío de pájaros, expanden una sensación reconfortante por el cuerpo baldado del maquinista, que se siente más animado para imprimir un ritmo contundente al andar. Cuando pisa el pavimento de la primera calle asfaltada huele los últimos fuegos de leña de la temporada, los efluvios de las cocinas donde se empieza a preparar la cena, el humo áspero de motores de gasoil. En pocos minutos cruza el umbral de la pastelería y halla a su tío de pie, charlando con don Joaquín el Ingeniero, máximo representante de la oligarquía del pueblo de toda la vida, uno de los cabecillas de la derecha comarcal. Con ellos se encuentra don Pablo, el médico, que contempla sonriendo cómo el Ingeniero, afectado de sol y sombra, le da palmadas en la espalda a Pascual mientras conversan amistosamente. Santiago saluda y se dispone a pedir en la barra, pero el hermano de su madre le hace una señal de que ni se le ocurra. Así que se sienta a una mesa y escucha la conversación.

—Joder, aunque seas un rojazo de tomo y lomo te tengo aprecio. Eres un hombre leal y los tienes bien puestos. Un rival a la altura, no como la panda de niñatos y tuercebotas del partido del alcalde. ¡Hostia, Pascual, quién me iba a decir a mí que iba a poder hablar así, de tú a tú y con toda confianza, con un comunista malo como tú! ¡Y pensar que en otros tiempos te habríamos tenido que liquidar!

—No te pases, Ingeniero —contesta escuetamente el tío de Santiago, con una sonrisa y un tono de voz más bien bajo si se compara con el de sus contertulios.

El conductor de excavadoras no se siente a gusto con la situación. Los dos personajes de la derecha local llenan con sus vozarrones el espacio acústico de la cafetería, y Pascual parece encajar en sus esquemas porque no se arredra. Fanfarronean al tiempo que exhiben una virilidad sobreanunciada, que contrasta con los cuerpos que empiezan a arrugarse y la vacilación de movimientos debida a la perniciosa influencia de las copas vespertinas.

Diez o quince tonterías después, el rojo se despide de los fachas y regresa a la mesa donde lo espera un sobrino que lo mira con tono de censura. Pero no contesta nada a las señales no verbales. Antes de

sentarse le pregunta qué quiere tomar. «Un chocolate y unos bizcochos estará bien», responde el único hijo de su hermana, acostumbrado desde niño y ahora resignado a dejarse invitar por su tío. Pascual se dirige a la barra, pide dos tazones de espeso fluido marrón y una buena ración de soletillas. Le traen la comanda en un instante y regresa con ella a la mesa. Santiago parece tener hambre, moja los bizcochos con ansia y los devora a grandes bocados. Su tío lo mira comer sin apenas hacer caso a su propia merienda.

Cuando el contenido de la taza del agotado maquinista se ha reducido a poco menos de la mitad, toma la palabra el veterano comunista del pueblo.

—Bueno, supongo que tendrás que explicarme qué es eso de que te tomas no sé qué vacaciones de militancia por no sé qué hostias del hogar.

—Necesito una tregua, Pascual. Tampoco se pierde tanto. Lo que hacemos tiene poca trascendencia en el cómputo global. Y necesito tiempo para mi hijo, para Victoria, que últimamente los tengo muy abandonados.

—Me cago en la virgen, sobrino, ahora va a resultar que eres un calzonazos. ¡No podemos parar nunca, si nos detenemos nos aplastarán definitivamente! ¡No hay tregua que valga! Defendemos nuestra dignidad. Cuando asesinaron a mi padre y a tantos otros no nos subyugaron, y ahora, con cuatro duros, un poquito de comodidad, otro poquito de televisión, nos van a borrar del mapa. Pero qué le vamos a hacer, ya está uno acostumbrado a las deserciones. Es el pan nuestro de cada día en la historia de este puto país.

—Escucha, Pascual. Sólo pido una tregua para criar a mi hijo. Me he sobrecargado de responsabilidades desde que vine aquí saliendo del coma que me causaron los hijos de puta aquellos con la paliza que me metieron. Me he jugado el pellejo como hace mucho que tú no te lo juegas. Así que merezco unas vacaciones. He traído los papeles de todo lo que llevo entre manos, para que lo cojas tú y lo repartas entre los compañeros, que no basta con reunirse, hay que trabajar, ¿no?, y hay unos cuantos que sólo hablan y hablan pero no hacen nada. Y no será por falta de preparación, porque más de uno ha ido a la

universidad y a ninguno le falta labia cuando se trata de discutir en las reuniones.

Pascual se ha callado porque lo cierto es que se ve obligado a dar la razón a Santiago, que le entrega con cierta solemnidad la gruesa carpeta de cartón azul torpemente rotulada con la palabra «luchas». La agarra con las dos manos y la sostiene unos instantes a la altura del corazón, observándola, como pesándola. La deja sobre la mesa y pronuncia: «Está bien, sobrino, está bien. No te presiono más. Haremos lo que podamos. Lo peor es que nos dejas justo en el momento en el que se presenta una oportunidad de lucha muy especial, de profundo calado en la comarca, con el rollo de la ecología que tanto debemos a tu influencia». Santiago no quiere saber nada, «No me líes, de verdad, ya me enteraré por los carteles».

Por la noche, cuando está a punto de irse a dormir, Santiago recibe la llamada de su amigo y compañero de militancias, Javier. Está compungido ante el panorama de que se tome unas vacaciones, no los puede dejar tirados de ese modo, sin previo aviso, justo cuando le ha dicho Pascual que se puede liar una buena con... y Santiago lo interrumpe con lo que le ha rogado a Pascual en la cafetería, «No me líes, de verdad, ya me enteraré por los carteles». Javier se enfada, pero Santiago le baja los humos y zanja la discusión conminándolo a que respete su decisión, que él ya lleva muchas luchas a sus espaldas, muchos golpes, mucha mierda en serio, y no pasa nada si renuncia por un tiempo. «Tengo un hijo al que atender, que es el futuro, leches, y necesito tiempo para pensar y replantearme algunas cosas», dice para terminar. Silencio. Respetuosa decepción al otro lado de la línea. Se despiden con el ánimo un poco más calmado. El maquinista... un poco rojo cuelga sintiendo un nudo en el gaznate que lo ahoga, pero se recompone en un instante pensando en que puede que Victoria tenga razón y todos en casa necesiten un respiro.

Jueves

En el Ayuntamiento hay una actividad frenética porque la semana próxima reciben la visita del consejero de Economía y Trabajo de la Comunidad, que está impulsando personalmente el proyecto de complejo turístico del monte de la Tortuga, en el término municipal del pueblo. Victoria ha sido movilizada para contribuir a la agilización de la puesta en marcha de las inversiones. Se trata de una extensión de bosque autóctono de alto valor ecológico, dentro de una Zona de Especial Protección de Aves. Tiene la complicación añadida de hallarse en una cuota superior al núcleo urbano y está previsto que el agua que abastezca el campo de golf con trescientas villas de doscientos metros cuadrados en una planta, provenga del arroyo del que se abastece el pueblo. Una promotora compró los terrenos hace ya más de dos años a precio de suelo rústico sin usos económicamente rentables, una ganga, y el Ayuntamiento y el gobierno regional los recalificaron en su momento como urbanizables, multiplicando de un plumazo su valor. Con la crisis, parecía que el proyecto podría ser poco viable y venirse abajo, pero ahí es donde la junta ha tomado protagonismo ofreciendo apoyo y subvención para que el consorcio de un magnate del ladrillo y la caja regional de ahorros no se echen atrás. Los políticos han declarado el proyecto como de interés general, han negociado un dictamen positivo de la Confederación Hidrográfica y han conseguido una declaración de impacto ambiental favorable. Ahora presionan para que se inicien cuanto antes las obras para la captación de agua, el primer paso para poder levantar la ansiada ciudad de vacaciones. La arquitecta conoce bien el paraje, es una delicia de lugar, una suerte de altiplano frondoso y húmedo donde se cogen setas en otoño y da gusto darse una vuelta en primavera. Recuerda el paseo de la mano de Santiago, con Ernesto en hombros de su padre, hace un par de semanas. Merendaron entre alcornoques, en

un terreno llano adehesado, sobre una pradera rociada de las primeras flores de la primavera. Vieron un ave rapaz de gran tamaño que volaba en una trayectoria fija en busca de caza, decenas de pájaros de todos los colores y un conejo que los miró inmóvil desde una distancia prudencial durante el tiempo suficiente para que el niño lo señalara con una sonrisa de oreja a oreja. Casi no hablaron durante toda la excursión, se limitaron a jugar con Ernesto y respirar, ella contenta de pasar así un sábado con su marido, él feliz, enamoradísimo, como siempre. No puede evitar un pellizco de pena en el ánimo, «Mierda, no me dejarán dormir tranquila», dice para sus adentros. El alcalde lo tiene claro: desarrollo, empleo, futuro, economía, inversión, turismo. Su discurso, enlatado en una ristra de palabras mágicas de poder indiscutible. A Victoria no la convencen en absoluto. Dentro de sí, ella sabe que, en realidad, es un concepto poco sostenible de la actividad humana. Van a destruir un lugar precioso para que una empresa inmobiliaria intente ganar mucha pasta, y punto. Los puestos de trabajo serán puestos de precariedad y sueldo austero, y al agua la tratarán como bien de usar y tirar, sin el debido respeto a sus ciclos naturales y sin tener apenas en cuenta las necesidades del buen abastecimiento del núcleo poblacional y sus aledaños. «Pan malo para hoy, y hambre para mañana», suena bajito en la mente-cerebro de Victoria.

A las dos de la tarde termina su jornada en el Ayuntamiento y lo bueno es que puede ir a recoger a Ernesto a la guardería antes de la comida. Sólo trabaja un día a la semana en el pueblo, generalmente los martes, pero hoy la han requerido encarecidamente para preparar algunos detalles relacionados con el comienzo urgente de las obras porque tienen que estar en marcha a todo gas para la visita del consejero. Ella prefiere ir andando a trabajar, no le agrada el carácter ambulante de su puesto, siempre viajando en su coche y cambiando constantemente de oficina. Tampoco le hace gracia tener que renunciar casi diariamente a ser quien da la comida a su hijo. Hoy es, por tanto, un jueves especial y el niño estará muy contento de no quedarse al comedor del almacén ligeramente pedagógico de niños. Cuando ya ha puesto su granito de arena para iniciar el asolamiento

del monte de la Tortuga, guarda el ordenador portátil, archiva la documentación, se pone la chaqueta vaquera, abandona el despacho y se topa a la salida con *la pandilla*, es decir, con Beni, Lupe y Marisa. Esta última viene de atender a la gente del pueblo en su cubículo del edificio colindante al consistorio, como cada jueves, y viste un cárdigan liliáceo muy largo, por encima de una blusa de color blanco con un gran escote adornado de collares de estilo hippie-étnico. Las tres amigas parecen estar esperándola, porque charlan tranquilamente en el gran vestíbulo y cuando la ven la incorporan con toda naturalidad y emprenden juntas el camino de la calle.

—¡Chica, qué ojeras! —exclama la asistente social en cuanto la ve.

—El niño, que me ha dado unas cuantas malas noches —miente Victoria, que piensa en su angelito, y se dice para los adentros que pobrecito, si duerme del tirón sus once horas a menos que esté enfermo.

Caminan hacia la guardería en un blablablá que las circunda como una burbuja de humo. Ocupa el centro pero no habla. Tampoco escucha. Finge que pone atención al chorreo de cotilleos, pero su alma está ocupada en darle vueltas al comentario de esa mujer a la que, a pesar de las apariencias, de verdad no considera para nada su amiga. Desde que Santiago ha decidido ponerlo todo de su parte para cerrar los ojos, normalizarse, dormirse con ella, es ella la que no es capaz de conciliar el sueño. Él ha renunciado a sus variadas militancias y resulta que ella no es más feliz porque digiere mal los alimentos, regurgita un desagradable ácido estomacal, y lleva unos cuantos días de insomnio. Se siente mal, casi enferma, y conforme pasa el tiempo y se ve crecientemente inmiscuida en los tejemanejes de la política urbanística local, más le cuesta bajar la vista para no mirar de frente, mantener la boca cerrada y cumplir con las labores que le encomiendan en el esfuerzo colectivo por sacar adelante iniciativas que ella no tiene más remedio que detestar.

—¡Victoria! ¡Hija, qué te pasa que no te enteras de nada! —exclama Marisa interrumpiendo sus divagaciones.

—Bueno, chicas, yo me voy para la escuela. Victoria, hay que cuidarse más, que se levante un poco tu marido —dice Beni

despidiéndose porque se desvía para recoger a sus hijos, bastante mayores que los de sus amigas.

—No, si Santiago es el que se suele hacer cargo del niño cuando se despierta de noche, pero yo no puedo evitar desvelarme —sigue mintiendo la arquitecta.

Martes

Por encargo del alcalde está revisando una parte de la normativa vigente que atañe al proyecto de ciudad de vacaciones. Los boletines oficiales de la comunidad autónoma se amontonan en su mesa junto con protocolos y planos, hasta que una rara niebla color fresa se extiende por el suelo. Victoria la contempla perpleja y se da cuenta de que el pegajoso fluido de gas se introduce por el camal de su pantalón. Tiene un olor dulzón y un extraño efecto sobre su conciencia, porque no se levanta a dar la alarma. Siente cosquillas en la entrepierna y eructa una nubecilla rosa. Apenas es capaz de alzar un poco la cabeza y se da cuenta de que la luz de la habitación chisporrotea y toma un curioso tono amarillo pastel que tiende a naranja conforme pasan los segundos. Luego escucha un potente crujido, como si un ser torpe, grueso y pesado reventara un suelo hecho de una sucesión de endebles palés. Eleva de nuevo la mirada y descubre que tiene delante un monstruo.

—¿Quién eres? —dice Victoria sin miedo, porque el colorado engendro más bien da pena.

—Soy el monstruo de tu insomnio. Si quieres dormir de día, tendrás que seguir despierta de noche.

—¡Victoria, despierta, Victoria! ¡Victoria! —grita Beni, que ha entrado en el despacho y se ha encontrado con la arquitecta profundamente dormida sobre el escritorio.

La ingeniera abre los ojos sobresaltada. Siente en la boca el regusto pastoso del sueño a deshoras y mira a la aparejadora con cara de estar perdida.

—Venga, ponte de pie que nos vamos a tomar un café —dice Beni con sonrisa cómplice—, hoy adelantamos la hora unos minutos. Te dejo sobre la mesa el programa de la visita del consejero.

Victoria obedece mecánica y agradecidamente. Las dos compañeras

pasan por la barra de atención al público y Raquel se les une aunque aún falte un cuarto de hora para las diez y media. Juntas pisan la calle conversando; bueno, la arquitecta asiente, mira con atención a sus amigas, pero no dice nada. Caminan resueltamente, seguras de sí mismas en la ruta habitual hasta el bar de Tomás.

—Hay que reconocer que José Pedro sabe lo que se trae entre manos —comenta Raquel con el café cortado en una mano, la otra posada en el taburete alto sobre el que se sienta junto a la barra—. Se ha propuesto sacar al pueblo de la crisis, y más de uno le va a tener que estar agradecido.

—Es un pedazo de alcalde —corrobora Beni, que paladea un café solo mientras fuma—. Sabe buscar los yacimientos de empleo como nadie, va a por lo que la gente necesita, inversiones potentes, buenos negocios que animen el cotarro.

Victoria sigue callada, se toma rápido su café con leche en taza grande. «Chica, no tengas tanta prisa», le pide la aparejadora, que aún no ha podido consumir del todo el cigarrillo. Pero Victoria les ruega que la perdonen, que tiene que regresar lo antes posible al Ayuntamiento porque ha de terminar enseguida una tarea urgente. Sale sola, pues, del local y respira la mañana azul de primavera. Se ha escapado porque ya no aguanta más y le fluye el pensamiento. ¿Animar el cotarro? Entiende por qué Benita asiste impasible a los manejos de los políticos... ¡es que cree que están haciendo lo correcto! No puede contestar a las funcionarias, pues siente que la aparente naturalidad con la que opinan esconde afilados mecanismos de poder y una mentalidad excluyente. «Estoy despierta», murmura mientras anda, y piensa que maldita la falta que hacen más chalés. Si el proyecto no se consolida, porque la situación económica no está para gran cosa, como mínimo harán la captación de agua, y eso son cuanto menos zanjas y un horrendo depósito de hormigón afeando la llanura arbolada. Y si los políticos se salen con la suya, lo cual, afortunadamente, es improbable, será mucho peor. Victoria ya no tiene otro remedio que ver, en lo que sus compañeras han llamado «yacimientos de empleo», una barbaridad medioambiental a cambio de puestos de trabajo precarios. ¿Y un campo de golf? ¿Quién

demonios necesita un campo de golf? ¿Qué sentido tiene triturar la dehesa para sustituirla por jardines? ¿Y qué es lo que la gente necesita? Por un momento se enfada con Raquel, a la que de verdad quiere. Le da rabia que interiorice hasta los tuétanos el rollo sobre la economía y la crisis, haciendo gala de una sumisión que rezuma por cada fonema de su discurso. ¿Por qué no escuchará un poco a su propio padre? Lo ha sustituido por el sentido común fabricado por empresas como se fabrican automóviles o pantalones. Da por hecho que es normal que se pueda condenar a alguien al paro y que no tenga otra salida que desear sumarse como trabajador precario y mal pagado a una acción de destrucción absurda.

Ha transitado rápido por el edificio y para cuando desconectala máquina interna de hablarse a sí misma y recupera la conducción de su propio cuerpo, se halla sentada en su despacho. Se conecta a Internet y crea una cuenta de correo electrónico con nombre falso en un sitio web muy conocido. Escanea a toda prisa el programa de la visita del consejero y se lo manda por correo electrónico, anónimamente, a Pascual y al grupo ecologista recién nacido en la comarca. Cierra los ojos e imagina a Ibrahima y su luminosa sonrisa, con la que le dice: «Dormida de noche, insomne de día».

Miércoles

La oruga atraviesa el espacio a ritmo de gusano. Santiago es un piloto paciente y mira a través del cristal la belleza del paisaje que se despliega alrededor de la pista forestal. Una velocidad de cuatro kilómetros por hora deja tiempo para embelesarse. Ahora, en la cuesta arriba, la lentitud del desplazamiento y el ronquido del motor hacen que el maquinista sienta por un instante la inclinación del plano casi como la siente el caminante que depende de sus piernas para vencer el freno de la gravedad. El camino empeora ligeramente, tiene una marcada albardilla porque los relejes a ambos lados son profundos. Pero no es problema para la excavadora, que avanza impasible en la lenta ascensión. El conductor calcula que en unos diez minutos coronará la cima del altiplano que todo el mundo conoce como el monte de la Tortuga. Le resulta muy familiar porque es uno de los lugares que más le gustan de los alrededores del pueblo y ha estado de excursión por él hace poco.

Cuando Arrancapiedras le ha explicado su cometido en la obra que comienza, no ha hecho preguntas: se ha montado en la Caterpillar y mientras ponía el motor en marcha ha visualizado fríamente el trabajo que supone abrir la zanja de un kilómetro por la que ha de pasar una enorme tubería de conducción de agua. No ha querido pensar más, ha cerrado los ojos y ha marchado todo el camino con el piloto automático puesto, absorto en la contemplación de otro día de alegre primavera, el cielo despejado, sólo algunas nubes altas que no amenazan nada. Se regodea en el color verde, han cuajado las lluvias, deja que la imaginación acaricie las piedras de granito impávidas, los alcornoques abiertos hacia el universo, las vacas firmes como encinas.

Al llegar a su destino, descubre una furgoneta y un par de automóviles aparcados entre los árboles, en la cuneta del camino de tierra. Hermenegildo, un hombretón extrañamente cuadrado y de

grueso cuello que hace las veces de capataz de la empresa de Venancio, lo saluda con una sonrisa y le da las primeras indicaciones. «¡Tienes que empezar a meterle mano a la zanja por aquí!», le grita sin ninguna necesidad de un tono de voz tan alto porque el motor ya ha tosido los últimos bramidos antes de apagarse por completo. Luego, deberá seguir el trazado que le vayan marcando con dos largas cintas de tela sostenidas por hierros de mallazo, hasta llegar al arroyo. Varios obreros realizan las primeras tareas de señalización y se preparan para ir rematando el trabajo de la máquina. Santiago se baja del trasto y estudia con parsimonia profesional la situación, bajo la atenta y a la vez respetuosa mirada de Herme. Luego, regresa a la cabina, se monta de un ágil salto repetido un millón de veces y se sumerge de nuevo en el estruendo. A poco de comenzar a excavar, escucha el arribo de dos grandes camiones con grúa que portan material de construcción y los primeros segmentos del tubo de hormigón. No les presta más atención y avanza rápidamente en su cometido, envuelto, a pesar del enclave extraordinario, en el fragor de un ambiente de obras como cualquier otro. La línea marcada es paralela al camino en un primer tramo de unos trescientos metros. Pasa el tiempo y la zanja crece. A las diez y media detiene el motor de explosión del férreo dinosaurio y, sin bajarse de la cabina, con la mirada abandonada a un dejo impregnado de tristeza o aburrimiento, desenvuelve el bocadillo y mastica maquinalmente, sintiéndose de hielo los intestinos. Cuando una voz le protesta dentro, como una hormiga que se revuelve bajo la piel, y le dice que nada bueno puede venir de cavar zanjas en semejante paraje, se concentra en la imagen sonriente de Ernesto y en aquellas palabras de Victoria. Se vuelve hosco consigo mismo. No ha querido saber nada, no se va a enterar de nada, él viene, hace la tarea que le han encomendado y regresa a casa con su hijo y su mujer. Es lo normal. ¿No hay que trabajar a veces en la fábrica de armas? Pues eso.

A mediodía empiezan a llegar los primeros manifestantes. Van dejando abandonados sus automóviles por la orilla del camino y completan el último trecho a pie. Santiago procura continuar horadando el terreno sin prestar atención a los signos de una súbita aglomeración de personas, no quiere mirar, ni preguntar, ni

preguntarse, se absorbe en el runrún de la máquina, la incisión en el suelo, la elevación de la pala, la descarga de tierra en un montículo alargado al borde de la perforación. En pocos minutos ya son prácticamente medio centenar los activistas que se han concentrado en medio de la pista forestal, a unos ochenta metros de donde opera la excavadora, y parece como que se deciden a convertirse en manifestación. El capataz discute a gritos con ellos. Llama a sus hombres para que lo ayuden a intentar detener el tumulto, gesticula pidiendo que se alejen de la zona de obras, que es peligroso. No le hacen ni caso y el ambiente se caldea porque se observa bien a lo lejos una nube de polvo de la que va aflorando una lenta comitiva encabezada por un todoterreno de la Guardia Civil. Lo siguen varios coches oficiales que pugnan por no salir escaldados de la aventura por una ruta sin asfalto. Las primeras consignas que esparcen los manifestantes atraviesan el aire seco del monte y propinan latigazos en los sesos a Santiago. «¡Ni un metro más de hormigón, hay que parar la especulación!», «¡Nuestras aguas no se venden!», «¡Consejero, cabrón, pon en tu jardín la urbanización!». Al maquinista se le ponen los pelos de punta. «¡Qué cojones!», grita sacando la cabeza de la cabina, «¡ya está bien!» Entonces quiere levantar el puño y eleva al cielo el largo brazo metálico que sostiene la gran pala. Gira lentamente el engendro motorizado hacia la gente, ante la petrificada expresión de asombro del capataz. Les hacen un hueco en la manifestación a la excavadora con su maquinista, que vuelve a sacar la cabeza por la ventana y les grita desde muy adentro: «¡Qué hostias, me uno a vosotros, compañeros!» «¡Sí señor, Santiago —resuena una voz muy familiar entre los vítores y gritos de júbilo—, a amargarle la visita al consejero!»

Candeleda. Invierno de 2010

Edición en formato digital: marzo de 2011

© 2011, Javier Mestre
© 2011, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-96594-95-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com